

Juan Cruz Cabral

Itinerario de un peronista militante

Prólogo de Edgardo Mocca



ediciones
capiangos

PERONISMO MILITANTE

Cabral, Juan Cruz

Itinerario de un peronista militante / Juan Cruz Cabral. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capiangos Peronismo Militante, 2017.
400 p. ; 22 x 14 cm.

ISBN 978-987-45628-3-8

1. Política Argentina. I. Título.
CDD 320.82

Ilustración de tapa:

Juan Manuel Núñez Lencinas

Foto:

Verónica Randi

Diseño de cubierta:

Sol Moyano

Diagramación:

Cintia Manduca

Todos los derechos reservados

1ª edición: 2017

1.000 ejemplares

ISBN 978-987-45628-3-8

Impreso en el mes de junio de 2017

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en Argentina

Estamos convencidos de que la batalla central es cultural. El gran poeta cubano José Martí lo dijo a su modo, que hacemos propio:

De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace: ganémosla a pensamiento.

Centrados en una concepción humanista, daremos esa batalla y la ganaremos “a pensamiento”, pero fundándolo en el corazón americano que late desde nuestra historia señalando el ritmo de nuestro futuro. Porque no hay nación argentina sin Patria Grande y no hay pensamiento digno si no parte desde el corazón, única manera de concebir una doctrina destinada a la Justicia Social, el más elevado de todos los objetivos políticos.

Juan Cruz Cabral

**Itinerario de un
peronista militante**

Presentación y agradecimientos

He reunido aquí los escritos de un tiempo razonablemente delimitado: el que va de la crisis finisecular del modelo neoliberal hasta su actual intento de restauración tras el triunfo de Mauricio Macri. Es decir, la etapa de ascenso, establecimiento y caída del Proyecto nacional y popular del Peronismo del siglo XXI. Es el período en el que Néstor y Cristina nos devolvieron el Peronismo a los peronistas y la Patria a los argentinos. Y también el de la consolidación, desde nuestra perspectiva, de una verdadera conducción estratégica que, además, obtuvo para siempre el amor de los que saben agradecer.

La idea ha sido acercar a los lectores y lectoras un modo orgánico de pensar y explicar la realidad. Por eso, más allá de la división en capítulos que organizan temporalmente los artículos, he incluido algunos documentos de la Organización del Peronismo Militante, donde milito desde 1999; con la intención de que se advierta el contexto orgánico en el que fue escrita cada una de las notas. Efectivamente, este “itinerario” gozó de algunos faros iluminando las postas de su recorrido.

No todos los artículos están rigurosamente colocados de ma-

nera cronológica, pero casi. De todos modos, aquí se sistematizaron buscando generar un relato temporal que permitiera observar el desarrollo de un pensamiento transido tanto por la perspectiva cambiante de cada coyuntura política como por el anclaje ideológico del autor y la organización a la que pertenece. Al menos esa es la intención. Se notará que algunos conceptos se repiten, pero confiamos en que no resulte una redundancia tediosa sino una reafirmación persistente, sí, pero que puede ir matizándose según las alternativas de la historia política.

En primer lugar, debo agradecer aquí a un compañero, amigo y hermano a la vez. Sin “el Gallego” Héctor Fernández este libro no hubiese existido. Su claridad conceptual en cada momento resultó la guía imprescindible para producir estos escritos. También a Hugo Fernández Panconi y Tomás Richards, que ayudaron en la selección de los artículos; y a Manuel Valenti Randi. Atentos lectores los tres, colaboraron concienzuda y afectuosamente, como corresponde a los compañeros y a los amigos. Y a Estanislao Graci y Susini, que también aportó lo suyo. A los amigos que alentaron, sobre todo a Marcelo Casadó. Y a mi madre, que también alienta desde siempre.

Al prologuista, que posiblemente me quede un poco grande, Edgardo Mocca, lúcido analista y cálida persona que demuestra aquí su enorme generosidad. Al gran dibujante Juan Manuel Núñez Lencinas, amigo de años, cuya ilustración embellece la portada. A Sol Moyano, que diseñó la tapa.

Y a Verónica Randi, mi compañera de todos los días. Sólo queda dedicar este libro a ella y a nuestra hija, Rosario María, que ojalá algún día lo lea con la pasión que sus padres viven por la construcción de una patria justa, libre y soberana.

J.C.C., mayo de 2017

Prólogo

Pasión y reflexión

Este libro es el relato de una pasión política, el testimonio de una etapa dramática de la vida de nuestro país, concebido desde el temprano compromiso político signado por los recuerdos infantiles de la gran huelga antidictatorial del 30 de marzo de 1982 y la inmediata operación militar argentina que diera lugar a la guerra de Malvinas. Tres décadas y media pasaron entre aquellas borrosas primeras imágenes del conflicto político argentino que evoca el autor hasta el provisorio cierre que marca la derrota electoral del kirchnerismo y la instalación de un nuevo intento de restauración neoliberal en nuestra patria. Son los tiempos que enmarcan el itinerario de un joven militante capaz de dar cuenta del mismo desde la práctica y desde la reflexión.

Nada que tenga que ver con la observación neutral o la pretensión de una imposible objetividad encontrará el lector en estas páginas. Su hilo conductor es el del reconocimiento

de un profundo antagonismo que recorre toda la historia argentina y una toma de posición militante desde el peronismo, inequívocamente interpretado como nacionalismo popular y democrático ampliado hacia la patria grande latinoamericana. Tal vez el principal atractivo del texto es la conjunción entre una notable coherencia en la conducta política y sus fundamentos ideológicos y una profunda tensión interna del relato en el que, casi imperceptiblemente al principio e intensamente en las últimas páginas, aparece la pregunta histórica más transitada en la historia política argentina de los últimos setenta años: la pregunta sobre el significado del peronismo. Después de leer este texto no debería quedar duda alguna de que la militancia consecuente no puede reducirse a las coordenadas que le dieron su impulso original, aunque no pueda prescindirse de éstas a la hora de explicarla. El peronismo de Juan Cruz es una marca indeleble de su trayectoria y, al mismo tiempo, se mueve y se transforma a sí mismo a través de la trama que construye una biografía que no puede explicarse sino en la lucha por comprender y transformar la realidad. Muy especialmente saltará a la vista del lector el profundo impacto que en la concepción del mundo del autor ha tenido el tiempo de la Argentina salida del marasmo de una crisis terminal y encaminada paulatinamente a la recuperación de su tejido social y de su viabilidad como entidad histórica independiente. Somos millones de argentinos y argentinas de muy diferentes edades y con muy diversos puntos de partida ideológicos los que hemos sentido ese impacto.

El naufragio de la experiencia neoliberal inaugurada por el menemismo y completada por la catástrofe política nacional que signó el fin del gobierno de la Alianza y la emergencia

de los gobiernos kirchneristas conforma el telón de fondo sobre el que se organiza el texto. Hay una tesis no explícita pero que difícilmente se escape a un lector atento: la etapa kirchnerista es, según esa tesis, una reescritura profunda de la historia del peronismo. No una revisión, ni una superación, ni un final de esa historia, sino una recuperación histórica de aquel enamoramiento popular de 1945, el más persistente y el más influyente de los acontecimientos políticos nacionales contemporáneos. Más de setenta años después, el país político sigue girando en torno a esa memoria. Hoy se ha vuelto a poner de moda la cuestión de la “renovación peronista”. Es el nombre del giro político que el peronismo puso en marcha después de la derrota electoral de 1983 y es con el prestigio de aquel antecedente que se quiere fundar un nuevo viraje después de que una vez más el peronismo fuera derrotado en las urnas. Solamente que en este caso lo que se quiere “renovar”, o más bien borrar, es el relato de los doce años de kirchnerismo. La lectura de estas páginas, aún cuando quien la practique no coincida con el autor en todos sus juicios, persuade profundamente respecto de que si hoy se puede hablar de una renovación del peronismo, si hoy se puede discutir el futuro del peronismo, es porque la experiencia iniciada en mayo de 2003 intervino para rescatar de una situación de agonía al movimiento creado por Perón. En 2001 y 2002 las calles argentinas no gritaban “que se vaya De la Rúa” o “que se vaya la Alianza”. Gritaban “que se vayan todos”. Y en ese “todos” estaba plenamente incluida la fuerza que sostuvo la experiencia de Menem en el gobierno, razonablemente identificada como parte central de la política que terminó con el desastre político, económico, social y moral de la Argentina que todos recordamos (o deberíamos recordar).

El kirchnerismo es materia de un tenso debate entre nosotros. Participan en ese debate de manera apasionada no solamente sus partidarios fervorosos, también sus críticos y hasta sus más enconados enemigos. Estos últimos no terminan de armonizar su diagnóstico de que la herencia de Néstor y Cristina no es más que un fenómeno “residual”, con la atribución al kirchnerismo de la responsabilidad por cada una de las manifestaciones (de inédita masividad algunas de ellas) contra la política neoliberal puesta en marcha en el país desde diciembre de 2015. No resulta a esta altura extraño ni contradictorio que en la diatriba antikirchnerista participen dirigentes y grupos políticos que cuentan con cartas credenciales de indiscutible pertenencia al peronismo. La existencia de más de un peronismo es un tema clásico que nació casi simultáneamente con el movimiento; la corta historia del Partido Laborista creado como plataforma de impulso a la candidatura de Perón, las luchas entre fracciones antagónicas en la época de la resistencia posterior a su derrocamiento, el fracasado “peronismo sin Perón” de Vandor y las violentas contradicciones de los años setenta del siglo pasado son algunos testimonios cruciales de esa histórica contradicción interna. Muchos –incluido el autor de este Itinerario– dicen que esa contradicción es natural porque el peronismo no es de derecha ni de izquierda. Sin embargo, aun aceptando la especificidad de las coordenadas antagónicas propias de nuestro país –extensibles al mundo signado por la dependencia– entre nación y colonia o liberación y dependencia, el hecho es que hay peronistas en ambas trincheras. No se trata entonces de la amplitud histórica del peronismo sino del uso de sus banderas para políticas abiertamente contradictorias entre sí.

Tal vez por eso la discusión interna al movimiento se desplaza hacia la lucha por la verdad del peronismo, la querrela por el peronismo verdadero. Como alguna vez lo hiciera notar Carlos Altamirano, el “peronismo verdadero” fue durante varias décadas el santo y seña de los sectores combativos del movimiento, como una bandera contra los sectores conciliadores y burocráticos. Esa verdad se apoyó siempre en la experiencia de los años del primer peronismo, convenientemente modelados como mito popular y en contraposición a los tiempos de la restauración “libertadora”, de la persecución, de la violencia y la proscripción del peronismo. Los tiempos kirchneristas alteraron ese esquema habitual. La bandera del “peronismo verdadero” fue esgrimida por los sectores conservadores, por los habitués de los programas políticos de los medios hegemónicos, bajo la denuncia de que el peronismo había “unido a los argentinos” y el kirchnerismo procuraba su división y alimentaba la grieta. Al servicio de ese revisionismo interno construyeron el mito del Perón de los años setenta y su supuesta renuncia a los temas populares y antiimperialistas propios del nacimiento del movimiento. El autor se refiere más de una vez en este libro a esta falacia. En apoyo de esa interpretación viene a la memoria el último discurso de Perón: recordada fervorosamente por aquella célebre despedida de su pueblo (“llevo en mis oídos la más maravillosa música...”), aquella intervención giró en torno a otra frase: “no hemos vuelto a la Argentina para darle coraje a los enemigos de la liberación”. En estos días un grupo muy variado y plural de dirigentes peronistas ha vuelto a colocar en la escena histórica el documento “Modelo argentino para un proyecto nacional” en el que inequívocamente Perón volvía sobre la

agenda del antagonismo entre liberación y dependencia.

Es muy problemático atribuir la verdad del peronismo a un discurso que reniega de las tres banderas históricas (a las que Juan Cruz, siguiendo al último Perón, agrega el nacionalismo cultural y la integración de la patria grande) y que pone en su lugar una vaga referencia a los grandes consensos nacionales. Ciertamente el peronismo no adquirió la perdurabilidad y profundidad de su influencia en el pueblo argentino con una retórica amigable y consensual sino marcando a fuego a las fuerzas responsables de la injusticia social y la entrega de la nación. No hay manera de armonizar el inflamado discurso antioligárquico y antiimperialista de Eva Perón con la caricatura edulcorada que hoy intenta disputar, desde una derecha conciliadora y afecta a los salones de cierta embajada, el linaje peronista. Pero más allá de eso, la verdad del peronismo no es materia de historiadores sino de la política. La verdad del peronismo no está en la letra de tal o cual documento ni de tal o cual discurso sino en la experiencia de las últimas siete décadas de nuestro pueblo. Kirchner, dice el autor, es el Perón de mi generación y Cristina su indiscutible continuadora. No hay manera de refutar esa frase apelando a papeles amarillentos y a documentos filmicos: esas “pruebas” alimentarán a unos y a otros en aquello que realmente los empuja, en la definición de la política del presente y del futuro. Pero la verdad de un movimiento popular siempre está en la praxis presente y en su proyección hacia el futuro, y su identidad está en juego en la lucha política actual.

Y acaso en esta querrela se dispute mucho del futuro inmediato y no tan inmediato de los argentinos. El establishment local y global está haciendo un experimento muy duro

y muy peligroso para el pueblo y para el futuro de la nación. La voz de orden es la “normalización” argentina, empezando por “normalizar” el salario de los trabajadores. Es decir reducir el salario porque el salario es un “costo más” (Macri, dixit) y solamente con su baja, el capitalismo argentino va a alcanzar “competitividad”. Para eso falta desocupación alta, porque eso disciplina a los trabajadores. Para eso, apertura indiscriminada de las importaciones, que baje algunos precios relativos a costa de destruir —¡una vez más!— nuestra industria nacional. Ése fue también el propósito de la dictadura cívico-militar surgida del golpe de 1976 y ése fue el designio del menemismo y de la Alianza, para no remontarnos demasiado en el tiempo. El obstáculo es la memoria popular. Y esa memoria del pueblo y de los trabajadores es la herencia de una larga historia de la cual el peronismo fue y es un hito fundamental. Vienen a intentar destruir esa memoria, a colocarla como un residuo inservible del pasado. En eso consiste el “cambio cultural” que ofrecen el macrismo y sus socios del vergonzoso giro radical y de otros grupos. Por eso necesitan un peronismo dócil, domesticado. No es tan excepcional como parece este proyecto. El neoliberalismo pudo triunfar en el plano mundial porque logró reconvertir fuerzas políticas con una rica tradición obrera y popular, como la socialdemocracia europea, en sus socias para administrar la austeridad y para frenar los conflictos. Es recomendable para aquellas personas con historia peronista observar la debacle en la que se encuentra la socialdemocracia europea. Busquen la información sobre lo que pasa con la socialdemocracia en Francia, España, Italia, Grecia, Alemania —para nombrar solamente algunos países— y verán la amenaza que se cierne sobre las tradiciones

populares cuando abandonan su ADN popular y se embarcan en la alternancia neoliberal.

Todo texto político, por amplia que sea la perspectiva histórica dentro de la que se inscribe, interviene en una concreta coyuntura política. La lectura del libro de Juan Cruz es una herramienta lúcida para la interpretación de nuestro tiempo y para la acción en circunstancias difíciles. Este texto introductorio se escribe mientras el macrismo profundiza su política favorable a la concentración de la riqueza, la entrega de nuestros recursos y la persecución de todas las formas de la protesta popular. La gran pregunta no es hoy sobre los designios de una derecha que, contra su propia prosa política, no ofrece ninguna receta nueva, nada que no conozcamos los argentinos a través de una dura saga que atraviesa gran parte de nuestra historia. Acaso el interrogante sea la capacidad de respuesta y de recuperación de fuerzas que podamos poner en escena quienes resistimos este rumbo. Está puesta a prueba la firmeza de nuestras convicciones y la flexibilidad de nuestra política. No hay solución popular que pueda venir desde el narcisismo de la identidad política concebida como la única justa y la única posible. Es necesario que las fuerzas nacionales, populares y democráticas abracen y absorban una energía potente que viene de otras historias y de otras tradiciones presentes en la historia de nuestra patria. Como muchas veces lo ha dicho Cristina, hay que permitir que lo mejor de la cultura auténticamente liberal y democrática se reconozca a sí misma en la defensa de la libertad política duramente amenazada por el giro hacia la ilegalidad, la persecución y la represión que se profundiza en el país. La amplia unidad que la emergencia demanda exige amplitud y generosidad en el tejido

de las alianzas necesarias para cerrar el paso a este giro político que amenaza revivir las peores etapas de nuestra historia.

De manera lúcida, el autor interviene en el debate del mundo kirchnerista. Muestra la naturaleza reaccionaria de los discursos que justifican la conciliación con el macrismo en nombre del realismo político. A los sectarios que apelan a la camiseta peronista para reducir la amplitud del movimiento popular de nuestros días, así como a quienes siguen sufriendo del prejuicio antiperonista y quieren que el nuevo actor surgido en el proceso de transformación de estos años se deshaga de la identidad que lo hizo posible y que lo llevó al triunfo.

De manera que este rico itinerario que aquí se presenta nos proyecta hacia el futuro. Un futuro que debe ser nacional, popular y democrático, amplio, abierto y generoso sin renegar del peso decisivo que tiene en su interior la más poderosa de las identidades populares de nuestra historia, el peronismo.

Edgardo Mocca, mayo de 2017

Itinerario de un peronista militante

Proto-tipo

Colorado, azul y blanco

La Patria incinerada

“Somos un país porque no pudimos integrar una nación y fuimos argentinos porque fracasamos en ser americanos. Aquí se encierra todo nuestro drama y la clave de la revolución que vendrá.”

Jorge Abelardo Ramos

La puerta de entrada estaba abierta. Daba a un largo pasillo que en el fondo, pasando el ascensor, tenía un incinerador. Mientras mi vieja iba y venía desde la biblioteca hasta el incinerador, el gato, que se llamaba Sandokán –como aquel héroe malayo de las novelas de Salgari que luchaba contra el colonialismo inglés–, desapareció. Todo era fragor en el viaje final de los libros y los discos peligrosos. Y mi abuelo, que había venido esa noche portando el augurio tenebroso del Golpe Criminal, de repente miró, desde adentro del pequeño departamento, hacia la pared, sobre la puerta de entrada. “Esto también”. “No, esto no.” “¡Esto también!” Y arrancó sin ceremonias la bandera azul, blanca y azul, cruzada con una franja roja, que presidía nuestra casa. La insignia de Artigas, símbolo de la Izquierda Nacional, desaparecía al

fondo del pasillo, como Sandokán, como lo haría pronto el mismo incinerador, y tantas otras cosas...

Abelardo Ramos lideraba entonces, en 1976, el Frente de Izquierda Popular, que se había presentado a las elecciones de 1973 con la candidatura de Perón, pero con la consigna “Vote a Perón desde la Izquierda”. Aquella boleta cosechó 900 mil votos entre los cuales estuvo el de Arturo Jauretche.

La elección de la bandera artiguista no era azarosa ni caprichosa. Ramos había sido el primer teórico de la “cuestión nacional” latinoamericana, planteando que nuestro drama consistía en que conformábamos una de las partes escindidas de la Nación común, unida por lengua, territorio, historia e intereses, que quiso nacer en el siglo XIX pero resultó fragmentada por la acción de las oligarquías y burguesías comerciales locales en alianza con los imperios de la época; en nuestro caso particular, Inglaterra. Entonces, Artigas mismo era un símbolo, porque el caudillo del siglo XIX había luchado por la emancipación del Río de la Plata y por la unidad americana liderando en un momento la Banda Oriental (incluyendo parte del actual territorio brasileño), Entre Ríos, Corrientes, las Misiones, Santa Fe y Córdoba, en lo que se llamó la Liga Federal (también conocida como Liga de los Pueblos Libres o Unión de los Pueblos Libres). Pero tras la derrota del federalismo nuestras Historias se escindieron por obra y gracia de los alquimistas liderados por Bartolomé Mitre. Y en Argentina se ignoró desde entonces a Artigas, por ser “uruguayo” y el Uruguay lo humilló colocándolo en el pedestal infamante de fundador de una patria cuya independencia, garantizada constitucionalmente por el imperio británico, representa su derrota histórica.

Así que elegir a Artigas y a su bandera significaba romper la insularidad argentina, entrando a la política de la Cuenca del Plata por la puerta ideológica del federalismo popular y revolucionario de un caudillo que no era uruguayo ni argentino, sino americano.

El regreso de Sandokán

“La culpa de todo esto la tiene Perón”

Margaret Thatcher

1982. Era 30 de marzo y yo no podía volver solo del colegio hasta mi casa porque la violencia se expandía por Buenos Aires. La dictadura cívico-militar de Videla y Martínez de Hoz, regentada entonces por Galtieri, reprimía salvajemente una manifestación de repudio organizada por la CGT. Cuando volvíamos mi hermano menor y yo, junto a mi madre, hacia el departamento a tres cuadras de la Plaza de Mayo, veíamos la represión desatada entre gases lacrimógenos contra los millares de peronistas que aún resistían a los palos de la policía. De algún modo no constituía sorpresa. Recordaba los tanques del 24 de Marzo a la noche, en 1976, recorriendo las calles de mi barrio; y la huida a alguna casa familiar más segura que la propia. Durante esos años conocí la voz de Perón, que sonaba en casa gracias a un disquito que había resultado inmune al incinerador y contenía el último discurso del General en la Plaza, aquél de “la más maravillosa música”.

Sólo tres días después el Ejército Argentino recuperaba las Islas Malvinas. Otra vez volvía del colegio, pero solo. Y el miedo me inundó en el colectivo al escuchar los cantos de multitud por la calle Lavalle. Pero no eran de rabia sino de júbilo. Y el

mismo Pueblo del 30 de marzo los entonaba ahora. Habíamos recuperado de las garras del león británico las islas que nos pertenecían por derecho.

Todo cambió. Las radios se abrieron a la música nacional y al debate. Hasta en la clase de sexto grado se hablaba de cosas nuevas. Nunca fui extremadamente aplicado al estudio formal, así que cuando pidieron como tarea para el hogar un reportaje sobre cualquier tema a quien uno quisiera, familiar o amigo, yo elegí entrevistar a Ramos acerca de la Guerra de Malvinas. Los ingleses aún no habían partido con su flota a nuestro Sur y, como dejé hasta último momento la tarea encomendada, decidí, la tarde anterior a la entrega del trabajo, fraguar el reportaje de marras. Entonces desarrollé por boca de un Ramos imaginario la “teoría” de que los ingleses no se animarían a venir porque arriesgaban una escalada de violencia que podía llevar a una especie de “conflagración mundial” porque la Unión Soviética podría interceder de nuestro lado junto a otras grandes potencias militares e, incluso ¡junto al Japón! Birome verde: Sobresaliente. En efecto, era una idea que algunos delirantes barajaban, palabras más palabras menos, y excepción hecha de la ingenuidad propia de un pibe de 11 años. Recuerdo que, orgulloso, le mostré el trabajo con su respectiva calificación a mi viejo, que en el auto, rumbo a su casa, me dijo que estaba muy bien pero que no era tan así... Ese fin de semana, después de una larga reunión partidaria y probablemente tras una siesta con el cuerpo repartido entre dos sillas, el viejo nos llevó de regreso a casa de mi madre; Ramos vino con nosotros, seguramente para ir luego a alguna parrilla del Centro junto a los compañeros del FIP. En la puerta de calle, mi vieja consultó preocupadísima a un Ramos que se había bajado a saludarla. Y Ramos la tranquilizó: “¡Vienen a tirar!”.

Cuando la Dictadura se encontró enfrentada a la gran potencia –devaluada, pero gran potencia– convocó en una especie de consejo de guerra ad hoc a los representantes de todos los partidos políticos. En esas reuniones, los cerebros que después dirigirían la democracia de fin de siglo le decían a Galtieri que no había de qué preocuparse, que ahora venían 150 años de reclamos ingleses y que EEUU iba a ser por lo menos neutral porque el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) compensaba sus obligaciones con la OTAN... Sólo uno de los presentes advirtió en esas reuniones que suponer que las cosas serían tan fáciles era desconocer la naturaleza del imperialismo y que por ende había que jugar todas las cartas y concentrarse en la obtención de ayuda latinoamericana, única que obtendríamos, y en la expropiación de los bienes británicos en Argentina para resistir al inevitable contraataque inglés. Ese único hombre era Jorge Abelardo Ramos.

La Era del Peronismo

*“Alguien dijo, una vez,
que yo me fui de mi barrio.*

¿Cuándo?

¿Pero cuándo?

¡Si siempre estoy llegando!”

Aníbal Troilo

Un mar de cabezas. Hasta el Cielo se ha puesto a llorar. 1974. 1º de julio. Ha muerto Juan Domingo Perón y mi viejo me lleva a sus exequias, multitudinarias. Imposible tener un recuerdo nítido con sólo 3 años de edad. Pero guardo una

foto, una imagen cerebral imponente que inaugura en mi memoria la conciencia de la Patria dolorida. Imposible ver la multitud con sólo 3 años de edad. Por eso mi viejo me levanta sobre sus hombros y ahora sí: un mar de cabezas. Ha muerto Juan Domingo Perón. Y guardo en la retina aquella foto. De tan triste, la foto parece en blanco y negro.

En abril de 1981 cumplí 10 años. La Dictadura vive un período de relativo ablandamiento y Ramos reedita “La Era del Peronismo”. Ya no se trata de “bonapartismo” como en la primera edición de este último tomo de “Revolución y Contra...”, sino de una caracterización deseuropeizada, digamos; un reconocimiento de originalidad total hacia el gran movimiento nacional argentino del siglo XX. Otra vez en casa del Colorado, un fin de semana más con mi viejo. La casa, custodiada con convicción por un pastor alemán desde el patio externo, tiene en su interior un sinnúmero de ejemplares de La Era del Peronismo. Es la morada de un apasionado por la divulgación que se ha pasado toda su vida publicando libros propios o ajenos. Como fuera. Etapa tras etapa, Ramos impulsa editoriales, colecciones, revistas y periódicos. Encerrado con Jauretche, después de 1955, en una imprenta que se ha salvado de la libertad de prensa de los “libertadores”; insistiendo con vehemencia al editor Peña Lillo, héroe reconocido para los pensadores nacionales; enloqueciendo a los militantes que ya ni duermen, atados al mimeógrafo o a la imprenta; como fuera; el objetivo es publicar, publicar, publicar. Entonces la casa está repleta de libros fresquitos como pan caliente, blancos incluso. Y ahí estoy yo. Y el Colorado que autografía uno “para Juan Cruz Cabral, en su cumpleaños, cariñosamente” y me lo regala. Sigue

hoy en mi biblioteca, todo subrayado y como en fascículos de una hoja cada uno, de tan desarmado. Ahí lo leí por primera vez, sin provecho alguno, pero más adelante se convertiría en el libro de consulta preferido acerca de la Gran Década y los años subsiguientes, signados por la figura de Perón.

Ramos era un marxista. Como tal, llegó a la comprensión de Perón y su movimiento por caminos “científicos” que aquí sería largo detallar. Sólo digamos que ha habido en la Izquierda Nacional distraídos que creyeron que el partido revolucionario del proletariado argentino no llegó a desarrollarse por la personalidad “conflictiva” de Abelardo Ramos. Es pueril la afirmación. El siglo de las revoluciones socialistas fue también el de las revoluciones nacionales. Ramos lo comprendió, como todos en la Izquierda Nacional, y apoyó a la revolución concreta que se dio en la Argentina: El Peronismo, ese frente de clases antiimperialista que cualquier trotskista consecuente debía apoyar. Aun cuando se propusiera “marchar separados y golpear juntos” para constituirse en la reserva socialista de una Revolución Nacional que pronto mostraría sus limitaciones, tal el desarrollo teórico prospectivo que se planteaban Ramos y sus compañeros. Pero la Izquierda Nacional no conformó el gran partido de masas que se proponía porque su tiempo fue el tiempo del Peronismo; y las masas eran peronistas, un poco como hoy, pero muchísimo más. En todo caso, Jorge Abelardo Ramos, el polemista temible, el editor incansable, el teórico contundente, pero sobre todo el conductor político más fructífero de la Izquierda Nacional, condujo la fuerza de izquierda auténticamente revolucionaria que más votos obtuvo en la historia argentina. Y a esa cima llegó, valga el ejemplo, cuando empalmó sus objetivos tácticos con el anhelo

del Pueblo Argentino de ver a Perón otra vez presidiendo los destinos de la Patria.

En el ocaso de su vida, el Colorado iba a disolver su agrupación para que ingresara al Peronismo en pleno. Yo mismo me afilié en ese entonces al Partido Justicialista, el 17 de Octubre de 1994. En las distintas filas de las fuerzas provenientes de la vieja Izquierda Nacional hay detractores y defensores de esta decisión de Ramos. Unos y otros tendrán sus razones, como cabe a la política cuando se ama a la Patria —que eso sí los une—, pero esa es otra historia.

Lo cierto es que Ramos fue “el último tatú carreta”, el sobreviviente final de una gran generación de pensadores que dio la Argentina en el siglo XX. Murió cuando se sentía “un pibe”, catorce días antes del acto público en que se afiliaría al Peronismo. Ramos ha dejado como legado ideas que hoy están en la agenda política del siglo XXI: la necesidad de la unidad efectiva de la América Criolla; el cuestionamiento originario de la deuda externa; la advertencia acerca del peligro de la partidocratización de los movimientos populares, es decir de su cooptación por una visión formalista de la democracia.

Rindo mi homenaje, entonces, al luchador, al maestro y al amigo en la Patria.

Octubre de 2004

Resistencia cultural o coloniaje (La realidad va a alejándose del hombre)

No es novedad que la tecnología de las comunicaciones es la característica saliente de nuestra época. Como toda tecnología de punta, está en manos de los centros del poder mundial, en todas sus expresiones. En Argentina, esta circunstancia no difiere.

Las grandes corporaciones mediáticas, que incluyen radios, TV, diarios, revistas y hasta internet, están ligadas, como históricamente ha sucedido, al capital extranjero. Cuando no se trata de empresas fusionadas con emporios extranjeros o, directamente, compañías provenientes de otros países, esa ligazón de acero se produce por medio de los beneficios publicitarios.

En general, los productos publicitados son elaboraciones culturales de los centros mundiales del poder económico, dada su fortaleza industrial y comercial. Aparentemente, esto sólo lesionaría la independencia económica, pero no. La bandera del Nacionalismo Cultural también es amenazada, pues se convierte en estrictamente necesario que los potenciales compradores, los “incluidos” –todos en los grandes centros urbanos–, se identifiquen con las pautas culturales de los países productores. La publicidad, que es la que financia

la actividad comunicacional, precisa provocar en los consumidores un deseo que no siempre está en el imaginario de la sociedad a la cual se dirige, y también necesitan hacerlo los mismos canales, y lo hacen hasta desde su programación y política informativa. Si no se genera ese deseo, no se vende. Este anhelo de la cultura del imperialismo y del modo en que viven los habitantes de las metrópolis, está en la base de la dominación política y económica que sufren nuestros países, pues es lo que la hace posible, evitando toda resistencia cultural.

Viene aquí, quizá, a cuento el aberrante secuestro que el Estado norteamericano ha realizado en la persona del niño Elián González. No en vano el Gobierno cubano denuncia que, amén de la violación del derecho del padre a criar a su hijo, el derecho del niño a ser criado por su padre (y sus cuatro abuelos, todos habitantes de Cuba) y, naturalmente, del derecho de una Nación a decidir sus propios destinos (también llamado “libre determinación de los pueblos”), amén de eso, decíamos, el castrismo denuncia que se intenta minar la identidad cultural de Elián. Y claro, mientras vive en territorio del mayor agresor de la Tierra, sus tíos lejanos le enseñan a saludar chocando palma propia contra ajena, en alto, como lo vemos en las tontas películas comerciales norteamericanas, le dan autos de juguete a los cuales se puede un niño subir y conducirlos y lo llevan a Disneylandia. Es probable que cuando ya sea imposible retenerlo en Estados Unidos y lo devuelvan a su padre, extrañe las mieles lúdicas que probó allí y haya adoptado ciertas costumbres ajenas a su cultura original. Si alguna vez culmina esta infamia, entonces, regresará a Cuba un niño distinto, quebrado en su identidad cultural.¹

¹ Elián González sobrevivió al naufragio de la balsa en que su madre lo

Vemos aquí, claramente, cómo cuando no puede entrarle con las armas a un país, el imperialismo penetra culturalmente a su Pueblo. En este caso, cuando no se secuestran niños, se financian radios para transmitir desde La Florida a Cuba. Hay casos en que no se necesitan las armas, debido a la falta de resistencia en el Pueblo que intenta sojuzgar, producto de un acostumbramiento a la presencia cultural-comercial (y, por ende, política) del agresor envuelto en piel de cordero. Esa es la famosa diferencia entre una colonia y una semicolonía: la primera ofrece resistencia, ante la evidencia de las armas extranjeras en su territorio; la segunda no, pues la dominación económica cubre su retaguardia con una progresiva, casi inadvertible, penetración cultural.

Pues bien: desde sus comienzos, el Pensamiento Nacional denunció la colonización cultural, que obtenía resultados evidentes en ciertos reputados intelectuales de una clase media que había crecido a la sombra de la alianza entre oligarquía e imperialismo. Mientras el país generaba un proyecto que dejaría de ser viable cuando se acabase la expansión agropecuaria resultante de la afirmación de la soberanía sobre las nuevas tierras al sur de la provincia de Buenos

llevaba de Cuba a Florida, en 1999. Rescatado del mar por unos pescadores estadounidenses, su familia materna (uno tíos lejanos, ya que los abuelos permanecieron siempre en Cuba) lo retenía contra la voluntad de su padre, que no desertaba de la isla heroica. Tras una serie de alternativas judiciales, Elián retornó junto a su padre a Cuba, en junio del 2000. Entre uno y otro momento, sus parientes de Miami, prácticamente unos secuestradores, lo “tentaban” con regalos algo fastuosos, muy propios de la cultura yanqui, todo lo cual se televisaba con fruición sistémica. Hoy Elián es un militante de la Unión de Jóvenes Comunistas (la juventud del PC cubano), disipando aquellos temores expuestos en este artículo y demostrando la fortaleza de la revolución cubana, tanto como la de su padre y su familia directa. (N. del A., 2017)

Aires —anteriormente un pequeño corredor, paralelo al Río Paraná, que conducía a las provincias mediterráneas del exvirreinato—, florecía una nueva clase que recibía las migajas de la explotación, trabajando para la estructura comercial y administrativa necesaria para sostener y acompañar un “progreso” cuyo único basamento sólido era el intercambio de productos con Gran Bretaña. Es decir, que esa clase debía su auge y expansión al imperialismo británico.

Todo esto sólo era posible en la medida en que la oligarquía vacuna argentina ocupaba el lugar de poderoso aliado interno del imperialismo más clásico: el inglés. Cierta clase media iba convirtiéndose en “clase subalterna” de aquella oligarquía que detentaba las materias primas, con cuya venta se pagaba, en definitiva, el consumo de bienes que éramos incapaces de producir, pero que se iban volviendo “imprescindibles”.

Mientras tanto, la “relación de los términos de intercambio” se iba deteriorando. Es decir, las materias primas (nuestro único capital) valían cada vez menos respecto de los productos con un valor agregado cada vez mayor, que vendía en nuestro puerto el inventivo capital inglés. En medio de este potencial drama, nuestra clase media fue convirtiéndose en la mayor de Iberoamérica, gracias a la enorme riqueza de nuestra tierra, que provocaba la impresión de ser inagotable.

Era imposible que esa nueva clase no admirase los objetos de confort que la rodeaban y al país que era capaz de producirlo, y, por ende, a su cultura. Pero, aparte de la admiración, faltaba la conciencia de que ese confort era el caballo de Troya de nuestra futura decadencia y de la falta de un proyecto propio para el País. En vez de generar una cultura política creadora, con base en nuestro acervo histórico, los intelectuales de esa

clase comenzaron a imitar la ajena, abortando prácticamente la posibilidad de un crecimiento endógeno, como sí lo había hecho el modelo tan admirado. Esa falencia vino a cubrirla el Pensamiento Nacional en la persona de los hombres de FORJA, fundamentalmente Jauretche, que, sobre la base del trabajo más de tipo económico-político de otro forjista, Raúl Scalabrini Ortiz, demostró brillantemente las claves de la dominación cultural en que habíamos caído.

Pero, también desde el Pensamiento Nacional, se negó sistemáticamente la influencia de los medios de comunicación (instrumentos concretos de la colonización cultural) en la política que se daban para sí las masas argentinas, el país real, profundo. Y estaba bien: la Historia del siglo XIX era la de las masas luchando contra la inundación cultural y comercial británica; en este siglo, quedaba demostrado en todas las elecciones nacionales desde la Ley Sáenz Peña, que el Pueblo no acompañaba el ideario de la prensa oligárquica y que oponía a los intereses imperiales la fuerza de sus caudillos. Ciento cincuenta años signados por el épico estilo argentino: Jefe y Pueblo unidos, en sucesivas patriadas.

Estaba bien descartar la influencia de los medios en aquel momento del desarrollo de las comunicaciones. En cambio hoy, el auge televisivo y la profusión de los medios de información y de entretenimiento masivos cambian la situación.

El hombre urbano vive desvinculado de sus semejantes y alienado en las grandes ciudades. El tiempo se hace escaso de la casa al trabajo y del trabajo al hogar. La realidad va alejándose de ese hombre (no el hombre de la realidad). Y, entonces, para salir del frasco en que uno vive, buscamos la información donde está más a mano.

Así, el hombre moderno de las ciudades, el “incluido” en el sistema, aquél a quien se dirige la programación televisiva –porque aún tiene capacidad de consumo–, comienza a conocer la realidad por intermedio de los medios masivos de comunicación, que, en realidad, son más vendedores que “informadores”. Día a día, los medios van imponiendo los términos de la discusión y, a veces y cada vez más, van “creando” la realidad. A punto tal, que la política comienza a dirimirse en las arenas etéreas de la pantalla más que en el contacto entre los dirigentes y el Pueblo. Muchos políticos prefieren un minuto en la televisión antes que una hora comunicando sus postulados frente a una movilización popular... Otra vez la alienación, la desvinculación entre los hombres.

Sólo puede beneficiarse de esto aquél que no tenga mensaje ni proyecto de país independiente o aquél que se sienta representado por la opinión predominante. Sólo puede beneficiarse quien no quiera el cambio, quien crea que así como estamos es suficiente, que sólo faltan algunos retoques...

O sea, que, hoy en día, la prensa sí incide en la visión general que cierto sector de la ciudadanía comienza a tener del país. Repitamos que se trata, fundamentalmente, de un fenómeno urbano, es decir, eminentemente de las clases medias, en su sentido más amplio (y cayendo, seguramente, en un reduccionismo pero que, a los fines de este análisis, alcanza, pues se refiere a los no “excluidos”), a aquéllos capaces, no es en vano repetirlo, de consumir.

Pero, además de la importancia, por su amplitud, de estas clases medias –que no pueden desatenderse si se pretende modificar su imaginario– que van acompañando cada vez con más convicción los ideales liberales de los grandes grupos

económicos que dominan las comunicaciones, es necesario tener presente una característica casi natural del hombre, que lleva en germen una agravante de la situación: las clases más bajas, a medida que ascienden en la escala social –cuando se dan las condiciones–, tienden a adoptar las pautas culturales de las clases medias, que, a su vez, han adoptado las de la oligarquía o las de la alta burguesía y la oligarquía financiera, si se quiere poner en términos más modernos. En ambos casos esto sucede por el deseo de integrarse a la clase a que quieren pertenecer, que exige –cuando fallan la dignidad y el orgullo por el propio origen– “despegar” de todo lo que remita al pasado ahora repudiado.

Nadie lo graficó mejor que Jauretche. En su libro “El medio pelo en la sociedad argentina”, narra la siguiente anécdota: Parece ser que había en un pueblo de Buenos Aires una maestra rural humilde y trabajadora. Si no recuerdo mal, en la época de Yrigoyen el intendente –quien relata a Jauretche esta anécdota– le gestiona una estadía en Mar del Plata, pues ella anhelaba conocer el mar. Años después, el viejo intendente, que había perdido el rastro de esta maestra, se encuentra con la madre (de la maestra, se entiende); corrían ya los tiempos de la abundancia peronista. Tras los saludos de rigor, la interroga: “¿Y? ¿Fue Fulanita a Mar del Plata este año?” Para sorpresa de él, la señora le contesta: “¡Noooo! Lo ha pasado en Punta del Este; a Mar del Plata ya no se puede ir. ¡Si se ha llenado de la peor gente!” (léase “cabecitas negras” dignificados).

Las palabras sobran: éste es el famoso “medio pelo”, en su expresión más clara.

Más allá de la estatura moral y humana de la protagonista, esta historia nos lleva a una reflexión:

Mientras los medios continúen siendo depositarios y exponentes del ideario y los intereses del gran capital, mayoritariamente extranjero, y de las necesidades políticas de sus países –además de sus desechos culturales–, queda marcada a fuego la necesidad de que el Movimiento Nacional se dé para sí y para el bien de la Patria una política hacia los medios, una política de comunicación. Históricamente no la hemos tenido, por las razones ya expuestas, pero hoy es ineludible. Así como el militante debe tomar en sus manos la tarea de la explicación y el debate –además del compromiso de acción–, en el otro extremo de la realidad, casi virtual, toda organización que pretenda generar y/o acompañar un proceso revolucionario debe buscar modos masivos de difusión de su ideario. Debe dominar esa gran herramienta tecnológica comunicacional, hoy en manos del imperialismo.

Desde nuestra concepción, basada en la contradicción Imperialismo-Nación, la primera tarea es una política cultural que ponga en duda los valores y supuestos que imponen las economías centrales y sus ayudantes del orden nacional. Por eso, debe basarse nuestra tarea en el rescate del Nacionalismo Cultural, (cuarta bandera de Perón), que no es otra cosa que pensar desde nosotros mismos y amar profundamente ese modo de ser que nos convierte en americanos argentinos, pues será difícil vernos a nosotros mismos si no nos sentimos reflejo de la cultura iberoamericana (para los componentes europeos inmigratorios que poseemos ya hay difusores de sobra).

Esto no se logra sin una acción concreta, y, por eso, es obligación de todo aquél que se sienta representado por el Pensamiento Nacional intentar el acceso a todas las formas de comunicación modernas, nucleándonos para romper el cerco

de las dificultades económicas y evitar el sectarismo propio de los grupos intelectuales. Es absolutamente necesario difundir el temario ideológico que la Nación necesita. No iremos a ningún lado si la dirigencia continúa viviendo en la inmediatez política electoralista. Eso es táctica sin estrategia.

Quizá resulte, por ahora, quijotesco el intento de dar pelea a la superestructura cultural del aparato de prestigio europeizante que domina en nuestro país. Si no, miremos en un caso testigo de la actualidad reciente cómo funciona ese sistema de dar o quitar prestigio:

En la última campaña electoral, Alejandro Dolina –claro exponente de la cultura profundamente nacional– realizó un corto publicitario en apoyo a la candidatura de Ruckauf en Buenos Aires. Automáticamente, algunos representantes del deslucido clima intelectual imperante se atrevieron a sugerir: “Vaya uno a saber qué sobre le habrán pasado por debajo de la mesa”... La infamia no tiene nombre y es abiertamente injuriosa, al mejor estilo gorila. Algo parecido le había ocurrido, en su tiempo, a Leopoldo Marechal. El aparato de prestigio no tolera la filiación peronista, y la tilda, despectiva y torpemente, de delictiva. Dolina respondió con un brillante monólogo en su programa radial explicando todo lo que el Peronismo le había dado, muy lejano de la dádiva económica y muy cercano a la dignidad y la felicidad del Pueblo y del hombre que tiene por qué luchar. Pero decidió solicitar que se levantara la propaganda, en virtud de las serias dificultades que le acarrea, incluso en mano de personajes que habían sido sus amigos. Es un episodio indignante, pero corriente. El aparato de prestigio prohíbe determinadas opiniones, so pena de silenciamiento y difamación (algo parecido le sucedió a

Favaloro cuando habló de la superpoblación de las facultades tradicionales, pero en un caso distinto que no viene a cuento).

Por eso, insisto, debemos intentar difundir el Pensamiento Nacional, que es un importante caudal teórico elaborado por los argentinos proscriptos del Olimpo cultural de los anteriores y actuales medios de comunicación. Esta es una tarea de tipo intelectual, si se quiere, pero que debemos aplicar a la práctica política para conectar, enlazar, a las clases medias “cultivadas” con el “subsuelo de la Patria profunda”, esa Patria que es eminentemente americana en su forma cultural, y no crecerá ni prosperará si no profundiza en esa característica. Sarmiento transmitió eficientemente a generaciones y generaciones de argentinos su odio a esa América que no era Europa; intentó establecer Europa en América renegando de la grandeza de nuestro continente y de nuestro territorio (llegó a afirmar que “el mal que aqueja a la Argentina es su extensión”). En la educación sarmientina está la base de nuestra dificultad para realizar la grandeza nacional que soñaba San Martín cuando decía que él sólo pertenecía “al partido americano”.

La Argentina ha demostrado su gran capacidad de integrar a la inmigración, convirtiéndola al país sin encerrarla en ghettos. Ahora sólo falta la puntada que nos ligue culturalmente con nuestro pasado. Pues ni los hombres ni las naciones se realizan sin atender y entender su pasado. Y, reitero, nuestro pasado es americano; y nuestro futuro deberá serlo.

Debemos ser conscientes de la necesidad de impedir el “olvido cultural” de nuestra gran herencia americana, federal y peronista. Urge luchar contra el vaciamiento ideológico del Movimiento Nacional y del Peronismo. Es apremiante que

los intelectuales y los hombres de acción se reúnan en un mismo cuerpo para que nuestro ideario, que es el de muchos argentinos hoy silenciados por la tibieza de la partidocracia, se redescubra y se convierta en lectura “obligada” de quienes luchan por la emancipación nacional. Cuando también nuestros enemigos se vean obligados a discutir en nuestros términos, por la fuerza de la corriente nacional de opinión, entonces, avizoraremos, recién, las posibilidades del triunfo sobre el imperialismo y sus gerentes, del triunfo de nuestras banderas más queridas.

No habrá revolución nacional sin el crecimiento ideológico de sus futuros hacedores, lo cual implica la ya reiterada necesidad del debate y la difusión.

No resistiremos los embates de los que nos quieren globalizar culturalmente si no salimos a denunciar que eso también es imperialismo.

Es lo que nos propusimos cuando lanzamos a rodar “Sudestada”.² Por eso, a la gente que me preguntó alguna que otra vez el porqué del nombre “Sudestada” (fueron más de uno), les respondí con una improvisación que fue puliéndose con el tiempo:

Somos una potente marea rioplatense que no busca el camino del Atlántico hacia la Europa, sino que pretende inundar y fertilizar un territorio argentino, continental, al que nunca le dará la espalda. Tenemos flujos y reflujos, puede ser, pero siempre tenemos la vocación de volver.

Abril de 2000

² La revista “Sudestada”, en cuyo número 4 se publicó originalmente este artículo, fue el órgano de difusión de la Organización del Peronismo Militante entre 1999 y 2010. A partir de ese último año, fue sustituida por “Capiangos”.

Continente mestizo

*¿Falta de identidad?
Los indios somos nosotros.
Los godos somos nosotros.
Los criollos somos nosotros.
Los morenos somos nosotros.
Los gringos somos nosotros.
A la final, ¡nos sobra identidad!*

Fermín Chávez

El acontecimiento fundacional de nuestra Historia es, indudablemente, la llegada de los españoles al continente. No existe otro punto de partida para intentar la comprensión de nuestra patria, pues a partir de allí se forja nuestra idiosincrasia política, religiosa, cultural, artística, idiomática, etc. Por eso, es en ese momento donde hay que poner el ojo para desentrañar nuestro “ser nacional”. Pero existen tres posiciones disímiles respecto de la Conquista de América por

España y la realidad cultural de nuestro continente.

La primera de ellas rinde culto a la acción evangelizadora de España en estos lares y a su operatividad “civilizadora”. Supone esta corriente que las culturas americanas eran “la barbarie” y ni siquiera tienen en cuenta la justicia o no de la destrucción de dichas culturas, realizada por los adelantados y los eclesiásticos que acaudillaban la Conquista. Tampoco se les plantea a los sostenedores de esta tesis, que llamaremos **“Hispanista-católica”**, ningún juicio de valor acerca de la política imperialista de España y sus adelantados, pues se justificaría por el hecho de traer consigo la religión cristiana y sacar a los americanos de la oscuridad idolátrica. En este marco teórico y político, los adscriptos a la tesis Hispanista-católica ven a la “argentinidad” (palabra que les resulta simpática) como un modo de ser católico, apostólico y romano, lo cual no hace referencia únicamente a una cuestión religiosa, sino que nos otorgaría chapa de “occidentales”.

Se opuso a esta opinión clásica una corriente que denunció los atropellos y atrocidades propios de la Conquista: la destrucción de templos, monumentos y ciudades, los autos de fe (quemaduras) contra los registros culturales (mitos, leyendas, ciencias), tales como las quemaduras de los quipus incaicos, por ejemplo, la destrucción de piezas artísticas y religiosas para fundir su oro o su plata –que eran derivadas a Europa (no se capitalizó España por este saqueo ni por la explotación minera en América, sino otros países europeos a los que España compraba manufacturas)–, la esclavitud a que se sometió a los pueblos americanos, etc.

Esta corriente destaca permanentemente el alto nivel de desarrollo cultural de las grandes civilizaciones

“precolombinas”. Ya algunos revolucionarios de 1810 bosquejaron esta tesis como herramienta antiespañola, en una época de atizamiento de los sentimientos contra la metrópoli colonial, pero no porque renegaran de su identidad cultural, sino más bien porque sólo encendiendo las pasiones del criollo que vivía raleado de las decisiones fundamentales de la administración pública en la tierra donde había nacido y moriría, y a la cual amaba, podía enfrentarse a la metrópoli colonial que producía esa discriminación intrínsecamente injusta, tal cual lo percibió toda la América española durante más de un siglo de revoluciones y guerras de independencia.

Inglaterra, que iba a usufructuar económicamente la independencia americana, también promovía estos sentimientos, publicando la “leyenda negra” española, que consistía justamente en difundir las miserias del dominio hispano-católico sobre nuestro continente. La historiografía oficial argentina se haría eco de esa leyenda para fortalecer la idea de que lo español significaba “barbarie” y lo inglés, doctrinas liberales incluidas, “civilización”.

Ya en el siglo XX, aparecieron sostenedores de esta tesis que promovían reclamos de independencia territorial para las comunidades indígenas. Incluso indican que habría que celebrar el 11 de octubre por ser el último día de libertad de América. No dudamos en denominar a esta tesis como “Indigenista”. Evidentemente, la tesis indigenista funciona, en realidad, como antítesis de la hispanista-católica.

Una tercera corriente, rescata distintos aspectos “históricamente positivos” de la Conquista. En primer lugar, llama la atención sobre la relativa “suavidad” hispana respecto de las restantes colonizaciones europeas, que fueron mucho más violentas, sin

lugar a dudas. Resalta, sobre todo, el hecho del “mestizaje” producido en América, único en la historia colonial europea. También pone el acento en que, por acción de la Historia, las grandes masas mestizas e indias son hoy profundamente católicas, por más violencia que haya habido al momento de la insuflación de dicha religiosidad, hace quinientos años; estos son puntos de contacto con la tesis hispanista-católica.

Por otra parte, los sostenedores de esta tesis reivindican los derechos de los pueblos aborígenes, pero desde un punto de vista social, de clase, y no étnico, ni nacional. Participan también de la admiración por las culturas americanas y condenan las atrocidades españolas, en tanto impidieron un mejor conocimiento histórico de los pueblos americanos y en tanto resultan inaceptables a toda persona sensible a las injusticias y a la opresión de un pueblo por otro; en esto entra esta tesis en contacto con la indigenista. La mayor elaboración de esta corriente hizo incluir en el mestizaje a la raza negra, con lo cual empezó a hablarse de América como continente en que se encuentran tres mundos. Llamaremos pues a ésta: tesis del “**Continente Mestizo**”.

Podemos ver ahora que las tres corrientes funcionan de un modo “hegeliano”, estructurándose de la siguiente manera:

Tesis: *Hispanista-católica*

Antítesis: *Indigenista*

Síntesis: *Continente Mestizo*

Ahora bien: ésta es una discusión eminentemente americana, y como tal debe ser tratada, para lo cual vamos a tomar primero algunas posiciones acerca de la “Cuestión Nacional Latinoamericana”, fundamentalmente en nuestro país, simplemente para acotar el espectro y no diluir demasiado la

discusión, y poner el dedo en nuestra propia llaga.

Evidentemente, la etapa colonial preconizaba públicamente la tesis hispanista-católica. Pero con la revolución surgirían, al calor de los combates, dos líneas originales de pensamiento. Las nombraremos, sin pretender que estas denominaciones sean taxativas y sabiendo que pueden no ser quizás las más correctas, e invitando a otros a reformularlas si lo consideraran necesario: **“Nacionalismo revolucionario”**: Artigas, San Martín y Bolívar fueron sus cabezas más destacadas. La idea principal la plasmó San Martín al sostener que él no pertenecía a ningún partido, sino al “partido americano”, con lo cual se significaba que no interesaban las rencillas regionales, sino la tarea común de liberar el continente, al cual se lo veía como un todo indivisible, más allá de las dificultades comunicacionales y organizativas que el propio Bolívar advirtió en virtud de la enorme extensión territorial que comprende y la precariedad de las comunicaciones terrestres de la época, lo cual no obstó a que expresara que era “una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación”. Agregaba Bolívar que “ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión debería (...) tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse...” Artigas decía que plantear la “libertad de América” era su “único anhelo” y lo reafirmaba con aquello de que “los pueblos de la América del Sur están íntimamente unidos por vínculos de naturaleza e intereses recíprocos”. Es decir, el nacionalismo de estos hombres era americano, ideal que compartía gran parte de los revolucionarios de América.

Pero los intereses económicos de las grandes ciudades fueron oponiéndose a este proyecto. Generalmente

vinculadas al comercio exterior, también en virtud de los siglos en que España había organizado las colonias como fuente de transferencia pura de recursos a la metrópoli, las capitales virreinales centraron su política en un esquema que marginaba al interior del continente de toda decisión y todo desarrollo. Estos grupos portuarios de poder son los que salieron airoso del enfrentamiento entre las dos concepciones de la Revolución. Como emblema, mencionemos que Bolívar murió solo y enfermo, camino del exilio, San Martín de viejo en la lejana “Boloña-sobre-el-mar” (intentó volver en una ocasión pero los rivadavianos impidieron que desembarcara) y Artigas solo y vencido, recluido en el Paraguay.

Si Bolívar, San Martín y Artigas iban uniendo pueblos, los egoísmos regionales destruían esa obra y, así, la América Hispana terminó conteniendo dos decenas de supuestas soberanías, asentadas sobre las poderosas ex-capitales virreinales, en la mayoría de los casos, todo gracias a lo que llamaremos:

“Nacionalismo de capilla”: en nuestra región, su máximo exponente en la etapa revolucionaria fue Rivadavia, que sostenía abiertamente que lo que “convenía” a Buenos Aires era “replegarse sobre sí misma”. Así, justificaría el abandono que hizo la ciudad-puerto al Ejército Libertador, negándole fondos para los sueldos de la tropa y dejando a San Martín aislado en el Perú. Mientras los libertadores preparaban el tiro de gracia a las tropas realistas, Rivadavia se dedicaba a atosigar al único gran jefe popular y nacional latinoamericano que tenía cerca: Artigas. Su proyecto de “nación” (el de Rivadavia) miraba a Europa, de espaldas al interior rioplatense. El único “sentido estratégico” que se daba a la política era el dictado desde Londres, que deseaba depositar en América las heces

digeridas en sus fábricas. Para eso había que ahogar al interior, cuyos lazos con el continente cuestionaban la posibilidad de Buenos Aires de construirse para sí un poder centrípeto, es decir, unitario. Y aquí encontramos las bases de las dos tendencias antagónicas argentinas:

Unitarios y federales no se distinguían únicamente por una concepción propia de la ciencia política en cuanto a la forma del gobierno. En realidad eso era secundario, si no fuera por la vocación hegemónica de Buenos Aires y los rivadavianos. El centro era, en realidad, económico. Lo que se discutía era el grado de proteccionismo a adoptar: para los unitarios, nada; para los federales, lo más posible, según la región. Y a éstos no se les escapaba que para “proteger” nuestras economías nacientes era menester desarrollar un poder político americano con cierto grado de compromiso institucional en miras a la unidad.

Tan poco importante era el sistema político (federal o unitario) que mientras los federales predominaron política y militarmente en nuestro territorio, otorgaron a Rosas, gobernador bonaerense, la dirección de las líneas políticas fundamentales del exvirreinato. Y cuando los unitarios llegaron al poder reclamaban, de la mano de Mitre, garantías de federalismo, para que se respetasen los intereses de Buenos Aires, mientras aseguraban su poder omnímodo sobre las provincias.

Actualmente, estos dos “partidos” sobreviven, pero existe un tercero que nació como subproducto de nuestra trágica deformación histórica y cultural. Como queda dicho, el nacionalismo de capilla es, por definición, aliado de las potencias coloniales-imperialistas, pues su pretendido nacionalismo no es más que un instrumento para no compartir

los dividendos que le otorgaba la metrópoli dominante, que se ocupaba (y se ocupa), sistemáticamente, de fomentar nuestras rivalidades internas mediante la diplomacia y la prensa, haciendo honor a la vieja máxima de los romanos: *divide et impera*, o sea, “divide y reinarás”.

A expensas de estos grandes aliados internos del opresor, creció y se desarrolló una nueva clase, menos conservadora por tradición, pero tributaria de la clase dominante, a la cual debía su bienestar y hasta su existencia. Era la pujante clase media porteña, nacida de las necesidades administrativas y culturales de un Estado que depositaba las riquezas de toda la Argentina en... la ciudad argentina más cercana a Inglaterra: Buenos Aires. Esta nueva clase, decíamos, fue menos conservadora, por su propia dinámica de ascenso social. Iba tiñéndose, poco a poco, de un cierto “progresismo”, que la hace llegar, aunque casi siempre tarde y a destiempo, a posiciones “más nacionales”. Y una de esas posiciones es su:

“Latinoamericanismo retórico”: los integrantes más representativos del pensamiento de este sector sociocultural simpatizan con “nuestros países hermanos”, pero la unidad de Iberoamérica les parece algo “utópico”, que es como decir que ni siquiera vale la pena intentarlo; o bien le dan una importancia secundaria; o atacan abiertamente todo acercamiento concreto entre nuestros gobiernos, sin hacer la defensa que habría de esperarse de quien actúa de buena fe patriótica.

Si los nacionalistas de capilla viven recordando conflictos limítrofes (de cuya existencia nos enteramos todos en la escuela) o problemas arancelarios, cuestionan la inmigración de americanos (por clasistas más que por nacionalistas) y están convencidos de que es más una hipótesis de conflicto

“Hielos Continentales” que “Malvinas” (contra los chilenos sí, contra los ingleses no), los “latinoamericanistas retóricos” se hacen eco de todas sus campañas de opinión... Recuerdo ahora, por ejemplo, la indignación de la “opinión pública-publicada” a raíz del hallazgo de un libro escolar chileno que mostraba a la Patagonia argentina como chilena. La noticia fue primera plana de un diario porteño y la “levantaron” numerosos medios audiovisuales. Lo que nadie explicaba era que dicho mapa representaba la época colonial y mostraba la jurisdicción de lo que se conoció hasta fines del siglo XVIII como “Reino de Chile”, que ¡efectivamente! incluía a la Patagonia actualmente argentina, además del Cuyo, por disposición de la mismísima España imperial. El Virreinato del Río de la Plata no se fundaría sino hasta 1776... ¡Bellezas de nuestra prensa bien amada!

Toda esta campaña de enfrentamiento sucedía mientras Argentina y Chile avanzaban en la solución de su último conflicto limítrofe: los Hielos Continentales.³ Recomendamos abrir bien los ojos cada vez que aparecen este tipo de noticias.

Porque el “nacionalismo revolucionario” está actualmente en silenciosa expansión y eso no le gusta ni un poquito a ni a los nacionalistas de capilla ni a los latinoamericanistas retóricos. Por el camino de los aranceles va intentando acercarse a lo que debería ser su objetivo prioritario, con marchas y contramarchas, pero muy movilizadas, a tal punto que, días atrás, el presidente venezolano, Hugo Chávez, quien motoriza la integración entre el Mercosur y el Pacto

³ Independientemente del diferendo en sí, de las razones de la posición argentina o la chilena, de la pertinencia o no de un acuerdo determinado, lo que se azuza es el antichilenismo, de este lado de los Andes, y el antiargentinitismo, del otro.

Andino, afirmó que es necesario avanzar hacia una unidad de tipo político-institucional en Sudamérica.

Seguramente nos falten más presidentes en Latinoamérica tan decididos como Chávez, pero es indudable que no hay camino como no sea el del nacionalismo revolucionario latinoamericano, pues no son viables nuestros países sin su unidad, porque cuando se levanta una cabeza alcanza un zapato para pisarla, cuando se levantan dos se les salta encima, pero cuando se levantan todas juntas los pies de un enemigo resultan ser pocos. Para hacer la Justicia Social es necesaria la Independencia Económica, y ésta es imposible sin la unión latinoamericana, que permitirá enfrentar a los poderosos intereses de los cuales son deudores nuestros países y a los cuales está históricamente aliado un sector importante de nuestra sociedad que suele engañar con su propaganda a los argentinos que desconocen su historia y no tienen la misteriosa habilidad de intuirlo, como sí lo hacen las mayorías populares. Debemos convencernos de que nuestras “soberanías” son absolutamente antinaturales

a) Tesis Hispanista-católica: no sirve al objetivo de unidad porque, si bien resalta el catolicismo común a todos nuestros países, desprecia todas las inmigraciones posteriores a la colonización española y finge ignorar la realidad acrisolada de nuestro tenor racial, así como también niega lo criollo en nuestro pasado heroico poniendo el acento en lo hidalgo, lo cual la lleva a despreciar los vínculos profundos que unen a nuestros paisanos del interior con los de los países vecinos, porque en el fondo son clasistas y su hispanismo esconde una añoranza de los blasones abolidos por la Revolución de Mayo, un orgullo racial blanco, un desprecio por el indio,

que se tradujo más tarde en el odio al “cabecita negra”. Los nacionalistas de capilla, pues, por afinidad ideológica, lo declaman o no, suscriben a esta tesis.

b) Tesis indigenista: sería imposible fundar la unidad continental con quienes han llegado a proponer la creación de nuevos estados indígenas en América (tal como lo hizo el Partido Comunista cuando declaró la necesidad de erigir las repúblicas quechua y aimara en la región argentino-boliviana, el viejo Alto Perú); tampoco si, en lugar de promover la integración de las comunidades indias, se fomenta su segregación por medio del enfrentamiento con “el hombre blanco” y de su reclusión en reservas como si fueran una fauna (o una flora, por qué no) en peligro de extinción a la que se quiere aislar de la dinámica histórica americana (aun manteniendo sus pautas culturales en la medida en que lo deseen, deben tener acceso a los beneficios que puedan darles nuestros Estados, y eso deben hacerlo sin los tutores rubios que celebran el 11 de octubre). Todos los “latinoamericanistas” que hablan de los indios americanos actuales como si fueran personajes del Discovery Channel y no “conciudadanos” tan argentinos, en nuestro caso, como el señor que vive en la esquina de su casa, son indigenistas que no soportarían perder a los protagonistas de sus documentales favoritos y por eso quieren la independencia territorial mapuche, por ejemplo, como si la comunidad mapuche fuera capaz de defender su independencia por sí sola respecto de los poderes que interactúan con ella. Es ésta una ideología perfectamente identificable, generalmente asimilada a las “izquierdas” políticas propulsoras en uno u otro tiempo de esas escisiones. Si el lector incursiona en la

televisión encontrará asiduamente “pensadores” con este fondillo doctrinario. Mal puede un latinoamericanista profundo aceptar la subdivisión y cercenamiento de las ya vapuleadas repúblicas de Iberoamérica. El indigenismo es propio del latinoamericanismo retórico.

c) Tesis del continente mestizo: pone de relieve justamente la acción unificadora de la Conquista y de la evangelización, con lo cual empieza por reconocer el carácter homogéneamente cristiano de nuestras masas populares y su origen común; hace notar que el verdadero enemigo no está en la raza ni en la religión o la falta de ella, sino específicamente en los que intentaron minar la unidad territorial y la homogeneidad religiosa, es decir, el imperialismo inglés que promovió la Leyenda Negra de Bartolomé de las Casas para debilitar el predominio español en América y explotar la independencia americana por el comercio exterior apoyándose en la acción diplomática para dividir y debilitar al mundo criollo; y luego el imperialismo norteamericano que repite la enseñanza de su madre patria y la lleva a su máxima expresión con el dominio de los medios de comunicación y las políticas financieras. Todo empezó con aquella Leyenda Negra que omitía aclarar que el colonialismo español había sido “casi ingenuo” si se lo comparaba con el sistema negrero y con la explotación de otros pueblos del luego llamado “Tercer Mundo”; podríamos agregar la comparación con las humillaciones que debieron sufrir India y China en este mismo siglo XX, la última en manos de casi toda Europa (no de España), o con la persecución sistemática de sioux, apaches y todos las tribus norteamericanas (ya lo dice el famoso refrán yanqui: “El mejor indio es el indio muerto”); esta tesis destaca la mezcla de españoles e indios

(hecho único en la historia moderna), la mezcla con los negros, con los europeos que huyeron de la miseria, las guerras y las persecuciones de estos últimos cien años, y la mezcla con los asiáticos. En nuestro continente, el que no está mestizado convive diariamente con la “impureza racial”. Porque nosotros provenimos de todas esas mezclas. Por eso el nacionalismo revolucionario sostiene la tesis del continente mestizo, porque así como los revolucionarios del siglo pasado entendían que todas las castas estaban comprendidas en el proceso de independencia, hoy los nacionalistas latinoamericanos incluyen en su proyecto a todas las clases, toda vez que la cuestión racial se ha vuelto imprecisa. No hace falta decir que esta es la posición que suscribimos.

Hoy en día, la tesis más difundida por la propaganda mediática es la indigenista. El aparato cultural suscribe a ella. Si, antiguamente, la cátedra universitaria sostenía la tesis hispanista-católica, hoy eso es imposible en virtud de sus implicancias netamente conservadoras y de la derrota en el plano mediático de toda doctrina religiosa, amén de la ya tradicional enseñanza de que nuestro origen hispano es una mácula vergonzante para nuestra identidad.

Así que la generalidad ideológica accesible por los grandes medios de difusión se ve claramente como indigenista. ¿Pero por qué no tiene acceso a la publicidad la tesis del continente mestizo?

Es que si bien la tesis hispanista-católica parece olvidar a las masas aborígenes americanas y africanas y la indigenista ignora la religiosidad popular de esas masas, ambas son funcionales a la colonización pedagógica, porque los hispanistas-católicos y los indigenistas, los nacionalistas de capilla y los

latinoamericanistas retóricos juegan para el mismo equipo: el de la división y la incompreensión entre nuestros pueblos. En el otro arco está la América profunda y mestizada, desde México hasta Ushuaia, que juega con más de 11 pero no logra imponer su superioridad numérica, porque el referí la bombea grotescamente... Ese referí es el centro del poder mundial en sus variantes económicas, culturales, políticas y militares, cada vez que hace falta sacar una tarjeta para desplazar de la cancha a los líderes que hacen los goles, desde el artillero Artigas hasta el Perón de la mano de Dios y el gol a los ingleses...

Si queremos la unidad de América Latina, debemos evidenciar los factores que la hacen posible y las causas que la hacen necesaria, es imprescindible vestir esa camiseta y transpirarla.

Puesto que el centro de tracción desamericanizante es Buenos Aires, propongamos a cada porteño el siguiente viaje:

De Buenos Aires vaya a Mendoza y de allí a Chile; escuche observe, converse. “Suba” hasta Atacama y cruce a Bolivia, de allí reingrese a la Argentina por Jujuy; recuerde sus etapas anteriores y escuche, observe, converse. Vaya de Formosa a Paraguay, de Paraguay al Chaco brasileiro y reingrese por las cataratas; haga el mismo ejercicio. Visite Entre Ríos, cruce el Río Uruguay; observe, escuche, converse. Conozca ahora Montevideo y su gente y cruce el charco de retorno a su hogar; ahora piense... ¿De qué están hechas las fronteras?

Enero de 2001

El corrupto es el modelo

(Reconstruir lo nacional y popular)

En una edición anterior de “Sudestada”, el número 3, hicimos algunas reflexiones a partir de la pregunta “¿Existe el Movimiento Nacional?”. Allí definimos que el hombre se realiza únicamente en comunidad; que la realización de la comunidad es obstaculizada por factores políticos y económicos internos y externos; que los factores internos eran deformados por los externos, es decir por la penetración imperialista, en virtud de los aliados internos de los intereses extranjeros; que, entonces, había un sector nacional y uno antinacional en nuestra comunidad; que todo esto implicaba que la contradicción principal en Argentina seguía siendo “Imperialismo o Nación”. Consideramos entonces que el sector nacional había tenido a lo largo del tiempo más de un partido político que lo representara, incluso en un mismo momento histórico. Finalmente, concluimos que esto era un signo inequívoco de la existencia de un Movimiento Nacional más amplio que un partido político y que en el campo nacional debíamos contar a todos los sectores sociales cuyo interés está atado al desarrollo de las potencialidades internas del país y a todos los sectores políticos que reconocen de una u otra manera la necesidad imperiosa de realizar la Soberanía

política, la Independencia Económica, la Justicia Social, el Nacionalismo Cultural y la Unidad Iberoamericana, esta última como herramienta efectiva de oposición al imperialismo.

La coyuntura actual parece indicar que grandes sectores militantes atisban la necesidad de reconstruir el Movimiento Nacional, que no es que no exista sino que está enormemente debilitado. Porque la sociedad nacional está debilitada. Tanto los trabajadores como los profesionales, los pequeños y medianos empresarios, el capital productivo nacional, los pobres y excluidos, obviamente, y todos los que no reciben las migajas que arrojan los detentadores del poder financiero, que es hoy el verdadero poder político. La Argentina grande que conocimos dejó paso a otra que vivió pagando y murió debiendo. Esto nos pone a todos en la obligación de trabajar por esa reconstrucción, que va operándose en muchos ámbitos de nuestra vida política.

Para eso, lo primero que hay que tener es cierta humildad como para no ser sectarios y recibir de brazos abiertos a los que se integren a la tarea que emprenderemos y definir una única frontera: el “modelo”. Esta nueva acumulación de fuerzas deberá ser un plato que contenga a todos los que sufren este sistema de injusticia social y sumisión política y económica. Con los pies afueras de ese “plato” quedan, naturalmente, los que usufructúan el “modelo” y los que colaboran con ellos. Pero esta definición primigenia acerca de la amplitud que debe tener la reconstrucción del Movimiento Nacional no excluye el debate necesario para dotar de autoconciencia a la acción.

En este sentido, es necesario establecer que no hay reconstrucción posible del Movimiento Nacional si no se realiza con los trabajadores como columna vertebral de la lucha. Y debe reconocerse que la identidad histórica de los

trabajadores está en el Peronismo, pues toda otra perspectiva quitaría historicidad a la actividad y a la necesaria elaboración teórica que deberán encarar, como ya se está haciendo, los distintos actores de esta nueva gesta que tenemos por delante. Habrá entonces no sólo que reconocer esta tradición política popular, sino también reivindicarla, en tanto y en cuanto ha sido el propio Peronismo el que definió, enmarcó y condujo los momentos más lúcidos del Movimiento Nacional organizado, todo lo cual lo sitúa como el ejemplo histórico a observar para “afinar la puntería” en esta nueva etapa.

Pero el Movimiento Nacional no se define plenamente si no se dice expresamente que debe ser “nacional” y “popular”. Por ende, corresponde a todas las organizaciones y agrupaciones políticas acompañar las luchas sociales que hoy protagoniza el Pueblo argentino. Es imprescindible esta ligazón de acero con las luchas sociales, pues alrededor y a partir de ellas se irá forjando la nueva Argentina que queremos ya no reconstruir, sino recrear. Porque las luchas sociales son los “golpes publicitarios” del subsuelo de la Patria sublevada.

Uno de los primeros escollos que encontraremos será, sin duda, el actual estado de escepticismo de la juventud y de apatía o, peor, antipatía hacia la política que viven íntimamente vastos sectores de la población. Si bien esta predisposición general tiene su base y fundamento explícitos en la deshonestidad de la dirigencia (nos negamos a hablar de “clase política”, que es un concepto cuya existencia atenta directamente contra el vínculo entre la sociedad y la política como actividad necesaria de la comunidad), si bien el reclamo consciente es, a todas luces, la lucha contra la corrupción, será nuestra obligación hacer notar que éste es un problema

real pero accesorio; que el problema central es la inexistencia de un proyecto Nacional y Popular que hoy se encarna en el Estado nacional. Debemos explicar a todos los argentinos que el corrupto es el modelo; que la corrupción le es inherente porque la falta de Soberanía Política e Independencia Económica conllevan necesariamente la injusticia social. Porque la dirigencia, carente de la convicción de que son necesarias y posibles esa Soberanía e Independencia, no tiene motivos suficientes para cuidar el patrimonio de los argentinos porque no sabe qué hacer con él, cómo utilizarlo mientras no sea para satisfacer las demandas de los grandes grupos económico-financieros, en su mayoría extranjeros, y de los países centrales que nos presionan para beneficiar a esos grupos y para encolumnarnos detrás de sus intereses políticos.

Puede deducirse entonces que los dirigentes que centran su reclamo en la cuestión ética sólo hacen el juego a esos intereses. Su propuesta es más de lo mismo, pero con mayor prolijidad. Así, De la Rúa sería un poco mejor que Menem porque es un poco más transparente, si es que puede decirse esto y olvidar la famosa Banelco, y un poco más discreto que la llamada ostentación menemista, si dejamos a un lado a Shakira. Pero ya vemos que sólo es una pátina de pintura en la pared del “modelo”, como para emprolijarlo. Y Chacho podría ser visto (y así nos lo quieren presentar) como la segunda mano de pintura en la pared, que en realidad es un paredón con el que se tapa la posibilidad de la difusión de un verdadero pensamiento nacional y popular que se constituya en alternativa a este modelo de país.

También debe ponerse en la mesa una cuestión estratégica central: la necesidad imperiosa de la unidad regional, sin

la cual no podremos sostener en el tiempo ningún triunfo, por espectacular que fuera, ni en el campo político ni en el económico. Hoy podemos ver cómo la tremenda dificultad económica argentina, combinada con la incapacidad diplomática de la actual Cancillería, han empujado de alguna manera a Chile al espacio comercial que conducen los Estados Unidos⁴. Esto es parte de la política yanqui de acoso al Mercosur. Y la Argentina no está en condiciones de sofrenarla. Los perjuicios pueden simplemente entretenerse si se piensa que Chile es la puerta de salida, por ejemplo, vía el Océano Pacífico, a los mercados asiáticos. Esto debilita enormemente nuestra posibilidad de oponer resistencia a los intereses norteamericanos. Con Chile adentro del Mercosur sería un poco más fácil, sobre todos si se diera un mayor desarrollo político a la integración.

Todas estas cosas habrá que discutir las entre la militancia y cara a cara con el Pueblo, pues uno de los principales enemigos en el flanco ideológico-cultural será el aparato comunicacional, íntimamente ligado a este modelo y enemigo acérrimo, por definición, del Estado, en tanto y en cuanto este último es el único que condiciona su poder cada día más omnímodo. Los

⁴ Chile y Estados Unidos avanzaron significativamente durante el año 2001 en la preparación del Tratado de Libre Comercio (TLC), que firmarían entre sí finalmente en 2003. Estados Unidos veía estas negociaciones como un modo de comenzar a presionar para la realización regional de su política de liberalización del comercio exterior. Durante el año 2001, de hecho, comienzan también las negociaciones para programar el encuentro de 2005 en el que se pretendería establecer el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). El vuelco de Chile al TLC con EEUU tendía a desvincularlo del Mercosur. Por su parte, la expectativa por el ALCA también debilitaba a nuestro espacio regional de integración. Todo en beneficio de la política exterior estadounidense y sus intereses económicos y geopolíticos. (N. del A., 2017)

medios deciden hoy por hoy quién existe y quién no. Y sólo toleran algunas expresiones populares únicamente mientras no estén referenciadas a una discusión clarificada acerca de las contradicciones fundamentales y a una conducción orgánica o por lo menos organizada que las articule en una lucha concreta y viable contra el actual modelo. EL escepticismo es parte del metamensaje neoliberal. Es la herramienta para arrancar a los pueblos de la lucha por la construcción de su propio destino. Los medios de comunicación masiva son sus principales propagandistas.

Hoy el camino se va allanando gracias a la capacidad del actual gobierno de confrontar con absolutamente todos los sectores de la vida nacional, excepción hecha de los pocos grandes grupos económicos. Pareciera tener la gestión De la Rúa una habilidad especial para irritar a los argentinos. Pero esto es bueno porque permite explicar todo lo que venimos diciendo, pues muchos comienzan a preguntarse qué es lo que realmente anda mal. Si este señor con cara de bueno, ordenado y educado se dedica a recortar salarios y después permitir aumentos en los transportes, a subir impuestos que cada vez cuesta más pagar, a bajar jubilaciones y a anular el sistema de reparto que decía preferir, a desmantelar lo que queda de la salud pública (que sobrevive únicamente gracias a la acción solidaria de las obras sociales), a destruir lo que quedaba de las leyes de protección laboral, a amenazar con los denostados hasta ayer por él mismo “decretos de necesidad y urgencia” para imponer todas estas cosas que nadie desea y que nadie votó, si primero el “Tango 01” era emblema de corrupción y ahora es el segundo hogar del Presidente, si primero el déficit fiscal era el problema pero ahora es aceptable...

La ceguera, la soberbia, el desconcierto, la incapacidad, la indecisión y la confusión de este gobierno representan quizá uno de los mayores aportes que actualmente se hacen a la Patria, si nosotros logramos explicar que esto es una especie de caricatura de lo que sucede a gran parte de la dirigencia argentina. Pero debemos aclarar que no de toda; que en todos lados hay militantes, en distintas posiciones, aun dirigenciales, con ideas y programa, con vocación nacional y popular, con voluntad de convocar a los argentinos a formar parte en esta patriada. Si no, el nihilismo, el escepticismo se harán cada vez más dueños del alma del Pueblo y nuestra tarea será en vano.

Febrero de 2001

Cinco banderas

La Argentina es un país con dos Historias. Una es la que se enseña en los colegios, la academia, en los medios de comunicación masivos, en la Universidad. La otra Historia es la del llamado Revisionismo Histórico, que ha cuestionado todos los postulados centrales de aquella “historia oficial”, y a la que no tienen acceso vastos sectores de la población porque el aparato cultural la oculta deliberadamente.

Podríamos sintetizar esta cuestión con los versos de la canción famosa:

*Si la Historia la escriben los que ganan,
eso quiere decir que hay otra Historia:
La verdadera Historia...
¡Quien quiera oír, que oiga!*

Canción esta que comienza previniéndonos que cuando no recordamos/ lo que nos pasa/ nos puede suceder la misma cosa... y declarando que nos matan la memoria/ nos queman las ideas/ nos quitan las palabras... Si todo esto es así, empiezan a cobrar valor las palabras de Martín Fierro:

*Hay hombres que de su ciencia
tienen la cabeza llena;
hay sabios de todas menas,⁵
mas digo sin ser muy ducho—
es mejor que aprender mucho
el aprender cosas buenas.*

O aquello que le escuché decir alguna vez a Abelardo Ramos: que más vale leer un solo buen libro en toda la vida, que leer una biblioteca entera de porquerías...

O sea que hay cosas “buenas” y cosas “malas” para aprender y, por ende, hay “buena” y “mala” Historia para leer. Esto supone una definición previa hecha por el sujeto lector de Historia, acerca de qué es lo bueno y qué es lo malo. Y esa definición, en el caso de la Historia, no nos engañemos, es una definición política. Porque la Historia es también una historia de la Política, de las luchas políticas del pasado.

Pues bien: ¿Qué criterio político orientaba a quienes iniciaron la divulgación de nuestra Historia? ¿Y a los que cuestionaron esa “versión oficial”? ¿Es necesario aún dar pelea en el terreno histórico?

La historiografía oficial argentina tiene dos fundadores principales: Vicente Fidel López (hijo del compositor del Himno Nacional) y Bartolomé Mitre (presidente entre 1862 y 1868, instigador de la guerra contra el Paraguay y fundador del diario La Nación). Ambos mantenían una polémica acerca de la metodología de la investigación histórica pero coincidían en los postulados políticos que los inspiraban. Baste para comprobarlo

⁵ Menas: medidas. En cabuyería (el arte de los nudos), “mena” es la medida del grueso de una cuerda, obtenida según su circunferencia o contorno.

citar a López cuando, cerrando las diferencias con Mitre, le dice en una carta: “A los bárbaros desorganizadores como Artigas los hemos enterrado históricamente”.

Al escuchar esta frase aprendemos que a la divulgación de nuestra Historia la ha regido, desde el principio, un criterio político. Lo cual no es malo. El problema es que, justamente, ese criterio político ha tenido, desde su concepción, un profundo desdén por lo popular. Por eso, han puesto un gran empeño en hacer una Historia de individualidades, centrada en los héroes y los antihéroes. Porque cada hombre, individualmente, puede enterrarse, pero no puede enterrarse un Pueblo entero. ¡Y eso que lo han intentado!

Si Nietzsche reconoce que las masas sirven para conservar la especie,⁶ no parecía tener tan bello pensamiento sobre el Pueblo don Domingo Faustino Sarmiento cuando le recomendó a Mitre que “no ahorre sangre de gauchos” porque “es el único abono útil que pueden dar a la tierra”. Se ve que Sarmiento confiaba menos en las masas que el mismo Nietzsche. A lo mejor las nuestras eran más inservibles por el hecho de ser criollas, lo cual las inhabilitaba hasta para “conservar la especie”. Las de Nietzsche, en cambio, eran europeas. Lo que pasa, en realidad, es que Sarmiento prefería que se conservara la “especie” europea, antes que la criolla.

¿Queda claro que los fundadores de nuestra historiografía se paran, políticamente, en contra de las masas, es decir, del Pueblo? Esta definición política nos obliga a colocarnos

⁶ Según Honorio A. Díaz en su libro “Historia y Contra-historia. Liberales, nacionalistas y marxistas en la historiografía argentina”, Juan José Hernández Arregui cita así a Nietzsche: “las masas sólo sirven para conservar la especie”. El presente artículo es una adaptación de la conferencia brindada por el autor, con motivo de la presentación de dicho libro, en el año 2001.

“políticamente” en la vereda de enfrente. Ni siquiera hace falta explicar por qué...

Pero ¿cuáles son estas dos veredas? Fue Arturo Jauretche quien las explicó. Y para hacerlo recurrió precisamente a Sarmiento. Porque Sarmiento las había sintetizado en la antinomia que hizo famosa en su libro “Facundo - *Civilización y Barbarie*”.

En esta antinomia, lógicamente, Sarmiento se colocaba del lado de la Civilización y enfrente, en la otra vereda, veía a Facundo Quiroga y tras de él a los todos caudillos, conductores de los patriotas del común que iban a las guerras en montonera y habían hecho posible la independencia de esta parte de la América Criolla. Tras los caudillos, los patriotas también eran “la barbarie”. En definitiva, Sarmiento se veía a sí mismo enfrentado a las masas rurales, al Pueblo real y concreto de nuestra Patria.

Lo que Jauretche explica y muestra con argumentos demoleedores en su “Manual de Zoncercas Argentinas” es que la disyuntiva sarmientina es, en realidad, entre Europa (*la Civilización*) y América (*la Barbarie*), razón por la cual el “gran maestro argentino” se constituye en uno de los principales propulsores de la política inmigratoria para sustituir la masa que sólo servía para abono de la tierra por otra, supuestamente más capaz para el trabajo. Esa que según Nietzsche sólo sirve para conservar la especie.

Parece que, además de un desdén por lo Popular, había en estos hombres, nuestros liberales elitistas, un desdén por lo Nacional, puesto que prefirieron lo popular extranjero a lo popular propio. Amén de una profunda ignorancia acerca de la realidad europea, que los llevó a creer que al abrir las puertas a la inmigración del continente “civilizador” acudirían aquí

presurosos los sajones que usufructuaban los beneficios de la revolución industrial y no, como finalmente sucedió, las masas empobrecidas de los países europeos más atrasados en el desarrollo industrial.

Según Jauretche esta zoncera –*“Civilización y Barbarie”*– es la principal, y de ella surge todo un edificio de criterios e ideas que son la base de nuestra colonización cultural. Por eso, *“Civilización o Barbarie” es la madre que las parió a todas*, a todas las zonceras de denigración, en definitiva, de nuestro propio Ser Nacional.

Todo esto en el campo cultural. En el histórico, podríamos tomar aquella frase ya mencionada de Vicente Fidel López como *“la madre que las parió a todas”*. Repitámosla: *“A los bárbaros desorganizadores como Artigas los hemos enterrado históricamente”*.

Gracias a los aprendices de funebreros de la laya de Vicente Fidel López, nuestra historiografía estuvo signada por una especie de muerte civil de los caudillos populares. Por eso, la lucha del Revisionismo consistió en desenterrar a la mismísima Barbarie, que, paradójicamente, significaba desenterrar lo Nacional.

Porque, aunque en origen barbarie es extranjería (los griegos llamaban *“bárbaros”* a quienes no hablaban el griego, a los extranjeros), por obra y gracia del fecundo suelo argentino se convirtió en lo Nacional. En definitiva, desenterrar la Barbarie era, entonces, hacer aflorar el subsuelo de la Patria.

Todo esto significó un aprendizaje para nuestros pensadores, que iban descubriendo y revelando que nuestra Historia estaba conformada por una sucesión de triunfos y derrotas del campo Nacional y Popular, de lo que hoy llamamos Movimiento Nacional.

Bien mirado, en el siglo XIX se había combatido por la **Soberanía Política** y la **Independencia Económica**.

Eso expresó el liberalismo democrático de los luchadores por la Independencia y eso expresó el federalismo de provincias. La Revolución de Mayo era la búsqueda de la Soberanía Política, tal cual queda expresado en nuestra Declaración de Independencia (“respecto de España y de toda otra potencia extranjera”). La montonera federal era la lucha por la Independencia Económica, que se sintetizaba en la lucha contra el librecambismo de la Buenos Aires unitaria. Rosas fue una síntesis entre las dos.

Pero la derrota sucesiva del liberalismo democrático sanmartiniano, primero, y de los caudillos, después, iba a significar la derrota del Pueblo mismo, en manos, precisamente, de los Sarmiento, los Mitre y los López. Es lo que Abelardo Ramos llamó “revolución y contrarrevolución”, esa característica de nuestra historia según la cual de manera alternada se hacen con el poder los sectores nacionales y antinacionales de la Argentina.

Recién en el siglo XX va a reaparecer en escena el Pueblo, eso que en el relato del 17 de Octubre Scalabrini Ortiz llamó “el Subsuelo de la Patria sublevado”, cuando Perón sintetiza las luchas históricas en las tres banderas del Justicialismo, proponiéndolas como programa de gobierno.

Aquí aparece por primera vez la idea de la **Justicia Social**. No es que Perón la invente (ya la habían explicitado el Radicalismo y los hombres de FORJA), pero la transforma de palabra en realidad, que eso es crear. De esta manera, lo Popular, el Pueblo, ingresaba formalmente a la Historia por la puerta grande de la Revolución Peronista.

Si en un primer momento hubo que desenterrar a los héroes, y quizá esa fue la tarea de los primeros revisionistas, después hubo que desenterrar a los Pueblos. Los caudillos del siglo XIX habían reaparecido ya, de alguna manera, con Yrigoyen y con Perón.

Pero la nueva generación de pensadores nacionales veía con sus propios ojos que el “caudillo” era expresión del Pueblo mismo; que no había caudillo sin Pueblo, pues se es caudillo, precisamente, de un Pueblo, en tanto el Pueblo unge con esa condición. Entonces, estos nuevos revisionistas se dieron a la tarea de desenterrar los Pueblos, que ya no querían ser Subsuelo porque empezaban a ser protagonistas, tarea que no podía realizarla el Nacionalismo de tipo elitista y aristocrático que había hecho las primeras reivindicaciones de Rosas. Así que la realizó un nuevo revisionismo que se expresó a través del Nacionalismo Democrático de Jauretche o el Pepe Rosa y a través de la Izquierda Nacional.

En realidad, este fue el verdadero rescate, en el plano historiográfico, del subsuelo de la Patria. Y coincidía, históricamente, con la etapa de la Resistencia Peronista, es decir, la de la proscripción del Pueblo argentino, que era, a su vez, la proscripción del Peronismo. Coincidía con el intento explícito (a través de la doctrina de la Línea Mayo-Caseros) de devolver al Pueblo al lugar que el mitrismo y los liberales le asignaban en la Historia. O sea, enterrarlo, otra vez, en el subsuelo de la Patria.

Quizás todo este reverdecir de la historia popular, paralelo a la Resistencia, hizo reflexionar a Perón. Él, al igual que Yrigoyen, no había querido abrir el frente cultural. No había querido presentar batalla en este campo, porque entendía que

le iba agregar una dificultad más a su “Revolución en Paz”. Pero cuando vuelve, en el '73, afirma que a las tres banderas tradicionales del Justicialismo había que agregarle una cuarta: el **Nacionalismo Cultural**.

Aquí Perón vuelve a sintetizar los principios de una doctrina política para el Pueblo argentino. Porque una de las cosas más brillantes que tenía Perón era esa capacidad para interpretar y direccionar ciertas concepciones políticas que estaban en la raíz misma de nuestro Pueblo sin implantar modelos ideológicos, sino deduciéndolos del sentir popular. O sea, que a esta altura del partido, en los años 60 y 70, habíamos resucitado del entierro histórico a que nos sometían los mitristas y sus seguidores. Pero, contra lo que podía pensarse, todo ese proceso de rescate de lo Nacional y Popular estaba a las puertas de un retroceso categórico. Entre el llamado “Proceso de Reorganización Nacional”, la política cultural alfonsinista, el auge mediático de los '90 y la cultura individualista de la era menemista se nos ha infringido una nueva derrota.

Las armas son nuevas. Ya no se nos puede silenciar en el terreno histórico, por más que se intente cada vez con renovados esfuerzos, como se hace hoy en la Universidad de Buenos Aires, por ejemplo. Pero se puede proceder a la deformación.

Al cumplirse el centenario del nacimiento de Jauretche, el canal TN, del Grupo Clarín, incluyó su recuerdo entre las efemérides de la fecha: ahí me enteré de que Jauretche *era un militante radical de la década del '30 que había sido cofundador junto a Scalabrini Ortiz de la Fuerza de Orientación Radical para la Juventud Argentina (FORJA)*. O sea, nada, ni una palabra de la evolución ideológica de don Arturo, entre el '30 y el '74,

año de su muerte. ¡Cuarenta y pico de años que TN decidió borrar en la historia de un hombre! Sin mentir, se deformaba por una simple omisión el significado de toda una vida. Algo muy parecido a lo que hizo Mitre con San Martín al omitir historiar su vida en el período que va desde su alejamiento de América hasta su muerte en 1850.

Los funerales ya no se realizan en la historiografía, porque nadie lee Historia (de hecho, los libreros no compran más usados de este género, cosa sorprendente visto el auge de la novela histórica) pero todo el mundo ve TV. Entonces, las exequias se realizan en los medios audiovisuales de comunicación.

Poco a poco, nos fuimos quedando sin Independencia Económica, al caer en la órbita del FMI y las potencias financieras multinacionales; sin Soberanía Política, justamente por la falta de Independencia Económica; sin Justicia Social, porque depender económicamente es hacer un país para otros, no para los habitantes de nuestro suelo; y, finalmente, sin Nacionalismo Cultural, es decir, sin una identidad cultural orgullosa de sí misma, porque es muy trabajoso expresar orgullo por un país que no decide sus propios destinos y no protege a sus hijos.

Entonces, quizá sea el momento de preguntarnos qué nos falta para revertir esta situación. Cuál es la tarea propia de las nuevas generaciones. Para tal tarea no hace falta empezar de cero. La política no es el arte de empezar de nuevo, como dijo Elisa Carrió, alias “Lilita”. Eso es tan deshistorizante como la efeméride de TN, pues desvincula el presente del pasado, a nuestra generación de las anteriores. No nos dejemos engañar: tenemos de dónde agarrarnos en la tarea de llevar a cabo una nueva etapa revolucionaria. “La base está”.

Y está en la síntesis que había realizado Perón:

Soberanía Política, como quisieron los fundadores de la Patria.
Independencia Económica, como quisieron los caudillos federales de nuestra época heroica.

Justicia Social, como quisieron Yrigoyen y Perón.

Nacionalismo Cultural, como enseñaba Jauretche.

Pero no termina aquí la cosa, porque si no, en vez de hacer Política, haríamos simplemente Historia. Nuestra tarea es dar una nueva síntesis a la ideología que la Argentina necesita. Para eso, hay que rescatar de nuestro pasado lo que siempre han querido ocultar. Hay que conjugar con las viejas banderas, con el viejo (pero vigente) programa del Peronismo, otra que viene del fondo de los tiempos de nuestra Nación pero que hoy es más necesaria que nunca. Una quinta Bandera: La unidad efectiva de la América Mestiza.

Porque no hay triunfo argentino en el aislamiento.

Los unitarios, que deseaban triunfar de la mano de los ingleses, lo entendían; los ingleses lo entendían también. Por eso, entre los dos, se ocuparon de desmembrar nuestro territorio. Lo entienden hoy los yanquis, que, a diferencia de nuestros países, tienen una secretaría de estado para asuntos latinoamericanos;⁷ y por eso meten al MERCOSUR la cuña del ALCA.

Pero también lo entendieron otros. Lo entendió Artigas (el bárbaro desorganizador); lo entendió San Martín, con su desobediencia debida; lo entendió Felipe Varela; lo entendió Manuel Ugarte; lo entendió Yrigoyen y lo expresó con contundencia. Y lo entendió Perón, no sólo en el intento frustrado del ABC, sino también cuando dijo

⁷ El organismo se denomina "Secretaría de Estado para Asuntos del Hemisferio Occidental".

aquello de que “liberarse no es difícil, liberarse es fácil, y lo demostramos nosotros en 1945; lo difícil es mantenerse libres, y para eso es imprescindible la unidad de todos los países latinoamericanos”.

Y cuando volvió al poder, volvió hablando del continentalismo. Perón vio que había pasado la época de los Estados-Nación y que se venía la de los Estados continentales. Ahí está EEUU; en aquel entonces, estaba la URSS; ahí están hoy Europa comunitaria y la gran China, única civilización que resiste efectivamente al nuevo Orden Mundial.

Nuestra ventaja reside, creo yo, en lo que hasta ahora ha sido una debilidad. Nosotros nunca conformamos nuestro Estado-Nación. Porque este concepto supone la unidad de todo el territorio con lengua, cultura e historia comunes. O sea que nosotros tenemos hoy la oportunidad de realizar a la vez los dos procesos, porque nuestro Estado-Nación es, precisamente, continental, lo cual facilita la tarea.

Insisto: para salir de este proceso contrarrevolucionario tendremos que reconstruir el Movimiento Nacional en base a estas **cinco banderas**. Ese debe ser nuestro programa político. Esa debe ser la única exigencia para toda fuerza política, si se pretende derrotar definitivamente al Modelo liberal que aún se nos quiere imponer desde fuera y desde dentro. Incluso los nuevos historiadores deberían bucear y revisar la Historia buscando en ella los antecedentes de esta lucha, para dar respuesta a esta antigua pero renovada necesidad.

Estamos frente a una oportunidad histórica. La Argentina decadente llora sus estertores. Llega nuestra hora. Pero si no integramos las luchas pasadas a la presente, seremos derrotados nuevamente.

Y ninguno de nosotros está dispuesto a permitir que nuestra Patria se perpetúe en el ciclo de Revolución y Contra que bien describió Abelardo Ramos. Para evitarlo, la batalla deberá ser integral y, si no, se perderá otra vez.

La Argentina despierta lentamente de un letargo añejo. Esta tiniebla en que vivimos es el anuncio de una alborada.

Noviembre de 2001

El fin del fin de la historia

El subsuelo de la patria consternado

El compañero Javier Astorga caminaba rodeado por cien mil personas reunidas casualmente en Plaza de Mayo (Hada dijo veinte mil) al solo efecto de manifestar su desacuerdo con la política económica de Fernando el Hechizado y la corte de liberales que nos gobernó por años.⁸ En medio de la maroma, Javier —que iba acompañado por una persona que no conozco o no entendí quién era— ve a un muchacho (si fuera rubio, según Jauretche, diríamos joven), un morocho de los nuestros, que, absolutamente borracho, llorando y en un grito, balbuceaba “necesito que alguien me escuche”, mientras a su alrededor se ahuecaba la masa. Llevaba en su cabeza una gorra de esas que identifican a uno y otro gremio en los últimos *años marketineros* de la protesta social y sindical. “¿Quién me explica esto a mí?!” lloraba el compañero... Nadie se acercaba a consolarlo, porque se sabe que los borrachos queman o simplemente porque los que lo rodeaban preferían la bronca de una marcha a la angustia de todos los días. El buen corazón que se manifiesta el

⁸ El 31 de mayo del 2000, la CGT convocó a una manifestación bajo el lema “Unidad contra las políticas del FMI”. En aquella ocasión Hugo Moyano llamó “a una desobediencia fiscal para que el esfuerzo de los argentinos no se lo lleve la deuda externa”.

primer día que uno conoce a Javier Astorga no pudo quedar indiferente al dolor. Lo miró detenidamente y vio que nadie lo auxiliaba. Así que se acercó y rodeó sus hombros con un brazo. Me lo imagino aferrando al compañero flameante, quizá palmeándole el pecho y buscando sus esquivos ojos etílicos: “¿Qué pasa, cumpa?”. Y otra vez: “¡¿A mí quién me explica esto?!”... Ahora Javier vio que la gorra la tenía en la mano y se la mostraba.

Astorga no entendía, miraba las siglas que identificaban el sindicato y no advertía nada en particular que hubiese que “explicar”... Hasta que el muchacho, con evidente tonada litoraleña, mientras volteaba la gorra, entre vapores que enturbiaban hasta los gestos, señaló la etiqueta infaltable: “¡Loco! ¿Quién me explica esto? Desde Corrientes vengo, pero esto... ¿Quién me lo explica?” Ahí sí que entendió Astorga. La etiqueta decía... *“Made in China”*...

Javier no supo qué decir, pero aprendió que la conciencia nacional, esa que va despertando a la lucha desde cada rincón, tiene su guardián más implacable en las profundidades de la Patria, infinitamente más sólida que todas las dirigencias. Ese compañero vio transformada, tal vez fatalmente –en razón de esa propiedad de la vida que abre las almas a los sentimientos más puros–, su bronca en angustia.

Así me lo contó Javier Astorga esa tarde en un bar de Avenida de Mayo. Por suerte tomábamos café, así que no lloramos. Pero aprendimos, confirmamos dónde reside, en forma permanente, la sabiduría de nuestro Pueblo.

Golpe al corazón del modelo

Las Jornadas de Diciembre de 2001 dieron vuelta la historia contemporánea argentina. En esos días convulsionados la militancia peronista tuvo un rol clave. Suele negárselo o vincularse a una especie de “golpismo”. Son dos formas de retacear la realidad. Las organizaciones sociales habían quedado, tras 10 años de retroceso, en la retaguardia del Movimiento, fundidas entre el Pueblo, al cual auxiliaban intentando suplir el abandono del Estado neoliberal. Cuando el “modelo” implosionó, esa reserva estratégica pasó a la vanguardia. Los comedores comunitarios mantuvieron su función de garantizar el alimento a los más necesitados, como lo venían haciendo. Sólo que ahora, sin un mango en la calle y sin planes sociales de contención, la comida había que ir a buscarla directamente a los supermercados... Ese fue el detonante de las jornadas de Diciembre que terminaron con De la Rúa y el “modelo”. Aquí se relatan distintos hechos protagonizados por compañeros del Peronismo Militante en aquellos dos días de furia y gloria.

...

—¡Che, vieja, vení a mirar, que hay un vampiro en la tele!
—¿Qué película dan?

–Ninguna, es “A Dos Voces”. Invitaron a un economista que se llama Ávila.

Esta conversación podría repetirse cualquier miércoles por la noche. Habitualmente, Jorge Ávila⁹ es llamado a opinar en el programa de Sylvestre y Bonelli. Pero la noche del 19 de diciembre de 2001 no era cualquiera: las fuerzas más oscuras, incluidos los economistas, se cernían sobre la Argentina.

El “modelo” liberal había implosionado. La “libertad económica” había tenido una curiosa transmutación. De golpe, “la gente”, la clase media, tenía prohibido sacar su plata de los bancos. El “Corralito” de Cavallo se lo impedía. Era el principio del fin de la década del ‘90.

Los poderosos, alertados de la inminente medida, fugaron sus ahorros antes de su aplicación, pero las clases medias –ahorristas y otras yerbas, dueños de diversas sumas de dinero y cuentas-sueldo en los bancos– entraban en pánico, lógicamente. Sin plata en el bolsillo, no podían hacer su vida con normalidad. De repente, su propio “gobierno”, el que ellas habían elevado al poder para que les garantizara el “1 a 1” pero “con un poquito de prolijidad, ¡por Dios!”, las *pungueaba* visiblemente, les metía la mano en el bolsillo.

No podía sorprender demasiado: se trataba del “gobierno” que, Banelco en mano, legislaba para establecer una legalidad en que los poderosos tuviesen el derecho de *chorear* a los laborantes.

⁹ Economista ortodoxo neoliberal doctorado en la Universidad de Chicago. Miembro de la Asociación Civil Universidad del CEMA (Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina), fue subdirector nacional de Investigaciones y Análisis Fiscal de la Secretaría de Hacienda (1977-1980) y candidato a legislador porteño en la boleta que llevaba, en 2003, a Menem como candidato a Presidente. Su blog personal está presidido por el lema “La Argentina es el problema. El mundo es la solución”.

Pero la clase media no entiende demasiado esas “sutilezas” hasta que siente directamente comprometida la preciada víscera, su propio bolsillo. La Alianza entre Fernández Meijide, De la Rúa y Chacho Álvarez perdía su base social. Ahora el piquete dejaba de ser una cuestión de “la negrada”: ahorristas indignados hacían las colas en los bancos para sacar unos mugrosos pesos, insuficientes para su ritmo habitual de consumo; eternas de largas, esas colas no se desplegaban en las veredas sino a través de la calle, interrumpiendo el tránsito automovilístico. De algún modo era maravilloso ver a esos sectores medios aunando su reclamo con los pobres, reconociendo una coincidencia de intereses que habitualmente les cuesta notar, siempre dispuestos a identificarse con los poderosos, cuya vida envidian.

Para los pobres la situación era, lógicamente, mucho más dramática. Los albañiles no cobraban porque sus patrones tenían la guita atrapada por el Corralito. Lo mismo les pasaba a los pintores y a los empleados de pequeños comercios, que no vendían. Todos en la economía informal, la mayoría no obtenía ingresos. Los desocupados, ni vendiendo estampitas se las podían rebuscar, porque no había un mango, Viejo Gómez –diría el tango... La “plaza” se había “secado”.

Hacía meses que las reservas del Estado no hacían más que drenar para sostener la paridad cambiaria, pero los organismos internacionales, tras haber aportado 40.000 millones de dólares a principios del 2001 (“¡Qué lindo que es dar buenas noticias!”, decía Don Fernando en una publicidad), ya no nos prestaban y no había “joyas de la abuela” para vender. Se sabe: “joyas de la abuela” es un eufemismo para evitar decir que aquellas empresas privatizadas eran fruto del Estado peronista. Se sabe también que, disfrazados de peronistas,

quienes las vendieron eran los nietos de la abuela...

Llegaban las fiestas, y la situación del pobrerío se hacía más trágica, mientras el “Gobierno” se jactaba de haber “bancarizado” la economía. Incluso había giles que aseguraban que el Corralito era bueno porque así emulábamos a los países modernos, donde la gente se maneja con “plástico” más que con billetes... La estupidez tiene ocultas razones que custodia eficientemente cierta clase media típica de Buenos Aires.

El clima político se caldeaba al ritmo del verano que llegaba. Entonces, como hongos, aparecieron los saqueos. Un ensayo en Mendoza, otro no sé por dónde más y la llama estaba encendida. El 19 de diciembre los saqueos fueron generalizados. Alentados y espontáneos, organizados un poco más y un poco menos. Entre hambrientos y vivillos, los que nada tienen se hicieron oír. El estupor era generalizado.

Esa tarde alguien decidió sembrar el espanto. Corrió el rumor de que las hordas venían a saquear el Centro. Hombres de pelo muy corto recorrían calles completas del Centro alertando comercio por comercio sobre la inminente llegada de los saqueadores. Las persianas se iban cerrando. Como para certificar la versión, el “Gobierno” decretó asueto. Los empleados públicos –y también los de algunas empresas privadas del microcentro– se fueron más temprano a su casa convencidos de salvarse así de la furia del malón que no terminaban de comprender pero que tampoco repudiaban del todo, a pesar de cierto asco primitivo que parecen sufrir tantos porteños casi por obligación moral, podríamos decir, y por cierta devoción al origen inmigrante de sus abuelos, tan distintos ellos de “questi cabecita nera, que complicano tutto”... En el anochecer de un día agitado millones de argentinos

veían televisión. Claro: preocupados y huérfanos de explicaciones serias.

Los conductores de “A Dos Voces”, hacían esa noche lo que el Grupo Clarín hizo durante todo el “gobierno” de De la Rúa: bancarlo; como sea, bancarlo. El tema era, por supuesto, los saqueos y la crisis financiera. Entonces, los televidentes pudieron saber que Ávila no sólo parecía un vampiro, probablemente lo fuera. Ante la indignación de los argentinos de bien, afirmaba, sin perder en la cara la mueca soberbia que lo caracteriza, que nuestro país debía pasar a un sistema de “*banca off shore*”, es decir, que los depositantes debían confiar su capital a bancos extranjeros que estuvieran en el exterior bajo la jurisdicción de la Reserva Federal de los Estados Unidos o el Banco Central Europeo. Lisa y llanamente, bregaba a favor de que el ahorro argentino se fuera del país a enriquecer otros lares. Consecuentemente, meses después, en mayo de 2002, mientras la patria luchaba por sobrevivir y él se acercaba a Carlos Menem, diría que

“la moneda debe importarse de los Estados Unidos a través de la dolarización y la estructura del comercio exterior ingresando directamente en el NAFTA, que es un acuerdo de libre comercio con la potencia económica más importante del mundo”.

Todo el sentido de 25 años de entrega encarnaba prístino en los colmillos obscenamente expuestos de nuestro Nosferatu.

– ¡Vieja! ¿Tenemos una estaca?

En ese momento, el Presidente de la Nación (a punto de volverse prescindente para la Nación) hablaba en cadena, interrumpiendo la programación y salvando a Ávila de la mirada iracunda de los televidentes. De la Rúa decretaba el Estado de Sitio, prometiendo a los argentinos la sangre que efectivamente derramó, como lo había hecho desde la primera semana de su “gestión”, cuando la Gendarmería asesinó a dos jóvenes correntinos para despejar el puente General Belgrano, cortado por estatales y docentes provinciales en reclamo de salarios atrasados.

El otrora jefe de López Murphy, de Carrió, de Chacho Álvarez, de Patricia Bullrich y de otros fenómenos de la política argentina, cavaba su propia fosa y disolvía, quizá en ese preciso instante, definitivamente, la confianza de las clases medias en los “beneficios de pertenecer” al “sistema”. Nadie toleró el intento de hacer ver como policial un problema que era social. Y nadie toleró que se le prohibiera su derecho de reunión. Desde Alfonsín que no se habilitaba el Estado de Sitio.

–¡Estaca no tengo! ¿Te sirve una cacerola?

–Para el de antes no, pero para éste me parece que sí. ¡A ver, dame!

Don Fernando, el Hechizado, no había podido conjurar su destino vergonzante. Sylvestre y Bonelli informaban que un “cacerolazo” se había extendido por distintos barrios. Difícil no saberlo desde antes que lo dijeran, porque efectivamente el clan-clan se hacía oír por toda la ciudad de Buenos Aires. Lentamente, “la gente” se iba sumando.

Nuestro televidente cachó la cacerola, se asomó al balcón y...

“clan-clan, estás liquidado”, Fernando.

“El Pueblo de Buenos Aires” se aburrió del balcón y bajó a la esquina de su casa. Allí se habían amontonado los vecinos para insultar a coro al Presidente y a su ministro de Economía con cánticos tipo “¡Qué boludos, qué boludos! ¡El éstadó de sitio se lo meten en el culo!” Al rato, una señora propuso seguirla en la Plaza de Mayo. Algunos cómodos se negaron y otros comenzaron a ver la idea con cariño. Un joven empezó a gritar “¡Vamos a la Plaza!” Alguien dio la vuelta a su manzana con el mismo grito de guerra: “¡Vamos a la Plaza!” En cada zaguán encontró el gesto cómplice de un vecino cacerola en mano. Si miraba hacia arriba, a las ventanas y balcones, encontraba la misma complicidad. Envalentonado, se acercó a un conventillo cuyos habitantes estaban en la calle, sentaditos, tomando algo de fresco y mirando el acontecimiento; “¡Vamos a la Plaza!” pero encontró caras desconfiadas. Entonces, se acercó e insistió: “¿No vienen? Vamos a seguirla en la Plaza de Mayo.” Una mujer apenas sesentona, remera y pantalón corto con voladitos en las botamangas, le preguntó desconfiada y hasta temerosa: “¿Es contra los saqueos?” “¡Nada que ver! ¡Vamos a la Plaza a putear al Gobierno!” La gente del conventillo se sumó...

Era natural la desconfianza de los habitantes de la pensión. Pocos días antes los comerciantes habían organizado un “cacerolazo” contra la inseguridad y en las últimas semanas se había visto en los medios una amplia campaña de terror. La “inseguridad” era la reina de la tele. Hadad dedicaba todas las medianoches (la hora de los espantos) a meter miedo en la población. “Explicándote” que los piqueteros planeaban tomar por asalto los countries, mientras “te vendía” (porque Hadad te tutea) alarmas, sistemas de vigilancia y empresas de seguridad.

De manera tal que el cacerolazo podía remitir a un reclamo de “seguridad” imbuido de cierto contenido clasista situado en las antípodas de los saqueos. De hecho, en un cacerolazo posterior a la caída de De la Rúa pudo verse en la televisión a un joven diciéndole al periodista que lo entrevistaba: “Mostrá que acá está el pueblo, y no los sindicalistas ni los negros”...

Poco se ha dicho acerca de las intenciones políticas del “Gobierno” al declarar el Estado de Sitio. Resultan prácticamente inextricables. La decisión, a todas vistas, aparece como un error político. Quizás, el Hechizado habrá creído que podía explotar la campaña de terror para que los sectores medios, su base electoral, lo apoyaran sin chistar en su lucha contra los morochos alzados, tal como sospechaba la señora del conventillo. Creería que “la gente” iba a sentarse frente a la tele a observar indiferente cómo se cargaba pobres en la semana de Navidad para sostener el “1 a 1” y el “Modelo”. En todo caso, los hechos demostraron que De la Rúa carecía ya de toda base social. La noche del 19 de diciembre iba a hacer historia. Todo el mundo se fue a la Plaza de Mayo. No se repudiaba la lucha de los pobres sino todo lo contrario: la Argentina reclamaba el fin del modelo neoliberal dependiente. Había viejos, mujeres y niños; familias enteras diciéndole “no” al estado de sitio, al hambre, al Corralito y a la mar en coche.

Ajo, ajo, el Modelo se va al carajo

Una nutrida columna llegó a la Plaza de Mayo desde San Telmo, ocupando de vereda a vereda casi 3 cuadras de largo. Alguien ya había corrido de prepo las vallas que dividían

la plaza en dos. La columna de San Telmo, junto a algunos grupitos que habían llegado de otros barrios aledaños, se acercó a la Casa Rosada lo más que pudo; había otras vallas que impedían llegar hasta la sede del Gobierno. Tras ellas, decenas de policías.

Manifestación pacífica. “La gente” entreverada con el resto del Pueblo, reclamando. Jóvenes, viejos, mujeres, algunos con niños en brazos o de la mano, todos confiados en el carácter “familiar” de una manifestación contundente. En la Plaza se ignoraba que las columnas provenientes de barrios como Lugano eran reprimidas sin dudar, para evitar que llegaran al centro decisorio de la vida nacional.

El “Gobierno” era un tembladeral. En las calles, la furia apuntaba frecuentemente a Cavallo, al son de aquella melodía popular que dice “Cavallo, hijo de puta, la puta que te parió” y repite...

El Ministro de Economía había sido convocado a enmendar su propio entuerto. La breve (di)gestión de López Murphy había evidenciado la desorientación absoluta del “Gobierno” de De la Rúa. Entonces, ¡Chacho Álvarez! impulsó la designación de Cavallo. El aparato de difusión sugería que sólo quien lo había destruido (al país) podía arreglarlo, rodeando al hombre que había realizado la mayor entrega de nuestro patrimonio de una especie de halo mágico. Otra vez, se insinuaba que la política no podía arreglar las cosas. Sólo podía hacerse desde el conocimiento técnico. El cuidado del fluido vital de la sociedad seguía encomendado a los vampiros del Mercado.

Pero el breve respiro se ahorcó con los alambres del “Corralito”. No podía durar...

La noche del 19 de Diciembre comenzó a circular por la Plaza el rumor de que Cavallo había sido separado del Gabinete. Desde un grupo ubicado en las cercanías de la Pirámide de Mayo surgió una consigna nítida: “¡Que se vayan todos, que no quede ni uno solo!”. Era una especie de grito de guerra que indicaba la exigencia de que renunciase el “Gobierno” completo, no un ministro. Y, “todos a una”, la consigna encarnó en los presentes. La multitud coreaba unida y reclamaba el fin de una época.

De cómo convertir una cacerola en estaca

La reacción no se haría esperar. Las fuerzas policiales apostadas entre los manifestantes y la Casa Rosada, tras el vallado de rigor, lanzaron sus proyectiles a través del aire cálido que se eleva de todas las multitudes. El gas lacrimógeno inundaba la Plaza poblada de familias enteras. Fue el gesto suicida de un “gobierno” torpe.

Corridas y desbande, pero solamente por un momento...

La multitud se planta. Una barricada aquí, otra allá. El aire es irrespirable no sólo por los gases lacrimógenos: para contrarrestarlos, los manifestantes más audaces prenden fogatas en las esquinas. Improvisan así, también, barricadas para defenderse de las fuerzas policiales. Muchos se habían retirado, sobre todo mujeres con niños, y una enorme masa juvenil terminó por concentrarse en la Plaza de los Dos Congresos, hacia donde había sido desplazada por la represión. Allí pudo verse, televisado en directo, el primer episodio verdaderamente sangriento de esas jornadas en la Capital. Un hombre era baleado en las escalinatas del Congreso. Se pensó que había

muerto. No fue así. Vivió para que supiéramos que se trataba de un militante peronista del sur del Gran Buenos Aires. La mecha estaba encendida. Los vampiros veían con temor creciente cómo manos urgidas le iban sacando punta a la inocua cacerola.

Poco a poco el “universo” manifestante cambió de fisonomía. Al mediodía siguiente, las calles estaban pobladas principalmente por jóvenes “suelos”, militantes de todas las edades y organizaciones políticas mejor o peor identificadas. Cualquiera que hubiese conocido las caras habituales de las marchas contra el “modelo” en ese principio del siglo vería, el 20 de diciembre (el 19 también, pero más mezcladas en la multitud), rostros familiares. Lógicamente, la finalización de la tarea del 19 sólo podía recaer en grupos con un mayor grado de organización y conciencia del momento histórico. Algunos identificados y otros simplemente identificables. También “militantes suelos” y argentinos que nacían ese día a las luchas populares. Muchos dirán que era “el complot” o pamplinas parecidas, como las que esgrime De la Rúa, pero se trataba de la Historia en acción. Un Pueblo que no reaccionara frente a la debacle absoluta del 2001 hubiese sido un Pueblo irresponsable, dispuesto al suicidio colectivo, cosa que los pueblos, se sabe, no toleran.¹⁰

¹⁰ A la luz del resultado de las últimas elecciones, esta afirmación podría relativizarse, pero, más que una intención suicida colectiva, me inclino por pensar que, en el caso de las presidenciales de 2015, se trató de un voto irresponsable, en contraposición con ese sentido de la responsabilidad que se menciona en este párrafo. No parece demasiado loco suponer que hubo quienes, para sacarse de encima a “la yegua”, decidieron votar a una fuerza de la que debían sospechar que gobernaría en contra de los intereses mayoritarios... Habrá que ver por cuáles mecanismos el establishment logra semejante disociación entre el interés y la voluntad que, aunque no sea novedosa, ha llegado a profundidades anteriormente inexploradas. (N. del A., 2017)

Del crepúsculo al amanecer

Por la tarde del día 20, cuando la multitud había sido ya dirigida por las fuerzas represoras policiales hacia la Avenida Corrientes, en donde se encontraba prácticamente acorralada, De la Rúa realizó su único acto de gobierno útil a la Patria: renunció. Un vecino en la Avenida Corrientes sacaba su televisión al balcón y giraba la pantalla hacia afuera para que la gente supiera que el objetivo primordial estaba cumplido. La placa roja de Crónica TV informaba, escueta: “Renunció De la Rúa”.

La Policía Federal se haría un tiempito más para seguir tiroteando al valiente Pueblo, lo cual evidenciaba también cierta “independencia” de las fuerzas policiales respecto del poder político, como quedaría demostrado hasta el hartazgo en los años subsiguientes.

Atrás de De la Rúa caería en pocas semanas, como un castillo de naipes, el modelo neoliberal dependiente gestado durante 25 años por el cipayaje local.

La consigna emblemática de las Jornadas fue esa de “que se vayan todos”. Hoy suele ironizarse acerca de que “nadie se ha ido”.¹¹ Parece necesario revisar la cuestión:

Una vez arrojado De la Rúa al espacio sideral, la masividad de la protesta social disminuyó, y quedó sostenida durante un tiempo por la izquierdita local, básicamente. Mientras las masas, conocedoras intuitivas del principio de “economía de fuerzas”, aminoraban la presión social sobre la conducción política del Estado –rescatado para ese entonces de las garras del neoliberalismo–, el “que se vayan todos” seguía cantándose,

¹¹ Artículo publicado en 2006, con motivo de los 5 años de las Jornadas de Diciembre.

coreado por pequeños grupos que no representaban más que lo poquito que movilizaban. Una consigna efectiva, clara, concisa, comenzaba a convertirse, por obra y gracia de la izquierdita – en coincidencia con el progresismo mediático–, en un reclamo inconducente. La reiteración infinita del estribillo parece operar la transmutación del triunfo en derrota. Y eso es lo que afirman hoy, tanto los miembros de la izquierdita como los medios de comunicación, cuando se quejan de la supuesta supervivencia de la vieja dirigencia política en la conducción del Estado, como si realmente la presidencia de Kirchner fuera idéntica a las de Menem y De la Rúa. Así, la gesta victoriosa del 19 y 20 de Diciembre aparecería como derrotada por la “clase política”... “Nos quieren tristes”, decía Jauretche, “porque los pueblos deprimidos no vencen”.

Pero, mal que les pese a los adoradores del *“piangia che ti fa bene”*, el objetivo específico expresado la noche del 19 de diciembre se ha cumplido. Y ese objetivo era la renuncia de De la Rúa, que ponía en crisis al sistema; sistema que en aquel 2001 no era otra cosa que el “Modelo” neoliberal de exclusión y dependencia, impulsado desde Martínez de Hoz hasta Cavallo y sostenido por la dirigencia política que sería derrotada en los comicios de 2003. Con De la Rúa comenzaban a irse los Menem, los López Murphy, los Cavallo, los Ávila y todos los chupasangres a sueldo de intereses extranjeros. El Modelo llegaba a su fin, derrotado en las calles de todo el país por una acción popular decidida y concreta, concentrada en un momento específico. En aquellas gloriosas Jornadas de Diciembre pudo confirmarse lo dicho por Juan Perón: “Lo mejor que tenemos es el Pueblo”.

La bisagra perdida

Durante el gobierno provisional de Eduardo Duhalde, el Peronismo Militante tejió las relaciones políticas que le permitirían más tarde dar el salto desde su condición de pequeña agrupación metropolitana, tal como era entonces, a organización nacional. No conservo escritos más que fragmentarios y anecdóticos de aquel tiempo. Naturalmente, un “itinerario” como éste estaría incompleto sin la mención de esta etapa. De modo que resolvimos llenar el vacío con un este texto sobre nuestro entendimiento y acción durante el período transicional que va desde la renuncia de De la Rúa hasta la campaña “Kirchner 2003”. Para recuperar cierto tono de época se insertaron, a modo de paréntesis, párrafos de alguna correspondencia intercambiada por el autor en ese año.

En busca de un sueño

“No creo que seamos tan fuertes en el terreno de los pueblos, por más esperanza (esperanza implica futuro, no presente) que ponga –como pongo– en ellos. En este sentido, me remito a la temible tendencia al cipayismo de nuestra región, atribuible por cierto a una porción minoritaria de la población, pero que se hace siempre de los recursos que el imperio le facilita para debilitar a la Nación. (...) De todos modos, este es un gran momento para la reconstrucción doctrinaria nacional, mercosurista, latinoamericanista, tercermundista (...) del movimiento peronista.”.

JCC, correspondencia con HC (2002)

“Me atajo desde ya: no hago un planteo posibilista, simplemente describo la situación política altamente raquítica de la Argentina. (...) Sí, a la dirigencia le falta ‘grandeza espiritual’ para romper con el ‘paradigma cultural de la enajenación’, pero sobre todo con el de la dominación. Estoy de acuerdo. Eso nos coloca en una situación gravísima, toda vez que no somos nosotros, aún, los cuadros de recambio de esta ‘generación’ de traidores, cobardes y dirigentes ideológicamente quebrados. Me parece que, de todos modos,

tenemos la obligación de analizar la situación desde el punto de vista de la realidad política nacional, por más insatisfactoria y dolorosa que nos resulte. No hay poder real para imponer hoy, integralmente, la política que la Nación necesita. Insisto: la única medida definitivamente revolucionaria es la unidad de la América Criolla y Mestiza. (...) ¡Viva la Patria! ¡Y vivan en nosotros los héroes y mártires de la emancipación nacional y social! ¡Mueran los salvajes unitarios, redivivos en la ignominiosa cipayería del siglo XXI! El 2000 nos encontró dominados... ¡Viva, entonces, la unidad de América Latina!”

JCC, correspondencia con MJV (mayo de 2002)

“No tiene sentido alguno conformar una fuerza testimonial en los tiempos que vive la Argentina (y la América Criolla), pues a pesar de las dificultades del mundo globalizante hegemonizado por la potencia imperial yanqui, comienzan a observarse condiciones objetivas para emprender una resistencia (hoy eminentemente defensiva) efectiva contra la dominación foránea política y financiera. (...) La próxima administración será de transición porque aún no hay resolución interna de las directrices actuales de una política auténticamente peronista, nacional y popular.”

JCC, correspondencia con HF (octubre de 2002)

Solíamos reunirnos en un departamento al que presuntuosamente llamábamos “La jabonería de Vieytes”.

Allí habíamos debatido acerca de si el Peronismo seguía o no siendo la identidad política de las mayorías populares. Rapidito resolvimos que sí, a pesar del traspie menemista. Más ardua fue la discusión sobre si el PJ continuaba siendo la herramienta electoral adecuada para el Peronismo, pero también nos definimos por la positiva. Más allá de nuestros reparos con el Partido, nos convencimos de que en su seno podía tramitarse la recuperación de su propio sentido histórico, siempre y cuando no nos ciéramos a él y operáramos en el espacio amplio del Peronismo, entendido como algo más abarcativo que el PJ, donde estaban sus principales anticuerpos contra el neoliberalismo. En efecto, la identidad era el Peronismo y la herramienta el Partido Justicialista. Y esta última no era dominada por el primero.

Con esas convicciones en las alforjas, transitamos los días calientes de 2001.

(“La definición de que el PJ es la herramienta electoral del Movimiento Nacional sigue siendo válida, en tanto no existe hoy en pie otra fuerza política que no sea el PJ. Pero puede plantearse perfectamente que está a la deriva y corre peligro de naufragar, si observamos la fuerte tendencia de sectores nacionales, revolucionarios o reformistas –aún algunos de dudosa filiación–, a desconfiar justificadamente de la estructura partidaria y, por ende, a buscar alternativas por fuera del PJ.

“En nuestro distrito, la cosa no es distinta. Y el aparato partidario parece ser uno de los más incapaces para generar una corriente de revalorización de los grandes postulados del Movimiento Nacional, las tres banderas

*que nosotros propusimos ampliar a cinco. Infestado de arribistas y contratistas, no resulta más, aparentemente, que una estructura (pequeña, por las características gorilas del porteño) dirigida a obtener prebendas mediante tristes e irrelevantes cargos públicos. De hecho, hace años que la Ciudad de Buenos Aires no da un dirigente nacional (potable o no) de envergadura y que sea capaz de despertar ilusiones en el Pueblo Argentino (ni en el porteño, claro).”*¹²

Cuando Adolfo Rodríguez Saá quedó a cargo de la Presidencia de la Nación, un par de gestos suyos nos entusiasmaron: dio un discurso memorable en la CGT y también invitó a las Madres de Plaza de Mayo a una reunión en Casa Rosada; además, comenzó una ronda de conversaciones con actores políticos marginales, digamos, pero del campo nacional y popular, y entre ellos estuvimos nosotros, los del Peronismo Militante, que asistimos a Balcarce 50 junto a otras agrupaciones para reunirnos con él, aunque el encuentro nunca se realizó, pues ya habían comenzado los acontecimientos que lo desplazarían.

En cambio, la declaración de la cesación de pagos (default, se dice ahora) de la deuda externa nos produjo sentimientos encontrados: el alivio momentáneo no era fruto de una decisión soberana sino de la imposibilidad fáctica de pagar los vencimientos.

Habíamos tenido una activa participación en las Jornadas del 19 y 20 de Diciembre, pero los hechos que desembocaron en la renuncia de Rodríguez Saá “los vimos por TV”, como

¹² JCC, correspondencia con HF (octubre de 2002).

casi todos. Se resumen fácilmente en unos actos callejeros violentos, por un lado, y una serie de intrigas palaciegas desatadas ante la evidencia de que el Adolfo pretendía construir una carrera a la Presidencia a partir de su acceso circunstancial al gobierno provisional.

En pocos días el Congreso depositó en Eduardo Duhalde la conducción del Poder Ejecutivo. Se encaramaba al poder el emergente con más votos (había ganado meses antes la elección a Senador por la provincia de Buenos Aires) de una entente indisimulable, la que articulaba por un lado al PJ y la UCR bonaerenses (el duhaldismo y el alfonsinismo) y, por otro, a la UIA y la CGT, más precisamente, los sectores conducidos por De Mendiguren y Moyano. Unos y otros coincidían en la necesidad de salir de la Convertibilidad (1 peso = 1 dólar), es decir, devaluar y terminar con la paridad cambiaria. En su momento, Rodríguez Saá había mostrado cierta timidez al respecto y delineado el establecimiento de una nueva moneda no convertible, el “Argentino”, que se lanzaría para absorber las cuasimonedas provinciales, aunque sin sacar de circulación el peso convertible, al menos por el momento. Demasiado “gradualista” para las pretensiones de los sectores productivos.

Duhalde asumió el 1° de enero de 2002 prometiendo lo que no iba a poder cumplir: “el que depositó dólares recibirá dólares”. Sus asesores se agarrarían la cabeza al escuchar cómo se salía del discurso que le habían preparado para la ocasión, que no incluía tal temeridad. Los bancos ya habían fugado los dólares y se disponían a adueñarse, gracias a los créditos otorgados previamente en moneda estadounidense, de los inmuebles de los argentinos...

Junto con la devaluación, el nuevo gobierno tomó una batería de medidas paliativas, puesto que el impacto inmediato era dramático para todos los sectores, salvo los exportadores. Se inyectó dinero entre los excluidos, los desocupados, mediante el Plan Jefes y Jefas de Familia: 3.600 millones de pesos reactivaron el consumo popular. A su vez, se estableció la “pesificación asimétrica”, que convertía a pesos las deudas con los bancos, de modo de impedir el quebranto masivo de los sectores medios (individuos y empresas); adicionalmente, esta medida favorecía al Grupo Clarín, poniendo al Gobierno a salvo de la artillería pesada de ese temible actor político. A los ahorristas en moneda verde, ante la escasez de divisas, se les reconoció una deuda pesificada al valor del de \$1,40 por dólar (devaluación del 40%), más el coeficiente de inflación (CER). Por último, se impusieron nuevamente retenciones al agro, beneficiario inmediato de la “competitividad” cambiaria. Mientras los ruralistas, apoyados por los piqueteros de Raúl Castells, realizaban un “tractorazo” a la Plaza de Mayo en protesta contra las retenciones, los compañeros del Peronismo Militante salíamos a pintar las calles con una consigna: “Al gobierno nacional, apoyo popular”. Aunque lejos de la esfera gubernamental, estábamos convencidos de que las necesidades políticas impuestas por la implosión del modelo neoliberal obligarían a una profundización del carácter peronista de la acción de gobierno, y de que las disputas en su seno debían dirimirse en favor de una “re-peronización del Peronismo”. Era una apuesta audaz, si se quiere, pero fundada. Nos autoimpusimos entonces la tarea de dotar de sentido peronista, nacional y popular (la consigna callejera expresaba esa vocación) a la evolución política del gobierno

de transición, siempre con el ojo atento a la reorganización del Peronismo que había sobrevivido a la noche neoliberal.

Simultáneamente, nos entregamos a la tarea de buscar y conocer a aquellos compañeros que estuvieran dispuestos, en todo el país, a recuperar el sentido revolucionario del Peronismo. Naturalmente, no pensábamos que el funcionariado nacional fuese el vehículo para tal objetivo, más allá de casos puntuales que “se demostrarían andando”. Ya desde el año 2000 veníamos asistiendo al Centro de Estudios Socioeconómicos y Sindicales, dirigido por el lúcido economista peronista Daniel Carbonetto.¹³ El CESS era la usina técnica del MTA. Allí se nucleaba lo mejor del sindicalismo peronista de la CGT.¹⁴

Mientras articulábamos, a su vez, con otras organizaciones del Peronismo revolucionario, fuimos tejiendo, a partir de la participación en diversas actividades de los sindicatos del MTA, relaciones con compañeros de otras provincias, pues nuestra militancia se ceñía a la ciudad de Buenos Aires y sólo germinalmente a algunos distritos del Conurbano. Nuestra definición era que el Peronismo se había convertido

¹³ Cuando el ministro de Economía Jorge Remes Lenicov renunció, comenzaron las presiones sobre Duhalde para que designara en su lugar al presidente del Banco Central, el neoliberal Mario Blejer. El gobierno hizo circular entonces la versión de que el lugar lo ocuparía Carbonetto. Se trataba de un amague “por izquierda” en respuesta a aquellas presiones. Finalmente, el Ministerio sería otorgado al heterodoxo Roberto Lavagna.

¹⁴ Es oportuno el término: “se nucleaba “. Hoy se denomina “Núcleo-MTA” al grupo de gremios que no se arrodillaron ante el frente neoliberal junto a Moyano, sino que se mantuvieron coherentemente en el frente nacional, y ahora integran con otros sindicatos la Corriente Federal de los Trabajadores, que disputa en el interior de la CGT para que el movimiento obrero organizado confronte sin agachadas al gobierno hambreador y entreguista de Mauricio Macri.

prácticamente en una “confederación de partidos provinciales” y que, por lo tanto, debíamos construir una organización de carácter nacional y promover una concepción que subordinara lo local al interés de la Patria, sorteando la mirada restringida que la politiquería “de círculos” impone cuando las definiciones se toman en base a las ambiciones pequeñas y mezquinas que campean en los localismos. Lógicamente, el carácter “nacional” de la organización que pretendíamos, se inscribía en la tradición federal de nuestra historia, y en un principio que iríamos acuñando: “la política se realiza de abajo hacia arriba, pero se ordena de arriba hacia abajo”.

La reacción no cejaba. Se conocía que todas las semanas se realizaban reuniones en un regimiento de la ciudad de Buenos Aires. En ellas se discutía la participación que debían tener o no en la vida política las Fuerzas Armadas, es decir, si debían reprimir a las organizaciones sociales. Finalmente, habría primado la desconfianza de los uniformados, que, se dice, expresaron que no querían volver a ser “forros” de la dirigencia. El menemismo organizaba saqueos, aunque sin demasiado éxito. El FMI impulsaba la idea de los “estados fallidos”, mientras aquí la fogoneaban, muy serviciales, Ricardo López Murphy y otros liberales vinculados a la Armada. Montados en el desprestigio de la política, se proponían recortes estatales y hasta se conocía de proyectos desestabilizadores que buscaban el cierre del Congreso, confiando en una población que supuestamente bancaría dejar de pagar los sueldos a los corruptos (¡que se vayan todos!) y el establecimiento de un gobierno de la ONU y los organismos internacionales, hipótesis que circulaba alegremente por las calles de la city porteña el dueño del diario “La nueva

provincia”, de Bahía Blanca, y ex viceministro de Defensa de Menem, Vicente Massot.¹⁵

La debacle nacional había encontrado en Sudamérica una solidaridad renovada y el gobierno duhaldista se apoyó en la región para navegar las turbulentas aguas de la crisis, sobre todo políticamente. Comenzó allí una amalgama que redundaría tiempo después en sucesivos acuerdos que, pasando por la creación de la “Comunidad Sudamericana de Naciones”, culminarían con la creación de la Unasur.

En abril de 2002 fue derrocado Hugo Chávez Frías, en Venezuela. El FMI, el Banco Mundial y la España de José María Aznar se apuraron a reconocer a las autoridades surgidas del golpe de Estado, en una maniobra claramente avalada por los EEUU, la gusanera de Miami y el liberalismo internacional. Fue el gobierno argentino el primero en declarar que se trataba de un golpe de Estado y que, por ende, no se reconocería a las autoridades impuestas en detrimento de la soberanía popular y la democracia en la región. La reacción de Duhalde esterilizó internacionalmente los planes de la oligarquía venezolana y el imperialismo., aislando rápidamente al gobierno ilegítimo de Pedro Carmona Estanga. Por su parte, Chávez retornaría al poder en 48 horas, gracias a la lealtad del ejército bolivariano y la movilización popular.

(“Coincido en que ‘o se está con el FMI o se está con el pueblo de cara a la unión latinoamericana’. Por eso

¹⁵ Acérrimo defensor de los criminales de lesa humanidad y sospechado él mismo por la desaparición de trabajadores de su periódico durante la dictadura cívico-militar iniciada en 1976, Vicente Massot sería mencionado por Carlos Menem durante la campaña de 2003 como su futuro ministro de Defensa en caso de triunfar.

vi con agrado que haya sido Duhalde, justamente, el primer jefe de estado del mundo que condenó el 'golpe de estado' en Venezuela, arrastrando al Grupo Río a una definición en favor de Chávez antes de que EE.UU. reaccionara y contra Aznar y el Banco Mundial y el FMI que ya habían reconocido al gobierno de Carmona y ¡le habían habilitado una línea de crédito!, mientras él bajaba rápidamente el precio del petróleo. (...) Sinceramente, no veo con esto cómo Duhalde espera un acuerdo con el Fondo... Me parece que aquí Duhalde queda posicionado contra el Fondo y a favor de la unión latinoamericana.”¹⁶

Estos elementos nos bastaron para confirmar nuestra hipótesis de que el gobierno provisorio debía recurrir a prácticas “peronizantes” para contener la crisis y salir de ella. Eso nos posibilitaba profundizar una prédica tendiente a disputar el sentido del Peronismo, intentando colaborar en un reencauzamiento de sus modos de ejecución, para colocarlo nuevamente en la senda del nacionalismo popular revolucionario, antiimperialista y antioligárquico. La animadversión de la oligarquía vernácula y la embajada yanqui contra las líneas principales de la política del Gobierno nos afirmaban en ese posicionamiento.

(“No es desdeñable el hecho de que ‘Duhalde sea foco de múltiples presiones’, sobre todo porque esas presiones van en la línea de desestabilizarlo para hacerlo caer, lo cual, teniendo en cuenta que esas presiones son coincidentes

¹⁶ JCC, correspondencia con MJV (mayo de 2002).

con las del FMI y Washington, que tampoco avala la política del Gobierno, coloca a los gobernadores alineados con la Embajada, las empresas exportadoras que provocan desabastecimiento e inflación para 'equiparar los precios con el mercado externo', los gobernadores 'separatistas' (Sobisch y Rodríguez Saá)... los medios que agitan la figura de Menem y el fantasma de la híper (todos, desde Hadad a Lanata, aunque quizá se salven los 'Periodistas' de Canal 2 y sin contar la posición del Grupo Clarín), Zamora aliado a los aborristas que 'pusieron dólares y quieren dólares', la Carrió que sostiene que el problema está en los republicanos pero no en los yanquis ni en el modelo neoliberal sino en la corrupción e ineficiencia de la dirigencia, los liberales de todos los pelajes que promueven elecciones anticipadas para evitar la consolidación de los sectores antiimperialistas,... , todos los que despotricaron contra la implementación de las leyes de desabastecimiento y control de precios, los militares que se preparan 'para garantizar la paz interior' y amenazan con un golpe de estado que es impracticable solamente por ahora, etcétera, etc., los coloca—decía— en la vereda antinacional claramente; porque cada vez que Duhalde intenta un posicionamiento más defensivo, le saltan a la yugular y lo aíslan, provocando un debilitamiento cada vez mayor del Estado Nacional y desprestigiando toda medida (por más tibia que sea) peronizante.

“Por otro lado, no comparto eso de que Duhalde 'cuando juega lo hace para la política del FMI', porque si bien creo que ha sido un error gravísimo intentar el acuerdo

(demostración de una cobardía lamentable), veo que no hay tal acuerdo porque Duhalde se opone a ceder a las presiones inconfesables del Fondo y los yanquis, a saber: los despidos masivos, la regionalización,¹⁷ el

¹⁷ “La idea de ‘regionalización’ no es nueva, pero de lo que hoy se habla cuando se la menciona, es de anular los estados provinciales para resumirlos en 4, 5 ó 6 regiones, con el objetivo explícito de eliminar gasto público nacional. (...)La regionalización no es una mala palabra, el tema es cuál definición del ‘diccionario’ elegimos. Si hablamos de coordinar política socio-económica en acuerdos supra provinciales (algo parecido, pero más profundo, que el NOA, el NEA, etc.) para un mejor aprovechamiento integral de recursos afines, es una cosa; pero si eliminamos ‘burocracia’ tal como lo plantean los liberales, tendríamos una federación con estados más grandes que los de hoy (las provincias argentinas, digo), con una gran concentración de poder, menos representatividad política, por otra parte (y, por ende, una mayor oligarquización de la dirigencia, un menor acceso popular a las posiciones de poder), y una latencia de conflictos interregionales por diferencia de intereses megaempresariales: regiones agrarias, regiones petrolíferas, etc. (...) La idea, en realidad, es dar un paso más en la destrucción del Estado argentino. Y, contra todo lo que se dice, no hay que hacer ninguna reforma política en base a un achicamiento del Estado, sino todo lo contrario, porque hay que inundar el Estado de argentinos para que la sociedad se sienta representada por su Estado. (...) Hoy la regionalización también abre una puerta para dotar a la ‘oligarquía política’ de un poder más omnímodo porque, en realidad, se realizaría seguramente a la medida de los Sobisch, los Romero, los De la Chota y los Reutemann, por nombrar algunos amigos del ‘statu quo’ semicolonial (casi colonial). No es casual que el gran promotor de esta idea sea Hadad. Estemos atentos a los discursos, por parte de los liberales, del tipo de: ‘esto no se arregla desde la economía’ (ellos no sabrían cómo, ni querrían hacerlo), ‘esto requiere una fuerte reforma política’. Cuando escuchemos eso no caigamos en la trampa de creer que hablan de lo mismo que nosotros, del predominio de la política sobre la economía, ¡al contrario!, ellos hablarán de que la economía (la liberal proyanqui, claro) doblegue finalmente a la política imponiendo el criterio contable de que menos estados igual más ahorro, sobre el político de que más estado igual más representatividad. Ahorro es ajuste del Estado y, por consiguiente, pérdida del poder político; representatividad es unidad en la concepción y, por consiguiente, unidad en la acción, poder político.”(JCC, correspondencia con MFMC, mayo de 2002)

*arancelamiento de las universidades nacionales, la privatización de la salud pública y de los bancos estatales más importantes y la libre flotación del dólar para llegar a la dolarización con una devaluación espectacular del patrimonio nacional. O sea: Duhalde no ha acordado con el FMI, más allá de cualquier declaración que debe tomarse más como diplomática que política.”)*¹⁸

Cuando el 26 de junio la policía asesinó a Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, Duhalde debió apurar la convocatoria a elecciones presidenciales. Intentó infructuosamente conseguir candidato propio. Primero con Reutemann, que se asustó y se bajó. Después con De la Sota, que también declinó al ver que no movía el amperímetro en las encuestas. La “audacia” que el cordobés había mostrado para ser parte de aquella “confederación de partidos provinciales” que en mayo le había impuesto a Duhalde la firma de los “14 Puntos” destinados a darle tranquilidad “al mundo” no le alcanzó para asumir este nuevo desafío. Seguramente se habrá dado cuenta entonces de que es más difícil granjearse el apoyo popular que el del embajador yanqui... En efecto, tanto De la Sota, gobernador de Córdoba, como Juan Carlos Romero, el de Salta, habían dejado trascender que los “14 Puntos” los habían consultado con “la Embajada” antes de someterlos al cónclave. Firmarían este acuerdo el presidente Duhalde y los demás gobernadores, salvo Néstor Kirchner, que finalmente no asistiría a aquel encuentro. El primero de aquellos 14 puntos disponía: “Respetar los acuerdos internacionales de la Nación y reafirmar la vocación de integrar a la Argentina al resto del mundo”...

¹⁸ JCC, correspondencia con MJV (mayo de 2002)

La caída de aquellas candidaturas más que conservadoras reaccionarias y, por supuesto, “reliberalizantes”, resultó un bálsamo para los que apostábamos a una recuperación del Peronismo. Recién unos meses después, Duhalde y Kirchner acordarían que el santacruceño compitiera por la Presidencia de la Nación. Ya estaban anotados para ese entonces Menem y Rodríguez Saá. Finalmente, ellos tres serían los candidatos provenientes del Partido Justicialista. No habría internas ni ley de lemas (una exigencia de la “confederación de partidos provinciales”, es decir, de los gobernadores del PJ, excepto Kirchner). La interna se dirimiría directamente en las elecciones generales, a las que los candidatos del tronco peronista se presentarían con sellos diferentes, mientras los radicales llegarían con dos listas, la de Elisa Carrió y la de López Murphy.

*(“Quisiera referirme a una aseveración que creo imprecisa: Más crítica merecía (la sociedad porteña) cuando se tragaba todos los cuentos del neoliberalismo. Permítanme el beneficio de la duda hasta tanto conozcamos la performance de los Macri, los López Murphy y los Menem en este distrito... No adorno mi parecer con análisis ni frases bonitas, porque también doy, según pide el compañero preopinante, el beneficio de la duda a la benemérita sociedad porteña...”)*¹⁹

Una vez establecido el escenario electoral, dentro de la Organización se produjo un amplio debate acerca del candidato a apoyar. Algunos compañeros, tal como sucedía entre muchos cuadros del mejor Peronismo, pensaban que

¹⁹ JCC, correspondencia con HC y otros, en una cadena de correos electrónicos (2002).

había que definirse por Rodríguez Saá, quien se presentaba por un partido denominado “Movimiento Nacional y Popular”, cuya gráfica incluía las figuras de San Martín, Yrigoyen, Evita y Perón, lo que constituía un mensaje seductor, reforzado por la participación allí de militantes incuestionables. Otros, apostaban a la continuidad del proceso iniciado en enero de 2002, que mostraba la solidez movimientista, en términos no políticos sino sociales, surgida de esa alianza entre sectores productivos y sindicales que sostenía al gobierno de Duhalde y había obtenido de él las medidas que estimaba necesarias, y cuyo eje era la necesariamente industrialista provincia de Buenos Aires. Ahuyentado el peligro de la salida “por derecha” con De la Sota o Reutemann, esta posibilidad de continuidad a contrapelo de la “Liga de Gobernadores” les parecía a muchos compañeros adecuada.

Hay que recordar aquí que tanto San Luis como Santa Cruz eran las dos provincias que mejor habían sorteado el drama de la desocupación, mientras la Argentina se hundía en el barro neoliberal.

Pero todos desconocíamos al santacruceño y, para colmo, habíamos visto con cierto disgusto que no hubiese aceptado, en su momento, asumir la Jefatura de Gabinete de Ministros, cuando Duhalde se la ofreció. En aquel entonces, Néstor rechazó la oferta básicamente porque no acordaba con la política económica, particularmente con la devaluación. Pero en el Peronismo Militante habíamos asumido esa medida como necesaria y, como queda dicho más arriba, entendíamos que se habían tomado otras disposiciones compensatorias.

En el transcurso del debate, en medio de ese estado deliberativo en el que estábamos, íbamos accediendo a

determinadas informaciones que volcarían la decisión. Por un lado, algunos compañeros venían con nuevas referencias sobre el candidato de Duhalde, generalmente elogiosas de su trayectoria y de sus condiciones tanto políticas como ideológicas. Por otro, fue surgiendo la percepción de que Rodríguez Saá rumbeaba hacia un acuerdo con el menemismo. Una vez que nos convencimos de esto último, no quedó nada por discutir: el enemigo principal para la recuperación del sentido del nacional y popular del Peronismo era la infiltración neoliberal, y su máximo exponente el riojano. Para recuperar a la Nación, estábamos seguros, era necesario recuperar al Peronismo.

Asumimos entonces la campaña “Kirchner 2003” con toda la energía que la hora demandaba, tal como es nuestra costumbre siempre. Pronto nos iríamos convenciendo del acierto. Primero la elaboración de la plataforma electoral, luego los discursos del candidato (que de todos modos eran palabras, por el momento) y, por último, el memorable discurso de asunción nos fueron esperanzando los corazones. La primer semana del Kirchner presidente comenzaría a hacer el resto.

La historia nos había regalado algo que apenas entreveíamos en la bruma de los sueños. Néstor Kirchner nos proponía ser parte del despertar que los haría posibles. Ya no serían un futuro remoto sino que nos los depositaría en las manos en ese instante sorpresivo. Desde entonces nos dedicamos a construirlos y cuidarlos.

Abril de 2017

Parte aguas orgánico 1

Documento
Primer plenario nacional de cuadros del
Peronismo Militante
(18 de diciembre de 2004)

Los integrantes de las organizaciones presentes en este Primer Plenario Nacional de Cuadros del Peronismo Militante, convencidos de la vigencia del pensamiento estratégico de Juan Perón y del deber irrenunciable de revertir el estado de fragmentación del Movimiento Nacional, así como de la profunda afinidad ideológica de nuestras respectivas agrupaciones, hacemos pública nuestra voluntad de unir nuestro esfuerzo en la militancia para la construcción de una organización nacional de carácter popular y revolucionario que opere en sintonía absoluta, en una unidad tanto doctrinaria como operativa, en función de un proyecto estratégico destinado a la liberación definitiva de la Patria y a la realización de la Justicia Social.

Nos encontramos ante una coyuntura histórica decisiva, refundacional para la Patria y para el Peronismo, que deberá convertirse en el eje vertebrador y núcleo convergente del Movimiento Nacional, abarcando las nuevas formas

y expresiones de organizaciones sociales y políticas con contenido nacional y popular. Así lo entendió el Pueblo argentino, que ha reafirmado, recientemente, su voluntad de independencia, rechazando categóricamente la opción electoral de la antipatria y el destino semicolonial que se le proponía. Así lo interpretó el compañero Néstor Kirchner y así lo ha expresado en su momento.

Con la caída del frente liberal en general, y particularmente de la “quinta columna” menemista infiltrada en el Peronismo, se abre para nuestro pueblo la posibilidad de reconstruir el poder nacional, recuperando las banderas históricas y vigentes de Soberanía Política, Independencia Económica, Justicia Social y Nacionalismo Cultural para llevarlas a la victoria definitiva. Para ello, el Peronismo deberá ahora volver a ser un polo de atracción para el Pueblo Argentino, asumiendo nuevamente su identidad revolucionaria.

Afirmamos que, con la mira en estos objetivos, toda estrategia autónoma y soberana deberá incluir como pilares principales los siguientes lineamientos:

El afianzamiento de la Comunidad Sudamericana y su transformación en una realidad política que supere las cuestiones meramente comerciales. Esto está en nuestro mandato histórico, acompaña el actual proceso mundial, y resulta conveniente a los fines de garantizar el respeto de nuestra soberanía en un momento en que el estado norteamericano ha militarizado su política exterior y ha dado sobradas muestras de su voluntad de intervención en las regiones estratégicas del mundo. Debemos establecer claramente que la Comunidad Sudamericana no es un vehículo hacia una “negociación en mejores condiciones” con

el ALCA, sino una alternativa a la amenaza de inminente destrucción que implica para América Latina ese proyecto imperialista; la Comunidad Sudamericana es un proyecto propio y autónomo de nuestra desmembrada nación criolla, más bien como vehículo hacia la integración final de la Patria Grande, y antagónico por lo tanto con los ideales sociales, económicos, culturales y políticos estadounidenses, que incluyen en su proyecto nacional la anexión de nuestros países. Así como durante el conflicto de Malvinas los Estados Unidos privilegiaron la OTAN frente al TIAR, hoy nosotros debemos dar preeminencia a la integración política de la América Mestiza y oponerla a la falsa integración económica favorable únicamente al gran capital transnacional con domicilio constituido en los Estados Unidos.

La defensa irrestricta del principio de la libre determinación de los pueblos, única garantía contra el avasallamiento de los poderosos y, además, derecho imprescriptible en el marco internacional. No hay argumento pacificador valedero para inmiscuirse en la política de una nación soberana, sea esta poderosa o débil, monárquica o republicana, dictatorial o democrática. Los argentinos debemos optar siempre por la nación oprimida contra la opresora, sea cual fuere el régimen político que adopte una y la otra.

El rechazo de la doctrina estadounidense de “guerra preventiva”, que otorga a los países hiperarmados del mundo el derecho de agredir a toda nación que encare, aunque más no sea tibiamente, el aprovisionamiento militar necesario para evitar el ataque precisamente de esas grandes potencias que pretenden, en realidad, tener exclusividad en la posesión

de armamento. Así como también el rechazo a la teoría que supone al “terrorismo internacional” como peor enemigo de la paz mundial. El peor enemigo de la paz mundial es el avasallamiento de los derechos y patrimonio de las naciones más débiles por parte de los países poderosos junto con la explotación desbocada de los recursos naturales para satisfacer un consumo irracional centralizado en manos de unos pocos, mientras enormes masas humanas son empujadas a una vida de miseria y hambre. No condenar claramente la “doctrina de la guerra preventiva” en todos los casos abre las puertas a futuras intromisiones en nuestros asuntos internos, tanto en lo político como en lo económico, máxime en un mundo absolutamente asimétrico en términos de poder.

La primacía del interés nacional y el de las mayorías populares en el rediseño del sistema económico. Deberá fomentarse la necesaria transferencia de recursos a la producción nacional y una redistribución de la riqueza con sentido social justo; además el Gobierno Nacional deberá velar por no aumentar su actual nivel de endeudamiento y, de ser posible, bajarlo, tal como se percibe actualmente su trabajo en ese sentido. La herramienta principal para este objetivo deberá ser nuestra banca pública, única que podrá garantizar que el ahorro nacional se oriente al servicio de un desarrollo autónomo, integral y justo. El objetivo nacional es atender al desarrollo definitivo de nuestro potencial económico y social.

La implementación de una política que promueva el trabajo mediante la búsqueda del pleno empleo, que, incluyendo a todos los argentinos en la vida económica, impulsará los salarios hacia arriba y posibilitará condiciones dignas de vida para nuestros compatriotas; para ello deberá

promoverse un gran proyecto de obra pública que sienta las bases de la urgente reindustrialización del país, que deberá hacerse con criterio federal para integrar nuestras regiones entre sí y con los países vecinos, y tendiendo a la desarticulación del actual esquema megalopólico, con centro en la Ciudad de Buenos Aires, que obstaculizó el desarrollo armonioso del territorio nacional; en la misma perspectiva, urge la implementación de una reforma impositiva, que grave fundamentalmente a la riqueza y no al consumo.

El fortalecimiento del Estado en el proceso de toma de decisiones, lo que implicaría renacionalizar el poder, que en los últimos años ha residido casi con exclusividad en las grandes corporaciones económicas privadas, en su mayoría en manos extranjeras. Deberá ser nuestra guía en esta tarea el “Modelo Argentino para el Proyecto Nacional” planteado por el general Perón y útil aún hoy a los intereses de la Patria, como queda expresado en este documento y como puede observarse en las aspiraciones actuales del Pueblo Argentino, que incluyen principios tales como la justicia distributiva, la preservación de recursos naturales, la liberación nacional, el derecho universal sobre el conocimiento científico-tecnológico, la participación popular mediante las organizaciones libres del pueblo, la diferenciación entre democracia y liberalismo, la armonía entre los valores materiales y espirituales y entre los derechos del individuo y los de la sociedad, la equidad social, la valoración de la propia identidad nacional en un marco de universalización creciente, la paz social y política, la planificación económica para no dejar a la sociedad librada a las fuerzas individuales o corporativas, la necesidad de que el gobierno nacional no sea un mero administrador sino

que asuma la conducción política del Estado, la limitación del poder a los sectores políticos internos cuyos objetivos coinciden con los del imperialismo, la ética individual para garantizar la ética económica, el abandono de los sectarismos, la protección de la familia y la expansión del consumo en aquellas de menores ingresos, la solidaridad como factor social aglutinante; y muchos más reclamos de absoluta actualidad, ya explicitados por Perón en 1974.

La reconstrucción de la identidad cultural y de la conciencia histórica del pueblo argentino, con efectivas acciones en los campos de la educación y de la cultura en general, tendientes a valorar y dar preeminencia a las creaciones artísticas, técnicas, intelectuales y científicas de nuestro propio pueblo. Deberá eliminarse en nuestra educación inferior y media la falsa Historia Oficial diseñada con el fin de que no logremos comprender nuestro origen y, por tanto, nuestro destino. Habrá que dar esta batalla centrando la comprensión de la Historia en nuestra lucha inconclusa por la liberación y contextualizándola en la epopeya de la nación latinoamericana. Será imprescindible la creación de instituciones de formación docente que materialicen el fin de la “colonización pedagógica”.

El rechazo de las soluciones ideológicas ajenas a nuestra conformación histórica, en la convicción de que sólo nuestro propio pensamiento nos hará libres y de que poseemos los argentinos en particular, y los latinoamericanos en general, desarrollos ideológicos suficientes y perfectibles, para enfrentar los problemas actuales. Ya en el pasado la adscripción lisa y llana a doctrinas extranjeras sin adaptación alguna al medio local nos ha llevado a callejones sin salida;

esto no obstó a que cierta “intelectualidad” buscara en las construcciones teóricas pensadas para otras realidades, inoperantes o contraproducentes en la nuestra, soluciones a los problemas argentinos una y otra vez. Desde el liberalismo de Adam Smith hasta la Tercera Vía de “Tony” Blair, que han servido para descapitalizar a países como la Argentina o para dar un rostro “progresista” al asalto de los recursos naturales de países como Irak. Afirmamos nuevamente que la doctrina justicialista, enmarcada en el nacionalismo popular revolucionario, representa aún hoy el mayor desarrollo ideológico logrado en nuestro país y que su aplicación resultará absolutamente beneficiosa para el Pueblo argentino. El logro de estos objetivos no dependerá solamente de un gobierno, sino también de la lucha constante y decidida de cada uno de los militantes del desarticulado movimiento nacional, que tras un período de retracción ha demostrado estar vivo frente al embate de los enemigos extranjeros y sus aliados vernáculos.

Son en esta hora objetivos primordiales la unidad y la organización, siguiendo el orden de prioridades que nos legara el General Perón: primero la Patria, después el Movimiento y por último los hombres.

Por todo esto declaramos nuestra voluntad de unirnos en la construcción de una fuerza nacional que, abrazando la causa de la revolución peronista, enfrente el desafío que la hora demanda, desde una cosmovisión eminentemente peronista, centrada en la Justicia Social, categoría política que resume el eje estructurante de la tarea militante. El camino hacia la polarización y la desigualdad social es una posibilidad que ningún militante del campo popular, y menos aún del

Peronismo, puede aceptar, a no ser que sus intenciones ya no sean las de un compañero sino las de un traidor, máxime en una Patria como la que hoy vivimos, plagada de las peores formas de la injusticia.

Es el momento de un crecimiento cuantitativo, pues ha retrocedido enormemente el escepticismo generalizado que produjo el período que nos precede y habrá que convocar, entonces, a más argentinos a esta lucha para que dejen de ser espectadores del escenario político y se constituyan en actores dispuestos a marchar “con los dirigentes a la cabeza o con la cabeza de los dirigentes”, porque el Peronismo no ha venido a este mundo a aceptar pasivamente, como espectador de una obra que otros actúan, las desigualdades y las injusticias de los modelos político-económicos impuestos desde la fuerza brutal y desde la fuerza simbólica de la pedagogía de los dominantes. Toda sociedad posee sectores políticamente más activos, pero la base ideológica del Peronismo, expresada como doctrina de la justicia, opera en la realidad para transformarla y propone un escenario de tipo revolucionario en el que actores por vocación y espectadores por pasión irrumpen configurados como unidad, que se expresa como participación activa en el seno del Movimiento, su modo organizativo. Convocamos, pues a tomar el escenario político porque en él se ponen en juego nuestro destino, el de nuestros compatriotas, el de nuestros hermanos latinoamericanos y de todos los hombres y mujeres del planeta que esperan que nuestra actuación promueva la construcción de sociedades justas, máximo anhelo de los pueblos que sufren el embate de la sinrazón imperialista con sus modelos prometeicos que ocultan en sus pliegues la explotación, la segregación y la ignominia,

que sólo ofrecen pobreza y abandono y sacrifican en la pira ardiente de un capitalismo dislocado a la humanidad toda.

Pero es el momento también de un crecimiento cualitativo por medio de la promoción de cuadros militantes integrales, poseedores de una identidad orgullosa de sí misma, para enfrentar con éxito a la maquinaria cultural colonial, hegemónica en los medios de comunicación masiva y para realizar efectivamente la felicidad del Pueblo y la grandeza de la Nación. Porque muchas pueden ser las razones por las que tan pasivamente, con mayor o menor grado de responsabilidad, los peronistas admitimos la supuesta modernización ideológica, doctrinaria e instrumental pretendida en los últimos años. Tal vez por falta de análisis, por incomprensión, por individualismo. Pero afirmamos que se ha debido principalmente al debilitamiento sincronizado y sistemático que de nuestra fortaleza ideológica produjo el discurso potente del neoliberalismo, a través de sus comunicadores. Por lo tanto deberemos muñirnos de una sólida verdad, como dice el general Perón en “La Comunidad Organizada”, con la que deberá estar armado cada cuadro político para enfrentar los cambios y las mudanzas que los tiempos imponen pero sin caer en las celadas tendidas por los enemigos del Pueblo y de la Patria. Porque sabemos que la crisis del modelo no nos exonera de sus consecuencias pero también que el Movimiento Nacional ha dado muestras de su capacidad de recuperación política, ideológica y operativa a partir de la comprensión de la coyuntura terminal que mostró la crisis del 2001. En ella, actores y espectadores irrumpieron juntos para retrovertir la soberanía política popular, como hubiera dicho Mariano Moreno, o para llevar la cabeza de los

dirigentes, como dice el General.

A ese crecimiento al que aspiramos habrá que otorgarle un sentido orgánico para hacerlo real y efectivo. Nos proponemos alcanzar una organización sólida, afiatada y plural que pueda contener en su seno la diversidad de perspectivas que caben en el ancho campo del Peronismo, porque no olvidamos que la diversidad y la pluralidad interpretativa que el Peronismo tiene ha permitido construir sus mejores realizaciones. Esa diversidad no implica caos sino posibilidad de pertenencia en el respeto al “otro” como sujeto complejo y vital.

Por eso hemos decidido constituirnos en una única organización nacional cuya conducción estará en manos de una Mesa Confederal que respete las particularidades de cada distrito y que a su vez imprima la unidad de concepción estratégica y la operatividad táctica que nos permita convertirnos en una alternativa de poder.

...

En la encrucijada que se avecina, no sólo para nuestro país, sino para toda la América Criolla, cada batalla peleada en cada lugar de la Patria Grande será necesaria para lograr el triunfo en esta segunda Guerra de la Independencia, victoria sólo posible desde una unidad de concepción y de acción amalgamada por el culto del amor a la Patria.

Compañeros: **¡Unidad para vencer!** Hoy más que nunca,
¡liberación o dependencia!

Se levanta a la faz de la tierra

La madre de todas las batallas

“El partido Unitario tiene un crimen más que escribir en la página de sus horribles crímenes.”

José Hernández, “Vida de El Chacho”.

Cortar la cabeza de la hidra

Sucedió en Navarro, Buenos Aires. Juan Lavalle iba a ensangrentar el año 1828 y los 50 subsiguientes. Había derrocado, perseguido y capturado a Manuel Dorrego y se preparaba a fusilarlo por federal.

Salvador María del Carril, un intelectual unitario, le recordaba que *“una revolución es un juego de azar en el que se gana hasta la vida de los vencidos”* y le advertía, en una carta, que, si no abordaba así la situación de Dorrego, perdería *“la ocasión de cortar la primera cabeza a la hidra, y no cortará usted las restantes”*. Una promesa siniestra sobrevolaba el Plata.

Lavalle, caracterizado por el mismo Echeverría –unitario paladar negro– como “la espada sin cabeza”, obedeció a los civilizados y fusiló a Dorrego. Semejante crimen llevó a las Provincias Unidas a un enfrentamiento interno cada vez más violento. Era el primer asesinato político hecho a la luz

pública en nuestro territorio desde la época de la Revolución de Mayo. En efecto, Del Carril le ofrecía un argumento a Lavalle: *“este país se fatiga 18 años hace, en revoluciones, sin que una sola haya producido un escarmiento”*. Los unitarios inauguraban una metodología que exponía a la sociedad su desprecio por la vida y por el Pueblo. En una derivación estrictamente lógica de su concepción social, años después, decidieron que la única forma de triunfar sobre “la barbarie” era el exterminio del bando contrario y se dedicaron por la mano de Mitre y de Sarmiento a masacrar poblaciones enteras de gauchos. Este fue el punto cúlmine de esa política de odio al Pueblo real de la Patria y se expresó simbólicamente en el asesinato del Chacho Peñaloza.

En Navarro los unitarios inauguraron un ciclo político sangriento que ellos mismos darían por concluido mediante el exterminio del gauchaje federal en la década de 1860. La derrota del campo nacional parecía definitiva.

La hidra vive porque el Pueblo es inmortal

El Federalismo quedó desarticulado. En las profundidades del autonomismo nacional roquista se habían refugiado, en claro retroceso, el proteccionismo industrial, el americanismo y el sentido popular federal. Largos años demoraría la salida a la luz de esas viejas tradiciones por la vía del ascenso de Yrigoyen, “mazorquero” por pedigrí, a la Presidencia de la Nación.

Confirmando el ciclo de “revolución y contrarrevolución”, el partido nacional volvía a encaramarse al control del Estado, después del reinado indiscutible de la oligarquía ganadera pro británica.

Con el Peronismo, los sectores populares alcanzaron su máximo nivel de conciencia y llevaron adelante un programa de protección industrial, justicia social y soberanía política en el marco de un proyecto americanista.

La hidra había encontrado su cabeza.

Los unitarios modernos –si cabe tal adjetivo a quienes deseaban volver al país de las vacas gordas y la peonada pata al suelo–, inscriptos en la llamada línea Mayo-Caseros, vieron llegada la oportunidad de exhibir impudicamente su odio al Pueblo.

Quisieron cortar otra vez “la cabeza de la hidra” y, de paso, algunas de “las restantes”. Y realizaron un nuevo Navarro. “¡Hay que matar a Perón!” Nuevas “espadas sin cabeza” volcaron desde sus aviones más de 10 toneladas de explosivos, en nombre de “la Libertad”. La Plaza de Mayo humeaba y gemía atronada por el odio. Caos por donde se mirara. Era la vieja amenaza de Salvador María del Carril que cobraba vida; y la cobraba en vidas.

Perón no fue muerto. Los “libertadores” tiraron sin piedad al cuerpo de la hidra, puesto que la cabeza parecía a salvo... Cientoventipico de años después seguían viendo en el Pueblo argentino a un monstruo mitológico temible y peligroso.

Desde el cielo, seguramente, se veía una ciudad salpicada con más de 300 muertos que derramaban su sangre en el asfalto, en las veredas y en los zaguanes. Entre las columnas de humo cada aviador de Marina pensaría: “Soy Hércules; y la hidra está pronta a morir.”

Poco después, la oligarquía retomaba el control del Estado, merced a los buenos servicios de los radicales, los conservadores, los socialistas, los comunistas y el Ejército que empezaba su

divorcio definitivo del Pueblo argentino, inevitable cuando la vieja partidocracia le soltara la mano. Los Del Carril nunca respetaron a los Lavalle...

Entre las primeras medidas “libertarias” destaquemos: la disolución del Partido Peronista —que había obtenido en la última elección el 68 por ciento de los votos, emitidos por la monstruosa hidra llamada Pueblo argentino— y la prohibición de

*“la utilización, con fines de afirmación ideológica Peronista, efectuada públicamente, o propaganda Peronista, por cualquier persona, ya se trate de individuos aislados o grupos de individuos, asociaciones, sindicatos, partidos políticos, sociedades, personas jurídicas públicas o privadas, de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas, que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales pertenecientes o empleados por los individuos representativos u organismos del Peronismo.”*²⁰

También se resolvió intervenir la Confederación General del Trabajo y poner al frente de ella a un interventor cuyo apellido era... Patrón, Patrón Laplacette. El cuerpo de Eva Duarte de Perón, que descansaba en el edificio de la CGT, fue ocultado y ultrajado desde entonces hasta la década del '70. ¡Cosas de los civilizadores democráticos!

No hubo retorno de aquella violencia. La hidra tenía esa desagradable tendencia a la Resistencia. Sólo se la doblegaría con una decisión similar a la de Mitre y Sarmiento cuando ejecutaron a las montoneras. Así se hizo en 1976. Miles de

²⁰ Decreto-Ley 4.161, de marzo de 1956.

hombres y mujeres, luchadores populares, sindicalistas, militantes y artistas, niños inclusive, fueron entonces secuestrados, torturados, asesinados, expatriados. Sólo así, por la supresión, otra vez, del bando contrario, se obtendría una pacificación de bayonetas garantizando la vida “en Democracia”.

Han pasado 50 años de aquel bombardeo criminal del 16 de junio de 1955. Es nuestra obligación recordarlo y forzar con nuestro testimonio al aparato cultural para que ya no lo encubra. Se trata de la madre de todas las batallas de nuestro siglo XX, piedra angular de la decadencia argentina orquestada por los liberales, herederos del unitarismo del siglo XIX.

Botón de muestra: el gobierno de la “Contrarrevolución Fusiladora” fue el que nos incorporó al Fondo Monetario Internacional. Fue para aplicar esa política que se masacró al Pueblo argentino, desde la “Libertadora” hasta el “Proceso de Reorganización Nacional”, iniciador del desguace del otrora poderoso Estado argentino.

Los frutos de esa paz de cementerios los gozó Carlos Menem y los pagó De la Rúa, el viejo aliado de la Dictadura, cuando en las Jornadas de Diciembre, en 2001, el Pueblo los echó a él y a Cavallo. La expulsión era retroactiva para Menem, que los defendió en la ocasión.

En el 2003 el Pueblo monstruoso confirmó su decisión y la rata escapó por los tirantes renunciando a la lucha. Ya no era su tiempo. Ya no es su tiempo. Hoy no quedan dudas, la hidra se levantó de su letargo. Erguida ya, busca su cabeza. Y amenaza con encontrarla.

Junio de 2005

Ladran, Sancho. Señal que cabalgamos

Están asustados. La plaza del 25 de Mayo los puso frente a un problema indisimulable. Trescientas mil personas no son una aparatada. Aparatada eran los “actitos” de no más de 30.000 tipos (muy rara vez) que hubo hasta ahora. No había una manifestación así desde aquellas de los primeros años inmediatos a la dictadura de Videla y Martínez de Hoz.

La Plaza de Mayo llena; ahí caben entre 120.000 y 150.000 personas. La Diagonal Norte llena hasta la 9 de Julio. Avenida de Mayo, lo mismo. Diagonal Sur llena, por lo menos, hasta Belgrano. Gente que no pudo llegar desde la Plaza de los Dos Congresos y dos columnas formidables que salieron demasiado tarde desde Avellaneda y Lanús; ambas ocupaban toda la Autopista a lo ancho. Haga usted el cálculo.

Entonces, como lo de “gente acarreada” no funciona (por lo menos no seriamente) hay que ensayar argumentos.

Y uno de los tubos de ensayo preferidos del alicaído liberalismo argentino es el programa televisivo de Mariano Grondona. Allí el gorilaje más cerril, más tosco, se expresa, por ejemplo, en “televotos” cuyo resultado es siempre desfavorable al Gobierno en porcentajes oscilantes entre el 70 y el 90 por ciento (¡a veces más!), en una clara muestra no de la “opinión pública” sino de

quiénes miran a Grondona.

Pero no nos dispersemos. La plaza del 25 dolió y hay que ensayar argumentos en el tubo de “Hora Clave”. Los invitados, Margarita Stolbizer y Jorge Reyna! escuchan al filósofo y callan, otorgando: *Las invocaciones al “pueblo” y la “movilización” (eso no fue una “manifestación”) son una antigüedad, porque ¡por suerte! el “pueblo” no existe más: ahora existen “personas”...* La mano del dicente Alejandro Rozitchner,²¹ diplomado de pensador, parece depositar cosas una por una sobre la mesa, enfatizando la individualidad de esas “personas” y su aislamiento.

Hay goriladas que a veces eximen de mayores explicaciones. Ésta no es de éstas.

En este principio se basa la totalidad del seudo pensamiento seudo moderno del seudo liberalismo seudo argentino, alienado (esta vez sin “seudo”) al centro mundial de poder. No es verdad que ya no exista el Pueblo, pero es una proposición dogmática pasible de realización o, por lo menos, apta para simular una concepción desarticulada de las sociedades oprimidas por el consumo hipertrófico, en los países centrales, o por la exacción imperialista en la periferia. Está claro que Rozitchner no cree que el Pueblo ya no exista. Cuando dice “por suerte” está expresando la profundidad de su deseo, simplemente, y arengando a los televidentes a lanzarse a la negación de ese sujeto-Pueblo asomado sin vergüenza en la Plaza del 25.

Se trata de negar la existencia del Pueblo porque los Pueblos,

²¹ Alejandro Rozitchner es hoy asesor del presidente Macri. Reconoce no saber bien cuál es su aporte en tal ocupación, aunque se autoatribuye la autoría de “los tres valores del Pro” (Cercanía, Positividad y Futuro), una chantada que se pretende presentar como “la visión del mundo” del Pro, pero no llega más que a estrategia de marketing. Para la época en que se publicó este artículo, era colaborador en el programa de Mariano Grondona. Véase: <https://www.youtube.com/watch?v=Doknxv8wv9I> (N. del A., 2017)

distintos de las masas gracias a su organización, suelen ser los frenos físicos a la prepotencia del Capital y de todas las formas de opresión. En cambio, maíz por maíz nos comemos el maizal; persona por persona no hay resistencia posible contra los privilegios oligárquicos o contra el imperialismo o contra el capital o contra lo que sea. Por eso la bronca de Rozitchner acusando a los que fueron a la Plaza de estar movilizados, y no manifestando. La idea es que la “manifestación” es espontánea, o sea personas aisladas eligiendo individualmente ir a una reunión pública. En cambio, la “movilización” consiste en una especie de cohecho gigantesco en el cual los “aparatos” coimean a una serie de personas que no se comportan como tales, sino que aceptan, por ignorancia, desesperación o cinismo, asistir a cualquier lugar con tal de obtener un choripán y un vino o un puñadito de pesos. El diario “La Nación” habla de “una masa disponible dispuesta a venderse al mejor postor”.²² Alguna vez se ha dicho incluso que este tipo de “cometa” se realizaba ofreciendo obra pública para un barrio...

De esta manera, todas las formas organizativas que los

²² La Nación, Editorial del 4 de junio de 2006 (“La vigencia de la vieja política”): “la vieja consideración por parte de la clase política de los sectores más pobres de la sociedad como una masa disponible dispuesta a venderse al mejor postor no parece haberse modificado en lo más mínimo”. La horrible redundancia “disponible dispuesta” parece calcada de una nota del 12 de agosto de 2004, firmada por Fernando Laborda, también en La Nación: “Algo parecido podría decirse sobre el gasto público vinculado con servicios y políticas sociales. El problema no es cuánto se gaste; el problema pasa por la ineficiencia de un gasto social en el que a menudo sólo una pequeña porción de lo invertido por el Estado llega efectivamente a la población necesitada, mientras que la mayor parte se diluye en las encrucijadas de burocracias, aparatos partidarios, redes de corrupción y clientelismo, donde se termina considerando a los sectores más desprotegidos de la sociedad como una masa disponible dispuesta a venderse al mejor postor y a ser utilizada como carne de cañón desde el punto de vista político”.

argentinos van dándose quedarían desacreditadas por estos vicios de conformación.

Grondona, incluso, llegó a escribir en la “tribuna de doctrina” mitrista que “la Plaza no es el Pueblo” sino, prácticamente, el “delito de sedición” previsto por el artículo 22 de la Constitución Nacional.²³ No hace falta ser muy imaginativo para relacionar estas expresiones infelices (bien digo: “infelices”) con el viejo enemigo *subversivo*. El pez por la boca muere. Después habla vagamente de la ingenuidad de los que creyeron en “la ilusión de la Plaza” y se incluye, diciendo que en el ’55 él también fue a la Plaza “creyendo ingenuamente en el fin del Peronismo” pero que “en los países de tradición democrática la Plaza espanta” y que “imponer sus ideas en la Plaza, en lugar de las urnas, no es una práctica democrática sino fascista”... ¡Justo él, que fue ideólogo y *empujador* de todos los que se impusieron por las armas! La contradicción es tan burda que cansa explicarla, pero digamos que las Plazas nuestras van acompañadas de votos, las de los Grondona, menos multitudinarias, por cierto, se garantizaron con las armas al servicio de la oligarquía.

En definitiva, todo este discurso contra el Pueblo y contra la Plaza no es otro que el de la Civilización horrorizada por la Barbarie. Grondona se identifica con “los países de tradición democrática” y Rozitchner dice que el concepto de Pueblo “es una antigüedad”. Ellos serían, por el solo hecho de realizar estas afirmaciones, más parecidos a los hombres de aquellos países y más modernos, que sería casi lo mismo.

Sin embargo, la “idea” que subyace en los dichos de esta gente ya es vieja. Se quedaron en los ’90, cuando algunos, más movidos por el deseo que por el análisis o, simplemente, suscribiendo el

²³ “La falsificación de la democracia” (La Nación 28 de mayo de 2006).

discurso imperialista, creyeron que la globalización terminaría con las nacionalidades. La globalización, en tanto hecho imperialista, distinto al hecho tecnológico, sólo resistencia puede encontrar en el mundo periférico, al menos mientras sea un simple vehículo de dominación. Fueron los Pueblos, precisamente, los que vinieron a demostrar la falsedad de semejante afirmación. Esos Pueblos que estos señoritos presentan como ingenuos por creer en sí mismos, en su propia vitalidad.

Pero acá no hay ingenuidad, por eso nos ocupamos de esta gente y por eso Grondona termina su artículo en “La Nación” diciendo, casi en una arenga, que la “rebelión de los ingenuos” se realizará cuando se reconozca que ha llegado “la hora de renunciar a la Plaza”.

La hipocresía al poder, podría ser su lema. A nosotros nos queda claro que estos intelectuales de pacotilla le temen a la movilización y la odian porque temen al pueblo organizado. Porque un pueblo organizado se organiza precisamente contra ellos, porque lo hace contra los intereses que ellos defienden. Les molesta el Pueblo hasta desde lo estético, a tal punto que La Nación editorializa expresando horror por “ciertos estribillos procaces que con destinatario expreso les hicieron coro a determinados tramos de las palabras presidenciales”. Es gente muy fina, ésta de La Nación.

Nosotros no tanto. Nos juntamos, hacemos estribillos procaces y se los dedicamos a Menem, como el 25 de Mayo, o a Grondona, Rozitchner y sus amiguitos, sin renunciar a la Plaza. Y, así, nos reconocemos Pueblo, para no ser masa que moldea otro. Mientras tanto, movilizados, organizados, felices en la tarea común, alegres por realizarnos como personas junto a los nuestros, siendo democráticos como sólo puede serlo el Pueblo, ¡mientras tanto, liberamos la Patria!

Julio de 2006

Interludio (nuestro)americano

América toma la palabra

“El mundo debe familiarizarse con la idea de considerar al continente americano como nuestro dominio natural”.

**John Quincy Adams, Presidente de los Estados Unidos
(1825-1829).**

“Si el ideal de la Patria Grande se posterga o muere, la causa de la libertad está perdida”.

Simón Rodríguez

La gran política es la política exterior. Lo sabemos de memoria.

En Argentina esta máxima adquiere especial relevancia en tanto la principal contradicción operante en nuestra política sigue siendo “Imperialismo o Nación” y la opción “liberación o dependencia”, en tanto somos una semicolonia, un país que aunque no esté ocupado militarmente por una potencia extranjera no controla los resortes principales de su economía. En toda “semicolonia” dichos “resortes” se encuentran en manos extranjeras o de sectores locales sumisos, inaptos para la soberanía en razón de sus fuertes vínculos económicos, históricos, políticos y culturales con potencias y empresas foráneas. “Imperialismo o Nación” es, justamente, una

contradicción propia de la política exterior.

Perón advirtió hace ya más de medio siglo que el mundo iba derecho hacia la “universalización”. Así la llamó él, pues aún no era bautizada por los politólogos internacionales. Decía que a la etapa de los estados-nación seguía la de los estados continentales y a ésta la universalización. Y que eso era, en términos históricos, “fatalmente” irreversible.

Por lo tanto, el año 2000 iba a encontrarnos unidos o dominados. Perón tenía razón, como en tantas otras cosas, y llegamos al 2000 desunidos y, por tanto, dominados. Se nota a simple vista y confirma lo dicho por Perón.

¿Pero desunidos quiénes? ¿Quiénes tienen que estar “unidos” según Perón? Hago la pregunta –que es retórica, claro– porque muchos se hacen los sotas y quieren imbuir de cierto sentido pacifista a esta sentencia básica del ideario peronista, como si se refiriera a que no hay que pelearse, a que la clave del buen vivir “en democracia” es “el consenso”. Falso: intentan evitar la colisión de intereses porque no desean que nada cambie. Que quede claro, entonces: el “consenso” no es posible entre los que defendemos a la Patria y los que están a sueldo de intereses extranjeros.

El General, que sabía todo esto, cuando decía “unidos o dominados” se refería a los países de nuestra América, de la América Criolla. Por eso, en su gobierno de la década del 40/50 trabajó denodadamente por la unidad continental. Pero no por una unidad “panamericana”, sino por una “latinoamericana”, es decir sin los Estados Unidos; por fuera de la “doctrina Monroe”. Porque dicha “doctrina” se basaba en el axioma “América para los americanos”, donde “América” era todo el continente pero “los americanos” eran sólo los estadounidenses.

Hoy nuestro desafío es el mismo, de algún modo, que el que enfrentó Perón. Va a ser muy difícil, si no imposible, consolidar un rumbo de desarrollo con justicia social sin aliarnos con los países de nuestro subcontinente. Perón decía que “liberarse es fácil, lo difícil es mantenerse libres”, y agregaba que podía lograrse si se realizaba la unión sudamericana para conformar una formidable unidad económica y política.

No es menor el tema. Es la Política con mayúsculas.

Ya vemos al imperialismo asomar sus garras para generar disensiones entre nuestros países, lo vemos “meter la cola”. Hay a la vista un sinnúmero de acciones con hedor a CIA, la mayoría vinculadas a la cuestión del “terrorismo como amenaza global” y del narcotráfico en general. Vaya como ejemplo el incidente diplomático entre Colombia y Venezuela donde se sobornó a militares venezolanos para secuestrar en la república bolivariana a un hombre de las FARC y llevarlo a Colombia. La política “antiterrorista” impulsada por Washington se esgrimió como justificativo para burlar la soberanía de Venezuela, empujando a Chávez a un enfrentamiento diplomático con Colombia, actualmente gobernada por un hombre²⁴ proclive a obedecer los mandatos del norte imperialista.

Habrán muchas de estas piedras en nuestro camino. Nosotros no debemos caer en ninguna de las trampas que se avecinan. Por un lado estarán los intentos de resquebrajar la recién nacida Unión Sudamericana, formalizada casi simultáneamente con el incidente mencionado. Por otro, la intención de dotarla de un sentido panamericano, es decir, de presentarla como una forma de ingresar “en mejores condiciones” al ALCA.

²⁴ Álvaro Uribe Vélez, presidente de la República de Colombia entre 2002 y 2010. (N. del A., 2017)

Dejémoslo claro desde ahora: la Unión Sudamericana no es una posta en el camino al ALCA; es una alternativa propia. En lo económico, el ALCA es inconveniente para nosotros. Cristalizándonos en la función de productores de materias primas por la dificultad de competir con las manufacturas yanquis, nos garantiza un destino semicolonial, con subsidios o sin subsidios agrícolas. En lo político, el ALCA resulta simplemente inmoral. No nos une, felizmente, ningún tipo de ideal con los Estados Unidos de Norteamérica. Nosotros bregamos por un mundo solidario, justo y sin hambre, donde se respete el derecho de los pueblos a su autodeterminación. Nunca podremos ser aliados de quienes intentan sojuzgar naciones para disfrutar de bienes materiales aunque los pobres del mundo revienten. Ese es el sentido de aquello de “combatiendo al capital”. Nosotros trabajamos con la mira puesta en la Justicia Social. Por ella bregamos ahora y siempre.

Pero la Justicia Social no es posible sin independencia económica y ésta, a su vez, sólo se conquista con soberanía política. Hoy nuestra soberanía política es sólo formal; cada decisión autónoma genera presiones tremendas por parte de los centros del poder mundial. Es hora, pues, de resignar parte de esta soberanía formal a una entidad superior que represente cabalmente nuestros intereses y haga entonces efectiva nuestra soberanía. Ahí está nuestro camino de grandeza.

Por eso mismo, el aparato “cultural” ha decidido ni mencionar el hecho más trascendente de nuestro tiempo: la realización de la Comunidad Sudamericana de Naciones. Porque el verbo tiene esa facultad singular y divina de la creación. Entonces, el silenciamiento que se le propina a la unión sudamericana busca provocar su no-existencia. La palabra da vida y el silencio intenta

negarla, como vemos. Y no ser nombrado es un poco morir. Del lado de la vida, en definitiva, señalamos a gritos la central trascendencia de la Comunidad Sudamericana.

Perón decía que cuando el enfrentamiento entre EEUU y la URSS se dirimiese –más probablemente “por la destrucción progresiva y agotamiento que por una acción militar operativa y violenta... hasta el derrumbe de una de las partes”– el imperialismo triunfador reviviría “el espíritu conquistador del siglo XIX, esta vez aumentado y corregido”. Por ende, no realizar la unidad continental –razonaba el General– antes del fin de esa “Tercera Guerra Mundial” sería “un verdadero suicidio”. A la luz de las cualidades “proféticas” de Perón, es decir, de su capacidad analítica tan resistente al paso del tiempo, deberíamos rogar a Dios, que Perón se haya equivocado aunque sea en esto...

Pero “a Dios rogando y con el mazo dando”. La “cuestión nacional” de la América Criolla, la realización de su unidad se dirime, como decía Abelardo Ramos, sólo por dos vías: Sumisión o Conflicto. A “ellos” (porque en definitiva esta es una cuestión de “ellos” y “nosotros”) no les cae bien nuestra unidad y por eso oponen el ALCA a nuestros proyectos unificadores y andan diciendo por ahí, cuando no logran silenciarla, que la Unión Sudamericana es algo “folclórico” (lo dijo Pablo Rojo²⁵ sin *sonrojarse*).²⁶ Quieren ALCA aunque signifique un destino de colonia proveedora de materias primas, porque lo suyo es la Sumisión. Nosotros somos ante todo patriotas y, como tales,

²⁵ Ex subsecretario de Desregulación y Organización Económica del Ministerio de Economía (1991-1994) y ex Presidente del Banco Hipotecario (1994-2000), Pablo Rojo formó parte de los “equipos” de Mauricio Macri durante la última campaña presidencial. (N. del A., 2017)

²⁶ En esto Rojo demostraría ser “civilizado” y la Unión Sudamericana, por ser folclórica, justamente, formaría parte de la “Barbarie”.

estamos dispuestos al Conflicto en lo político, en lo cultural y en lo económico. Batallaremos sin descanso para poder ofrecer más tarde, como decía Ramos, “tras décadas de conflicto, milenios de tolerancia, pero en igualdad de condiciones”. Por eso la Unión Sudamericana no nació en los salones diplomáticamente asépticos de la OEA monroísta sino, muy por el contrario, en un campo de batalla. Nació en Ayacucho, donde se decidió la independencia continental, allá por 1824. Los realizadores de este emprendimiento fundamental, que da “fundamentos”, cimientos a Nuestramérica, nos marcan el camino de conflicto desde el campo de batalla de Ayacucho y nos arengan a marchar “a paso de vencedores”, como un trueno acallando los silencios, contra los “ellos”, contra los Señores de la Sumisión.

No será fácil. Como peronistas lo sabemos. Para la Argentina, en el mundo del 2000, Soberanía consistirá en la realización de la Unidad de la América Criolla, esa América parida a fuerza de mestizaje donde no creemos en la superioridad de ninguna raza, sino en la igualdad de los hombres, creados todos, al fin y al cabo, a imagen y semejanza de Dios.

Agosto de 2005

Cacachaca o muerte

Tengo un amigo intratable. Como tantos militantes, tiende a polemizar con todo el mundo, tal vez por su condición de peronista que lleva el cristo de la proscripción y el 4.161.

Bueno, FS –así lo llamaremos– fue de visita a lo de Fulano y, entre copas, la casa de tal señor (Fulano de Tal) rebalsó de gente.

Parece ser que, alzándose entre los presentes, un amigo de Fulano relató, voz en cuello, el siguiente episodio:

El tipo viajaba en bondi por un paraje que, aparentemente, no se hizo merecedor de ser nombrado, particularidad llamativa, dada la proverbial belleza de los paisajes bolivianos. Iba con su novia boliviana para, tras un recorrido turístico, conocer a los padres de la niña, residentes de no sé qué ciudad altoperuana, si se me permite el anacronismo. En un paraje desconocido se encontraron con un obstáculo insalvable: la ruta estaba interrumpida por un “piquete” de los indios cacachacas (la socarronería con que el tipo pronunció el nombre de ese pueblo predispuso al oyente FS de manera definitivamente negativa). El tipo se bajó para ver qué pasaba y ¡ñácate! el colectivo se fue sin él, llevándose a su amada y al resto del pasaje vaya a saber adónde... Comprensible sensación de desamparo. (Nota marginal: la niña logró llegar

a casa de sus padres sin mayores sobresaltos; probablemente, según parece, estuvo dormida en todo momento).

Nudo. Llega el ejército y ¡pum, pam! pero Batman no aparece por ningún lado. Tras una refriega que aterroriza al invitado de Fulano, los cacachacas, entre los cuales había quedado el viajero desprevenido, triunfan sobre las fuerzas del orden, por suerte... El turista solitario, abandonado por su amada, preso de un ataque de nervios comprensible, sale indemne del episodio y enfila como puede hacia los pagos de sus futuros suegros, donde, supone, habrá ido su novia. Y así fue.

Desenlace. El tipo llega a su destino y, antes que nada, frente a los padres de la chica, exclama dirigiéndose a ella: “¡Yo no me quedo ni un minuto más en este país de mierda!”...

Finalmente, como epílogo, el tipo cierra el cuento asegurando orgulloso que, aunque no volvió enseguida, ya no se movió de la ciudad de sus suegros. Ja... ja... ja...

No nos olvidemos que estamos en Buenos Aires, en la casa de Fulano de Tal y que el relato se hace ante varias personas, entre las cuales está FS, un tipo intratable.

—¡Ah! ¡Pero vos sos un tarado!

—...

—¡Sí, lo que oís! ¡Un tarado! Solamente un tarado es capaz de semejante guarangada en la casa los padres de su mujer; solamente un tarado puede creerse autorizado a burlarse públicamente de un pueblo que lucha por sus derechos más elementales. Tenés que ser muy tarado para contar así lo que viste. Yo te lo voy a contar, mejor: vos viste uno de los frentes de una movilización popular que puso de pie a toda una nación. No sé qué pasaría donde vos estuviste, pero sé cómo

terminó esa historia. Y esa historia terminó con un presidente que hablaba el castellano con acento estadounidense obligado a refugiarse en su verdadera patria, los Estados Unidos; esa historia terminó con una elección de la que surgió otro presidente que estaba afuera de los pronósticos, un mestizo que se llama Evo Morales. Cuando nadie suponía que obtuviese el 30 por ciento de los votos, ganó con más del 50, demostrando que representaba a aquellos cuya existencia la dirigencia tradicional y los sociólogos desconocían. Esa historia terminó con un presidente con unas pelotas así de grandes, que vos no tenés, nacionalizando los hidrocarburos de Bolivia, poniéndole fin al saqueo a que la sometían. Pero claro, vos sólo ves ahí desorden; vaya a saber qué pensás de Evo. Que se parece demasiado a un albañil, seguramente. Seguramente, en tu comodidad de niño bien, hace ruido ver pasar a un “bolita” y reconocer en él la cara de “Un Presidente”. Si tuvieras una novia yanqui, en cambio, habrías llegado a la casa de tus suegros con la cabeza gacha, ¡seguro!, cosa que los bolivianos no hacen. ¡Sí, vos sos un tarado!

El escándalo se armó en medio de este discurso improvisado. La gente separaba como podía al viajero y a FS. La cosa terminó ahí, gracias a la cordura de los demás invitados.

FS me dice que puede ser que haya estado mal, pero que en un país semicolonial las cosas no se dirimen por el consenso, sino en el disenso y que ese disenso se tensa cada vez que la liberación se acerca.

Puede ser que tenga razón.

Mayo de 2006

Integración sudamericana: Bandera peronista

Desde los comienzos de nuestra vida independiente, lo que hoy llamamos Argentina tuvo en su seno dos tendencias políticas antagónicas. Una, la que proyectaba la realización de una gran confederación que incluyera a todas las ex-colonias de España. A esta corriente pertenecían los hombres del “Partido Americano”, según lo expresaba don José de San Martín, uno de los más representativos militantes de esa ideología fundante, junto a Belgrano, Artigas, O’Higgins y, principalmente, Bolívar. Eran los grandes patriotas dispuestos a fundar un poder mundial, sin complejos de inferioridad. Pero hubo otra tendencia: un partido aislacionista, representado por las oligarquías vernáculas, que apoyadas decididamente por las potencias coloniales de la época, en especial Gran Bretaña, forjaron tras el período de las guerras civiles dos decenas de repúblicas que serían simplemente satélites de aquellas potencias. Estas minorías de América se conformaban con entrar como sector agroexportador subalterno a la “división internacional del trabajo” sin importarles que la Patria tuviera que renunciar a su soberanía e independencia frente a lo que sería con el tiempo el “centro del poder mundial”. Con matices de época,

esos dos partidos, el americano y el localista, el de la Patria Grande y el de patria chica, vienen luchando entre sí hace 190 años. La tradición americanista persistió siempre en el Movimiento Nacional. Desde los caudillos, generales de la Guerra de la Independencia, hasta Néstor Kirchner, pasando por Yrigoyen y Perón –grandes abanderados ambos de la hermandad americana–, todos debieron enfrentarse a la miopía aislacionista de los privilegiados de la Argentina, dispuestos a postrar a la Patria para hacer sus negocios con el imperialismo.

Sería Juan Perón el que daría el salto de calidad en la teoría y en la tarea integradora al definir la importancia de una alianza de tipo estratégico: la de Argentina con Brasil. Esta intuición genial, hija de una visión geopolítica profunda y generosa, incorpora al proyecto a esa mitad de la América del Sud que fuera colonia portuguesa. Afirma con razón el gran pensador uruguayo Alberto Methol Ferré que, dado el tamaño colosal del Brasil respecto del resto de la América del Sur, Argentina debe asumir como propia la tarea de equilibrar tal asimetría porque es el mayor de los países de habla castellana en Sudamérica.

Pero tras la debacle ocurrida entre 1976 y el 2001, equivalente a un verdadero renunciamiento a la voluntad de ser por parte de nuestro país –que seguía los dictámenes del centro del poder mundial, instrumentados y aprovechados sólo por los herederos de aquella oligarquía aislacionista–, el potencial argentino para sopesar a Brasil y garantizar una integración “sana”, podríamos decir, se vio disminuido. A pesar de ello, Brasil dio sobradas muestras de su vocación por una integración ecuánime. Así, facilitó nuestra salida de la crisis auspiciando la concertación de las políticas

macroeconómicas. El Mercosur se fortaleció entonces, a pesar de las dificultades propias de todo proceso de integración.

Mientras tanto, surgía nítido en el horizonte político de Sudamérica el Teniente Coronel Hugo Chávez. Tras revertir el golpe de Estado pergeñado por los “escuálidos” –que son la partidocracia y la oligarquía venezolanas aliadas a los intereses norteamericanos–, la Venezuela Bolivariana, dueña de reservas de petróleo suficientes para dos siglos en caso de utilizarse racionalmente, en una época signada por la lucha en torno al control de los recursos energéticos, logró tomar el control estatal definitivo de PDVSA, Petróleos de Venezuela. Chávez se encontró entonces en la necesidad de profundizar seriamente su vocación integracionista porque, como Perón decía, “un país puede liberarse dentro de sus fronteras con cierta facilidad, pero lo que no podrá hacer aisladamente, es consolidar esa independencia... de ello fluye la necesidad imprescindible de integrarnos”.²⁷

En esta línea de acción, el año pasado, en Mar del Plata, con Kirchner como “D’Artagnan”, según Chávez, los “mosqueteros” sudamericanos derrotaron el proyecto expoliador llamado ALCA. El panamericanismo cedía terreno ante el empuje arrollador de una alianza continental que iba a hacerse irrefrenable.

Ante el estupor y la rabia de los Estados Unidos y las oligarquías sudamericanas, Venezuela ingresa al Mercosur y no sólo se conforma un bloque económico formidable, con petróleo para 200 años, alimentos para miles de millones de personas, tres grandes cuencas de agua potable, riqueza mineral asombrosa, polos industriales fastuosos, recursos

²⁷ Mensaje al Primer Congreso de Unidad Latinoamericana, 1972.

humanos con sólidos conocimientos técnico-profesionales, no sólo eso: aun mejor, se ha politizado el Mercosur, que es como decir que ha adquirido conciencia de sí mismo. Así, vemos el impulso que se ha dado ahora a la creación de un sistema financiero independiente de los organismos internacionales de crédito, como también a la conformación de un parlamento del Mercosur, que deberá legislar, de una vez, para todos sus integrantes. También se ha acordado impulsar la presencia de Venezuela en el Consejo de Seguridad de la ONU, en carácter de miembro no-permanente.

Otro hecho ejemplifica claramente, aunque para nada agota, este salto de calidad hacia un Mercosur más político. Hemos quebrado, mediante la firma de acuerdos comerciales con el gobierno cubano, el bloqueo que durante cuatro décadas los Estados Unidos vienen imponiendo a Cuba. Por eso asistió Fidel Castro a la Cumbre de Córdoba. Su presencia provocó una gran afluencia de jóvenes estudiantes, de sectores del progresismo y de la izquierda al acto en que se celebraba la nueva etapa histórica que vive nuestra región. Éstos, curiosamente, participaron de un acto oficialista en el cual Chávez, un militar de carrera, elogiaba no sólo al Che Guevara sino también a Juan Domingo Perón y a Eva Perón. Es un hecho auspicioso que estos sectores se incorporen al actual proceso de liberación e integración continental, construido sobre la base del nacionalismo popular, aunque, paradójicamente, lleguen a él por admiración a las revoluciones “lejanas”.

En la Argentina contemporánea, el vehiculizador de la liberación social y nacional ha sido el Peronismo. En 1945, Perón caracteriza al partido que lo llevará a la Presidencia

como “radical-laborista”, engarzando la tradición del Movimiento Nacional con un rasgo más moderno, propio de un país industrial, pero negándose, según él lo explica, a denominarlo “socialista” por el desprestigio que esta palabra tiene entre los argentinos. Surge así el vocablo “justicialista” como referencia a la opción por la Justicia Social e ingresan al Peronismo infinidad de militantes obreros provenientes de distintos partidos “de izquierda” que dejaron de conducirlos al aliarse con las potencias “democráticas” en su intento por doblegar a la Argentina de Perón. De allí proviene el sindicalismo peronista. Para realizar la liberación nacional, el Movimiento se nutre de diversas tradiciones. Esta condición “pluralista” del Movimiento Nacional –que contiene también a sectores “no izquierdistas”– suele ocultarse pero, independientemente de eso, es la que permitirá incorporar a ciertos sectores de las juventudes inquietas por el destino argentino, hoy encorsetadas por la acción infantil de la izquierda estratosférica, a la gran gesta que se avecina. Estos jóvenes serán una porción importante del frente a formar para enfrentar con éxito las luchas que se avecinan, donde el Peronismo, nivel superlativo de la conciencia argentina, deberá cumplir un papel principalísimo para garantizar el triunfo nacional.

No puede haber duda: todos estos movimientos de la América Criolla generarán una reacción profunda e integral de las oligarquías locales y del imperialismo, aliados entre sí. La canalla cipaya, la cría del Departamento de Estado y su sistema corrupto de cooptación de comunicadores y técnicos ha comenzado su tarea. Los ideólogos de la entrega nacional andan por ahí afirmando que aliarnos con Venezuela es un

error estratégico de nuestra diplomacia porque significa coincidir con Irán y enfrentarnos a Estados Unidos. Lo mismo ocurre con gran parte de los medios de comunicación, que sólo se han dedicado a resaltar las dificultades de la integración pero para hacer creer que es imposible, y no para procurar el conjuro de tales obstáculos. No es que “no la vean”, no desean la liberación de la Patria porque no priorizan la felicidad del Pueblo.

Nosotros actuamos de otra manera, porque trabajamos por la soberanía y por la independencia, porque queremos justicia y amamos nuestra cultura; y sabemos que la conformación de una sola nación criolla será la única garantía de nuestro futuro. El presidente Kirchner, que es un verdadero patriota, así lo entiende también y ha trabajado dura y meritoriamente para arribar a esta revitalización y consolidación del Mercosur como unidad política y no meramente mercadista.

Este Mercosur que hoy tenemos, máximo nivel de integración a que hemos llegado, está recostado sobre el Océano Atlántico, incluso con el ingreso de Bolivia, que ojalá suceda pronto. Para fortalecer el proyecto habrá que superar esta condición atlántica. Los Estados Unidos intentan contraponernos un frente en el Océano Pacífico –prácticamente su mare nostrum– alentando tratados de libre comercio con cada uno de los países de aquel litoral. Que eso no nos arredre. Invitemos a Chile a dejar de lado su doctrina bilateralista de tratados de libre comercio y a integrarse en forma definitiva al Mercosur, como lo hiciera Perú al proponer el nuevo ABC (unión de Argentina- Brasil y Chile). Su mejor tradición política respaldaría esa decisión. Lo mismo en el caso de Perú.

Por otro lado, los acuerdos con Cuba han metido una cuña en el Mar Caribe. Seguramente, con el tiempo, la formación progresiva de lazos de unión podrá atraer al sistema de unidad continental autónoma a las repúblicas criollas de Centroamérica, siempre amenazadas por la rapacidad del imperio del norte.

En todo caso, podemos afirmar que “la hora de los pueblos es hoy”. Nuestra tarea es ahora conocernos más y mejor para romper definitivamente con el aislamiento que nos debilita. Tenemos una cita con la historia. El Peronismo, particularmente, deberá asistir masivamente a ella. Por ahora, sólo lo hace en forma tímida. Si persiste en esta actitud, la historia lo devorará y, lo que es peor, las dificultades se harán más farragosas para la Patria. Ante la próxima jugada de los grandes estadistas que hoy dirigen nuestro “proyecto nacional americano”, será pertinente que los peronistas demuestren su integridad doctrinaria y que, como en el último 25 de Mayo, llenen las calles de la ciudad con banderas celestes y blancas para que la América Criolla sepa que puede contar con nosotros.

Julio de 2006

Descolonizarnos es descubrir América

A poco que ronde la Tierra el gordo rubio ese que llamamos “Sol”, habrá llegado un nuevo “Día de la Raza”. Algunos, amigos y no tanto, andan por ahí diciendo que el 12 nada hay que festejar, que es el 11 el día festivo, el día “fasto”. Le tocaría entonces al 12 de Octubre ser “nefasto”. Si lo celebramos año a año, deberíamos dejar de hacerlo (dicen algunos) porque en realidad se trataría del primer día de la colonización europea sobre nosotros.

Pero... ¿”Nosotros” quiénes?

Antes de la llegada de los españoles a América, ¿qué era América? América era mosaico. Una pluralidad de culturas más o menos desarrolladas, algunas monumentales y otras en distintos estadios de desarrollo, desde el nomadismo hasta la maravilla incaica.

Es la irrupción violenta de Europa la que amalgama la América que nosotros conocemos. Independientemente de esa violencia (el lenguaje preferido de la maldita Europa), lo cierto es que nosotros somos hijos, herederos de ese encuentro. Nos guste o no.

No es sólo una cuestión semántica: no hay “América” antes del 12 de Octubre. No había vínculo entre incas y aztecas

antes de Colón. En cambio, hoy el subcomandante Marcos, mexicano, puede hablar sabiendo que el boliviano Felipe Quispe va a entenderlo.

Existe la posibilidad de que Quispe y Marcos no quieran ser América. Entonces buscarán su tradición solamente, únicamente, antes del 12 de Octubre de 1492; desde el 11 para atrás. Y regresarán al mosaico precolombino, abandonarán la lengua de Cervantes y se extirparán por algún artilugio de la ciencia genética su sangre mestiza. Y tendrán raza. ¡Espectacular!

Porque nada hay más arbitrario que llamar “Día de la Raza” al de la llegada de Colón a nuestro continente. Aunque lo llamemos así. Empecemos a desaprenderlo.²⁸

²⁸ La denominación “Día de la Raza” surgió en España hacia 1913 “para exteriorizar la intimidad espiritual existente entre la Nación descubridora (sic) y civilizadora (sic) y las formadas en el suelo americano”. Su creador fue Faustino Rodríguez-San Pedro, presidente de la “Unión Ibero-Americana”. Esta perspectiva “puramente” hispanista es diferente a la que abrió paso al decreto que, en 1916, emitió Hipólito Yrigoyen instituyendo entre nosotros el Día de la Raza. A pesar de que dicho decreto se fundamentaba en que era “eminente justo consagrar la festividad de la fecha en homenaje a España, progenitora de las naciones a las cuales ha dado con la levadura de su sangre y la armonía de su lengua una herencia inmortal”, parece razonable inscribir esta decisión en la corriente americanista de la que Yrigoyen formaba parte –, tal como lo manifestó su política exterior– y que reivindicaba el mestizaje de nuestra América, en una línea coincidente con la que desplegó el mexicano José Vasconcelos. Portador de tantas brillantes intuiciones como contradicciones notorias, Vasconcelos navegó entre la audacia y cierto reaccionarismo del que se iba desprendiendo gracias a su talento. En 1925 publicó “La raza cósmica”, en alusión a la condición mestiza americana como ideal para la humanidad: “La ventaja de nuestra tradición es que posee mayor facilidad de simpatía con los extraños. Esto implica que nuestra civilización, con todos sus defectos, puede ser la elegida para asimilar y convertir a un nuevo tipo a todos los hombres. En ella se prepara (el) plasma de la Humanidad futura”; puesto que “el fin ulterior de la Historia (...) es lograr la fusión de los pueblos y las culturas”, “En el suelo

En realidad, debería llamárselo “de la No-raza”, porque nada hubo más proclive a la promiscuidad racial que la América de nuestros 500 años mestizos. No pasó en ningún otro continente. Sólo entre nosotros. En el continente hecho de inmigrantes. ¡Porque hasta los primeros pobladores vinieron de otro lado!

Pero, claro, vinieron antes. Y entonces, nos indignamos con indignación muy de siglo XXI o de siglo XX. Porque nos indigna el imperialismo. ¡Y está bien!

¡Pero a no errar el vizcachazo! Cuando Bolivia se defiende de los secesionistas no la contiene la bandera multicolor que llaman Wipala. Recurre, inteligentemente, a la tricolor, a la que representa la unidad boliviana, el ser boliviano. Y, más aún, recurre a la Unasur, a la Unión nacional del Sur que conformaron nuestros países para defenderse de los otros. Y allí potencia Bolivia sus posibilidades de liberación. En la Unasur. No en las micro-identidades, sino en la identidad máxima, la de mayor “entidad”. La americana, la criolla, la mestiza; forjada por 500 años de lucha en un proceso permanente de nacionalización, es decir de unificación, que se vio interrumpido trágicamente cuando los libertadores fueron

de América (...) se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo, y la superación de todas las estirpes” y “...llegaremos en América, antes que en parte alguna del globo, a la creación de una raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica”.

Como puede notarse, este artículo es previo al cambio de denominación de la celebración. Efectivamente, en el año 2010, un decreto de Cristina dispuso llamarlo “Día del Respeto a la Diversidad Cultural”. La noción de “diversidad” difiere de la de “mestizaje”, es cierto, pero no se contraponen mientras exista una mirada estratégica que trabaje por amalgamar lo diverso, por integrarlo entre sí y en un todo superador, tal como lo requiere la Patria Grande para realizar las tareas de la liberación. Este mismo artículo, más adelante, menciona algo de eso. (N. del A., 2017)

derrotados por los comerciantes portuarios de la dependencia y nos quedaron estos países chiquititos y manejables que fuimos desde entonces. Cuanto más aislados, más manejables; cuanto más chiquitos, más fáciles de colonizar.

Y todo esto no quiere decir que nuestra identidad sea una, unívoca, prístina, pura. Todo lo contrario. Porque nuestra entidad es americana, justamente.

Y en esa entidad tenemos que crecer y luchar. Para que cada pueblito criollo tenga dignidad. Y que su lucha sea la de una gran nación que habla una misma lengua y cuyos habitantes, codo a codo, comparten sus armas (diversas, plurales) a la hora del combate contra el enemigo común, que es el mismo que derrotó a nuestros caudillos del siglo XIX y a los del siglo XX. Ese enemigo bifronte con una cabeza de traidor y otra de imperio.

Pero no habrá triunfo, no habrá “descolonización”, sin descubrirnos por completo.

Como decía aquella pintada callejera que aún hoy resuena: “descolonizarnos es descubrir América”.

Pero descubrirla es destaparla, porque, igual que en 1492, América ya está ahí. Es sólo que hay que aprender a verla en toda su magnífica entidad mestiza, que nació aquel 12 de Octubre.

Octubre de 2008

Editorial del programa “Radio Sudestada”, “FM Mágica”

Mueve la Dama

Es Cristina, que es compañera

El paso devastador del menemismo, combinado con la ruptura de la cadena del conocimiento o deterioro de la transmisión oral, obligan a una reexplicitación de la identidad peronista. La experiencia de los argentinos jóvenes indica que “el Peronismo” es una caja de Pandora que contiene monstruos tales como Carlos Menem. No se trata de una cuestión estética sino ideológica: Menem aplicó a la Argentina un plan antagónico con la ideología peronista.

Pero Menem es el maleficio conjurado. Resulta hasta sencillo fustigarlo. El ataque excluyente a su figura termina siendo una táctica distractiva y deja a salvo del fuego otras calamidades que contiene la caja de Pandora.

Se dice a veces que existe un “menemismo residual”. Falso. Lo que acecha es el neoliberalismo infiltrado en las filas del “Partido Justicialista”. Eso que llamamos “pejotismo”; aquello que Perón llamaba despectivamente “los políticos”, los que hacen de la actividad política una carrera profesional donde la vocación de servicio deja su lugar a la realización personal. Se trata de una verdadera fuerza política imbuida de un pragmatismo a ultranza que culmina en el miserable alcahuetismo del viejo Vizcacha: “hacete amigo del juez”. Su

cadena de “lealtades” apunta hacia lo alto del gallinero. Se acercan, imantados, al interés del gallo que cacarea al tope de la pirámide. El cambio del orden estatuido no será entonces, jamás, el leit motiv de su actividad “militante”.

Imposible, con una dirigencia semejante, enfrentar a los usufructuarios de la injusticia. ¡Imposible combatir al capital! Imposible hacerle justicia a los necesitados. El axioma justicialista formulado por Eva Perón, aquel de “donde hay una necesidad existe un derecho”, es contrario a la naturaleza de estos hombres, porque cuando se es “amigo del juez” se es, en definitiva, custodio de lo ya instaurado como derecho, es decir, garante de la propiedad de los que ya tienen.

De la lucha contra el imperialismo ni hablar: el “pejotismo” es “realista periférico”; reconoce como verdad sempiterna la primacía del “Primer Mundo”, sin cuestionarla ni proponerse liberar al país de su yugo. Por el contrario, se presenta como buen amigo de los opresores de Pueblos, que serían, para ellos, los jueces.

Abolida la mesa familiar por irrupción del hambre o de la televisión, habrá que recurrir, a la tribuna, a la militancia, para dotar de historicidad la interpretación que los argentinos hagan de su historia reciente (y, por supuesto, recobrar el pan y la mesa). Habrá que decirles a las nuevas generaciones que no hay que empezar de cero cada vez, y que el Peronismo no es liberal de derecha ni de izquierda, sino un movimiento de naturaleza popular y carácter nacional. Enrolados en la tradición histórica de la Guerra de la Independencia y las montoneras gauchas federales; hijos del criollo que esperaba solo afuera del palacio iluminado por el festín oligárquico, del gringo integrado por Yrigoyen a nuestra vida política;

herederos de los obreros del 17 de Octubre y de su Coronel, de la Resistencia Peronista, del Cordobazo, del Movimiento Obrero Organizado, de la lucha contra la dictadura criminal del general Videla y sus aliados civiles dedicados a vender al País; enrolados en la tradición histórica de Malvinas y de la batalla por el respeto a la soberanía popular, de las Jornadas de Diciembre, que en 2001 derrocaron al neoliberalismo; los peronistas, como decíamos en una Editorial anterior²⁹, somos “abanderados de una historicidad antes que de un ideologismo” pero “defendemos, sin embargo, una ideología, un cuerpo de ideas, que no se construye en un laboratorio sino que se deduce a partir del modo de ser concreto del pueblo argentino”.

El Peronismo es, si lo observamos bien, antes que nada, una cultura. Una cultura enraizada en el alma argentina; cultura del amor a los pobres y el dolor por la injusticia, del antiimperialismo y la solidaridad con los pueblos oprimidos; una cultura ética y estética criolla, mestiza, dotada de cierta altivez pero de brazos abiertos para el amigo, con un pecho dispuesto al heroísmo para defenderlo y para realizar la Justicia en todos los órdenes.

Nada que ver con eso tienen los espantapájaros de Potrero de Funes³⁰, llegados en el tren fantasma de las peores pesadillas

²⁹ Revista “Sudestada”, n° 17 (noviembre de 2005).

³⁰ El 6 de julio de 2007 se reunió en la puntana Potrero de Funes un irregular congreso partidario en el que se designó un “Comando Superior Peronista” integrado por Carlos Menem, Ramón Puerta y Adolfo Rodríguez Saá. Se decidió allí una alianza electoral con Acción por la República (de Domingo Cavallo), la Ucedé, y el Paufe (de Luis Patti), entre otras fuerzas conservadoras y reaccionarias. El objetivo era disputar en internas o en la elección general contra la candidatura de Cristina. Según La Nación, a la hora de hablar de quién sería el candidato de ese espacio, “un organizador”

argentinas. Allí se reunieron para intentar una fórmula opositora “justicialista” ¡No tienen vergüenza! ¿Qué pueden compartir con esa cultura Menem, el gran dolarizador; Puerta, el capanga misionero; Sobisch, el matador de maestros; Patti, el asesino de peronistas?...

Se trata de una maniobra para quitar al Gobierno nacional alguna porción de su apoyo peronista y desbrozar el camino a la reacción cipaya, asustada porque el gobierno de Néstor Kirchner ha abierto una brecha en la maraña neoliberal de la política argentina e inaugurado una nueva etapa histórica de avance nacional. En esa grieta está el futuro del Movimiento Nacional en tanto expresión de las tendencias liberadoras y autoafirmatorias de la Argentina.

Las grandes líneas de realización son la guía para conocer el sentido histórico de una política de gobierno. No queda mucho más que agregar cuando se observan la política de desendeudamiento; la realización audaz de la unidad regional y el sepultamiento del ALCA; el impulso de la obra pública; el debate permanente con los poderes mediáticos –sin esconder los disensos– y la recuperación de la cultura nacional a través de los medios estatales; la inclusión de las organizaciones sociales en el Estado; la recuperación de la dignidad diplomática –incluido el manejo de la cuestión

aseguró: “Puerta tiene consenso entre nosotros y es presentable hacia afuera. Y tiene posibilidades de acercarse a Mauricio Macri, el ganador de estos días” (Macri había ganado por primera vez la Jefatura de Gobierno porteño en junio de ese año). Pero finalmente, en la elección del 28 de octubre los “peronistas disidentes” o “anti-K”, como se los llamó entonces, se presentarían divididos en dos fórmulas: la de Alberto Rodríguez Saá-Héctor Maya (del PJ entrerriano), que obtuvo el 7,64% de los votos, y la de Jorge Sobisch (gobernador de Neuquén) con Jorge Asís, que sacó el 1,40%. Cristina obtuvo un poquito más: 45,29 por ciento. (N. del A., 2017)

Malvinas—; la lucha contra la impunidad; la reestatización de servicios públicos y la rescisión de contratos incumplidos por parte de grandes empresas; el reposicionamiento de la política ante la economía; la recuperación de los convenios colectivos de trabajo; etcétera.

Todo esto es verdadero Peronismo y es propio de esa cultura que describíamos.

Entonces, ¿cómo es posible que aparezcan los muertos vivos y hablen de candidaturas “justicialistas” opositoras? Esos “pejotistas” aprovechan una realidad incontestable: falta una organización política que articule la militancia y la esperanza de los millones de peronistas que hoy carecen de un espacio en el cual manifestar esa “cultura” que es peronista pero es también la de todos los integrantes del Movimiento Nacional, todos quienes anhelan la liberación nacional y popular. Si el PJ es la cueva de las cachavachas (o los cachivaches) habrá que recuperarlo o crear una herramienta política nueva pero viva, en ebullición constante.

Una herramienta política semejante contribuiría al cierre definitivo del modelo de los 90, lo cual supone, en la práctica, la superación del “pejotismo”, en tanto éste ha sido la herramienta electoral del neoliberalismo realista-periférico. Pero, ante todo, cortaría el paso a toda restauración del orden liberal desarrollado desde Martínez de Hoz hasta hoy.

Esta tarea es fundamental para garantizar la consolidación y profundización del actual proceso de liberación nacional y social. Que quede claro: en todos los distritos debe apostarse a oxigenar las conducciones del campo nacional. Todo lo que persista en manos de las estructuras vetustas del “pejotismo” complicará el próximo período presidencial,

conformándose como alternativa de oposición “interna”, ofreciendo al stablishment la posibilidad de levantar el pie del acelerador (menos crecimiento y menos consumo, reclaman los poderosos) para no contrastar con los dictados que reciben desde lo alto del gallinero. En esta perspectiva, si el campo nacional triunfa en octubre, como todo lo indica, vendrían 4 duros años de desestabilización y debilitamiento constantes, destinados a facilitar el acceso al poder, en el 2011, de una fuerza neoliberal que modifique la política interna y regional para llevar al país a una “política más seria”, acorde a los dictados del centro del poder mundial. Para este turno electoral no llegan. Y menos con las azafatas del tren fantasma, que mencionábamos más arriba... Para el del 2011 se reserva Macri, que representa la construcción política más coherente de los últimos años en torno de un proyecto típicamente antinacional al que no temen acercarse ni los pejetistas ni la neolibertadora Elisa Carrió.

Hay que enfrentarlos con una política verdaderamente revolucionaria. Y hay que empezar ya. Perón no esperó a ser electo presidente para realizar las transformaciones que hicieran justicia al Pueblo postergado por la oligarquía y la partidocracia. Ya desde el gobierno juniano comenzó sus realizaciones nacionales y populares. Eso le costó una breve estadía en la cárcel pero, a cambio, le otorgó el reconocimiento inmediato y eterno del pueblo trabajador, que comprendió rápidamente la ubicación exacta de sus intereses y liberó al Coronel de la cárcel para enancarlo a su impulso y convertirlo en el jefe político de la mayor revolución que conoció la historia argentina.

Debe profundizarse el rumbo, dejarse a un costado las

ambigüedades y las dudas. Ahora mismo hay que renovar el impulso de la lucha contra las privatizadas y las concesionarias de servicios públicos con acciones concretas que signifiquen la recuperación de los activos y recursos nacionales y un mayor fortalecimiento del Estado. Lo antes posible, hay que modificar las condiciones de distribución de la riqueza, con audacia, para hacer justicia y hacer patria. Este Pueblo sabrá acompañar si se le muestra un camino acorde a su cultura, superando la falsa antinomia izquierda-derecha que le resulta tan ajena como en verdad lo es. Porque la lucha es por la liberación contra los personeros de la dependencia.

Por eso todos los que hoy se abroquelan en contra del proyecto nacional que encarnó Kirchner y ahora ofrece conducir Cristina –los pejetistas, Carrió, López Murphy, Macri, Lavagna– coinciden solamente en una cosa: les parece una “barbaridad” que la Argentina esté aliada a Venezuela. No debe asombrarnos: esta gente pretende ser amiga del juez y la médula de la política imperial estadounidense para la América Criolla (Latin America dicen ellos) consiste en aislar a Chávez porque él realiza la política antiimperialista, nacional, popular y revolucionaria más coherente de Sudamérica y, todos lo sabemos – nosotros y ellos–, la unificación sudamericana es la herramienta adecuada para mantenernos emancipados una vez realizada la Liberación.

Será el Peronismo el que le ponga letra a la música de la revolución pendiente. Sin sectarismos. Al fin y al cabo, nació entre anarquistas, radicales, comunistas, socialistas, conservadores, nacionalistas, trotskistas y multitud de identidades políticas que fueron superadas por la aparición del gran Movimiento conducido por Perón al que se incorporaron miles de dirigentes

provenientes de todas esas vertientes.

Hoy, el Peronismo, identidad política de millones de argentinos, debe ocupar su lugar al centro del dispositivo de liberación nacional. Cuando el modelo neoliberal de exclusión y dependencia implosionó, se llevó puestas consigo a las grandes estructuras partidarias. La UCR parecía diluirse en su incapacidad, coronada tras 70 años de persistencia, y el Partido Justicialista en su culpabilidad, pues a través de él se había colado el fenomenal triunfo del liberalismo en la década de la globalización asimétrica.

Pero no se disolvieron las identidades políticas. De hecho, las elecciones del 2003 mostraron a cinco candidatos provenientes de las filas de los dos partidos como los más votados. Tras la elección, el Peronismo emergía de la crisis con un caudal de votos que indicaba a las claras su supervivencia como identidad política del Pueblo argentino, más allá de las diferencias abismales entre sus tres candidatos, Kirchner, Menem y Rodríguez Saá. La huida de Menem antes de la segunda vuelta, merced a la certeza de una derrota abrumadora irreversible, indicaría, finalmente, el sentido profundo de la crisis: el neoliberalismo era el gran derrotado.

Pero hoy el liberalismo ha encontrado su propia renovación en Mauricio Macri. El terreno se lo prepararán seguramente los espantapájaros del tren fantasma, los pejetistas, los traidores y los distraídos. La actual derrota en Capital anuncia la conformación de una fuerza política pro, o sea, de la gente de pro, lo que podríamos llamar la gente decente, la gente-como-uno, que había delegado durante un siglo en clases subalternas la tarea política, desde los milicos del golpismo del siglo XX hasta el “negrerío” quintacolumnista

de los menemistas. Ahora el candidato de Barrio Parque aparece avalado por el indiscutible 80 por ciento obtenido en Recoleta, que da, más allá del triunfo extendido a todas las circunscripciones porteñas, la clave del sentido político de clase del voto pro: en Recoleta, Barrio Norte y Belgrano, Kirchner no es pro...

Pero detengámonos un momento: el triunfo de Macri en todas las circunscripciones debe estar indicando algo, así como los demás reveses electorales. Algo habrá hecho mal también la propia tropa. Por lo menos, deberá acordarse en la ineficacia absoluta de los armados políticos... Insistimos: no ha habido una construcción política aglutinante para el Movimiento Nacional, en torno del Peronismo, centro natural de todo frente auténticamente popular.

Ya no caben dilaciones. Debemos organizarnos. No se trata de un simple anhelo, sino de una obligación que tenemos para con la Patria. De lo contrario, la Nación seguirá en riesgo permanente de disolución y deberá buscar nuevas respuestas a los viejos desafíos. El Peronismo será, entonces, sólo la bella historia de un pasado mítico de felicidad y la Patria demorará años en encontrar su propio camino.

Habrà que echar mano de la cultura peronista para dirimir la cuestión principal, que sigue siendo "Liberación o dependencia." Esa es la lucha que debe encarnar Cristina, que es compañera.

Julio de 2007

Dios nos libre

El presidente Kirchner suele usar la imagen del Infierno para graficar la situación crítica de 2001. Habitualmente afirma que su gobierno es el de la salida de ese Infierno. La estructura productiva nacional había sido aniquilada para beneficio del capital especulativo, principalmente extranjero, que –al final del ciclo iniciado con Martínez de Hoz– se llevaba las últimas monedas de nuestro sistema económico. Perón, con su legendaria capacidad de síntesis, hubiera dicho que la manguera chorreaba hacia afuera y que todo era cuestión de apuntarla hacia adentro. Dos metáforas complementarias.

En los últimos años, la acción gubernativa consistió en redireccionar esa manguera luchando contra una enorme presión. En gran medida se ha logrado. La desocupación bajó significativamente, la industria creció, las exportaciones se multiplicaron, la obra pública recorre el país y el país crece a un ritmo que sorprende.

Pero el crecimiento de la Argentina produjo dos fenómenos paralelos: inflación e insuficiencia energética, algo así como las columnas del humo que el agua generó tras su contacto con el fuego. Los medios y la oposición dicen que son fuego, cuando, en realidad, son la evidencia del triunfo sobre el Infierno.

La escasez de combustible resulta la consecuencia del crecimiento. El país pensado para ser granero, y no fábrica, no necesitaba energía, principalmente la exportaba (chorreaba hacia afuera). Al reiniciarse la producción, el trabajo y el consumo, la capacidad energética para abastecimiento interno resultó insuficiente.

En cuanto a la inflación, al producirse “el redireccionamiento de la manguera”, es decir, al establecerse las bases para aumentar la riqueza interna, se produce una “puja distributiva”, expresión de una sed de años. Los asalariados reclaman aumentos en sus haberes y asignaciones. Los empresarios buscan aumentar su ganancia: o aumentan la producción o suben los precios. La producción de cada empresa aumentó hasta que llegó al límite de “capacidad instalada”, pero cuando se llega al tope de esa capacidad hay que invertir para poder producir más o hacer lo que hace habitualmente nuestra burguesía parasitaria: aumentar los precios.

Independientemente de los métodos aptos para solucionar estos dos problemas (que son humo, no oxígeno), lo primero que es necesario es el diagnóstico adecuado. Ocultar que son producto del triunfo político de los intereses económicos nacionales sólo puede serle útil a quienes desean volver a las condiciones anteriores.

Podríamos caracterizar a los principales contendientes electorales anotados para el 28 de octubre³¹ de dos formas básicas. Por un lado, Cristina Fernández, que explica la necesidad de mantener el actual nivel de crecimiento corrigiendo en el camino (a través del “diálogo tripartito”, básicamente) estos

³¹ Este artículo se publicó originalmente en la revista *Sudestada* n° 23, correspondiente al período de la campaña electoral presidencial de 2007.

fenómenos que obstaculizan el desarrollo productivo y social, es la única representante del actual modelo “de acumulación con distribución”, según ella misma lo define. Del otro lado, hay una serie de candidatos que coinciden en dos puntos principales: condenan la política internacional del Gobierno y reivindican la necesidad de “enfriar la economía”, es decir, frenar el crecimiento, sobre todo disminuyendo el consumo. Una clara opción por los que tienen en detrimento de los que necesitan.

Así, por ejemplo: Lavagna se fue del Gobierno porque (contra la opinión de Kirchner) quería aumentar las tarifas de servicios y congelar los sueldos, “enfriar la economía”. Carrió postula como ministro de Economía a Alfonso Prat Gay, quien salió a decir donde quisieran oírlo que había que crecer a una tasa menor, “enfriar la economía”. En el caso de Rodríguez Saá y Sobisch, podemos decir quiénes son porque han dicho ellos con quién andan. Rodríguez Saá es el hermanito del que en la segunda vuelta del 2003, cuando la opción era Menem o Kirchner, anunció que apoyaba a Menem, el gran “enfriador de economías”. Sobisch quiso ser aliado de Menem, de Rodríguez Saá, de López Murphy y de Macri; nadie lo quiere al lado, parece ser, salvo Jorge Asís, el engolado menemista de verba inflamada y estéril, que es su candidato a vice, ahorrándonos mayores comentarios. López Murphy, ¡bueh!, huelgan las palabras. Fue ministro estrella (fugaz) de Economía durante el gobierno de De la Rúa e intentó aplicar un plan de ajuste brutal, “enfriar la economía”.

Paradójicamente, enfriar la economía es prenderle fuego al país. Para consolidar sus planes pirómanos, todos estos señores no han hecho en este tiempo más que agitar el fantasma de la inflación, en lo que desde Sudestada, hace meses,

denunciamos como campaña de terrorismo económico. La idea era aumentar la expectativa inflacionaria para generar inflación y desestabilizar a un gobierno cuyo apoyo popular no han podido eliminar.

Muchas de estas cosas ya están claras para millones de argentinos. Por eso, cuando se oiga la voz del Pueblo, sagrada y tronante, la Patria confirmará su rumbo.

Ya todos saben que estos teros del Infierno, mientras dicen que hay que enfriar la economía desean volver al Infierno de exclusión que ya vivimos, mientras aseguran que el humo es fuego, remueven las cenizas y abanicán los rescoldos. Gritan, ¡fuego! Y lo que están haciendo es intentar encenderlo. Son los fogoneros del Infierno. ¡Dios nos libre!

Septiembre de 2007

Un rumbo soberano

La disputa cupular por la identidad del Peronismo va cerrándose. Ahora depende de nosotros extirpar definitivamente la infiltración liberal, antipopular y cipaya (tres caras de una moneda imposible) de las estructuras partidarias, tarea que definirá la utilidad o no de la vieja herramienta electoral.

Pero el triunfo espectacular de Cristina, prácticamente en todo el país, lapidario entre los sectores populares, deja claro que el Peronismo, en tanto masa crítica del Movimiento Nacional, conformado por hombres y no por sellos, está en la lucha por la recuperación nacional que encarna la política de gobierno encabezada por los Kirchner.

Con el Peronismo como columna vertebral, el Movimiento Nacional avanza inexorablemente, incorporando a todos los sectores antiimperialistas y a las diversas fuerzas dispuestas a conformar el frente nacional que la liberación necesita en todo país que busca la dignidad de su Pueblo.

Ahora viene el tiempo de profundizar el surco. Para que eso sea posible hay que seguir construyendo organización popular para respaldar las nuevas tareas que se harán necesarias a medida que se agudicen las contradicciones y para reclamar cada vez más

distribución, más autonomía, más soberanía, más dignidad.

La militancia tiene la obligación irrenunciable de organizarse para garantizar la realización del proyecto colectivo que la Nación necesita. Irá indicando un camino común para los argentinos, con rumbo a la unidad continental del sueño sanmartiniano, al orgullo nacional que la Argentina reclama y a la Justicia Social que Perón instaurara y el Pueblo merece y obtendrá, arrebatando las riquezas que le pertenecen para beneficio del conjunto y no de la gavilla de usurpadores que busca el apoyo imperialista para adueñarse del patrimonio social.

La presidencia de Cristina deberá garantizar el triunfo definitivo de un proyecto nacional. La Argentina no resistirá otro período de predominio liberal. Si no establecemos un rumbo soberano definitivo, seremos cautivos de la “alternancia” imposible entre un proyecto nacional y uno dependiente. Una alternancia de esa naturaleza sería falsa; es simplemente imposibilidad de coherencia. En el 2011 se habrá profundizado el cambio si construimos el predominio definitivo del proyecto nacional. Eso se realiza aquilatando la confianza popular en dicho proyecto. Habrá que andar el camino de la confrontación discursiva –la lucha por el “sentido”, podría decirse– para que quede claro hacia dónde va la Patria, para que el Pueblo acompañe y exija y vuelva acompañar, protagonizando cada vez más la vida nacional, para que no quede en manos de los “profesionales de la política” una actividad que nos pertenece por derecho y será más digna cuando nos hagamos todos cargo de su ejercicio.

Diciembre de 2007

El año que vivimos en peligro

Los artículos de este capítulo son, en realidad, transcripciones de los editoriales del programa “Radio Sudestada”, que se emitía por “FM Mágica” durante el año 2008. La radio, y junto con ella el programa, dejó de emitir a principios de 2009, cuando, al producirse un nuevo ataque israelí sobre la Franja de Gaza, los dueños resolvieron llevarse de la noche a la mañana sus equipos, para silenciar la programación completa, que tenía una línea editorial pro palestina. El resto de los medios de comunicación calló este acto de censura.

La voz de ese viento

(Lo que Natura nos dio, ha sido lo que nos perdió)

De la fértil llanura que multiplicó las carnes en el Plata (cuando los ganados traídos por los adelantados se convirtieron en aquella riqueza silvestre que dio nacimiento al gaucho), nació también una cultura rentista. No la del gaucho aquel, sino la de quienes se adueñaron (mediante la apropiación fraudulenta de las tierras) de aquella riqueza natural del país y, a partir de esa riqueza que debió ser de todos, buscaron una alianza con la Gran Bretaña, potencia incontrastable en aquel tiempo. La Argentina iría insertándose de un modo dependiente al mercado mundial. Es decir, al sistema-mundo hegemónico por los ingleses.

Para consolidar ese dominio debieron aplastar al gaucho, hijo natural del continente mestizo parido entre indios y españoles. El gaucho había conocido una llanura que le era propia, junto con sus ganados cimarrones. Auténticamente americano, el gaucho resultó un tenaz defensor de su modo de vida. La respuesta fue inequívoca. Para dominar el continente (en nombre propio y de los ingleses) habría que dominar al gaucho. Pero el gaucho era indomable. Sólo quedaba aniquilarlo. Así lo hicieron, siguiendo la indicación

de Sarmiento: “No ahorre sangre de gauchos; es el único abono útil que pueden dar a la tierra”.

De la derrota de las montoneras federales nació un país dominado por el Imperio Británico y gerenciado por los comerciantes porteños de la exportación y la importación, mercachifles de una patria chica que despreciaría como “incivilizada” a la América de los gauchos, a la América de los españoles, a la América de los indios (¡cuánto peor!), a la América profunda que hasta ayer era parte de una misma historia y un mismo futuro.

Para borrar el recuerdo de esa América que de todos modos era nuestra patria, recurrieron a mil y un artilugios. La inmigración fue uno de ellos. Medio país carecería de arraigo. Ahora los argentinos habíamos “venido de los barcos”. La memoria americana quedaría oculta por décadas. San Martín habría liberado “otros países” al liberar Chile y el Perú. ¡Un rasgo caritativo (e incomprensible) del Padre de la Patria! A ese medio-país inmigrante le enseñaron en la escuela que América era barbarie y que Europa civilización, que el país eran las vacas y que una supuesta grandeza era la consecuencia de ser “el granero del mundo”; y le ocultaron el otro medio-país, el que vivía sumergido en las márgenes del interior supuestamente ubérrimo.

Cuando los ingleses nos soltaron la mano y el país agrario resultó inviable, cuando luego la industria asomó la cabeza, el país sumergido afloró alrededor de esas ciudades, llenándolas de América, de la América Mestiza, de la América Morena. Era el subsuelo de la Patria sublevado (o de la Patria Sublevada, ¿por qué no?) que cantó Scalabrini Ortiz. La sola posibilidad de industrializar la Argentina reintegró aquel subsuelo junto a la

planta baja de la Patria, junto al país visible de los inmigrantes. Desde el primer piso, la oligarquía miraba anonadada.

Pero la planta baja, en gran parte, no entendió de qué se trataba. La Argentina inmigrada, la venida de los barcos, desconocía la existencia de ese subsuelo y se asustó. Ese miedo a lo americano, el miedo a la oscuridad de nuestro propio subsuelo, es la garantía que los dueños de esta Argentina necesitan para conservar su predominio.

Ese predominio tiene por único objetivo llevar afuera de la Patria, a través de los mares la riqueza que debería ser nuestra. Ese es el sentido de la alianza claudicante entre el país agroexportador y los centros del poder mundial.

Si la Argentina de la Pampa Húmeda, (la pequeña Argentina sojera y desocupada) se impone a todo proyecto industrial no habrá destino de grandeza sino de colonia.

Para entenderlo deberemos descubrirnos americanos, indios, castizos, negros, gringos. Dueños de la identidad que sólo nuestra América puede cobijar. Descubrirnos mestizos, descubrirnos criollos, nos hará capaces de defender la riqueza de la Patria frente a la ambición que viene de allende los mares a sobornar a los dueños de la Argentina dependiente. Sólo un retorno a la América continental nos brindará las herramientas para revertir ese drenaje.

Por eso “Sudestada”. Porque la Sudestada es viento que no permite que el Río de la Plata se entregue al mar. Por eso. Porque ha llegado la hora de mirarnos a nosotros y de que lo nuestro nos fecunde. Ha llegado la hora de redescubrirnos americanos para recobrar lo que nos es propio. Por eso Sudestada. Por eso Radio. Para ser la voz de ese viento.

Al campo, salud

Los precios no suben. Los precios carecen de vida propia. Personas de carne y hueso, buscando mayor rentabilidad, cambian la etiquetita; con o sin pudor. Y con su cara de nada te avisan que lo que sacaste de tu billetera no alcanza.

Entonces, te preguntás: “¿por qué?” Y las respuestas son múltiples. Pero en todas alguien se queda con tu plata. Es un simple acto redistributivo. Y es tu guita la que se redistribuye. Y otro se beneficia con ella.

Por ejemplo: se corta la luz en tu barrio, vas a comprar velas y te rompen el bolsillo. El quiosquero se avivó: les subió el precio y ahora son más caras. Vos pagás y él se queda con tus morlacos, aprovechándose de tu necesidad. Feo. Pero por lo menos no te versea. No te dice que el País va a andar mejor cuando vos pagues la vela 80 pesos...³²

³² “Con la ganadería, lo primero que hay que hacer es abrir las exportaciones, hacer los cortes como ya se estudió: 13 cortes populares para la Argentina; y lo que no se come acá se exporta, y el que quiera comer lomo que lo pague 80 pesos el kilo”, aseguró Alfredo De Angeli, dirigente agropecuario de notoriedad pública durante el conflicto entre patronales rurales y Gobierno nacional por la aplicación de la Resolución 125 del Ministerio de Economía. Otra frase célebre suya fue: “Hay que juntar los empleados en las estancias, subirlos a la camioneta y decirles a quién hay que votar”. Desde 2013 es Senador por Ente Ríos; integra el bloque “Frente Pro”. (N. del A., 2017)

¿Te suena?

El campo argentino vuelve a las rutas. Al gran campo argentino: ¡salud!

Salud vamos a tener vos y yo, que vamos a comer verdurita y pescado. ¡O velas! Porque cuando sube la carne, cuando sube la harina, al verdulero se le da porque vos le pagues la diferencia, y te sube la lechuga; y en la pescadería pasa lo mismo.

¿Y a quién vas a culpar? ¿A quién vas a putear? Andá pensando, porque el campo, el gran campo argentino vuelve a las rutas.

Y, como va a escasear, la leche va a subir. Y la carne va a subir. Porque los tipos quieren eso: que suban. Y que lo pagues vos. Porque lo que quieren es tu guita. Y quieren que vos pagues en dólares, en euros. Porque, si no, prefieren venderlo afuera, que pagan en moneda fuerte. Pero afuera está peluda la cosa. Y, entonces, te están carpeteando el bolsillo a vos.

Así que, si todo eso pasa, no comas vidrio. No comas el lomo de 80 pesos ni llores sobre la leche derramada. Y decile al pan “pan” y al vino “vino”. Y cuando te quejes (porque te vas a quejar), dedicáselo a ellos.

Dedicales todas tus diatribas. Todos tus insultos. Todas tus puteadas:

“Al gran campo argentino: ¡Salud!”

El espía que tocaba timbre

Es una lástima. La poca habilidad de los medios de comunicación argentinos para la trama de espionaje es una verdadera lástima.

Hay un tipo que hizo todo lo posible para que le engancharan una valija con guita en un aeropuerto y todos hablan del “escándalo de la valija”. Arman un novelón venezolano en torno de eso. La idea es agitar un sentimiento de perspicacia en el público; así todos nos creemos menos ingenuos porque entendemos “claramente” que dos gobiernos corruptos se hacen pases mágicos de favores: y decimos “el petróleo de Hugo Chávez financia la corrupción kirchnerista”.

¿Pero no tenemos nada que sospechar de un tipo cuya guarida es Miami? ¿No podemos pensar que desde el principio Antonini quería que le escracharan la valija? ¿No podemos desconfiar de la Justicia estadounidense? ¿No podemos desconfiar de los “latinos” que rodean a Bush, por ejemplo? ¿O ya no creemos que los Estados Unidos son una potencia de carácter imperial con intereses en América Latina? ¿Cambió la Historia y no nos enteramos?

Aclaremos las cosas. Los EEUU arman un juicio para supuestamente desenmascarar a unos espías venezolanos que

presionan indebidamente a un pobre ciudadano estadounidense para que no diga cosas que supuestamente sabe.

O sea: en Estados Unidos sí la trama es de espionaje. Pero acá no. Acá no nos detenemos a pensar cómo es eso de que Guido Alejandro Antonini Wilson es venezolano y estadounidense: cosa rara, porque en EEUU no se acepta la doble nacionalidad. Los Estados Unidos le ofrecen protección al pobre ciudadano (para este caso estadounidense) acosado por espías vestidos de rojo-rojito, el color de los bolivarianos.

Entonces, en coincidencia con distintos eventos, aparecen novedades comprometedoras que alimentan el novelón. La última genialidad del sistema judicial estadounidense fue que Antonini declarara el mismo día que Cristina Fernández hablaba en Nueva York. Notable coincidencia. Para colmo, se especulaba en los medios con que quizás el espía (perdón, el ciudadano binacional, digamos) declarara no ese día sino dos días después en curiosa coincidencia con otro discurso en la ONU: el de Chávez. Eso al final no pasó. Antonini testificó justo después del discurso de Cristina. A ese testimonio los medios lo llaman “pruebas”.

Son simpáticas las pruebas. Repasemos:

Una valija con dinero negro (de un Gobierno para otro Gobierno) que va a parar a un scanner aduanero. Raro.

Cosas que dice, mientras es grabado, el testigo protegido (Antonini) frente a sus amenazadores amigos. Recalquemos: las cosas las dice Antonini, no los venezolanos acusados de acciones ilegales de inteligencia.

Una carta de Antonini a Chávez. Atenti: de Antonini a Chávez y no de Chávez a Antonini. Pero además nos dicen públicamente que la carta la redactó el FBI. Y todos sabemos lo que es el FBI...

Salvo que quisiéramos hacernos los tontos, lo cual sería una lástima en medio de esta trama de “inteligencia”, sería preferible para todos nosotros estar a la altura de la situación. Me refiero a los medios de comunicación masiva, a las masas y a vos. Y a mí también. Seamos inteligentes, lo demás no importa nada. Y digamos: el escándalo del “espía yanqui”. Así nomás. No seamos giles. No seamos miopes. Veamos más allá del árbol. Verde que te quiero verde. Es el árbol el que no deja ver el bosque. El árbol es la valija con dólares. ¿Y el bosque? El bosque está en algún lugar de Miami, entre la hojarasca y entre los gusanos y entre los escuálidos. Un bosque digno de ser poblado, seguramente, por el gran gorila blanco y sus discípulos, los gorilas de cualquier pelaje.

Un fantasma recorre el mundo

No se escucha.

No se escucha decir que allá o en cualquier parte un fantasma recorre el mundo. ¿Nadie lo ve? O, en todo caso, ¿dónde están las voces de los que sí lo ven? ¿Estará prohibido señalarlo? ¿Quién ejerce esa prohibición? ¿O habrá un acuerdo tácito?

No, ya sé. Alguien me lo dijo una vez. “Hay palabras que ya no se usan”. Hay palabras que son un quemo; que atrasan; pasaron de moda. ¿Pero alguna otra las reemplazará? ¿O simplemente se dejarán de nombrar?

No me refiero a cualquier palabra. Digo esa palabra que está exiliada de los grandes medios de comunicación. Diarios, radios y televisión la ignoran, la silencian. Digo esa palabra que ya no se dice: digo la palabra “Imperialismo”. Esa palabra que ha quedado restringida a ciertos círculos de militancia política (o a la historia) pero no está en el día a día del gran público. La palabra, digo, es la que no está, porque el imperialismo, así, con o sin palabra, me parece que está. Y si no se lo nombra, si la palabra es vieja, ¿cuál la reemplaza? Yo no sé. No oigo el concepto que amalgame las andanzas del fantasma. Porque, insisto, un fantasma recorre el mundo. Lo veamos o no.

Pero lo vemos. Pasa que no lo nombramos.

Cuando Dios hizo el mundo lo hizo con la palabra. Es la palabra la que otorga entidad a las cosas. Lo que no se nombra no existe. Y si eso no tiene nombre, eso no es.

¿Quién no lo sabe?: si no estás en la tele, no existís. Si no está en los diarios, no pasó. Entonces, los medios masivos de comunicación han logrado un milagro: terminar con el imperialismo. Porque el imperialismo es malo ¿no? Digo... ¿Sabemos lo que es? Se trata de cuando un país somete a otro, básicamente. Y eso es malo ¿no? Entonces haberlo eliminado está bueno. Es un milagro.

Pero ya dijimos que no lo nombramos pero que lo vemos. ¿O alguien duda de qué hablamos cuando hablamos de Imperialismo? ¿O tuve que decir nombres? ¿Tuve que acusar? ¿Tuve que reivindicar víctimas? ¿Tuve que decir “Irak”? ¿Tuve que hacerte acordar que nadie encontró armas masivas? ¿Tuve que decir “Afganistán”? Ayer nomás, mataron 90 civiles en ese país. Pero nadie habló de Imperialismo, porque es una palabra en desuso.

Lo que no está en desuso es el concepto. En ningún lugar. Porque, ya lo dijimos: un fantasma recorre el mundo. Y, aunque nadie lo nombre, se llama “imperialismo”.

A esta altura empiezo a poner en duda el valor del silencio para borrar las cosas de la realidad porque, como te digo, no lo escucho nombrar pero lo veo, al Imperialismo. Y porque lo veo necesito nombrarlo, para contártelo. Para que le demos la entidad que tiene.

¿Por Irak? ¿Por Afganistán? ¿Por Kosovo? No.

Vengámonos más acá. ¿Te fijaste lo que pasa en Bolivia?³³

³³ Durante el año 2008 se produjo en Bolivia un levantamiento con ribetes

¿Te fijaste que la quieren dividir? ¿Te acordás del proverbio que decía “divide et impera”? O sea, “divide y reinarás”. No sé si vos ves ahí al imperialismo, pero Bolivia tiene un presidente que se llama Evo Morales y él sí lo ve. Tanto lo ve que decidió expulsar a un hombre. ¿A quién? A un embajador. ¿De dónde? Adiviná; al embajador de dónde. ¿Te lo tengo que decir? De Estados Unidos. Y qué: ¿está loco Evo? ¿Ve fantasmas? Puede ser. Ve fantasmas como los vemos nosotros. Vos y yo. Ve el fantasma ese que recorre el mundo. Lo ve. Lo ve al Imperialismo. Lo ve buscando dividir. Buscando obstaculizar el desarrollo porque se cree con derecho a lo que es de Bolivia; o de cualquier otro.

secesionistas. Los departamentos de “la Media Luna” occidental, es decir, Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija, más Chuquisaca, todos en manos de gobiernos opositores a Evo Morales, desconocen la autoridad presidencial y la del congreso nacional. La región, rica en hidrocarburos, reclamaba la devolución de lo recaudado por el Impuesto Directo a los Hidrocarburos. La misma idea contraria a la distribución interna, en el plano nacional, de las rentas extraordinarias, tal como fuera el planteo de las provincias cooptadas por las patronales rurales durante el conflicto por la Resolución 125 en Argentina. En el caso boliviano se iba aún más lejos. Confirmada una reunión entre el embajador yanqui, Philip Goldberg, y el prefecto de Santa Cruz, Rubén Costa, Bolivia exige a Estados Unidos que sea prescindente en este conflicto. La oposición secesionista posee un fuerte contenido racista; en el departamento de Pando, el 11 de septiembre, los “comandos civiles” opositores masacran a 30 campesinos partidarios de Evo, es decir, contrarios a la mutilación de Bolivia; 100 campesinos más desaparecen... Ese mismo día Morales expulsa a Goldberg. Poco después, George W. Bush, presidente de EEUU, incluye a Bolivia en la “lista negra del narcotráfico”. Finalmente, Cristina Fernández de Kirchner logra convocar a la UNASUR, que se reúne en Chile y respalda al gobierno constitucional boliviano, advierte que no admitirá el desmembramiento de ese país, exige que los golpistas devuelvan las instalaciones públicas que tienen tomadas y anuncia que creará una comisión investigadora de la masacre de Pando. La evidencia de que no hay margen a nivel regional para estas aventuras desactiva el conflicto y se levantan los bloqueos. (N. del A., 2017)

¿Y por casa? ¿Por qué en Bolivia sí y acá no? ¿O por qué en Venezuela sí y acá no?

¿Te acordás cuando lo derrocaron a Chávez? Ahí estaban también los Estados Unidos, que le daban cobertura a esos venezolanos que odian tanto a los chavistas que en una noche metieron en cana no sé a cuántos partidarios del gobierno bolivariano. (Se llama “bolivariano” porque reivindica la unidad continental).

Fue Bolívar ¡justo Bolívar! el que dijo que los Estados Unidos vinieron a plagar el mundo de injusticias en nombre de la libertad. ¿Te suena? Lo dijo él. No lo dijo un iraquí ni un afgano. Lo dijo Bolívar, el hombre admirado por San Martín. ¡Que ese sí que era nuestro-nuestro!

Pero no nos distraigamos. ¿Te acordás desde dónde conspiraban esos venezolanos que los chavistas llaman escuálidos? Desde Miami. Desde la capital estadounidense del lavado de dinero, desde la ciudad bonita y fiestera de Don Johnson. Desde la cuna del fraude que hizo presidente a este Bush. Desde la cuna de la conspiración contra la Cuba castrista. ¿Y entonces por qué en Venezuela sí y acá no?

¿Y de dónde salió ese Antonini Wilson? ¿No salió de Miami? ¿Que dónde queda? ¿Y dónde se escondió? ¿No se escondió en Miami? ¿Y quién lo protege? ¿Testigo protegido de quién es? ¡Del fantasma!

Lo protege el estado norteamericano. ¡Sí! El de Irak, el de Afganistán, el de Kosovo; el de Bolivia, el de Venezuela; ¡el de Vietnam, si querés!

Entonces empecemos a nombrarlo. O volvamos a nombrarlo. No sea cosa que estemos comiendo vidrio.

Busquémoslo, a ver por dónde anda el fantasma. ¡A ver si de tanto recorrer el mundo no anda entre nosotros!

La caída del mundo

El mundo se cae a pedazos. Así parece. Los colosos del capital financiero se han convertido en pulgas por las que nadie da un centavo. O casi nadie. Porque a los yanquis (¡tan liberales ellos!) les ha dado por comprar esas bagatelas para evitar males mayores.

Un tipo del FMI lo dijo en la radio: es lógico que se haga eso; si no, sería como mirar el incendio sin llamar a los bomberos y dejar que el fuego haga lo suyo.

¿Cómo no estar de acuerdo? En serio, ¿cómo no estar de acuerdo? ¡Está perfecto!

¿Pero por qué preguntarle a los del FMI? ¿A quién se le ocurre consultarlos?

¿A alguien le caben dudas de que el FMI tuvo participación, responsabilidad, culpa y dolo, inclusive, en la debacle económica y social que vivimos allá por el 2000? Los grandes medios parecen haber olvidado esas responsabilidades, que también les competen ¡Si hasta Cavallo volvió a la televisión ahora! Y otros nunca dejaron de estar: Solanet, Artana, Ávila. El tren fantasma de la entrega nacional. Una colección completa de profetas del capital financiero. Los que nos decían: ¡nos caemos del mundo! ¡nos caemos del mundo!

¡Mirá como tiemblo! ¿Qué puede importarnos que ellos estén convencidos de que nos caímos del mundo? Al fin y al cabo, hace siglos que aprendimos que el mundo es redondo y existe la ley de gravedad. O sea: vayas a donde vayas siempre estás en el mundo; te vean los demás o no. No te caés.

Y si ellos creen que nos caímos del mundo quizás podamos reconocerles que estamos en otro mundo. Aunque ellos crean que estamos “afuera” del mundo.

Pero podemos tener nuestro propio mundo. ¿O tanto les molesta?

¿Y ahora que el que se cae es “el mundo”? El mundo de ellos, digo. Bueno: ¡Quieren que se nos caiga encima nuestro! ¡Que seamos el colchón! ¡El colchón que aligere el golpe!

Entonces han salido a la cancha a tirarnos por la cabeza los más funestos augurios. No importa. Los cabeceamos todos y no nos entra ni un gol. Área despejada.

¡Pero qué costumbre! ¿no? Cuando teníamos nuestros problemas nos decían que evitáramos la intervención del Estado. Que eso era populismo y que no era lo que hacían los países del Primer Mundo. ¿Y ahora?

En pocos días el Estado norteamericano puso centenares de miles de millones de dólares para rescatar a esos que decían que en nuestro país había riesgo, las grandes calificadoras financieras de Estados Unidos.

¿Y sus empleados de acá? Siguen con la misma canción. Que acá hay dificultades, peligro y riesgo. ¡Por Dios! Hasta se ha dicho (criticando) que zafamos de esta crisis porque estamos “afuera del mundo”.

¿Y qué quieren? Eso quieren: que nos caigamos con “el mundo”.

¿Hasta cuándo va a haber que soportarlos? Hace años que los aguantamos a estos tipos. ¡Hace siglos!

El problema es que van al almacén con el manual del comprador redactado por el almacenero, diría Jauretche. Tan elemental como eso. Admiran como fanáticas histéricas, dispuestas a la humillación, a otros países pero, en vez de hacer lo que hacen sus ídolos, hacen lo que sus ídolos les dicen que hagan. Y creen que así viven la vida del ídolo; ¡y no! Así sólo son objeto maleable por las manos que amasan la fama del ídolo. ¡Y compran lo que el ídolo vende!

Entonces, en lugar de recomendarnos que cuando hay problemas hagamos intervenir al Estado (por ejemplo) nos dicen que no. ¡Porque eso es lo que les dicen que digan en los centros del poder económico mundial! Lo cual los convierte en agentes de esos poderes, que son los poderes de otros. Son los poderes económicos de otros países; los intereses económicos de otros países. Por eso nos dicen que abramos nuestra economía. ¡Para que se la abramos a esos países! ¡A esos intereses!

¡Ese es el drama!

Ya lo dijo alguien:³⁴ “¡a avivarse, argentinos!” ¡Avivémonos!

Digámosles que no. Que se vayan. Y si no se van, saquémoslos a zapatillazos y como dijo el poeta: ¡”hasta enterrarlos en el mar”!

³⁴ Hablan del riesgo de nosotros; se la pasan hablando siempre del riesgo del resto de los países. Nadie habló del riesgo del Lehman Brothers, nadie habló del riesgo del Merrill Lynch, en fin, de tantos otros riesgos. Y hoy vemos cómo se derrumban. Yo creo que no es para alegrarse porque en realidad nadie se alegra de que sucedan estas cosas. Es simplemente aprendizaje, avivarse, argentinos, de cómo es esto de la economía, de cómo es esto de los pronósticos, de cómo es esto de los intereses, muchas veces contrapuestos, donde lo que se dice no es producto de sesudos análisis o enjundiosos estudios sino, simplemente, muchas veces, de intereses encontrados entre los del país y otros intereses que no son los del país.” (Cristina Fernández de Kirchner, 16-09-2008)

Zapatazos

Hoy me compré zapatos nuevos y terminé pensando acerca de la objetividad de los medios. Parece desopilante, pero no lo es tanto.

Paso a explicarme:

Cuando los Estados Unidos invadieron Irak supimos que pegarle con la zuela del zapato a alguien era la mayor ofensa posible (o algo así) en el mundo árabe. Y lo supimos porque la CNN y todas sus repetidoras locales (los canales pseudo-nacionales) nos mostraban imágenes en las cuales iraquíes “liberados” corrían atrás de estatuas de Saddam Hussein remolcadas y arrastradas por vehículos militares estadounidenses; y corrían descalzos, con los zapatos en las manos para pegarle en la cabeza a la estatua. Una cámara de la CNN, oportunamente, filmaba la escena.

Me llamó la atención semejante costumbre. Incluso recordé cuando mi tía lo agarró a chancletazos a uno de mis primos, algo que en aquella infancia resultaba no sólo aterrador sino, también, efectivamente, humillante.

Pero, en el caso de Irak, no podía imaginar nada más humillante que la ocupación de un país por una potencia extranjera. De hecho, nunca creí demasiado en la popularidad

de esas escenas; más bien me resultaban “puestas en escena” para consumo occidental y cristiano o expresiones minoritarias, (como mínimo) facciosas: “¡Deben ser los chíitas, deben ser!”, me imaginé.

Irak resultó un pantano para los marines y eso, de algún modo, me dio la razón.

Ahora resulta que, en medio del cataclismo económico yanqui, Bush va a Irak para pavonearse entre militares y mostrarse como victorioso comandante de la democracia. Y entonces da una democrática conferencia de prensa.

Y de entre los periodistas se alza uno, con un zapato en la mano y se lo tira por la cabeza a Bush. Y luego le tira otro y, antes de que logre gritar “¡ya vas a saber cuántos pares son tres botas!”, los guardaespaldas de la democracia lo tiran al suelo y lo reducen para llevárselo detenido, ante la mirada atónita de decenas de otros periodistas democráticos.

Y pienso entonces en estos otros periodistas, privilegiados de la prensa iraquí e internacional, y me doy cuenta de que todos se fueron de la sala de conferencia con los zapatos puestos.

¡Qué paradoja! De alguna manera, el “agresor” era el único de la sala dispuesto a “morir con las botas puestas”.

¿Pero no hubiese estado bueno ver cómo cada periodista iraquí se sacaba sus zapatos para humillar a George W. Bush?

Me imaginé a mí mismo en esa situación y me vi tirando estos zapatos nuevos, recién comprados, sin contemplaciones, por la cabeza del comandante imperial.

Ahí es donde apareció en mi mente la cuestión de la “objetividad periodística”. Y me pregunté entonces (y me pregunto ahora): ¿fueron “objetivos” esos periodistas que salieron con los zapatos puestos sin siquiera haberse calzado

las botas? ¿Es eso lo que se llama “periodismo independiente”? ¿Y todos los comentaristas del mundo, incluidos los nuestros, que después de ver esas imágenes no usaron nunca la palabra “imperio”, fueron “objetivos” e “independientes”?

La respuesta no parece difícil: esos periodistas iraquíes (así como los nuestros y los de otros lados) de lo único que fueron “independientes” fue del pueblo invadido y sojuzgado de Irak. Su única objetividad es la que (condimentada con los silencios más precisos) los convirtió en los elegidos por la empresa en la que trabajan para asistir a esa conferencia o para comentarla.

Distinto ha sido el comportamiento del pueblo iraquí: motivado por el episodio, salió a las calles de las grandes ciudades de Irak, se sacó las chancletas (que allá es como calzarse las botas) y las blandió, amenazante, como diciendo: “¡Rajen!, porque vamos a correrlos a zapatillazos”.

Dos caminos

El vicepresidente des-concertado, Julio Cleto Cobos, resolvió la disputa por los derechos de exportación (como él mismo lo dijo) de un modo “no positivo”, y se paró (también lo dijo él) “en contra”. Sus 20 minutos de fama los había obtenido como consecuencia de una derrota política del mismo Gobierno que hasta ese día él integraba.

La derrota había empezado a avizorarse cuando Cristina Fernández debió recurrir al Congreso para refrendar una medida que, según una de las mitades de la gran biblioteca jurídica (que, como todos sabemos, sirve tanto para un enjuague como para un lavado), le correspondía tomar sin acudir al Congreso. Del defecto, Cristina hizo una virtud y puso a trabajar al Poder Legislativo, obligando a todos a definir públicamente posiciones políticas frente a cuestiones muy relevantes.

Una vez reacomodado el Gobierno del cimbronazo pro-sojero, fue recobrando iniciativa con algunas medidas de diversa significación:

Nombramientos a medida del paladar mediático higienizado a baldazos de lavandina, por un lado. Por otro: ratificación de los funcionarios detestados por la oposición económica, política y mediática.

Pero, además, algunas insinuaciones bastante claras de persistencia en la línea de acción explicitada y desplegada a lo largo de estos últimos 5 años. La reestatización de Aerolíneas; el renovado proteccionismo frente al dumping en materia de comercio exterior; el impulso a un nuevo mejoramiento en las condiciones jubilatorias; son medidas que continúan una política de recuperación de lo público, por un lado, y de la tradición histórica del Peronismo, corrigiendo, al menos en parte, el desbalanceo ultra-liberal menemista, que amenazó de muerte a aquel gran partido popular del siglo XX.

Los sacudones internos del Peronismo buscando su redefinición ideológica se hacen sentir. Hay quienes lo quieren liberal, quienes lo quieren conservador; quienes lo quieren globalizado; quienes lo desean americanista, en el sentido criollo de la americanidad; hay quienes lo quieren como sea, mientras les garantice sus quiosquitos de poder municipales.

Pero en cada elección, guste o no, millones de argentinos convalidan la conducción de los destinos del Estado por parte de los cuadros del Peronismo, que va adaptándose a la corriente histórica y, también, como no, generándola.

La crisis de 2001 había sido la crisis del intento de conformar una Argentina liberal, privatizada, globalizada y con media población excluida. De esa crisis fuimos saliendo a fuerza de incluir en la economía, en la sociedad, a aquellos excluidos, hombres y mujeres de carne y hueso, por intermedio de la generación de trabajo, aún insuficiente pero muy superior en proporción a los índices de la época de la crisis. Fuimos saliendo porque nos vimos obligados a mirarnos a nosotros antes que al globo. Fuimos recuperando el rol del Estado, de a poquito.

Ahora se ha decidido cancelar la deuda con el Club de París, una deuda que proporcionaba a los acreedores externos y sus socios argentinos un elemento de presión sobre nuestro país. Con el pago se busca terminar con las especulaciones permanentes que habían ganado las tribunas periodísticas haciéndose eco de intereses por lo menos sospechosos, sobre todo las que sugerían maliciosamente que entraríamos en cesación de pagos.³⁵

No obstante, aquí se han abierto dos caminos que son los mismos que se abrían cuando Cleto votaba “en contra” con un voto “no positivo”. Cristina puede profundizar las políticas antedichas o retroceder para contentar a sus enemigos y conseguir un efímero aplauso mediático o, quizás, solamente una tregua al acoso de que fue objeto.

Si elige transigir con esos sectores económicos y mediáticos, tendrá un camino allanado al final apacible de las vidas frustradas sin que nadie se entere.

Pero si quiere profundizar deberá hacerlo en serio. El electorado argentino no acompaña hacia la nada. El camino a un horizonte apetecible se pavimenta con realizaciones concretas y visibles. Para enamorar a las multitudes que esperan su reivindicación histórica hay que convocarlas a esa épica de los grandes períodos. A cada argentino deberá llegarle la redistribución tan mentada, si se quiere resistir la embestida de los poderes económicos. Nadie entrega alegremente su patrimonio. Y redistribuir es eso: equilibrar la

³⁵ La crisis financiera global de 2008 frustró este intento de cancelación de la deuda con el Club de París. Recién en 2014 se lograría un acuerdo definitivo, por el cual se pagará durante 5 años, pero los plazos se pueden modificar en razón de las inversiones que realicen o no en Argentina los países miembros del Club. (N. del A., 2017)

desigualdad direccionando la riqueza que iba a los opulentos para que se dirija a los desposeídos.

Ahora, las fuerzas económicas intentarán empujar al Gobierno a que retroceda. ¿Lo hará? ¿Se fortalecerán los Redrado³⁶, los Blejer?³⁷ ¿O se avanzará en un sistema financiero independiente del poder económico en vez de éste que es autónomo del poder político?

¿Vamos a reconocer alguna vez la soberanía popular sobre el Banco Central? La autonomía del Banco Central deberá ser replanteada para ponerlo en condiciones de realizar los cambios.

La integración bancaria sudamericana ¿no debería ser impulsada más decididamente? ¿O vamos a seguir atados al carro decadente y explosivo del sistema financiero mundial?

Son dos caminos. Elige Cristina.

³⁶ Martín Redrado se opuso (públicamente no, al menos en el primer momento) a la cancelación de la deuda con el Club de París. Ésta y otras razones movieron al gobierno de Cristina a impulsar su alejamiento del Banco Central, que presidió hasta enero de 2010, cuando se realizó una reforma de la Carta Orgánica de dicho organismo, morigerando su “independencia”, que siempre fue el vehículo para su colonización por parte del poder financiero. (N. del A., 2017)

³⁷ Mario Blejer, consejero del FMI desde 1980, fue el último vicepresidente del Banco Central durante el gobierno de De la Rúa, y en 2002 Duhalde lo designó al frente de esa entidad. Cuando intentó reflotar el plan dolarizador de nuestra economía, la presión del entonces ministro de Economía, Roberto Lavagna, provocó su alejamiento de la presidencia del Banco Central. De allí pasó a trabajar en el Banco de Inglaterra. Es un economista liberal que suele ser consultado por todo el arco político, incluido el peronista. Hoy es vicepresidente del Banco Hipotecario, propiedad (gracias a su privatización en 1997) en un 21% del grupo IRSA, la gran empresa de propiedades inmobiliarias, dueña de gran cantidad de centros comerciales, en la cual Blejer es Director Titular. Naturalmente, apoya las políticas económicas del macrismo. (N. del A., 2017)

Salir del medio

Cada vez que este micrófono me invita a hablar, una voz entre ajena y propia me susurra que recuerde que miles de personas escuchan en algún lugar: en la casa, en el trabajo o entre el trabajo y el hogar. Y que, ya que no estoy solo, haga el esfuerzo de hablar con cierta solvencia. Entonces, voces experimentadas (porque mi cabeza está llena de voces) me exigen que sea objetivo; y me aseguran que el lugar del medio (del medio de comunicación) es el de la objetividad. Y que la objetividad, a su vez, es algo así como estar al medio. Ahí es cuando se me chifla el moño.

Entonces miro con ojos torcidos, desorbitados, a la televisión que hay acá, adentro de este estudio y me pregunto: “¿Pero de qué objetividad me hablan?! ¿Si estoy viendo la publicidad de Orígenes, la de Consolidar!”

No nos preocupemos. No es un chivo. Estas empresas no conseguirán más clientes porque las nombremos hoy.

Pero, en serio: ¿Se puede opinar “objetivamente” sobre las AFJP mientras las AFJP te paran la olla? ¿De qué objetividad me hablan estos tipos que tengo en mi cabeza?! ¿No entienden nada! Pero insisten.

Entonces me obligan a fijarme bien en lo que me dicen. Y

veo que mientras me hablan de objetividad y procuran hacerme creer que los medios están al medio, van corriéndose sutilmente (¿sutilmente?) hacia una posición determinada. Y esa posición ya no es tan objetiva. Es simplemente la postura del contrera. Un contrera para quien la objetividad consiste, en este caso, en decir que el Estado quiere hacerse con “la caja” de las AFJP.

Con lo cual, simulan estar “al medio”. Y asumen tu lugar, el del ciudadano que supuestamente queda al medio en una lucha entre la AFJP y el Estado. Y se meten en tu cabeza. Con ese sencillo mecanismo empiezan su tarea, que consiste en defender, desde el medio, a las AFJP, las que pagan la publicidad que vimos recién.

En ese sentido, es cierto: se ponen al medio, se “interponen” entre las AFJP y el Estado para dificultar la medida.

Y ahora hablemos otra vez de “objetividad”. ¿Cuál objetividad? ¡Si son socios! Por eso se interponen, se ponen al medio, y te susurran a la cabeza, en el medio de tu cabeza.

Pero uno no puede quedarse “al medio”, uno no puede estar “al medio”. Al medio se quedan los indecisos, los tibios, los vomitados por Dios.

Mientras el Estado intenta recobrar la famosa “caja”, tan defenestrada, de las manos de los diez vivos que hacen negocios para sí mismos con tu guita para darte una jubilacion que, finalmente, es tan poca que tiene que venir el Estado a cubrir lo que falta (porque eso es lo que pasa con los jubuilados vía AFJP), mientras eso pasa, ¿te vas a quedar “al medio”? Yo no.

Yo no. No hay voz en mi cabeza que me convenza de semejante cobardía. ¿Y a vos? No creo. Porque ya sabemos que el Estado es nuestro. Y asumirlo como propio es aprender a

defenderlo, para que el Estado vuelva a protegernos. Y, al fin y al cabo, lo va a hacer mejor que el señor Consolidar, quien nunca va a necesitar nuestro voto y nunca lo respetaría.

Se trata de eso, en definitiva. De tomar partido, de no quedarse al medio. Para que no nos vendan más que “achicar el Estado es agrandar la nación”, que eso era lo que decía el gobierno de Martínez de Hoz, que también nos dijo que venía a terminar con 30 años de estatismo. Y así nos fue.

Y eso pasó hace 30 años. Ha llegado la hora de terminar con 3 décadas de mentalidad privatista, que es, en realidad, concentración de la riqueza de todos en las manos de unos pocos, como pocos son los que usaron todos estos años la guita que vos depositaste en las AFJP. Porque vos la dejaste ahí, pero ellos se hicieron sus viajecitos por el Caribe con tu guita. ¿Qué duda te cabe?

Quedarse “al medio” en ésta es hacerle el juego a los ladrones que se quedaron con nuestros ahorros y nos generaron el endeudamiento (hablo de deuda externa) más formidable de toda nuestra historia. No queda otra que salirse del medio. No queda otra que tomar partido. Y tomar partido por nosotros: por el Pueblo, por la nación, por el Estado.

Por eso, hoy no pude ser objetivo. Porque soy sujeto y quiero ser protagonista. Lo demás es verso, ¿No te parece?

Entre medianoche y gallos

Pueblo o monopolios

Donde no hay dirigismo estatal, lo hay del capital. Podría resumirse en un aforismo semejante la encrucijada actual. No es un tema nuevo. Dirán que nos quedamos en el '45. Pero estarán ocultando que es el '45 el que vuelve por sí solo. Una y otra vez. Es la maldición de una Historia inconclusa. La de la liberación nacional, que es la social.

Lo de los dos dirigismos lo explicaron Jauretche y Perón. La tendencia capitalista a la concentración y la potencia del capital extranjero, superior a la del nacional, determinan que en el marco de la "libertad" lo que realmente se realiza es la esclavitud del pequeño, del débil.

Así, las privatizaciones y la ausencia del Estado en general, tras el huracán Carlitos, hijo dilecto del neoprocesado Martínez de Hoz, dejaron a los argentinos desprotegidos respecto de los monopolios, en todos los órdenes. El Estado abandonó los servicios que monopolizaba, a nuevos monopolios sobre los cuales, a diferencia de cuando son de propiedad pública, la población no tiene capacidad directa de incidir. A la maldición de las enormes masas de desocupados debía agregarse, pues, la imposibilidad de modificar la política de comunicaciones, la de energía, etc., por la vía de

la actividad política y el voto popular.

Continúa escuchándose que nos quedamos en el '45. Pero es como dice el artista plástico peronista Daniel Santoro: lo que pasa es que nuestra utopía es la de una felicidad ya realizada... ¡en el '45!, cuando el Pueblo tomó las riendas de su destino. Contra ese jinete, el Pueblo vuelto azote de la oligarquía, fue la contrarrevolución del '55. Y desde ahí que estamos volviendo. Para tener futuro.

En un mundo dominado por capitales tan criminales que no trepidan en destruirlo para beneficiarse de un modo tan gigantesco que ni siquiera permite a los dueños del capital disfrutarlo plenamente, porque a partir de cierta cantidad de ceros ya no se distingue; en un mundo semejante, los pueblos sólo tienen una posibilidad: organizarse para defenderse. Esa organización, que debe calentar desde abajo, como el fueguito del Martín Fierro, confluye necesariamente en esa cacerola (perdón) que es el Estado, que debe y puede orientarse a la realización del Bien Común y la Justicia Social.

Entonces, cuando las ganancias extraordinarias por el precio internacional de la soja amenazan desequilibrar la estructura productiva agraria y los precios —y, por esta vía, el crecimiento del consumo que hizo posible la reindustrialización de la Argentina—, es natural y razonable que se decida limitar esa ganancia —que conforma capitales de naturaleza monopólica— para reorientar la producción y para sumar recursos al fomento de otras actividades que la Nación necesita si quiere sobrevivir en el siglo XXI, ya que el XX —justamente por haber abandonado “el '45”, digamos— dejó como saldo una sociedad desarticulada y empobrecida. Esos recursos pueden aplicarse también a dar viabilidad a los

pequeños productores no rentistas que no tienen cabida en la patria sojera.

Parece mentira tener que explicarlo. Pero, claro, otro saldo del siglo XX es el monopolio de la comunicación y la información. Una cantidad mínima de empresas periodísticas –no de corrientes de opinión ni de pensamiento– detenta la proporción principalísima de los carriles de expresión. Basta escuchar la radio y ver la televisión para percibir con claridad que las fuentes informativas son escasísimas. Para colmo, estas empresas periodísticas manejan con férrea mano la línea editorial, de modo que ninguno de sus empleados –eso son los periodistas– saque los pies del plato. Recientemente hemos asistido a dos casos ejemplificadores en ese sentido.³⁸ Pero, además, estas empresas periodísticas se han convertido en un actor político inexcusable. Manejan en parte la agenda nacional. Peor aun: buscan producir acontecimientos políticos. El cacerolazo pituco de fin de marzo lo demostró: sólo faltaba que los canales y las radios ¡todos! gritaran “¡a la voz di áhura!”

Luego ¡todos!, diarios, canales y radios, generarían similares relatos, cortados con tijeras de la misma fábrica. Esos relatos no hacían más que asegurar que Cristina tenía un modo soberbio, que éramos “un país agroexportador”, que

³⁸ Se refiere al desplazamiento del columnista Enrique Lacolla de “La voz del interior”, periódico en el que trabajaba desde 1975, y al del recordado Claudio Díaz, aquel gran compañero, autor del “Manual del antiperonismo ilustrado”, entre otras obras, que también fue empujado a desvincularse de su trabajo en el “Zonal Morón” del diario “Clarín”. En ambos casos la posición política de los periodistas ante el conflicto por la resolución 125 decidió al Grupo Clarín a forzar sus renuncias con exigencias inaceptables, tanto desde lo periodístico como desde lo estrictamente laboral. (N. del A., 2017)

el Gobierno, porque sus defensores hablaban de “oligarquía” e “imperialismo”, atrasaba en la discusión 60 años, o sea, ¡hasta el '45! Otra vez. Porque así es, tal como lo demuestran los propios argumentos precedentes, que rezuman gorilismo del rancio, pudriéndose allí, en sus corazones, durante tanto tiempo; desde... 1945.

Terrible, el '45 ha regresado, “a pesar de las bombas, de los fusilamientos, los compañeros muertos, los desaparecidos”, como dice la canción de nuestra querida JP; a pesar de la traición, podríamos agregar. Ha regresado para quedarse hasta que sea resuelta la contradicción entre el proyecto agroexportador de las minorías blancas y “mediopelensis” y el proyecto industrialista que pueda incluir a las grandes mayorías morenas, mestizas, cuyo único destino está en la liberación nacional y que nada tienen para ganar, ninguna migaja para recibir de la alianza entre la oligarquía y el imperialismo.

Es el '45. ¡Qué vamos a hacerle! Hoy se expresa en la lucha contra los monopolios, en todas sus formas, para garantizar la defensa del interés popular y el nacional.

La respuesta no es en todos los casos una monopolización remozada por parte del Estado. Cuando se trate de recursos naturales, todos estratégicos, dado el riesgo ambiental de nuestra época y las dificultades de la política internacional actual, sí habrá que pensar en un progresivo o repentino, según el caso, aumento de la participación del Estado, tomando control definitivo cada vez que sea necesario para garantizar el bienestar de los argentinos, los verdaderos dueños, en última instancia, del patrimonio nacional.

La respuesta a la importancia estratégica de la energía debe ser el crecimiento permanente de Enarsa y la recuperación del

control total sobre el subsuelo. Al abuso de los acopiadores y exportadores de granos y otros productos agrarios, que saquean al pequeño productor pagándole una parte ínfima del valor, habrá que contestarle con la intervención estatal para garantizar precio a los productores y reorientar la renta en aras de una nueva revolución industrial, como la del '45.

En otros casos, como en materia de comunicación y radiodifusión, también debe haber injerencia estatal, pero para promover y desarrollar la mayor cantidad de expresiones posibles, por una parte, y para rebalancear el monstruoso desequilibrio del poder mediático, por otra. Así como el Estado debe aspirar a modificar la educación para que ya no sea una herramienta de dominación colonial por vía pedagógica, también debe impulsar una comunicación no sólo “independiente”, sino independentista, que no es lo mismo. Se dirá que es parcial una definición en ese sentido. Contestaremos que es revolucionaria. Una política de fomento de los carriles de expresión de una cultura políticamente nacional y popular será revolucionaria porque engrandecerá al Pueblo frente a los monstruos mediáticos monopólicos.

En toda la Patria la lucha es la misma: ¡Pueblo o monopolios!

Junio de 2008

La vida es lucha. ¿Y qué? (Conflicto o retroceso)

Cuando Cristina ganó las elecciones de 2007, se dijo en “Sudestada” que “la disputa cupular por la identidad del Peronismo” iba cerrándose.³⁹ Con esta afirmación, indicábamos que los sectores populares habían votado masivamente a la actual Presidenta y que el Peronismo se había constituido en “columna vertebral” del Movimiento Nacional.

Aquella editorial decía también que “ahora depende de nosotros extirpar definitivamente la infiltración liberal, antipopular y cipaya de las estructuras partidarias”, en consonancia con la lucha contra el “pejotismo” que venimos realizando, como peronistas, en todas las tribunas y las canchas.

Los resultados de la última elección legislativa han reforzado la relación indisoluble entre tales afirmaciones, toda vez que desde el 29 de junio⁴⁰ se ha desatado una lucha significativa por la conducción partidaria para volcar orgánicamente al

³⁹ Véase “Un rumbo soberano”, pg. 170.

⁴⁰ El día anterior, 28 de junio de 2009, se realizaron las elecciones legislativas. En la provincia de Buenos Aires, la lista encabezada por Néstor Kirchner resultó derrotada por la de Francisco De Narváez (Frente Justicialista para la Victoria: 32,18%, es decir 12 diputados; Unión Pro: 34,68%, o sea 13 diputados).

aparato del PJ a la oposición, desestimando su condición de partido de gobierno.

El período histórico que acabamos de transitar –que es el de la salida de la debacle neoliberal– ha sido posible porque mediante la conducción kirchnerista el Peronismo recuperó su sentido histórico para retornar al cauce justicialista, en el sentido de que se ha vuelto a poner el capital al servicio de la economía y a ésta al servicio del hombre; en el sentido de que se ha desechado el “realismo periférico” que distinguió a la etapa menemista; en el sentido de que se ha dado fin a la tutela de los organismos multilaterales de crédito y se ha dado impulso a la integración de la América Criolla, para citar sólo algunos ejemplos, entre los cuales deberíamos subrayar –como emblema de la reperonización– la recuperación de aquel instituto central de la política justicialista: las paritarias.

Kirchner desenganchó al Partido Justicialista del tren neoliberal, sobre todo cuando picó el boleto de ida de la ruptura con el ALCA, que nos colocaba en la resistencia al embate del imperialismo norteamericano sobre el continente mestizo. Pero en el vagón se quedaron algunos colados, aún perplejos, que habían festejado el rumbo colonial y se encontraron repentinamente con que una locomotora desconocida tiraba con fuerza para el otro lado, modificando en 180 grados la orientación política.

Algunos, más coherentes, se tiraron del vagón, otros “se hicieron amigos del juez”, es decir, se encolumnaron con el gobierno de Kirchner, que, merced a la recuperación del país, tenía mucho para ofrecer. Hubo también quienes se convencieron de que se podía retomar el camino de la liberación nacional y social del que nunca debió desviarse el Peronismo. Y,

por supuesto, aquellos que nunca habían claudicado.

En definitiva, el conjunto del “vagón-PJ” resultó encuadrado por la conducción kirchnerista en tomo de la recuperación de la tradición política peronista, aun contra la verdadera voluntad de los pejetistas más rancios.

A fines del mandato de Kirchner, Eduardo Duhalde anunciaba a quien quisiera oírlo que iba a “recuperar y reorganizar” al Justicialismo. No hacía falta ser muy imaginativo para escuchar en las palabras de “Cubrepileta” una crítica no demasiado velada a la conducción kirchnerista. Duhalde amenazaba claramente con reestructurar al PJ como frente de oposición al Gobierno nacional.

Kirchner realizó entonces una jugada de altísimo impacto, propia de su audacia: anunció su voluntad de presidir el Partido Justicialista, que implicaba alinear “orgánicamente” al Partido con la jefatura presidencial. De esta manera, por añadidura, quedaban delimitadas las funciones entre Cristina y Néstor: la Presidenta conducía el Estado y Kirchner el Partido. Esto que algunos aliados interpretaron como “pejotización” de Kirchner era, en realidad, un intento de peronización del PJ.

Kirchner accedió a la presidencia del partido, pero en medio del gran conflicto por la Resolución 125, que había terminado de dividir las aguas de la política argentina, gracias a la virtud que tuvo de exponer, de ventilar los fundamentos ideológicos de innumerables actores políticos y económicos, que acostumbra ocultarlos de unos años a esta parte. Aparecieron los gorilas, los radichetas, la oligarquía, la clase media clasista urbana y rural. También se expresó una vez más la histórica dificultad de las clases medias para comprender al

Peronismo y consolidar las conquistas que éste le garantiza, así como la del Peronismo para conducir las. Y asistimos al “blanqueo” del discurso racista (o clasista) en los grandes medios y al gompismo más desembozado, que se caracterizó con precisión como “clima destituyente”. Simétricamente, la militancia salió a las calles evidenciando el surgimiento de una nueva época de movilización popular, acotada a los sectores activos, pero nada desdeñable. Por otro lado, también se vio claramente la capacidad formidable de los medios masivos de comunicación para convocar a la protesta “espontánea” y homogeneizar la “opinión pública” en beneficio de reclamos sectoriales reñidos con el interés colectivo.

Esa división de aguas se manifestó hacia el interior del Peronismo, atravesándolo transversalmente por dentro y por fuera del PJ, expresando dos caminos divergentes para el movimiento que fundara Juan Perón.

Algunos dirigentes otrora “encuadrados” por la aplanadora kirchnerista comenzarían a expresarse, cada vez con mayor libertad y comodidad ideológica, repentina o paulatinamente desde el conflicto por la 125 hasta la elección del 28 de junio, cuyo resultado envalentonó a los amigos de los poderosos (los viejitos Vizcacha, según se los caracterizó en alguna “Sudestada” anterior, y sus discípulos) tanto como a los poderosos mismos.

Algunos dirigentes provinciales se arrogaron la defensa de un tipo de federalismo agroexportador a medida de las provincias productoras de granos para el mercado mundial, expresado en el eje Schiaretta-Reutemann, que resume los intereses de lo que se denomina la “región centro”, una concepción aislacionista de imprevisibles consecuencias, independientemente del

origen partidario de estos gobernadores, dado que tanto Juez⁴¹ y el Radicalismo en Córdoba como el socialista Binner en Santa Fe, aparecen como garantes de esta concepción a la que todos llaman los “intereses” de sus respectivas provincias.

Parten de una falacia: afirman que el federalismo es defender los intereses provinciales frente a los abusos del poder central.

Pero eso no es así: federalismo, en Argentina, ha sido defender a las provincias con capacidad para generar manufacturas o sin recursos primarios en manos de su población (a las provincias más débiles) del poder centralizador de Buenos Aires, en tanto Buenos Aires era productora de materias primas para el mercado mundial e introductor de manufacturas extranjeras.

Hoy en día, el lugar de la antigua Buenos Aires lo ocupa el interior de la Pampa Húmeda (que produce commodities). La provincia de Buenos Aires, por la alta concentración de industria y urbanización –que impulsa además los servicios– posee cierto equilibrio por el cual el modelo agroexportador no logra hegemonizar el proyecto económico provincial para someter políticamente al conjunto.

En cambio, el poder capaz de centralizar la economía para someter al conjunto de las provincias a un proyecto agroexportador es el de las provincias, justamente, de la “Región Centro”, a las que debe agregarse el interior agrario

⁴¹ En las elecciones de 2009, Luis Juez, resultó electo Senador por el Frente Cívico. Había sido intendente de Córdoba, en tiempos de buena relación con el kirchnerismo. Derrotado en 2007 por Schiaretti en unas elecciones muy cuestionadas, no logró ser Gobernador. El conflicto con las patronales rurales lo colocó en la oposición al Gobierno nacional. A pesar de haber sido electo concejal de Córdoba en las elecciones de 2015, Mauricio Macri lo designó embajador en Ecuador, función que cumple actualmente. (N. del A., 2017)

bonaerense, así como menores expresiones diseminadas fragmentariamente por el país, que pueden sumarse al proyecto oligárquico para subordinar al resto. La ciudad de Buenos Aires podría contabilizarse en este esquema como caja de resonancia de estas tensiones, pero en la cual predomina el elemento cultural tributario del modelo agroexportador.

El poder central actual, por su parte, es fruto del triunfo del interior sobre Buenos Aires (entendida ésta como la dupla simbiótica ciudad-provincia), cuando se nacionalizó la Aduana, otorgando sus recursos al conjunto del país, representado en el Gobierno nacional. Sin embargo, la derrota de las montoneras federales –ya operada por aquel entonces (1880)– y las posibilidades del esquema agroexportador, capaz a la sazón de ampliarse significativamente, generaron una hegemonía oligárquica, mixta entre el interior y Buenos Aires, que consolidó desde el Estado moderno la inserción dependiente en el mercado mundial.

Pero a partir de allí la lucha por el control del Estado presenció alternativas en torno del modelo económico nacional y del lugar que se le asignaba a la renta agraria en la estrategia socioeconómica.

Si con Yrigoyen, terminada la hegemonía oligárquica, se intentaba una distribución de esa renta sin modificar el esquema económico, con Perón se la capturaba para –además de redistribuir en aras de la Justicia Social– industrializar el país.

Así se expresó en el siglo XX la vieja disputa entre federales y unitarios, que pervive en las entrañas de la Patria porque el modelo antinacional unitario resulta incompatible con el desarrollo del entramado social argentino, tan diversificado que exige una industrialización propia para ocupar a la

población de modo que pueda vivir dignamente y satisfacer los consumos que pretende sin que la economía nacional se ahogue en una balanza comercial deficitaria.

Esa es la razón por la que cada vez que se impone en el control estatal la ideología unitaria, que es la liberal, la ecuación económica sólo cierre con endeudamiento, y la política con represión y alianza con los intereses del comercio exterior, donde predomina el capital extranjero y, por ende, las potencias imperialistas.

Desde que existe el Estado nacional tal como lo conocemos hoy, la política argentina gira en torno de la lucha por controlarlo para imprimirle un rumbo liberal o uno proteccionista, un rumbo agroexportador o uno industrial mercado-internista. El empate histórico entre esas dos visiones y la consecuente dificultad para terminar con el atrasado modelo agrario han impuesto una alternancia que imposibilita el desenvolvimiento de nuestra potencialidad.

Desde el punto de vista del Pensamiento Nacional—la escuela filosófica, histórica y política donde abreva el Peronismo—no cabe otra lectura del significado del federalismo, ni cabe otra filiación histórica para el Peronismo, como no sea la de heredero de aquél.

Peronómetro en mano, entonces, no hay posibilidad de propiciar el predominio agrario sobre el Estado nacional. No hay ni habrá compatibilidad entre el Peronismo y la Sociedad Rural. Son enemigos históricos y, como tales, dirimen la lucha entre sí en el campo de batalla de la Historia.

Lo que Perón hizo en las dos etapas históricas en que gobernó—separado el inicio de una y otra por ¡27 años!—fue tomar renta agraria (al fin y al cabo una resultante de

condiciones ajenas al productor, propias de la naturaleza) para financiar mediante el Estado nacional al conjunto del país y proyectarlo industrialmente con Justicia Social creciente, cimentada en la dignificación que genera el trabajo. Y lo mismo debe hacerse con cualquier renta extraordinaria, en aras de la redistribución de la riqueza, no para impedir a nadie que produzca, como algunos dicen, sino para que el conjunto del país tome provecho de los recursos que en manos colectivas pueden tener una función estratégica más allá del beneficio individual y colaborar en el desarrollo armónico de la sociedad, que implica ineludiblemente favorecer a los más necesitados.

El Peronismo –por popular, proteccionista, americanista y antiimperialista– es heredero de aquel federalismo, así como el liberalismo lo es del unitarismo por razones inversas y antagónicas.

Esa contradicción interna de nuestra política se dirime hoy en el interior de lo que públicamente se autodefine como Peronismo.

La capacidad del gran aparato político (mayor al Partido Justicialista, inclusive) que legó Juan Perón generó una disputa por su control, toda vez que la cipayería liberal entendió que la identidad del Pueblo argentino era peronista y que sólo por intermedio de esa estructura se podía realizar un proyecto estable en la Argentina. Decidieron entonces cooptar e infiltrar al Peronismo para convertirlo en garante del proyecto liberal cipayo.

Al producirse esta disputa por el control partidario, la sociedad asiste a una pelea cada vez más explícita por la identidad del Peronismo. Una disputa que podría expresarse,

forzando sólo mínimamente los términos, en “Menem o Kirchner”, a efecto de clarificarlo frente a los legos; o en liberal-conciliador-partidocrático versus proteccionista-revolucionario-movimientista. Ellos dirán “democracia vs. autoritarismo”...

Los años de “realismo periférico” —esa doctrina por la cual es “realista” (y no simplemente indigno) asumirse como periferia dependiente del imperio norteamericano— han consolidado al “pejotismo”, es decir, a la ristra de dirigentes liberales en economía y conservadores en política que aún hoy prospera en infinidad de lugares prominentes de la estructura partidaria y en cargos públicos de distintas partes del país, con lo que se ha aquilatado esa moral de viejo Vizcacha, que —ya lo hemos dicho— lleva a un alineamiento con los dueños del mundo.

Si Carlos Menem llegó al poder mintiendo acerca de lo que se proponía, durante su hegemonía se consolidó en el interior del Partido Justicialista una caterva dirigencial que —primero desorientada y luego quebrada— perdió de vista, en la búsqueda del propio poder, cómo otorgarle poder a la Nación.

Al implosionar durante el mandato liberal defensivo de De la Rúa el proyecto menemista a medida de la patria financiera, sólo el Peronismo pudo reequilibrar la política argentina, aunque de su propio seno surgieran los movimientos desestabilizadores que —en complicidad con la embajada norteamericana— adelantaron la salida de Eduardo Duhalde de la Presidencia interina. El fracaso de Duhalde para imponer la candidatura de Reutemann (que no se animó) o la de De la Sota (que no “medía”) lo llevó a impulsar la de Kirchner.

“Como un rayo en un cielo sereno”, de las entrañas de

la hegemonía liberal pejetista, el kirchnerismo, pequeña expresión política incipiente a nivel nacional, consolidada durante los 90 en la remota y despoblada Santa Cruz, asombró a la política desenganchándonos del carro de los vencedores para retomar paulatinamente la tradición peronista del estado articulador y regulador de la vida económica.

Cada decisión de Néstor Kirchner lo iba alejando de los parámetros de la “normalidad” liberal conservadora que se había encaramado en el usufructo del Estado y la conducción de nuestra vida social y política. La “anormalidad” resultante implicó una serie de rupturas sucesivas con las estructuras del poder, que se iban encolumnando en la vereda de enfrente, a medida que advertían que el nuevo Gobierno se disponía cada vez a tomar medidas más y más audaces.

El aparato comunicacional –inspirado tras bambalinas por el poder real, del cual hoy también forma parte– construyó la idea del Kirchner que “confrontaba desde el atril”.⁴² Entonces, lo que podía verse como una recuperación del lugar de centralidad institucionalizada que la política debía asumir por sobre la economía y por fuera de lo mediático comenzó a criticarse como una expresión de soliloquio soberbio, de autoritarismo y “falta de diálogo”. Todo eso no alcanzó para frenar el triunfo de Cristina en el 2007 aunque sí para aislar al kirchnerismo de ciertos sectores de las clases medias, sobre todo en las grandes ciudades más reacias al Peronismo.

⁴² Una búsqueda apenas superficial en internet puede dar cuenta de hasta qué punto caricaturesco se demonizó al inocuo atril por el uso que Néstor Kirchner le daba. Es sólo cuestión de “guglear” la palabra mágica junto al nombre del ex presidente, para ver la extensión de esta curiosa construcción mediática según la cual Kirchner agredía al mundo desde su atril presidencial.

Pero el ablandamiento previo necesario para el “golpe suave” ya estaba en marcha y ante el primer paso en falso del Gobierno se desataría la maquinaria. Con el conflicto por la Resolución 125 la presión mediática comenzó a mover las marionetas y gran parte de la dirigencia bailó el ritmo de la Sociedad Rural.

A partir de allí todo comenzó a girar en torno de la exigencia de “diálogo” y “consenso”, mientras cada audiencia de la Mesa de Enlace con el Gobierno conllevaba una nueva exigencia de los sojeros. Nada parecía suficiente.

Finalmente, cuando se consigue una modificación en Diputados que corrige la Resolución original (al punto de que al final Eduardo Buzzi y Agustín Rossi se abrazan), la presión política de los sojeros –que incluyó amenazas y hasta privaciones ilegítimas de la libertad a legisladores y sus familiares– provoca el voto “no-positivo” del pequeño traidor Cobos, volviendo a foja cero el resultado de todo lo “dialogado” y “consensuado” en aras de la única pretensión real de los sojeros: el fin o la rebaja significativa de las retenciones.

La oposición unitaria (según la caracterizamos más arriba) insiste en el el Gobierno no dialoga y numerosos dirigentes del supuesto Peronismo se convierten en adalides del “diálogo” y el “consenso”, olvidando (un olvido más) que de la captura de la renta para la redistribución y la industrialización nace el histórico conflicto entre el Peronismo y la oligarquía, razón de ser del Peronismo, que llegó a la Argentina para terminar con los privilegios o para no ser nada y que no en vano instauró en sus albores el Estatuto del peón rural, al cual se opusieron tenazmente la oligarquía y sus aliados de ocasión de la vieja partidocracia.

En nuestros días, traficando identidades, aparece un

señor como De Narváez y (billetera mata galán) varios se encolumnan gritando que van a recuperar al Peronismo porque, sugieren, “estos” que gobiernan no son peronistas, porque el Peronismo es diálogo, dicen. Y hablan de conciliación, cuando lo que quieren es que el Gobierno claudique. Y lo acusan de “confrontativo”.

Mediante una operación que falsea el sentido profundo de la doctrina peronista, arguyen que el Peronismo es sinónimo de diálogo. La picardía consiste en indicar que la voluntad frentista del Peronismo implica armonizar los conflictos de intereses sin rispideces (ni transferencias de recursos).

Pero el Peronismo nació vulnerando los intereses de los podere económicos de las clases privilegiadas de la Argentina. Por eso Perón fue preso en el '45: por el Estatuto del Peón de Campo, por el aguinaldo, las vacaciones pagas; y por eso lo derrocaron: por el IAPI (el organismo que captaba la renta agraria para ponerla al servicio del conjunto), por los salarios altos, por los derechos de los trabajadores, por la Constitución de 1949, por combatir al capital...

Dan vergüenza ajena cuando se convierten en los mejores empleados de la Sociedad Rural en nombre del Peronismo y el diálogo.

A no dudarlo: está en disputa la identidad del Peronismo no sólo ante los liberales tipo Schiaretta, sino también frente a los oportunistas que dicen cualquier cosa en su nombre. ¿O qué es, si no oportunismo, que Duhalde lance su “Movimiento Productivo Argentino” en medio del conflicto con la Mesa de Enlace y en el discurso inaugural niegue que la Sociedad Rural haya sido parte del golpe (y el gobierno) de 1976? ¿O qué es, si no oportunismo, que Macri y De Narváez

se digan peronistas? ¿Cómo calificar a Felipe I° (otra vez: “billetera mata galán”) cuando hace propia la definición de De Angeli y dice que Luciano Miguens es “el abanderado de los humildes”?⁴³

El PJ no dirime una interna. Digámoslo otra vez: la disputa por la conducción del Peronismo ha devenido en disputa por su identidad.

Algunos critican el modo de conducción del kirchnerismo (como si el único obligado fuese el que conduce, cuando también le caben responsabilidades organizativas a los cuadros intermedios), pero la discusión por el “modo” solamente podría aceptarse en tanto se acompañen las líneas generales de la política; y aquí lo que se hace es criticar el modo para decir que “el Gobierno no es peronista” y constituirse en oposición a él.

El problema es que hay muchos que creen que ser peronista es haber leído “Conducción Política”, libro que es metodológico, pero no doctrinario. Y ser peronista es continuar la línea histórica de la Constitución de 1949, “La Comunidad Organizada”, “Latinoamérica, ahora o nunca” y “El modelo argentino para un proyecto nacional”; ser peronista pasa por ahí; y por actualizarse sin abandonar las banderas históricas, o sea, sumando banderas nuevas para garantizar la Justicia Social, que es el verdadero motor de la militancia honesta. Ser peronista pasa, en definitiva, por generar las condiciones para una Constituyente que, finalmente, le dé forma al Estado Justicialista que soñaron

⁴³ Haciendo suyas las palabras de Alfredo De Angeli, Felipe Solá se refirió en esos términos al entonces presidente de la Sociedad Rural Argentina, Luciano Miguens.

Perón y Evita cuando en 1949 crearon la legalidad de la Justicia Social.

Y eso requiere convencer al Pueblo de que hay una lucha para dar, aunque sea ardua y llena de amenazas,

Para los que hablan de “construir mayorías”, espantados por el revés electoral de junio, reservemos nuestra coherencia, con la cual defenderemos el proyecto político que encabezan Cristina Fernández y Néstor Kirchner y con la cual profundizaremos el proceso histórico iniciado en el 2003, desde el Gobierno o desde la calle, pero con el Pueblo, que acompañará, sin dudas, la lucha emprendida, y la protagonizará.

Se trata, pues, de organizarnos para la lucha y no renunciar a ella, porque eso implicaría renunciar a la vida; a la Vida como la concibe el Peronismo: luchando. Por la Justicia Social y la liberación de la Patria.

Septiembre de 2009

Bicentenario

Ya han corrido ríos de tinta intentando explicar el “mensaje” que el Pueblo dio a la dirigencia política con su concurrencia masiva a los actos oficiales de celebración del Bicentenario de la Revolución de Mayo. Una llamativa coincidencia en los medios hegemónicos de difusión se produjo en torno de una interpretación rebuscada que ponía en boca de algo así como 6 millones de personas un reclamo de poner límite a la confrontación política. Pues vamos a confrontar políticamente con tal asignación de sentido homogeneizadora y, por lo menos, arbitraria.

Los días previos al inicio de los fastos del Bicentenario asistimos perplejos a una campaña de sabotaje que hacía hincapié en las molestias que generaba la instalación de la infraestructura necesaria para el acontecimiento preparado por la Presidencia de la Nación. Sorprendió, a pesar de lo previsible, valga la paradoja, el audaz llamado de algunos canales de noticias a evitar venir a Buenos Aires en esos días o por lo menos no arrimarse a la zona comprometida para los festejos. El objetivo supuesto era ahorrarles a los televidentes las molestias del tránsito vehicular.

A pesar de eso, el Pueblo argentino se acercó al centro de Buenos Aires (como sucedió en casi todas las ciudades del país, que vieron sus plazas colmadas) y participó activa, pacífica y alegremente de las distintas propuestas culturales y conmemorativas, diversas y numerosas.

Tan inesperado fue para algunos que, luego de afirmar en los días anteriores que no había clima de festejo, debieron recoger el hilo y transformar el tono para reconocer lo que no puede ocultarse sin riesgo de perder credibilidad: los argentinos se habían encontrado en sus espacios públicos para festejar mancomunadamente la existencia misma de la Patria.

Lejos está, la Argentina, de aquella crisis que se manifestó cuando las Jornadas de Diciembre, en el año 2001. Y lejos de la tan mentada crispación que se le atribuye a la actual puja política.⁴⁴ Antes que intentar leer el mensaje supuestamente

⁴⁴ La “crispación” fue originalmente el sentimiento de odio que experimentaron los sectores del privilegio y la impunidad, que entraron en pánico al advertir que el gobierno de Néstor Kirchner retomaba el sentido nacional y popular propio del Peronismo, con políticas que los perjudicaban, desde la redistribución de la riqueza, pasando por la recuperación del rol del Estado y hasta los juicios de lesa humanidad. Cuando, en 2007, el proyecto encontró su continuidad en la figura de Cristina Fernández, comenzaron la tarea de trasladar esa crispación al conjunto de la sociedad. Con los “tanques mediáticos” como vanguardia, obtuvieron un resultado satisfactorio que derivó en el triunfo de Macri en 2015, gracias a que una gran porción de la sociedad resultó inoculada con un odio que no le era necesariamente propio y que, fatalmente, la llevó a votar contra sus propios intereses. En muchos casos, los que cayeron en el odio absurdo votaron con el objetivo declarado de “terminar con la grieta”, por infantil que parezca. Esa “grieta” no es otra cosa que el enfrentamiento histórico entre el bloque nacional y popular y el bloque cipayo elitista. Hoy, que pueden contrastarse tan prístinamente los proyectos de esos dos bloques (el proyecto y el antiproyecto, mejor dicho), naturalmente, la “grieta” se muestra en todo su “esplendor”. (N. del A., 2017)

unívoco que tantos millones de argentinos habrían comunicado a sus representantes durante cinco días de fiesta popular, correspondería explicar qué es lo que ha hecho posible la comunión popular a la que asistimos todos. Y una unidad así sólo es posible en un clima de paz social. Y de patriotismo.

Emocionaba ver a las familias, a los abuelos y a los jóvenes asistiendo a cada acto. Miles en los recitales de rock, de tango, de folclore; miles en los stands provinciales, conociendo o disfrutando de los ya conocidos productos típicos o novedosos de todo el país; miles en los desfiles, celebrando las particularidades de las colectividades que poblaron la nación desde los tiempos precolombinos hasta la fecha; millones cantando hasta desgañitarse el Himno Nacional, la Marcha de San Lorenzo y la consigna popular de que “el que no salta es un inglés”.

Todo el diseño de los actos obedecía a una concepción política clara y plural, incluyente. No podía ser de otra manera. La Revolución de Mayo fue eso: un hecho político. En ese diseño pudo percibirse el sentido popular de los espectáculos artísticos, desde las músicas tradicionales hasta la vanguardia cultural. Pudo verse a las Fuerzas Armadas desfilando ante la multitud, reencontrándose después de tantos años, despojadas ya de la ignominia encapuchada de las dictaduras, liberadas de ese lastre vergonzante que ya no pertenece a las nuevas generaciones. Pudo verse a los veteranos de Malvinas vivados por su pueblo; a las colectividades saludadas a su paso en reconocimiento a su aporte a la conformación de nuestra identidad mestiza y nuestro progreso, hoy retomado. Hubo ocasión de presenciar los desfiles organizados por cada provincia, manifestando un sentido federal de los festejos.

Por todas partes el caminante se encontraba con frases de

los pensadores nacionales y los grandes artífices de nuestra historia, incluidos aquellos que a los peronistas nos resultan más representativos, habitualmente escamoteados por el aparato cultural imperante. Emocionaba ver a cada rato en las pantallas, entre otras de diverso origen, aquella sentencia doctrinaria de Eva Perón: “Donde existe una necesidad nace un derecho”.

Y finalmente el relato histórico de las peripecias nacionales. En esa proyección magnífica sobre los muros del Cabildo y en las carrozas asombrosas de “Fuerza Bruta”, frente a la mirada de los mandatarios del continente que se liberó con nosotros, hermanado. Allí podía verse representada nuestra historia desde los pueblos originarios hasta la democracia y el retorno del Estado protector, pasando por el Éxodo Jujeno, el Cruce de los Andes, la Vuelta de Obligado, el tango, el folclore, la llegada de los inmigrantes, el trabajo rural y el trabajo industrial, las luchas sociales por los derechos del trabajador, la Argentina industrial del Peronismo, la labor científica, el período sombrío de la conculcación de los derechos constitucionales, la guerra de Malvinas.

Y todo dispuesto para un Pueblo que expresaba en las calles la algarabía, la alegría de pertenecer a este suelo, la voluntad de convivir y su vocación patriótica.

Y por allá se escuchaba cada tanto un “Viva la Patria” respondido con un “Viva” multitudinario. Y también alguno que agregaba “Viva Perón”, por qué no, y otro que se animaba “Viva Cristina”.

Y otra vez, otras mil veces, como ahora, el “Viva la Patria” resonando por las calles.

Que ése ha sido el mensaje del Pueblo, nada menos: “¡Viva la Patria!”

Interludio anglófono

¡Rompa el manto de neblinas!

Se cumplirán este 2 de abril veintidós años de la recuperación de las islas Malvinas. Y otra vez insistimos en homenajear la Gesta, a contrapelo de la prensa mercenaria de izquierda y derecha. ¿Por qué este empecinamiento?

La Gesta Malvinera posee grandes virtudes, más allá de la innegable justicia de la causa territorial en sí y pese al resultado de la conflagración.

Después del 2 de abril de 1982 ya nadie puede ignorar que Gran Bretaña es enemiga nuestra en el terreno práctico, por más que deshonrosamente permitamos a los súbditos de la Corona comerciar en estas tierras y tener incluso títulos de propiedad en ella. Y ya nadie puede suponer que Estados Unidos y Europa sean aliados nuestros, toda vez que reaccionaron monóticamente en defensa de la vetusta potencia y bloquearon nuestro comercio para empujarnos a la derrota.

También enseñó “Malvinas” que teníamos aliados naturales en la América Criolla, capaces de ofrendar su vida y su riqueza para defender nuestro suelo patrio. Y que en el corazón de las juventudes argentinas siempre flamea la bandera soleada, dando braveza para defender a la Patria cuando está en peligro.

También aprendimos que hay argentinos capaces de visitar

por su cuenta la embajada de una potencia agresora en pleno enfrentamiento bélico... Y que el Ejército de San Martín, de Savio, de Perón había sido desmantelado y embrutecido al punto de imaginar que tras la reconquista vendría un período de 150 años de reclamos ingleses, porque creía que los británicos no iban a venir a tirar. Es decir, que teníamos un ejército que ignoraba la existencia del imperialismo y su significado.

Hoy vemos cómo la intelectualidad argentina esconde tras el argumento de la “aventura irresponsable” la verdad que expresó en su momento el asesino Viola, que fuera presidente durante la última dictadura: “Yo no lo hubiera hecho”. Lo que Viola y muchos otros nunca harían es enfrentar al imperialismo. Tras un supuesto criterio de oportunidad disimulan su falta de patriotismo. Seguramente el mismo criterio que permitió que muchos de ellos callaran durante la dictadura, con tal de sacarse al Peronismo de encima y no obstaculizar la tarea de diezmarlo para hacer posible nuestra “entrada gloriosa” en el concierto desafinado que dirigía la batuta liberal de los imperios.

La militancia que el 30 de marzo del 82 repudiaba a la dictadura, enfrentando a la Montada, a los gases lacrimógenos y a las macanas de las fuerzas de la represión, no se dejó engañar por la maquinaria colonial y, rápidamente, manifestó su apoyo a una lucha que debía obligar a las Fuerzas Armadas, si pretendían ganar la guerra, a recostarse en las fuerzas populares para poder profundizar el enfrentamiento con los imperios.

El ejército no estuvo a la altura de las circunstancias y titubeó. Los soldados pelearon y el pueblo ofreció su fortaleza, expresada en las grandes manifestaciones de aquellos meses.

La mano de Dios era suya

Tiempos mundialistas. Al frente del equipo nacional el enorme Diego como estandarte de nuestro mejor fútbol y dispuesto a confrontar (es Maradona) no sólo con los equipos extranjeros, sino también contra los contreras de la Argentina que ahora han bajado los decibeles pero no le perdonan su apoyo al “Fútbol para todos”. Nada nuevo, en realidad. La clásica derivación desde el endiosamiento a la vituperación.

Y del endiosamiento vamos a hablar.

El Maradona del “Fútbol para todos” es el mismo del festejo de gol a la cámara, con la mirada cargada de bronca liberada –destinada a los que venían acosándolo desde la FIFA y el periodismo– después de anotar frente a Grecia, en EEUU ‘94. Es el mismo que jugó con el tobillo hinchado como rodilla para enfrentar al Brasil del ‘90. El mismo de la puteada reivindicatoria mientras los italianos nos chiflaban el Himno. Es el Maradona del gol que no nos cansamos de ver mientras él revolea ingleses por la cancha. Y es el mismo del gol con la mano a los ingleses. Paramos aquí, porque aquí queríamos llegar.

Nadie vio esa mano. Algunos pocos en la cancha, y no aparecería registro de imágenes que evidenciaran la falta

hasta bastante después. Polémica va, polémica viene y más temprano que tarde Diego torea: “fue la mano de Dios”.

A 26 años del episodio, se ha impuesto la noción de que es Maradona el que es Dios. Se trata de una operación de sentido que ha escamoteado el núcleo contestatario de la toreada maradoniana.

En 1986, la Guerra de Malvinas estaba fresquita en nuestra memoria popular. Por eso, cuando llegó la hora de enfrentar a los ingleses en México para “un simple partido de fútbol” nadie en el mundo pudo desvincularlo de la reciente conflagración. Y todos los argentinos con corazón vivimos aquel partido con una pasión patriótica que mezclaba el temor a una derrota que podía resultar humillante con la esperanza de un triunfo con sabor a revancha que demostrara que contra los ingleses podíamos y nos hiciera justicia.

Y comenzó el partido y Maradona nos reivindicó de un modo que algunos supondrán fugaz, pero se equivocarán. Luego dirán que está muy mal ganar con un gol con la mano y se rasgarán las vestiduras (así lo hicieron) porque los argentinos festejábamos un gol con trampa. Otra forma de cipayismo, disfrazada de civilización como son todas en nuestro país. Y Maradona que los manda a callar. Con una simple sentencia: fue la mano de Dios.

Y lo que estaba diciendo era que se había manifestado providencialmente la Justicia Divina. Ellos piratas, nosotros reivindicados por Dios (que es argentino) de un modo pequeño, quizás, pero infinitamente emotivo.

Luego vino la operación de vaciamiento de contenido de esta patriada. Y el truco se desarrolló hasta el punto de incorporar al mismo Maradona al servicio de la tesis. Dios

es Maradona, Maradona es dios. Y su templo se instaló en Canal 13, donde se oficiaba “La noche del 10” y se instalaba definitivamente la idea místicamente pobre de que la mano divina pertenecía a Diego.

Nada quedó del antiimperialismo básico que implicaba la genialidad de Maradona. La parafernalia comunicacional ocultaba el sentido profundo de aquella jornada que fue mucho más que futbolística. La desmalvinización cobraba su última víctima.

Tal vez sea un episodio pequeño para algunos. Para otros no. Por eso lo rescatamos hoy del olvido y le restituimos su significado original, cargado de patriotismo popular. Ese que se expresó en los festejos del Bicentenario, cuando entre el Himno Nacional y la Marcha de San Lorenzo los argentinos coreaban: el que no salta es un inglés.

Junio de 2010

Dolor de patria

El mozo está depositando en mi mesa el cortado “bien cargado” que pedí. Levanto la cabeza para agradecérselo y la veo: pasa un imbécil más con la bandera británica en el pecho.

Casi todos los días me tomo ese café en “Los inmortales” de Lavalle y Esmeralda. No es que sea tan rico, pero el lugar me resulta cómodo y me queda de paso. Esta vez, ante la visión efímera pero reiterada de la tilinguería porteña en forma de remera, le comento al mozo:

–Otro boludo con la bandera inglesa –me pareció que él también lo había mirado, pero además buscaba establecer claramente mi indignación.

–Se creerá que vive ahí... –me dice.

–¡Me dan una bronca!

Amaga a irse, pero sólo pega un cuarto de vuelta y, antes de darme la espalda del todo, como que rebota en su eje imaginario y vuelve a encararme:

–¿Usté’ estuvo ahí?

–No.

–Yo sí.

–¡Ah! Más bronca, debe darte a vos.

–En realidad, no llegué a las Islas. Quedé en Puerto Bel-

grano. Pero ahí los veía pasar: a los que iban y a los que volvían... Triste.

Y ahí comienza a contarme una de esas anécdotas que produce la guerra.

Parece que en Puerto Belgrano había un suboficial (un “sumbo”, dice el mozo en el lenguaje coloquial de la “Colimba”) que estaba intentando zafar de ir a Malvinas. No le pregunto mediante qué subterfugio, pero la cuestión es que estaba también allí este conscripto chaqueño, que de ninguna manera iba a dejar de ser enviado al frente de batalla. La cosa es que el chaqueño “sacó el chumbo” y se lo puso en la cabeza al milico: “Vos también vas a ir”.

—Lloraba, el sumbo. Volvieron los dos en una bolsa... Triste. ¿No te digo?

Me deja solo con mi café y mi libro.

Pienso en seguida en ese chaqueño malarreado, pero no desertor, valiente y hartado de ser atropellado, seguramente, por ese suboficial que cada tanto le pegaría un baile, sí, seguro. Se lo cargó, podría decirse.

Y probablemente, muy probablemente, allá en las Islas hayan desarrollado entre ellos una solidaridad antes que un encono. Me imagino. Espero. En todo caso, los mató la misma mano colonialista...

¡Y todos esos boludos con la bandera inglesa en el pecho! O en la cartera, en las zapatillas o en el orto, por qué no.

Parece mentira, pero cuando el mozo me trajo el café tuve que abandonar momentáneamente la lectura de una biografía sobre Santiago de Liniers y, justo, sí, justo ahí, ver al idiota de la cabeza colonizada y el pecho más tachado que una generala doble.

Un momento antes, el libro me tenía absolutamente cautivado, mientras narraba, exactamente, la sensación de los patriotas tras la ocupación de Buenos Aires por las fuerzas británicas comandadas por Beresford en 1806.

Yo acababa de subrayar tres renglones de la carta que Juan Martín de Pueyrredón le escribió a su suegro, indignado por el abandono del virrey Sobremonte y la facilidad con que un puñado de soldados había tomado la ciudad:

“Nos han vendido, mi Papá, pero paciencia, mientras Dios quiera”.

¡¿Cómo no entender el desasosiego de aquel patriota?!

Sin embargo, por suerte, a esa desazón corresponde también una confianza en la dignidad que nos viene de entonces.

Sólo una página antes, pero en el mismo párrafo, el autor de esta biografía⁴⁵ consigna que cuando “en el Fuerte ondeó una bandera extranjera, izada con una salva de artillería y saludada desde las naves inglesas ancladas frente a la ciudad”, Mariano Moreno escribió:

“Yo he visto en la plaza llorar a muchos hombres por la infamia con que se los entregaba; y yo mismo he llorado más que otro alguno.”

Enero de 2015

⁴⁵ Bernardo Lozier Almazán: “Liniers y su tiempo”; Emecé Editores (1989).

Cristina Capitana

Nosotros viento, la Patria barco, Cristina capitana

Lo trajo un viento del sur.

Y se ha ido escoltado por el aliento tempestuoso de un Pueblo en todas sus latitudes.

Hoy, mientras escribo, sopla en Buenos Aires, con insistencia de arroyo que busca el río, un viento apasionado. También en Río Gallegos el viento flamea los corazones de los argentinos congregados en su despedida, ondeando sus banderas de lucha, amor y esperanza.

Igual que el viento surero, identificado con su tierra natal, Néstor Kirchner se ha ido como llegó. Fresco y pujante, marcando con su impronta el paisaje de la Patria.

Nos deja un legado que puede rastrearse con facilidad en las calles de estos días enlutados pero revestidos con la esperanza de los resistentes de todo el país.

Hombres y mujeres forjados en las alegrías y penurias de la vida colectiva argentina –el subsuelo patrio, sublevado con el brío antiguo y renovado de nuestra tradición histórica– hicieron estallar los diques mediáticos para enrostrar a los distraídos la existencia inocultable de un Pueblo dispuesto al agradecimiento y a la lucha.

Los cientos de miles de rostros que llegaron a la Plaza a despedirlo llenaron de sentido un homenaje con vocación de futuro.

Los infinitos carteles, las consignas coreadas, los mensajes de los peregrinantes cargados de flores que hicieron hasta doce horas de cola para dar su adiós y decir lo suyo –a modo de pésame o, más bien, de apoyo– fueron configurando, para quien quisiera oír, un relato histórico y, simultáneamente, un mandato político popular.

Los jóvenes reivindicaban su reencuentro con la política, los trabajadores agradecían conquistas puntuales (muchos carteles daban cuenta de decretos y leyes que significaban conquistas y reconquistas), los jubilados agradecían su dignificación y todos, todos, valoraban el retorno de la esperanza.

La plaza era variopinta (todas las edades, casi todos los estratos sociales y disímiles orígenes políticos) pero estaba articulada por una determinada centralidad. Su caracterización correcta será la herramienta fundamental para la etapa que viene.

Apenas conocida la noticia infausta, fue acercándose a la Plaza de Mayo una multitud creciente. Se trató de una gigantesca manifestación popular que duró tres días. No hace falta mucha imaginación para remitir a los otros grandes funerales de la historia argentina, todos inscriptos en la tradición popular, el de Evita y el de Perón, pero también el de Yrigoyen e, incluso, según se ha mencionado por ahí, el de Encarnación Ezcurra, en el siglo XIX; y el de Manuel Dorrego.

En un primer término acudieron a la Plaza ciudadanos sueltos que querían dejar ofrendas florales y carteles de apoyo y agradecimiento. Ya había una multitud cuando a las 8 de la

noche ingresaron las columnas de las organizaciones políticas y sociales aportando las consignas de la hora. A su paso, los presentes aplaudían su llegada unánimemente y coreaban los cánticos militantes. Las expresiones de dolor, los llantos perceptibles en miles de rostros, se engarzaban a un júbilo proveniente de la creciente certeza de comunión popular.

Una liturgia típicamente peronista y, por eso mismo, argentina hasta el tuétano hilvanaba el sentimiento popular. Las referencias al heredero de Perón –no ya “el Pueblo” sino Kirchner, surgido de su seno para gloria de una generación nueva que comenzó a hacer honor al legado del General– aportaban la certeza indiscutible de que la disputa interna del Peronismo ha comenzado a saldarse a favor de una identidad profundamente transformadora retomada en el período histórico iniciado en el 2003.

Los disidentes del Peronismo, esos liberales conservadores aliados a las “fuerzas vivas” que fueron eternas enemigas del Pueblo, comienzan a percibir su aislamiento respecto del pueblo peronista.

Pero no era sólo Peronismo lo que había en la Plaza de Mayo.

Miles y miles de argentinos no identificados políticamente con estructura partidaria alguna, sectores medios de tipo más bien progresista, fuerzas menores provenientes de diversos partidos de izquierda o centro izquierda de carácter popular o “pequeño-burgués”, jóvenes sin otra experiencia política que la observación solitaria del corriente proceso de recuperación nacional y social acudieron sin dudar a la cita, convocados por la preocupación sobreviniente a la muerte del líder político gigante de nuestro tiempo. Esa preocupación, se ha dicho,

fue trocando en confianza a medida que la plaza se colmaba.

El fenómeno tuvo dos características destacadas: su diversidad y la centralidad que asumió el Peronismo en la hora.

En primer término, los homenajeados, Néstor y Cristina, son peronistas. Además, las consignas iban encarrilando la jornada en un sentido político que, alejado del “que se vayan todos”, implicaba un programa y una caracterización de los enemigos. Borombombón, para Cristina la reelección. Che, gorila, no te lo decimos más: si la tocan a Cristina, qué quilombo se va a armar. Kirchner es Perón de mi generación. La Marcha de los Muchachos Peronistas. Y los sueltos, los no organizados, que aplaudían el paso de cada agrupación y coreaban, hacían palmas, lloraban, sonreían.

Como dato adicional, agreguemos que en los días siguientes miles de jóvenes acudirían a los locales de las distintas “orgas” peronistas que sostienen el proyecto, para ofrecer su colaboración y pedir que se los incorpore y se los conduzca.

Esa comunión es la que hay que cuidar. Es el gran tesoro. Y sobre ella comienzan a advertirse dos amenazas, como movimiento de pinzas. No es que sean nuevas, pero han cobrado fuerza.

Por un lado, hay una operación sobre el Peronismo, consistente en buscar un tipo reaccionario, digamos, de unidad del Peronismo. Supone la búsqueda de una candidatura presidencial que permita la reincorporación de aquellos dirigentes que fueron alejándose del Gobierno. Por esta vía reingresarían al frente electoral algunos dinosaurios más vinculados al noventismo que al actual proceso político. Esta operación, motorizada por las usinas mediáticas que dotan de política a una oposición carente de rumbo, se fundamenta en

una concepción partidocrática que realza el pejotismo como versión expulsiva de las fuerzas aliadas no peronistas (acusadas de “zhurditas” y/o progres). Es una operación destinada a esterilizar el proceso aislando al Gobierno de una de las alas que lo sustentan. De todos modos, por el momento parece destinada a fracasar esta maniobra, toda vez que la presencia del pueblo peronista en la Plaza de Mayo cubrió a Cristina con los atributos del único heredero de Perón –esta vez sí el Pueblo– dando por tierra con toda la estrategia liberal.

Simétricamente, ciertos sectores del frente nacional, imbuidos de los pruritos antiperonistas de la clase media, han lanzado al ruedo la tesis de que, muerto Kirchner, nació el Kirchnerismo (en el mejor de los supuestos como “nuevo movimiento histórico”). Si no alcanzara con la afirmación que alguna vez hiciera Néstor cuando dijo que el kirchnerismo era un invento de la oposición, que él era peronista, podríamos agregar que las características del programa de gobierno, en sus líneas principales, son típicamente peronistas, que lo mismo ocurre respecto del esquema de alianzas interno (con eje o “columna vertebral” en el movimiento obrero organizado) y en el externo y otro tanto en la configuración de los enemigos políticos. Esta tesis “kirchnerista” implica el riesgo, también, de aislar al Gobierno respecto del Peronismo, resultando necesariamente funcional al esquema propuesto por los liberales. Es el antipejotismo en su faz también expulsiva, la que pretende ignorar la naturaleza peronista de la actual conducción.

Conformar un movimiento, un frente, enaltecer el diálogo o la pluralidad, supone aceptar que se forma parte de un colectivo (movimientista o transversal, tanto da) compuesto de aquellos que son distintos a cada uno, entre

sí, pero que están en línea a un objetivo común, se trate de aliados circunstanciales o estratégicos. Tras la recuperación posterior a la derrota electoral de junio pasado, va llegando una etapa cuantitativa sin la cual no es posible garantizar la continuidad del proyecto y menos aun su profundización. La etapa requiere grandeza, humildad, compañerismo y cintura.

Ambas operaciones tienen por respuesta el mandato popular, expresado en estos días: “para Cristina la reelección”. Es decir, conduce Cristina. Y corresponde a ella, como jefa política de la etapa, definir los límites del frente político y/o electoral a conformar. Es ella quien trazará la línea que contendrá las alas del movimiento; y es ella quien define el rol de las distintas vertientes.

A ella también la trajo el viento surero. El aliento tempestuoso del Pueblo sopla también para ella, nueva capitana de las rebeldías de una generación que navega con rumbo. El barco es nuestra Patria. O soplamos todos en dirección al puerto del triunfo estratégico y táctico o perderemos el rumbo y la oportunidad.

La Cruz del Sur brilla con más fuerza con Kirchner en el Comando Celeste. Esa es nuestra guía. Todos unidos triunfaremos, como él lo quiso, como entre todos lo haremos.

Viva la Patria. Viva Kirchner, heredero del Pueblo peronista que retomó la bandera de Evita. Viva Cristina, abanderada de nuestros sueños. Viva Perón, carajo.

Noviembre de 2010

De la leyenda a la Historia

Hace ya unos años, en nuestra vieja revista “Sudestada”, nos planteamos salir a discutir en torno de la identidad del Peronismo, por entonces no sólo desmovilizado sino aparentemente derrotado como alternativa histórica o, por lo menos, muy en retirada. Veíamos que esa identidad peligraba ideológicamente y que sobre ella se desarrollaba una disputa velada que pretendíamos evidenciar.

Fuimos intentando debatir en el seno del Peronismo –que desde allí lo planteamos–, tratando de retornar a su fuente histórica, a su carácter histórico, a sus banderas históricas, tradicionales, que pensábamos que estaban vigentes y que, lejos de necesitar un *aggiornamento* que implicara arriar alguna de ellas, precisaban nuevos elementos. Nosotros decíamos –siguiendo a Perón pero también, un poco, como exégetas de él– que a las 3 banderas históricas del Justicialismo había que sumarle 2 necesarias: el Nacionalismo Cultural y la Unidad Latinoamericana. Una como sustento y otra como garantía de la liberación nacional y social.

Luego de atravesar la crisis de 2001, vinieron, paulatinamente, los años, de la recuperación de ese Peronismo histórico, en la medida en que asumió nuevamente la dirección

del Estado; pero una dirección efectiva, activa. Tuvimos la suerte (porque hubo una dosis de suerte en eso) de que en la conducción del Estado nacional y, por ende, de la fuerza política que lo gobernaba aparecieran Néstor Kirchner y Cristina Fernández y se constituyeran, ellos mismos, en vanguardia de una dirigencia que era timorata, que –la que no había claudicado– estaba fuera de las posibilidades de provocar cambios reales. Por añadidura, resultaban, también, vanguardia del Peronismo. Decimos bien: “vanguardia”, y no “patrulla perdida”. La dosificación creciente del carácter explícito del Peronismo intrínseco de la sucesión de gobiernos kirchneristas permitió que la conducción (Néstor y Cristina) arrastrara consigo a la voluntad colectiva, tanto de las bases como de los cuadros intermedios y altos, muchos de los cuales también empujaban el carro, pero en posiciones marginales de la política.

Toda la construcción del período kirchnerista del Peronismo fue decantando e inclusive cuando parecía que estábamos en retroceso se vio –justamente por la voluntad de la conducción– que eso no era así.

El pueblo argentino lo percibió claramente, a pesar de la derrota de 2008/9, como acaba de demostrarse con el resultado de las últimas elecciones, vinculado, estrictamente, a los ocho años de transformaciones y de recuperación del Peronismo histórico. Ocho años de disputa de la identidad del Peronismo con los reyes del realismo periférico, esa doctrina que sostenía que la Argentina debía plegarse como satélite al imperio dominante del mundo unipolar posterior a la Guerra Fría. Tal aberración “pragmática” se había hecho carne en grandes sectores de la dirigencia.

La nueva conducción le dio combate a esa concepción

por lo menos derrotista, echando mano a los principios fundamentales del Peronismo: trabajando por la Justicia Social, desde las paritarias a la Asignación Universal por Hijo; por la Soberanía Política, plantándose en el ALCA frente a Bush; por la Independencia Económica, sacándose de encima al FMI; por el Nacionalismo Cultural, desde que le hizo el homenaje en la Casa Rosada a los fusilados del 56 (en el 2003 ó 2004) hasta los festejos del Bicentenario y la Vuelta de Obligado, en el 2010; y por la Unidad Latinoamericana al elegir como casa, como lugar y como estrategia la unidad sudamericana, dejando claro ante el mundo –y rematándolo, además, con la Secretaría General de la UNASUR en manos de Kirchner– un mensaje que todo el mundo podía ver y entender.

El Peronismo retornaba a su mandato histórico.

Pero en ese mismo período podíamos ver claramente cómo la infiltración liberal, que existía dentro del partido y en sus adyacencias, intentaba por todos los medios plantearse a sí misma y hacia el exterior como el “verdadero Peronismo”.

Haciendo advocaciones al diálogo y a la concordia, dándose un supuesto baño doctrinario, recordaban, por ejemplo, que Perón había dicho que “unidos o dominados”, obviando un detalle: Perón no se refería a “unidos o dominados” entre todos los argentinos. No. Perón estaba diciendo otra cosa: decía que “unidos o dominados” los latinoamericanos frente a las acechanzas de los imperialismos en la etapa de regionalización previa a la inminente “mundialización”, eso que hoy llamamos “globalización”. Perón identificaba enemigos externos (enemigos de la Soberanía Política y la Independencia Económica). Toda dominación semicolonial precisa alianzas con sectores sociales de los países dominados.

Suelen ser los sectores dominantes (enemigos de la Justicia Social). El imperialismo ha logrado en Argentina una alianza con la oligarquía primero y con la patria financiera más tarde. Ambos sectores han sido apañados por el centro del poder mundial para garantizar y facilitar el saqueo a que, efectivamente, se nos ha sometido, tal como lo demuestra la propia historia del país. Perón, que inició su ascenso en combate contra el embajador yanqui, Spruille Braden, y fue expulsado del poder por sus aliados políticos argentinos, conocía esto a la perfección.

Entonces, surge la necesidad de hacer una precisión “doctrinaria”: ¿”unidos o dominados” todos? ¿También con los aliados de poderes ajenos al interés nacional? La pregunta, para un patriota, sólo puede ser retórica.

Pero el “peronismo” liberal fue construyendo un sistema de alianzas con los sectores del privilegio y con los más relacionados con esos poderes “ajenos al interés nacional”. Fue dejando de ser peronista por decisión propia. Así, derivó hacia el odio, la amargura y el vacío.

Kirchner y Cristina, junto a la militancia consecuente, develaron con claridad la existencia de un conflicto de fondo hacia el interior del Peronismo y respecto de los sectores del poder privilegiado o concentrado del país. El abandono de la política gerenciadora –esa tan obsecuente con los poderosos como despiadada con los débiles– fue enamorando y revinculando sectores e individuos al debate político y a la acción militante, aunque al principio en menor medida.

Ese fenómeno se silenció por un tiempo. Pero el Gobierno –cuando decidió plantarle al aparato mediático otro aparato enfrente (de menor cuantía, no hay que olvidarlo)– instaló un

debate en distintos sectores de la sociedad. Eso permitió que muchos que sentían que no podían levantar la cabeza para hablar en ningún lado tuvieran la certeza de no ser los únicos que pensaban en consonancia con el Gobierno peronista.

Esa construcción comunicacional rompió el cerco mediático y dejó en claro, finalmente, que las políticas de gobierno tenían muchos más sostenedores de lo que parecía según el “relato” de los medios hegemónicos.

Había un enamoramiento popular que carecía de expresión pública, o sea, de libertad de expresión. Sus raíces deben buscarse en las grandes medidas nacionales y populares (esto dicho lejos del cliché, sino en referencia ideológica a los ejes de una acción política destinada a fortalecer al país y favorecer al pueblo).

En definitiva, esa paulatina recuperación del Peronismo, finalmente, coronó.

Le sigue ahora una nueva etapa de cosecha.

Pero, una vez logrado, ese enamoramiento hay que sostenerlo, garantizando que el Peronismo siga siendo la gran herramienta de transformación y que no pierda nuevamente su carácter revolucionario. Lo decía Evita: “será revolucionario o no será nada”. Y estuvo camino de no ser nada.

En un contexto de recuperación del apoyo popular al Gobierno nacional, el año pasado, con el fallecimiento de Kirchner, se produjo un fenómeno triste en la historia de nuestro movimiento pero, a la vez, esperanzador. Grandes sectores, preocupados por la noticia, salieron a la calle, rumbo a la Plaza de Mayo; en todo el país se movilizaba gente para manifestar dolor, agradecimiento y apoyo. En la Plaza, a medida que llegaba, esa gente iba contagiándose de

una certidumbre nueva: había un pueblo dispuesto a hacer política. Ese es el gran cambio de la época. Persisten sectores despolitizados, es cierto, y puede verse en algunos resultados electorales de 2011, pero, novedosamente, hay un gran cambio: el pueblo está retornando a la política.

Tenemos la posibilidad clara de terminar con lo que, quizás, fue uno de los conceptos más reaccionarios de los últimos tiempos, que llegó a hacerse carne en algunos sectores dirigenciales: el de clase política.

Dejando a un costado para este análisis a los outsiders que impulsaban la “despolitización” y a las excepciones del caso, la falta de renovación llevó a que la política se integrara, en gran medida, con aquéllos que eran hijos de militantes, que se habían incorporado a esta actividad por diversas razones, muchos en los pretéritos tiempos de la restauración democrática; a pesar de las sucesivas derrotas y traiciones (siempre en referencia a los que no claudicaron en sus convicciones y no se convirtieron en “profesionales” de la política), seguían militando.

No llegaban a conformar, en rigor, una clase. De hecho, hemos resistido tal conceptualización durante todos estos años, a pesar de que muchos la repetían como loros, tomándola de los discursos mediáticos (que por ahí empezó el dislate). Pero algo de eso había. Una suerte de reproducción endógena de la militancia política generó –como no podía ser de otra manera– una desconfianza popular que, unida al evidente retroceso de la política frente a los poderes fácticos internos y externos, fue conformando socialmente una visión escéptica de la cosa pública e impidió –describiendo un círculo vicioso– el necesario oxigenamiento de la política.

El fin de esa percepción escéptica, el ingreso de nuevos sectores a la política va a terminar, necesariamente, con el concepto de “clase política”.

Hemos hallado un tesoro: van llegando nuevos militantes a la política. Tenemos que cuidarlo con inteligencia e intentar organizar a estos nuevos sectores. Contenerlos, que tengan tarea, es el gran desafío de todas las organizaciones políticas de la época.

Y además de contenerlos, habrá que darles cierta unidad de concepción, intentar ponerlos en función de las luchas históricas, explicar (nosotros, como peronistas) que todo esto fue posible porque lo hizo el Peronismo; no lo hizo cualquiera.

Kirchner decía: “El kirchnerismo es un invento de la oposición, yo soy peronista”. Es cierto, pero, igualmente, hay un kirchnerismo. Una porción importante del frente nacional que sintetiza Cristina en su conducción no proviene del Peronismo pero la apoya sin dudar y es, claramente, parte integrante del actual proceso histórico de liberación nacional y social.

De todos modos, es central comprender que el eje político y conceptual de la construcción de estos años fue el Peronismo – el partido de Néstor y Cristina–, no por una sobreestimación “partidocrática”, no por una razón formal, sino ideológica e histórica.

Como se dijo en Capiangos 1⁴⁶, esta etapa que transitamos, la fase kirchnerista del Peronismo, ha convivido permanentemente entre dos tentaciones que se alternan según las vicisitudes de la política. Una, la unidad reaccionaria (o conservadora) del Peronismo contra los aliados del frente nacional, nucleados primordialmente en el Frente para la

⁴⁶ Este artículo se publicó en Capiangos n° 2, pero es, en realidad, una adaptación fiel de la conferencia brindada por el autor en ocasión de la presentación del primer número de dicha revista, en el Senado de la Nación, en diciembre de 2010.

Victoria. Otra, la asepsia meramente “kirchnerista” contra los “feos, sucios y malos”, basada en los prejuicios antiperonistas del progresismo.

Ambas tentaciones han quedado debilitadas por los últimos acontecimientos porque se ha consolidado electoralmente una fuerza más homogénea pero, a la vez, nutrida por el Peronismo (principalmente) y por sus aliados del frente nacional. Unos van acercándose a los otros a medida que los une la acción política.

En cuanto al Peronismo, específicamente, que es la parte que nos compete a nosotros como integrantes de esa porción mayoritaria y central del frente nacional, digamos que la disputa por su identidad continúa saldándose a favor de su reencauzamiento histórico, garantía de su futuro.

En la plaza del 27, 28 y 29 de octubre de 2010, en los funerales de Néstor Kirchner, quedó claro que ahí estaba el pueblo peronista. Los dirigentes del “peornismo” fueron entonces presa de la perplejidad y, sin saber qué hacer, pelearon entre sí por las migajas de un “nicho electoral” ajeno a ese cauce histórico del movimiento nacional (y al que ya apuntaban desde el principio de este período) y recrudescieron el gorilismo de sus ataques, aun mientras apelaban a cierta liturgia peronista y a una apropiación espuria del discurso peroniano en sus aspectos más anecdóticos. Luego, creyeron recuperarse y forzaron la evaluación de las últimas elecciones provinciales sin compararlas con los resultados del año 2007. Pero las primarias del 14 de agosto indicaron con claridad dónde estaba el Peronismo: con el triunfo arrasador de Cristina en los distritos tradicionalmente peronistas, y no en la victoria pírrica de Duhalde en sus últimos “bastiones” de

la Recoleta, Palermo y Belgrano.

Es el Peronismo el que realizó estas transformaciones.

Insistamos con algo que ya hemos dicho en otra parte: con el Peronismo solo no alcanza; sin el Peronismo es imposible.

Entre una y otra tentación—que continuarán reapareciendo—, el Peronismo, realizador principal pero no solitario de aquellas transformaciones, debe plantearse a sí mismo como eje de un frente mucho más amplio, que se articula desde “lo nacional”. Lo nacional como oposición a “lo antinacional”, disyuntiva que sigue estando vigente. Basta prestar atención a la cantinela autodenigratoria que nos oponen, desde los cables de Wikileaks, publicados en su momento como si fueran una Biblia escrita por los enviados del Departamento de Estado yanqui, hasta las operaciones del estilo Antonini Wilson, pasando por las más evidentes conminaciones a no “caernos del mundo” y los “ránkings” de origen incierto (salvo por ser extranjeros) que publican los grandes medios de comunicación. O al episodio del avión estadounidense con material bélico y de espionaje no declarado que nuestra Cancillería detuvo y la oposición político-mediática defendió haciendo abuso de sus capacidades lingüísticas para el lustrado de botas. O, volviendo a Wikileaks, a la cantidad de dirigentes convertidos en llevaytraigas de la embajada de los EE.UU. en Buenos Aires. Los ejemplos sobran y tienen su fundamento sociológico en el aparato cultural instaurado por la oligarquía triunfante sobre la sangre de las montoneras federales, cuando no en las simples razones de clase o en la (aun más simple) “infame traición a la Patria”.

“Lo nacional” debe implicar para nosotros la búsqueda de una hegemonía necesaria, una batalla cultural a llevar adelante,

que incluye realzar el carácter mestizo y americano de nuestro ser nacional y debatir sobre historia e ideologías. También, por supuesto, debatir la identidad peronista, aun cuando la última elección ha saldado más enfáticamente esa disputa, toda vez que, como ya hemos dicho, queda claro dónde está el Peronismo.

Es un debate para plantear también a los aliados del Peronismo, integrantes del gran frente aglutinado en torno a la jefatura de Cristina, que deben aceptar sin prejuicios —si pretenden el éxito de esta lucha que emprendemos unidos— el lugar que le cabe al Peronismo como eje (como columna vertebral, podríamos decir) de ese frente nacional y popular que se ha puesto en marcha.

Se trata de una lucha a realizar con sentido militante, convencidos de que es necesaria y posible, mediante una organización cada vez mayor en calidad y número, buscando esa unidad de concepción. Asumiéndola, seremos leyenda, como los capiángos de Facundo Quiroga; ganándola, habremos hecho historia.

Breves instrucciones para el uso del peronómetro

**(Unidad del Peronismo: ¿da lo mismo sin
unidad de concepción?)**

La identidad del Peronismo está tironeada hoy en direcciones antagónicas. Su rumbo futuro empieza a necesitar una definición y obliga a encarar este problema sin relativizarlo.

El análisis para la acción política debe partir de una cuestión primordial:

El neoliberalismo noventista no fue una aventura; no fue una canita al aire. Se constituyó en una corriente poderosa dentro del aparato Peronista (en sentido amplio) que aún intenta domeñarlo, doblegarlo, para atarlo al carro del Imperialismo como furgón de cola.

Las defensas para abortar esta operación están en la dilucidación franca, sin ambages, de este problema y en la unidad de los que sostenemos en la acción cotidiana los principios nacionales, populares y revolucionarios, trabajando para administrar el conflicto inherente a la vida social en dirección a la realización de la Justicia Social, único leit motiv, razón final, de la política auténticamente peronista.

Esa unidad implica desplazar del seno del aparato y sus

adyacencias a los falsos peronistas, que no son más que liberales dispuestos a llegar al Gobierno (o a los escaños, o a los puestitos de toda índole) en andas del antiPeronismo, no por un simple cálculo pre-electoral sino porque aspiran a realizar desde el Gobierno una política ajena al Peronismo y antagónica con él. Para eso recurren al travestismo político, como se hizo en los 90.

Si no lo vamos denunciando, si no los desenmascaramos, el Pueblo será arrastrado, probablemente, a una nueva frustración y el Peronismo, máximo nivel de la conciencia política argentina, dejará de generar expectativas en los argentinos dispuestos a la liberación nacional y social, que son muchos. Tal pérdida significaría un retroceso histórico que no sucedió definitivamente después del menemismo sólo porque el Peronismo supo repositionarse gracias a la voluntad política de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, verdadera vanguardia, actualmente, del gran movimiento que condujera Juan Perón.

El reposicionamiento de marras, la reperonización del Peronismo, comenzó durante los meses presidenciales de Eduardo Duhalde, lo hemos dicho en nuestra querida “Sudestada”, pero el desplazamiento que sufrió el lomense tras la consolidación de un nuevo esquema de poder en torno de Kirchner lo llevó a buscar un lugar opositor en el que no dudó en cohabitar con la dirigencia noventista (liberal y pro yanqui) que lo había acorralado en su propio período de emergencia.

El oportunismo político combinado con la dependencia de las encuestas lleva a algunos a buscar “nichos” electorales e intentar ocuparlos. Así, desisten del que fue ocupado por otro y se encaraman a uno que entienden vacante. Sin embargo,

esta realidad tomada en forma aislada impide apreciar los factores ideológicos del político profesional.

La fórmula válida para el análisis, la que puede otorgar sentido profundo a las acciones, es la que contempla la lógica binaria de amigo-enemigo y que implica la caracterización de la acción política para dilucidar la funcionalidad de los posicionamientos en términos de la cuestión de la liberación nacional y social. Antes que, por ejemplo, caracterizar alternativamente a Carrió como de “izquierda” o de “derecha”, habría que observar su marco de alianzas para saber qué intereses representa, es decir, para qué y para quién hace política. Esto es válido para todos los actores políticos.

Siendo la política internacional la verdadera Política, todo el asunto debe analizarse bajo este paraguas.

Al surgir el Peronismo, en los años 40, la escena mundial estaba dominada por los dos grandes emergentes de la Segunda Guerra interimperialista, enfrentados por el predominio mundial y revestidos de un ropaje ideológico que encubría ineficientemente sus ínfulas colonialistas. La respuesta peronista a esta situación se patentizó en la doctrina de la Tercera Posición, que operaba hacia la Política internacional y hacia la interna simultáneamente, reduciendo a la oposición de izquierda y derecha a la condición de antinacional, en tanto una era “pro-rusa” y la otra “pro-yanqui”. De esta manera, adoptando una posición “equidistante” tanto de uno como de otro imperialismo, se torna fútil la división supuestamente tripartita entre Movimiento Nacional, Izquierda y Derecha y se re-binaria la política interna –mientras la exterior se autonomiza– para colocarla en un cierto carril dialéctico que profundiza permanentemente el rumbo de la liberación

nacional al confrontar con las dos alas políticas de la partidocracia eurocentrada.

Por aquel entonces, en la derecha se inscribía un nacionalismo antipopular (habitualmente espantado por la aparición de las masas “díscolas”) y en la izquierda un internacionalismo que, al pasar a segundo plano la cuestión nacional dando prioridad a la lucha de clases, se constituía como “antinacional”. Sin embargo, en nuestros días se ha producido un corrimiento (sólo ideológico, pero no político, como puede adivinarse) en esas alas de lo que nosotros llamamos el “campo antinacional”.

Lo que hoy se menciona como “derecha” o “centro-derecha” (ajustaremos la cuestión en la de origen peronista) es, en realidad, antes que una derecha, un liberalismo (conservador y populista, pero liberalismo al fin) que, al repudiar el proteccionismo, el capitalismo de Estado (sustitutivo de la función incumplida del capital privado en los países periféricos) y la política autónoma (no alineada) respecto de los centros de poder mundial en materia de Relaciones Exteriores, se constituye, en la práctica, como “antinacional”.

En el caso de la “izquierda” o “centro-izquierda”, podría mencionarse la actitud de aquellos que aceptaron la “transversalidad” pero repudiaron el “acercamiento” de Kirchner al PJ, que más allá de lo que hemos denominado “pejotismo”, continúa siendo el ámbito (sí que amorfo y contradictorio) de pertenencia de los grandes sectores populares organizados, tanto dentro del aparato partidario mismo como de las múltiples expresiones (desde las organizaciones silvestres hasta la CGT) que orbitan de una u otra manera en torno del Peronismo, con mejor o peor relación con “el aparato”, casi

siempre en una relación oscilante.

El “disentimiento” (tanto el del Tren Fantasma peyotista como el del pinosolanismo) no refiere, en realidad, a la conducción del PJ sino a cuestiones programáticas. Unos intentan una recaptura táctica del aparato-PJ, otros hace mucho que están afuera de él por decisión estratégica.

En cuanto a los simples votantes, el Peronismo de a pie, que simpatizan con uno u otro, cabe preguntarse, en los primeros: si son peronistas o liberal-populistas-neoconservadores (en algunos casos se trata de nostálgicos del menemismo, integrantes de cierta cultura peroncha pero vaciada de contenido transformador y anclada en reivindicaciones apenas simbólicas teñidas de un “derechismo” ideologista); en los segundos: si son peronistas o moralistas a-politizados o ultristas (puristas, podría decirse) “trotskyzados” funcionales a la reacción. En ambos casos, un ideologismo esterilizante, por “derecha” y por “izquierda”, los ha llevado a aliarse con el antiperonismo histórico (de derecha y de izquierda, indistintamente).

El caso del Tren Fantasma, también llamado “Peronismo Federal”, supone una batalla inmediata, pues disputa la herramienta electoral, la simbología y la identidad misma, tridente de anclaje pretérito y proyección futura que interactúa con las masas peronistas históricas en un ida y vuelta que aún no se ha sellado y puede resultar en distintas derivaciones históricas, según las posibilidades que el Pueblo Peronista, siempre realista, vislumbre en uno u otro camino.

Se trata de un problema vinculado a la conducción del Movimiento Nacional Justicialista.

La cuestión de la conducción del movimiento no puede separarse del problema de la existencia o no de un liderazgo

sintetizador de las distintas alas que lo conforman.

En vida de Perón fue un tema complejo pero que encontraba cierto anclaje en la referencia ineludible del “padre eterno urbi et orbe”. Finalizada esta posibilidad, resulta indispensable reconocer que, según los avatares de la deriva política, la conducción recae alternativamente en dirigentes que expresan matices necesariamente diferenciados hacia el interior del movimiento pero que deben asumir la responsabilidad de conducir al todo y atraer, incluso, a sectores externos que puedan consolidar un frente nacional más amplio que el propio movimiento, toda vez que, como ya se ha dicho, sin el Peronismo como centralidad no hay frente posible pero con el Peronismo solo (hoy “reducido” a primera minoría en el arco político de las identificaciones populares) no alcanza.

Esta responsabilidad dirigencial (de la conducción del proceso político) tiene su reverso y su reaseguro para el éxito en la de los sectores periféricos más o menos insertos en la maquinaria gubernamental y partidaria, que deben tener en claro que la Política se realiza de abajo hacia arriba (a partir de los territorios, las organizaciones libres del pueblo, las elaboraciones teóricas y los puestos funcionales) pero se ordena inversamente: de arriba hacia abajo. Ningún posicionamiento político que sólo atienda cuestiones tanto personales como locales o partidistas puede ser correcto si no se somete analíticamente a la problemática necesariamente binaria del rumbo nacional, que implica una adecuada caracterización de las fuerzas sociales, políticas y económicas en pugna, para una toma de decisión acorde a la consolidación del rumbo de la liberación nacional y social. Esa caracterización debe conducir

a una reflexión acerca de qué políticas se consolidan o no según prosperen o decaigan los liderazgos existentes y los emergentes. O dicho de otro modo: qué rumbo tomaría el Estado nacional en manos de otros dirigentes. Esta caracterización no puede escindirse del análisis de las fuerzas coaligadas en torno de cada proyecto político.

Por eso, no se trata de arribar a cualquier unidad sino a una programática. ¿Qué unidad sería digna y fructífera con quienes se constituyeron en aliados del antiperonismo?

Aunque algunos supongan que la división nos pone frente al peligro de una derrota electoral, habrá que detallar si hay sectores peronistas dispuestos a sostener el conjunto de medidas transformadoras del Gobierno y sus posicionamientos internacionales principales (y a profundizar este camino) pero que están decididos a confrontar políticamente con los Kirchner. En ese caso, recurriendo al “por sus frutos los conoceréis”, deberíamos interpelarlos, otra vez, acerca de su marco de alianzas y exigir que su crítica contemple las limitaciones del ámbito y la oportunidad. Toda disputa política hacia el interior del movimiento (siempre y cuando se tribute a la “unidad de concepción”), debe circunscribirse a los límites necesarios de la crítica interna: precisamente, el ámbito y la oportunidad. Y aquí corremos a un costado (o al frente) a aquéllos que juegan para la tribuna contraria. Lo mismo que hacemos con los que ejercen desde afuera un apoyo crítico, que no pertenecen al “partido de gobierno”.

La diferenciación entre las rupturas políticas (aquellas que tienen origen en el ostracismo hacia el “desierto” de quienes no accedieron a lugares de poder en el actual esquema gobernante) y las ideológicas o doctrinarias es absolutamente

necesaria porque conlleva la alusión a la definición identitaria del Peronismo. No hay caso, el peronómetro pide a gritos que lo descuelguen del ropero.

A las rupturas políticas les corresponde someterse al axioma “primero la Patria, después el Movimiento y por último los hombres” y no relativizarlo permisivamente en aras de apuestas personales, cuestión que depende de cada caso.

En las rupturas ideológicas, doctrinarias, es distinto. No puede ni debe minimizarse el carácter de la oposición “interna” que se ha desatado a partir del Peronismo, nucleada en el llamado “Peronismo Federal” y algunos satélites más indecisos. La coincidencia programática del “Grupo A” (al que podríamos caracterizar como neo-unionista e, incluso, neo-libertador) nos está anticipando que no serían muy distintos, en términos de políticas gubernamentales, un gobierno del panradicalismo o uno de los “disidentes” “peronistas” (a los que podríamos etiquetar como neo-noventistas o pro-peronistas). Así como no fueron diferentes en lo sustancial los gobiernos de Menem y De la Rúa, sí que en la praxis.

Nada de esto es ocioso, puesto que hablamos de la unidad del Peronismo e intentamos definirlo para arribar a un 2011 donde su triunfo no implique el resurgimiento del proyecto liberal que casi termina con la Argentina y con el Peronismo mismo en tanto proyecto de liberación nacional y social sustentado en el apoyo popular. E intentamos, para salvaguardarnos de tal alternativa, que esa unidad tenga una mínima coherencia, sin amedrentarnos ante una división de lo distinto, en busca de una unidad de lo similar que dé consistencia a la propia fuerza.

La división que “amenaza” al PJ no implica ninguna derrota

ineludible: en política las sumas no “dan”, electoralmente hablando, y las divisiones no reparten el electorado en forma predecible. Nadie sabe cuánto se lleva cuando rompe. Eso depende de la voluntad popular, claramente diferenciada de los dirigentes.

Por ejemplo, imputar a divisiones internas del Peronismo el triunfo de De la Rúa implica desconocer el carácter de esa división y las condiciones subjetivas del electorado de la época. La división entre Menem y Duhalde expresaba la voluntad de continuar o romper con “el modelo” financiero. El electorado de entonces buscaba una difusa salida de ese modelo, al que identificaba más con la corrupción que con la problemática económica. El peso decisivo de los sectores medios derivó en el triunfo radical (y frepasista, hagamos la salvedad pero sin demasiado entusiasmo), cuyo candidato prometía garantizar el “1 á 1” y carecía de respuestas programáticas para salir de la estructuración socioeconómica menemista, a la cual no cuestionaba en sus basamentos sino en sus formas. Ese electorado fue madurando junto con las condiciones objetivas que determinaron la implosión del modelo y pusieron blanco sobre negro en la política nacional.

Todas las dificultades actuales que pueda tener la población para decidir su opinión y su voto merced a una caracterización adecuada de la puja política se desvanecería si se lograran (como en parte está sucediendo) explicitar las diferenciaciones político-ideológicas de los bloques en pugna, independientemente de cuál sea la decisión soberana, que dependerá de la habilidad de unos y otros para la presentación propositiva en el marco de los medios de comunicación masiva (hoy no tan hegemónicos, aunque todavía lo sean) y

en la discusión, digamos, callejera.

En esa puja habrá que establecer la defensa de lo hecho y la propuesta de profundización. Pero también –y será de importancia central– el anclaje identitario, eso que sabemos de memoria que nos define como peronistas: la adscripción simultánea a lo nacional y a lo popular; la naturaleza revolucionaria y autonomista (en términos de política internacional) de la política que impulsamos (aquí están las 3 Banderas en acción); la deducción doctrinaria de “lo que el Pueblo quiere”, es decir, el respeto por su identidad profunda y la lucha por desenvolverla (eso que llamamos Nacionalismo Cultural); y, por último, la decisión firme y consecuente de realizar la Patria Grande, condición sine qua non de la liberación. Perón dixit: Unidos o Dominados.

La dinámica política ha dejado atrás la tesis de que íbamos camino hacia una división más “normal”, más “científica” – más europea, en definitiva–, que constituiría dos polos, uno de “centro-derecha” y otro de “centro-izquierda”, desarrollada en su momento por Torcuato Di Tella y a la que se vio tentado el primer kirchnerismo. Puestos a bucear en la academia, resultan más convenientes las consideraciones de Ernesto Laclau, con eje en la reivindicación del populismo latinoamericano como respuesta a la hegemonía de los capitales concentrados nacionales y extranjeros y a los centros del poder mundial, con lo cual la divisoria izquierda-derecha deja paso a la cuestión nacional-popular. En definitiva, más en consonancia con el acervo teórico de nuestra propia tradición política, se ha impuesto la contradicción entre el nacionalismo popular latinoamericano y el realismo periférico noventista, heredero del liberalismo retrógrado de los cultores del país agroexportador inserto en

forma dependiente al mercado mundial.

El Peronismo debe optar.

Con él lo hará el Pueblo Argentino.

Lo acompañarán las fuerzas dispuestas a la Soberanía Política y a la Justicia Social.

Lo enfrentarán –como ya lo hacen– las fuerzas coaligadas del imperialismo y el cipayaje interno, desde los pseudo-peronistas que ya no adscriben al ideario justicialista (algunos nunca lo hicieron) y ya no pueden contarse como compañeros, hasta la oligarquía histórica e irrenunciablemente innoble.

El futuro será de liberación.

O las banderas históricas que nos legara Juan Perón flamearán sobre las ruinas de la Patria.

Octubre de 2010

El corazón del Peronismo

Un coronel oculta su sonrisa a lo Gardel tras un micrófono de radio. Con voz marcial pero con palabras que inducen a la confianza se dirige a los trabajadores del campo argentino:

“Si el patrón de la estancia, como han prometido algunos, le cierra las tranqueras, rompa el candado o la tranquera o corte el alambrado y pase a cumplir con la patria. Si el patrón lo lleva a votar, acepte y luego haga su voluntad en el cuarto oscuro... No ceda ante nada. Desconfíe de todo.”

El coronel está en campaña, quiere ser Presidente y ya sabe dónde están sus votos. Ha cimentado pacientemente, durante dos años rutilantes, una confianza que valora: la de los trabajadores. Con su voto vencerá en las urnas a la coalición vergonzosa que comanda el embajador estadounidense, Spruille Braden, y que incluye a la Sociedad Rural y a la partidocracia multicolor que va del conservadurismo al comunismo, pasando por el radicalismo.

El Peronismo ya había nacido el aquel día de 1945 que pasaría a escribirse con mayúscula, como la Lealtad: 17 de

Octubre. Han cambiado los tiempos y los frentes en colisión así lo atestiguan. De uno y otro lado se reencolumnan fracciones, orgánicas o no, de las viejas estructuras partidarias.

Perón convocaba a “cumplir con la Patria”. Y cumplir con la Patria era hacer valer la soberanía popular. Y también votar por Perón; porque del otro lado se abroquelaba un frente, la Unión Democrática, comandado desde una embajada extranjera.

¡Braden o Perón! Y para hacerlo, para cumplir con la Patria y ser leales a Perón imponiendo la soberanía popular votando, había que ser, ante todo, irreverentes. Había que volver a lavarse las patas en la fuente; había que romper tranqueras y cortar alambres, si fuera necesario.

La convocatoria de Juan Domingo Perón no se detenía en una hipócrita protección de derechos de propiedad ni en urbanidad alguna.

¡Rompan las tranqueras! ¡Corten los alambrados!

¿Dónde estás, corazón?

Cuando el Momo Venegas (alguien dijo una vez que Perón lo hubiese bautizado “Bobo Me-niegas”) fue preso un ratito por una causa penal que aún sigue en curso, algunos disidentes-del-Peronismo se apresuraron a convocar a una conferencia de prensa en su defensa. Allí estaban el número 2 del gremio de los trabajadores rurales⁴⁷, la pupila (en el sentido boxístico de la palabra) mediática Graciela Camaño y el bañero de Lomas de Zamora, Eduardo A. Duhalde,

⁴⁷ Ramón Ayala. Una vez asumido Macri, Ayala participaría en el desguace del ReNaTEA y su reconversión al viejo ReNaTRE. (N. del A., 2017)

encabezando la difundidísima amenaza, que eso fue; incluso, llegó a agregar alguna vez: “esto se paga”.

Se dijeron muchas cosas en esa conferencia. En general, lloriqueos sobre la república o la división de poderes, lamentos tristísimos acerca del autoritarismo del Gobierno que hace que “todos los opositores estén en libertad condicional”. Pero una frase de Duhalde retintineó en el salón y lo colmó de aplausos:

“Le están apuntando al corazón del Peronismo...”

Automáticamente, el zócalo de TN (ese cartelito que va en la parte inferior de la pantalla del televisor) se hizo eco de la frase y los aplausos. Otra vez: “Le están apuntando al corazón del Peronismo”; miles de bares en todo el país, en sus televisores sin volumen, publicaban la sentencia impactante.

Duhalde no explicó dónde sitúa él al “corazón del Peronismo”. No en cuanto si a la izquierda o a la derecha, indagación vana, sino en referencia a qué cosa llama él de esa manera. Uno podría pensar: ¿es Venegas, para Duhalde, el corazón del Peronismo? Improbable que se refiriera a eso, salvo que el bañero hubiese tragado agua, cosa que, se sabe, dificulta la llegada de oxígeno a cualquier cabeza. ¿Es el sindicalismo a lo que se refiere Duhalde? Tal vez nos aproximemos, pero difícil que el chanco chifle exactamente esa melodía. La CGT en su conjunto, conducida por Moyano, sostiene con el Gobierno una alianza estratégica de la que Venegas, aliado a Duhalde, no participa y, entonces, el “Momo” (carnavales eran los de antes) no representa al sindicalismo sino a una fracción discordante que se ha marginado –junto a Barrionuevo y los Gordos nostálgicos del país empeñado, arrodillado y pauperizado– del eje determinante que sostiene

al proyecto nacional y popular en marcha. Pero por ahí va la cosa, de todos modos. Al menos para Duhalde, según parece. Y podría arriesgarse más: Venegas podría ser en la atribulada cabeza del bañero “el corazón del Peronismo”, en tanto es secretario general de un gremio emblemático para la historia del Peronismo: el de los peones rurales. Emblemático, justamente, por aquello que contábamos más arriba, en los primeros párrafos de este escrito.

Los trabajadores del campo fueron liberados de la servidumbre cuando, en 1944, Perón, a la sazón Secretario de Trabajo y Previsión, instauró el Estatuto del Peón de Campo. Ese sector era, quizás, el más explotado de la época. Carecía de organización suficiente para arrebatarle a la oligarquía poderosísima de entonces mejores condiciones laborales. De modo que el Estado realizó su dignificación “de arriba para abajo”, diríamos, por la decisión del coronel con sonrisa a lo Gardel que estrenó estas líneas atrás de un micrófono de radio invitando a la irreverencia soberana del pueblo campesino.

Corazón partió

Pero el Estatuto del Peón de Campo fue derogado en 1980 por el “Proceso de Reorganización Nacional”, es decir, por la dictadura cívico-militar de Viola y Martínez de Hoz, el Ministro de Economía que había sido presidente de la Sociedad Rural Argentina y seguía siendo representante de esos intereses y de otros que no vienen al caso; ninguno popular, está claro. A la sombra de esta abolición de derechos fue reinstalándose en el mundo agrario la costumbre inveterada de explotar sin miramientos a los trabajadores rurales.

Así lo atestigua la acción decidida del actual Ministerio de Trabajo, que ha detectado un altísimo porcentaje de trabajo en negro en ese sector y, para colmo, ha podido determinar que las condiciones de trabajo, en muchos casos, eran verdaderamente inhumanas, al punto de que muchos calificaron a la modalidad de empleo, en estos casos, como “trabajo esclavo”. Al respecto, el ministro Carlos Tomada señaló que se negaba a esta caracterización porque “trabajo y esclavo no se conjugan”. No negaba la existencia de este problema sino que expresaba, así, la voluntad gubernamental de erradicar semejante aberración.

Corazón de leona

“Vamos a hablar un poquito, también, de una ley que descansa acá, que es el Estatuto del Peón Rural... La reducción a servidumbre humana se relaciona con condiciones que tienen que ver con ganarse la vida de jóvenes, de niños, y realmente es importante (sancionar) leyes como la que hemos remitido al Congreso... para modificar esto y para que, finalmente, el control no esté en cabeza de los dirigentes sindicales que parecen no haber controlado demasiado cómo estaba la servidumbre humana en su sector y vuelva al Estado, porque debemos terminar con esta verdadera vergüenza que es el trabajo esclavo.”

Éstas son palabras de Cristina en la apertura del período

ordinario de sesiones de este año. Claramente, alude a Venegas (cuando habla de sindicalistas que no han controlado la explotación de sus compañeros) y al ReNaTRE (Registro Nacional de Trabajadores Rurales y Empleadores), un ente autárquico no estatal con directorio integrado en partes iguales por la UATRE⁴⁸ y la Mesa de Enlace.⁴⁹

Esta relación estrecha entre el sindicato de los trabajadores rurales y sus patronales mal puede desembocar en la dignificación del peón rural. Que lo digan los miles de trabajadores reducidos a servidumbre, si no. Es sólo un eslabón en la larga cadena de “solidaridades” que la reacción contra el Gobierno de Cristina ha construido en los últimos años, aunque éste, particularmente, es una herencia de la concepción menemista del Estado.

Hay un hilo conductor perfectamente visible que enhebra a los más acérrimos enemigos del Gobierno nacional, muchos de los cuales andan por estos días intentando reeditar una especie de Unión Democrática. Ese hilo comenzó a anudarse durante el conflicto por la 125, cuando el aparato mediático del *stablishment* reeditó aquello de que el campo y la Argentina son una misma y única cosa.

⁴⁸ Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores, sindicato cuyo Secretario General es Gerónimo “el Momo” Venegas.

⁴⁹ La “Mesa de Enlace” fue la coordinadora de la presión de las patronales rurales sobre el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner al producirse el conflicto por la Resolución 125. La integraban la Sociedad Rural, la Federación Agraria, Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) y CONINAGRO (Confederación Intercooperativa Agropecuaria).

Corazón delator

Según Gerónimo (dejémosle el Carnaval a los que saben) Venegas, el ReNaTRE es un lugar de “consenso”. Tal vez por acá anda también la frasecita de Duhalde. Hace poco, acaba de repetir una idea que suscriben desde hace un tiempo los disidentes-del-Peronismo: que Perón volvió en el '73 diciendo “para un argentino no hay nada mejor que un argentino” porque venía a traer el diálogo. Esta vez, en el programa de González Oro (C5N), fue más allá. Aseguró que al volver del exilio Perón ya no creía en su modo de hacer política en la década del '50 y que el kirchnerismo era vieja política porque “lo nuevo son los consensos y lo viejo es la pelea”.

Arranquemos por poner en contexto la frase de Perón en el '73. Basta citarla completa:

“Las fuerzas del orden –pero del orden nuevo, del orden revolucionario, del orden del cambio en profundidad– han de imponerse sobre las fuerzas del desorden entre las que se incluyen, por cierto las del viejo orden de la explotación de las naciones por el imperialismo, y la explotación de los hombres por el imperialismo, y la explotación de los hombres por quienes son sus hermanos y debieran comportarse como tales. Todo esto –y todos tenemos conciencia de ello– se encuentra en marcha. Cada día que pasa nos acerca a las metas señaladas. Ha comenzado de este modo el tiempo en que para un argentino no hay nada mejor que otro argentino.”

Es decir, Perón pone afuera de la cancha a las “fuerzas del viejo

orden” y de “la explotación de los hombres por quienes son sus hermanos”. Perón conservaba en el calor de su pecho el corazón irreverente que repudiaba a los explotadores y al imperialismo.

Aclarado este punto, queda en evidencia el núcleo del problema coronario que se nos plantea.

El corazón de Duhalde es el viejo corazón de la explotación, el del Momo también. Eluden el problema laboral en el sector rural y ya no promueven la irreverencia que le dio sentido a la vida del Peronismo. Son ajenos a ella. Se han alineado con los explotadores. Por eso tuvieron el lugar destacado que les asignó la Sociedad Rural en la última exposición en Palermo.

Sin dudas, comparando el corazón marchito de los amanuenses de los poderosos y la irreverencia doctrinaria del Gobierno, puede comprenderse claramente dónde está el “corazón del Peronismo”. Así, podemos ver que, mientras la juventud argentina y patriótica se vuelca masivamente a apoyar a Cristina, la pobre “interna” entre Rodríguez Saá y Duhalde⁵⁰ careció de afluencia juvenil. De un lado, un tempestuoso torrente sanguíneo tiene quién lo impulse. Del otro, se apaga paulatinamente una traición.

Corazón, corazón

El corazón irreverente del coronel de los cabecitas ha regresado para enfrentar a los explotadores. Por todas partes aparecen los

⁵⁰ En abril de 2011 el “Peronismo Federal” convocó a una interna para dirimir el candidato presidencial de ese año. Finalmente, Duhalde no se presentó y ordenó a sus fiscales no asistir, de modo que ganó Alberto Rodríguez Saá con el 97 por ciento de los votos. Un dato saliente que consignaron algunos medios fue la escasísima participación juvenil en todo el proceso. (N. del A., 2017)

afiliados de las instituciones de la Mesa de Enlace con trabajadores en condiciones de servidumbre. Un gobierno de corazón irreverente los denuncia, los persigue con la ley. Una juventud irreverente, como debe ser, asiste al llamado de la hora y aporta su movilización para dar fuerza a la dama del corazón impetuoso. Cristina hace honor a la historia del Movimiento Nacional, desde Perón hasta Kirchner, y cumple con la Patria.

Por todas partes se escucha, confundido con el retumbar de los bombos regresados, un pulso que la Patria conoce y ama.

Late un corazón. Déjalo latir, que es el corazón del Peronismo y viene al galope desde el fondo de la Patria Vieja; atraviesa las ciudades y los campos argentinos, llenando de juventud las plazas, rompiendo tranqueras, cortando alambres. Y late, sí que late.

Abril de 2011

Parte aguas orgánico 2

Documento
Plenario en el micro estadio de Racing
(17 de junio de 2011)

En el 2003, logramos constituirnos como organización de carácter nacional.

Nos planteábamos entonces trabajar para revertir el estado de fragmentación del Movimiento Nacional y unir nuestro esfuerzo en la militancia para la construcción de una fuerza de carácter nacional, popular y revolucionario dotada de una unidad tanto doctrinaria como operativa, en función de un proyecto estratégico destinado a la liberación definitiva de la Patria y a la realización de la Justicia Social.

Buscábamos realizar una organización sólida, que contuviese en su seno la diversidad de perspectivas que constituyen y enriquecen al Peronismo, pero combatiendo abiertamente a la infiltración liberal que se había hecho carne en el seno del Movimiento durante la década de 1990.

La posibilidad fáctica de dar esa lucha estaba garantizada por el proceso de recuperación de la Argentina y del movimiento nacional bajo la conducción del compañero Néstor Kirchner.

En efecto, desde su asunción como Presidente, se desarrolló una paulatina e inexorable recuperación del Peronismo histórico.

El Peronismo, con la aparición de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, volvió a izar las 5 banderas que lo posicionan como eje ineludible del Movimiento Nacional y Popular:

Justicia Social

Soberanía Política

Independencia Económica

Nacionalismo Cultural

Unidad Suramericana

Gracias a su ineludible voluntad militante, Néstor y Cristina se convirtieron en la verdadera vanguardia de la dirigencia nacional.

Un Peronismo que parecía derrotado como alternativa histórica, desmovilizado, se reivindicó recuperando su verdadero carácter transformador y revolucionario.

Al asumir nuevamente la conducción del Estado de manera efectiva, el Gobierno de Néstor Kirchner lo fortalece en el proceso de toma de decisiones y realiza una renacionalización del poder político, que hasta entonces estaba colonizado por las grandes corporaciones económicas privadas, en su mayoría extranjeras o ajenas al interés nacional.

A partir de entonces, las medidas reales y concretas del Gobierno, tanto en el período Néstor-presidente, como en el de Cristina, exteriorizan un sentido épico que, mientras impulsa la “salida del Infierno”, regenera una esperanza popular basada en la capacidad del Movimiento Nacional para recuperarse, política, ideológica y operativamente.

- La reinstalación de las paritarias,
 - la derrota al proyecto anexionista del ALCA,
 - la revalorización de las luchas históricas de nuestro pueblo,
 - la constitución de una Corte Suprema independiente,
 - la Asignación Universal por Hijo,
 - las renacionalizaciones de empresas usurpadas al Pueblo,
 - la reestatización del sistema jubilatorio,
 - la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual,
 - el impulso de la unidad suramericana,
 - la ley de Matrimonio Igualitario
 - la política de derechos humanos basada en el fin de la impunidad,
 - la significativa recuperación del Movimiento Obrero,
 - la política de desendeudamiento y el fin del monitoreo del FMI,
 - el impulso a la educación, la ciencia y la tecnología (hace 10 años la Argentina tiraba piedras, hoy lanzamos satélites al espacio),
 - la realización de obra pública en todo el territorio nacional, con criterio auténticamente federal
- configuran un proyecto de carácter nacional, popular y democrático que se hace evidente para las grandes mayorías populares.

Todo esto se hizo desde el Peronismo, que ha sido capaz, nuevamente, de constituirse en eje vertebrador de un frente articulado desde “lo nacional” como oposición a “lo antinacional”, conteniendo a las diversas organizaciones libres del pueblo.

Tras la derrota circunstancial en la lucha por la 125, que

delimitó los campos en pugna y generó un núcleo duro de apoyo al Gobierno, y tras el resultado adverso de las elecciones del 2009, la coherencia programática y la firmeza ideológica de la Presidenta rompieron el cerco destituyente y recomenzó un enamoramiento colectivo que se evidenció en el Bicentenario.

Un pueblo dispuesto a hacer política irrumpió en la historia cuando falleció Néstor Kirchner. Supo reconocer en él a un luchador de las causas justas y se despojó definitivamente del escepticismo liberal para recoger su bandera y garantizar en la defensa de Cristina la continuidad y profundización del modelo nacional y popular.

Estamos frente a un cambio de época.

Hoy, una nueva generación de jóvenes recoge la herencia de aquellos que dieron la vida por la Patria. Heredera de la Resistencia y de la Juventud Maravillosa, la Juventud Peronista de hoy será la garantía para que el Peronismo nunca más pierda su carácter revolucionario.

Esta juventud organizada, dotada de unidad de concepción para la unidad de acción, poseedora de una identidad orgullosa de sí misma, enfrentará sin dudar a la maquinaria cultural colonial en la calle, en su barrio, en su sindicato, en los ámbitos académicos y en cualquier lugar donde se deba defender a la Patria y a los humildes.

El mundo está en crisis. La ideología liberal dominante cruje luego de tres décadas de hegemonía del sistema financiero, en un contexto de reacomodamiento del poder mundial, con la aparición de nuevos bloques económicos, y de disputa por los recursos naturales estratégicos.

Para nosotros, los suramericanos, se trata de una oportunidad y un desafío.

Así como no hay Argentina soberana sin unidad de Suramérica, tampoco habrá unidad efectiva si nuestro país no se fortalece por la vía de la profundización del modelo nacional y popular que la próxima etapa exige.

Desde la Organización Peronismo Militante lucharemos para que la Argentina:

- Redistribuya aun más la riqueza,
- Avance en la nacionalización de su economía, para terminar con la extranjerización producida durante 50 años de predominio liberal,
- Acelere el proceso de industrialización creciente iniciado desde el 2003,
- Desarrolle un sistema bancario que garantice que el ahorro nacional se oriente al servicio de un desarrollo autónomo, integral y justo, promocionando la producción nacional y la movilidad social ascendente,
- Consolide el pleno empleo y disminuya drásticamente la informalidad y la explotación laborales,
- Continúe su política de desendeudamiento,
- Recupere los recursos naturales estratégicos y garantice su defensa,
- Realice una reforma tributaria con eje en el gravamen a la riqueza y no al consumo,
- Promueva el avance del Estado en la vida económica del país para suplir las carencias del sector privado en áreas estratégicas,
- Incorpore al sistema educativo el aporte del Pensamiento Nacional, desarrollado durante doscientos años de lucha política,
- Reforme la Carta Orgánica del Banco Central para

ponerlo al servicio de la Nación,

- Aumente, aun más, los incentivos tendientes a valorar y dar preeminencia a las creaciones artísticas, técnicas, intelectuales y científicas de nuestro propio pueblo,

Todo esto mediante una creciente planificación económica que impida que la sociedad quede librada a las fuerzas individuales o corporativas.

Nos encontramos frente a una coyuntura electoral de carácter táctico, orientada al objetivo estratégico de la liberación. Por lo tanto, se trata de una fase decisiva.

En ella, el frente nacional pone en juego su Conducción.

En el marco de la disputa aún existente por la identidad del Peronismo, la compañera Cristina Fernández de Kirchner, artífice de su recuperación histórica, se erige como garantía ineludible de una conducción táctica y estratégica orientada al objetivo doctrinal e ideológico de la liberación.

Ella representa la conducción sin fisuras del sujeto histórico del Peronismo: el Pueblo.

Cristina realizará la etapa de institucionalización del “Estado Democrático Popular” y del modelo económico auto-centrado, orientado a la Justicia Social y a la Unidad de la América Criolla.

La profundización de las grandes transformaciones y avances que hemos vivido tiene nombre y apellido: Cristina Fernández de Kirchner.

Por eso, la Organización Peronismo Militante, fuerza de combate ideológico formada como una verdadera generación de amigos unida en el culto del amor a la Patria y dedicada a construir la organización de cuadros que defienda al proyecto nacional y popular en marcha, apoya, sin dudar, la candidatura presidencial de Cristina Fernández de Kirchner

para las próximas elecciones.

Por Evita,

Por Perón,

Por los héroes del Movimiento Nacional,

Por Néstor Kirchner,

Por la Patria,

Por el Pueblo.

En octubre, “Cristina Presidenta”.

Nosotros viento, la Patria barco, ¡CRISTINA CAPITANA!

Y la nave va

La fuerza de Cristina

Cristina avanza impasible hacia su triunfo de octubre.

Mientras tanto, la oposición divaga en marchas y contramarchas; sus jefes intentan darle rumbo, disciplinándola. Una vez más, la parafernalia mediática busca una reedición de la nefasta Unión Democrática. Los corifeos del orden liberal amonestan a los pobres dirigentes de la oposición. Radichetas, disidentes-del-Peronismo, hombres de pro, cínicos neolibertadores, socialistas lavandina y vejestorios escandalizados asisten diariamente al reto público que las columnas gráficas, radiales y televisivas les propinan. El reclamo es siempre el mismo: “¿Qué esperan para unirse?”

El pánico se ha apoderado de las filas antikirchneristas. No es para menos. Las previsiones marcan una tendencia que desesperaría a cualquiera. Un gesto de amargura se estampa en los rostros de todos ellos. Mirándolos, su humor sombrío contrasta con la luz que irradia el proyecto nacional y popular en marcha, rodeado de la algarabía de una juventud que ingresa a la política con esperanza, vocación revolucionaria y voluntad de Patria.

Pero nada es inmutable en el mundo de la política. El camino de aquí a las elecciones estará plagado de acechanzas.

Como ya puede verse, la estrategia enemiga será (más

allá de las previsible campañas de inseguridad y terrorismo económico) la sensibilización del electorado en torno de un presunto autoritarismo del Gobierno. Y va a ser así porque esa es la línea de Clarín y La Nación; porque esa es la línea de los cipayos y el imperialismo cada vez que los Pueblos avanzan. A medida que creen agotada la vía electoral, se vuelven menos dispuestos a respetar la soberanía popular y más propensos a la desestabilización.

Todas las cantinelas por la libertad de expresión buscan forzar un escenario de “democracia en peligro”. La idea no es nueva. En nombre de la democracia, los grupos privilegiados y sus amanuenses han pisoteado, cada vez que pudieron, la soberanía popular.

El papel de Magnetto hoy es el de Braden ayer. Braden nucleaba la oposición a Perón con el argumento de un supuesto fascismo, cuco de la época. Magnetto la nuclea intentando equiparar a Cristina con un cuco más actual: el chavismo (uh, qué miedo).

Pero no parece posible la unidad total de la oposición. Pareciera que van a quedar dos o tres fuerzas opositoras pugnando entre sí por el segundo lugar. Sus posibilidades de ganar, entonces, se reducen mientras alguna no logre polarizar con Cristina.

El embate mediático va a recrudecer para forzar a estos dirigentes pusilánimes a sobrereactuar una defensa del “estado de derecho”, como hasta ahora pero con más énfasis. Si el “estado de derecho”, o sea, la Constitución, está en peligro, empieza a valer todo.

El intento es patético. Pero la formación cultural argentina renguea por ese lado y no son pocos los sectores permeables a estas operaciones de sentido, por ridículas que sean.

El Gobierno ha resuelto confrontar con el aparato desinformativo. Mientras la ley de medios avanza, se ha decidido confrontarlo, en una especie de “guerra de aparatos”, con una serie de medios alternativos de visible éxito comunicacional. Es útil, pero no es suficiente. No alcanza con combatir en la arena que nos proponen los medios hegemónicos. La tarea de la militancia, de aquí a octubre, será dar el debate callejero. Como dijo Cristina: con las realizaciones de nuestro Gobierno en la mano. De hecho, sin esas realizaciones, todos los esfuerzos comunicacionales hubiesen sido vanos. Hace falta que la militancia conozca y explique la gran obra transformadora que el Peronismo ha realizado en estos años. Habrá que decirles a todos los argentinos para qué queremos continuar gobernando; qué queremos decir cuando hablamos de “profundizar”. Nosotros lo sabemos. Habrá que predicarlo y llegar todos los días a nuevos compatriotas.

El combate no es sólo político: también es ideológico.

La experiencia liberal ha dejado una huella profunda que el Pueblo no olvida. La fallida Unión Democrática de Magnetto lo ignora y esa es su debilidad.

Nuestra fortaleza, en cambio, está en el presente de lucha. Nosotros somos la fuerza de Cristina para el triunfo de octubre. El futuro será del Pueblo.

Abril de 2011

Tenemos patria

Toda la enjundia comunicacional se mostró impotente. Ríos de tinta impresa en pasquines con careta de independientes se destinarán a manchar la cáscara blanca de los huevos envueltos en los almacenes de todo el país para pasar al olvido, como corresponde al destino manifiesto de los diarios, según la advertencia de Scalabrini Ortiz. La voluntad del Pueblo argentino, expresada en el voto secreto hecho público el 14 de agosto a la noche, echó por tierra todas las elucubraciones de la oposición mediática.

Alfonsín, Duhalde y Carrió quedaron expuestos al ridículo. Su condición indigna de marionetas al servicio del stablishment económico y comunicacional “no garpó”. Arrojadados al desván de las cosas viejas por el voto popular, ni siquiera lograron instalar la existencia de un supuesto fraude y ahora deben observar atónitos cómo los comunicadores –que antes los amonestaban por “no unirse” contra el “autoritarismo kirchnerista” y “en defensa de la república”– hacen leña de ellos y cacarean mientras ponen el huevo, que empollarán prolijamente, de una nueva oposición política de dos caras: la izquierda, Hermes Binner; la derecha, Mauricio Macri. Es un plan de corto vuelo, es cierto, pero al menos les deja la ilusión

de generar una nueva oposición bifronte (la unificada fracasó) que encorsete al Gobierno por derecha y por izquierda. Resta saber si Binner derramará hacia el “sojerismo” agroexportador o despegará de la tradición antinacional juanbejustista para acercarse tibiamente (de otra manera no podría hacerlo) al movimiento nacional. Seguramente, la necesidad de buscar un “nicho” electoral y su progresismo conceptual lo empujarán a “más y mejor” gorilismo. Ya lo están apretando los medios para que no se salga de la huella liberal. Macri, que arrugó en ésta, sólo puede ser promesa de futuro para el gorilaje y, ya se sabe, de pasado para la Argentina. Es probable que se constituya en polo de atracción cipaya después de octubre.

Sólo una cosa comparten ahora los políticos derrotados y sus organizadores (fallidos) mediáticos: credibilidad cero.

La razón profunda de esta derrota debe buscarse en la memoria de nuestro Pueblo, que, lllagado por la experiencia neoliberal, desconfió de los dirigentes que negaban hipócritamente los avances evidentes que la Argentina ha hecho en los últimos años.

Pero más constructivo, más útil, será ahondar las razones del triunfo de Cristina.

Toda esperanza se nutre de una promesa, pero la confianza se cimenta en las realizaciones. En la campaña del 2007 dijimos que era menester apurar algunas medidas antes de las elecciones –en medio de una feroz campaña mediática que comenzó con la conspiración de Antonini Wilson– para garantizar el triunfo de Cristina, así como Perón había construido su victoria del ’46 en el período de la Revolución de Junio, instaurando las primeras grandes conquistas para los trabajadores. No hizo falta, con las ya determinantes acciones gubernamentales de Kirchner alcanzó para duplicar los votos

de la segunda fuerza (encabezada por una tal Carrió). Pero la decisión que reclamábamos entonces llegó después.

Tras la confrontación por la Resolución 125 –que galvanizó el núcleo duro de apoyo al Gobierno– y la derrota electoral de 2009, Cristina, decidida a no aflojar, dio impulso a una serie de medidas (AFJP, Aerolíneas, Ley de Medios, AUH, entre otras) que no dejaron lugar a dudas: el Gobierno nacional era conducido en dirección a la liberación nacional y social.

La recuperación en la consideración popular se había iniciado ya cuando falleció Kirchner, pero tomó entonces un impulso arrollador. Toda la maledicencia destinada a Néstor y Cristina rebotó en el espejo mediático, mientras un Pueblo conmocionado veía, sin que pudiera ser ocultada, a una presidenta cuya entrega a la Patria enamora a primera vista y construye amor cotidianamente, como se hace cuando hay verdadero amor.

Mientras tanto, los frutos de la gran obra de estos dos últimos gobiernos se habían vuelto innegables. Empleo, protección social, obras públicas, industrialización, consumo masivo, posicionamiento internacional, ciencia y tecnología, sustitución de importaciones. En fin, actividad económica y expectativas fundadas de progreso social y nacional.

Aquí reside el único secreto del resultado del 14 de agosto y del seguramente mejor del 23 de octubre: Peronismo del siglo XXI.⁵¹

⁵¹ Este artículo está escrito entre las Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias (PASO) del 14 de agosto de 2011 y las elecciones generales que ese mismo año ganaría Cristina con casi el 55% de los votos. En las PASO, Cristina obtuvo el 50 por ciento, seguida “ahí nomás” por las fórmulas Alfonsín-González Fraga (12,20%) y Duhalde-Das Neves (12,12%). En las generales, en cambio, entró segunda la fórmula Binner-Morandini, con el 16,81 por ciento de los votos, y tercero Alfonsín, con el 11%. Por su parte, la

La oposición se ha quedado sin letra. Toda su estrategia fue derrotada. Pondrán por ahora sus fichitas en exacerbar el miedo a la inseguridad y en alguna otra cosa con dudosa capacidad de éxito, incluidas las operaciones de prensa por casos de corrupción falsos, probables o ciertos.

Pero, finalmente, el 23 de octubre, Cristina será reelecta. Se abrirá, entonces, una nueva etapa para la Argentina.

Al completar los 12 años en el poder, la fase kirchnerista del Peronismo representará el período más prolongado de permanencia del Movimiento Nacional en el poder desde el año '30 (vamos a darle esa al Alvear presidente).

Los próximos cuatro años tendrán dos ejes: la consolidación del proyecto nacional y popular y la construcción de su continuidad, que dependerá, justamente, de aquella consolidación.

Las líneas principales ya están dibujadas.

Integración suramericana mediante, la Argentina resistirá junto a los países de nuestra América los embates de la crisis mundial. Ahí están nuestros cancilleres estableciendo la política común para enfrentar la crisis mundial en unidad. De paso, se profundizará la estrategia de unidad continental, única posibilidad de una liberación sostenible. Ningún esfuerzo en esta línea será vano. La construcción de la Patria Grande de los americanos criollos es el único camino posible para la verdadera liberación nacional.

Por otra parte, las significativas conquistas y reconquistas sociales de los últimos tiempos en beneficio de los trabajadores, de los humildes de la Patria, son sólo el piso desde el cual la Argentina pegará el gran salto a la Justicia Social, echando

fórmula de Duhalde sacó menos votos (5,86%) que la de Alberto Rodríguez Saá y José María Vernet (7,96%) (N. del A., 2017)

mano a los profusos recursos excedentes de nuestro sistema económico, que suelen engrosar las arcas de la banca extranjera mediante la fuga de capitales y no reinvertirse en el país. Toda la política económica de los próximos cuatro años deberá centrarse ahí. El documento político que publicamos en el centro de este número de Capiangos me exime de abundar en detalles⁵². He ahí la línea de nuestra Organización.

En todo caso, digamos que, así como el Perón del '43 fue artífice del triunfo del '46 y el gobierno de Cristina, pletórico de realizaciones, construyó la victoria inminente del movimiento nacional, la mentada “profundización” que ya llega garantizará la continuidad de este proyecto en el 2015.

Quedan cuatro años para ayudar a Cristina a consolidar lo hecho. Quedan cuatro años para construir la continuidad necesaria del proyecto nacional y popular en marcha. En esa tarea estaremos los hombres y mujeres del Peronismo Militante; en esa tarea estarán el Peronismo, en su conjunto, y el gran frente nacional acaudillado por Cristina; en esa tarea estará el Pueblo argentino, de aquí al 2015, con la conducción serena y descollante de la Capitana del gran barco patrio.

Corremos con una ventaja. Nuestro Pueblo ha recuperado una certeza que la Presidenta hizo verbo, convocándonos a la creación de futuro: ¡Tenemos Patria, argentinos!

⁵² Se refiere al Documento del 17 de junio de 2011 (véase: “Parte aguas orgánico 2”, página 277). Este artículo se publicó en la revista Capiangos n° 3 (octubre-noviembre de 2011).

Instituto Dorrego: Historia del presente

Así como la política actual será la historia de mañana, la Historia es “historia de la política”, es decir de los procesos vinculados a la disputa por el poder. En nuestro caso –el de un país que no ha logrado la hegemonía definitiva de un proyecto nacional, sea cual fuere–, la historia tiene la particularidad de resistirse a ser pasado.

Desde 1810 hasta aquí, la Argentina ha vivido en el ciclo alternativo que Abelardo Ramos caracterizó como de “Revolución y Contrarrevolución”. Cuando, en 1816, el Congreso de Tucumán declaró la independencia de las provincias “de América” respecto “de España y de toda otra potencia extranjera”, lo hizo a sabiendas de que existía en el seno de nuestra gran nación una facción tendiente a buscar tutelajes en los imperialismos de la época.

A la salida del período independentista –que, en nuestras tierras, el rivadavianismo clausuró antes del triunfo en Ayacucho de las fuerzas americanas– todo el continente-nación se vio arrastrado a una lucha íntimamente vinculada al modo de inserción en el mercado mundial. Las oligarquías locales centrifugaron la Patria Grande de los libertadores para instalar un modelo dependiente por el cual se beneficiaban

en tanto administradoras de un comercio exterior signado por la compra de manufacturas y la venta de materias primas. Se llamó a esto, luego, desde las usinas del imperialismo, “división internacional del trabajo”.

Se generó, así, una estructura productiva dependiente que sumió en la miseria a la población y retrasó el desarrollo industrial de nuestros países ya balcanizados, es decir, divididos, como partes des-integradas de aquella gran nación que heredamos de la Conquista sangrienta (no tanto como otras) que unificó la América criolla territorial y lingüísticamente. A dicha estructura productiva correspondió un aparato cultural destinado a anclar el statu quo y justificar teóricamente la dependencia o semi-dependencia. Ese aparato cultural consolidaba la dependencia intelectual nacional mediante aquello que Jauretche llamó “colonización pedagógica”.

Sin embargo, los pueblos americanos, artífices de su independencia, ya conocían el poder de la movilización popular y tenían, además, sus jefes políticos (en Argentina, los caudillos), que representaban los intereses de los pauperizados por el modelo de importación, en contraposición a las oligarquías portuarias que resignaron el desarrollo para garantizar su propia ganancia, obtenida gracias a una alianza con el imperialismo (en nuestro caso, como casi en todos, el inglés).

De modo que nuestra historia política está signada por un enfrentamiento que se resume en una fórmula binaria: Imperialismo o Nación. Más allá de matices reales o interpretativos, la política argentina de cualquier época expresa esa dicotomía a través de los bloques en pugna.

La creación del *Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano “Manuel Dorrego”* ha desatado

una fuerte polémica. Empecemos por anotar que el debate se ha producido antes de que el Instituto tome cuerpo real. Sería una paradoja, si no supiéramos que estamos insertos en una gran batalla cultural que ha recobrado intensidad en este período histórico de predominio político del Movimiento Nacional y Popular, con eje en el Peronismo, encabezado por la Conducción Estratégica de la Presidenta, Cristina Fernández de Kirchner, que es conducción del Peronismo y del amplio frente que sostiene a su gobierno.

En el caso de los liberales de toda laya enrolados en la oposición, la indignación era previsible. Sobreactuada para utilizarla políticamente, hace eje en el espanto por la batalla cultural y en la acusación renovada de fascismo al actual Gobierno, como la hicieron respecto del de Perón. Incluye una deslegitimación del Revisionismo como línea historiográfica, basada en un supuesto arcaísmo. Según Mariano Grondona, por ejemplo, el Revisionismo es antítesis de la historiografía liberal-mitrista y ha sido superado por una síntesis encarnada en la escuela de la Historia Social, encabezada por Halperín Donghi y Romerito, hijo de aquel Romero que fuera interventor de la UBA con la... ¡"Libertadora"!

Traemos la opinión de Grondona porque se trata de un aficionado a la historia, no de un profesional ni académico, decidido a polemizar públicamente sobre el tema en un programa televisivo dedicado a la política; de paso, mostramos la inconsistencia de la pretensión "cientificista" de los detractores del Instituto cuando critican su separación clara de "la academia", amén de que nadie tiene derecho a suponer que su futura producción vaya a carecer, a priori, de rigor investigativo, cuestión que es subsidiaria de la

aplicación principal de la Historia: su análisis e interpretación para convertirla en útil para la comprensión de los procesos históricos en curso y una correcta intervención sobre ellos, obligación ineludible de las dirigencias.

Puede verse la relación directa entre historia y política. Hay una división tajante en torno del tema y coincide con los posicionamientos políticos actuales. Son los dos proyectos de país que se enfrentaron en la historia, se enfrentan hoy y lo hacen, también, en el campo de batalla historiográfico y en el mediático. No podía ser de otra manera. Ellos reivindican a los próceres del modelo agroexportador dependiente, con complejo de inferioridad cultural respecto de Europa y prevención contra todo tufillo popular. Es un punto de vista fundamentado desde la máxima sarmientina de “Civilización y Barbarie”, donde la primera es lo europeo y la segunda lo americano. Nosotros reivindicamos otros próceres, así como los historiadores del mañana reivindicarán, algunos, a Cristina y, otros, a Carrió o a Magnetto. Triste futuro para la historiografía gorila...⁵³

⁵³ Sospecho ahora que, en realidad, la intelectualidad gorila ha pasado a evitar todo procerato. La razón es muy simple: si reivindicara personalidades, se vería obligada a hablar de ellas. Pero resulta que entonces, quedaría obligada a hablar de sus políticas. Y hay algo que el gorilaje ha aprendido en parte: no le conviene decir lo que quiere hacer con el país. Por eso llegaron al gobierno mintiendo y ocultando. Entonces, desde Roca para acá, un poco, pero sobre todo desde Mitre, no reivindican a ningún prócer. De hecho, tienen dificultades con los anteriores, aunque las ocultan bastante bien: todos los gorilas encuentran alguna ocasión para hablar de federalismo y exigirlo, pero sus próceres son... los unitarios, como Rivadavia y Mitre. Claro, esta nueva forma de la civilización (eso que oculta Grondona atrás de su adscripción a una “historia social”, sin próceres), los hace quedar como “antipersonalistas”. Pero es falso: simplemente son estafadores. Veremos si lo suben al altar de mañana a su unitarísimo referente de hoy. Seguramente no, sobre todo teniendo en cuenta que va a dejar un país destruido y un

Sin embargo –como, efectivamente, las cosas tienen matices y la dinámica socio-política ha interrelacionado históricamente los bloques antagónicos, modificando las condiciones subjetivas en favor de uno u otro proyecto a través del debate ideológico y merced a los virajes en las condiciones objetivas– han aparecido voces discordantes dentro del frente nacional respecto de la cuestión del Instituto Manuel Dorrego. (En el bloque opositor no ha sucedido lo mismo. Nadie se ha manifestado a favor de la creación del Instituto, en principio; “si alguien sabe de él, le ruego información”).

En Página/12⁵⁴, el crítico y escritor Noé Jitrik exclama desde el título de su artículo: “Instituto: ¡oh!”. Y remata en el último párrafo: “...Qué necesidad había de internarse en este campo. Será una cuestión psicológica: creer que un pragmatismo político y social que ha dado pruebas de sus logros debe descansar en un sistema de pensamiento que hay que formular porque, de lo contrario, se correría el riesgo de que se pensara que todo está regido por la improvisación. Y, modestamente, creo que no es así.”⁵⁵

Jitrik caracteriza al Gobierno como “un pragmatismo político y social”, negándole su condición ideológica, anclada en el Peronismo y en el Revisionismo como “sistemas de pensamiento” (antes había dicho que “el mentado revisionismo viene en tándem con el Peronismo”). El párrafo transluce la tradicional negación del carácter ideológico del Peronismo por parte de las escuelas de pensamiento (“sistemas”) y el prejuicio

Pueblo al que no lo van a convencer para llevarle una florcita. (N. del A., 2017)

⁵⁴ Véase diario Página/12, 26 de diciembre de 2011.

⁵⁵ Subrayado del autor.

que establece que es un mero pragmatismo que, para Jitrik, no debería “formular” un “sistema de pensamiento”, como si ya no existiera uno que le diera sustento a la acción gubernamental, política, de Cristina. Sin embargo, basta escuchar a la Presidenta para tener claro que el discurso que explicita su accionar remite a los principios del “Pensamiento Nacional” y, particularmente, al Peronismo.

Jitrik no proviene de este palo ideológico pero, claramente, adscribe, al menos en líneas generales, al Gobierno nacional, y así lo ha demostrado jugando su nombre en apoyo de Cristina. Forma parte del frente nacional, aunque no parece aceptar, según surge de su artículo, la caracterización que hasta aquí hemos hecho acerca de los bloques en pugna. Tal vez eso haga que desconfíe de una explicitación ideológica que “formule” (queda dicho: la formulación es previa) el “sistema de pensamiento” que guía el actual proceso histórico y lo coloque en la incómoda posición de apoyar un gobierno peronista que, en rigor, “reformula” su “sistema de pensamiento” a la luz del nuevo siglo.

Al respecto, Horacio González ha escrito:

“...el país tiene en debate, entre tantas otras cosas, la formas y los fundamentos de la elaboración de sus grandes textos de historia contemporáneos, esto es, su pasado en cuestión, pues no hay ninguna sociedad que conserve en absoluta quietud sus criptas ilustres ni que quiera reemplazarlas por otras simétricamente invertidas. Lo que se quiere es presentar el principio de reformulación permanente de las raíces intelectuales de todo proceso histórico, donde cada tiempo presente tiene derechos nuevos a la interrogación responsable y meditada, no

por eso sin combate. El combate por la historia, como dijo Lucien Febvre.”⁵⁶

El historiador Norberto Galasso, por su parte, declinó la invitación a participar del “Dorrego” aduciendo estar ocupado con su Centro de Estudios Históricos, Políticos y Sociales “Felipe Varela” pero enfatizando firmemente que su instituto “seguramente mantendrá posiciones distintas” a las del “Dorrego” y que lo hacía para “evitar confusiones e incompatibilidades en momentos en que la Argentina necesita la mayor claridad posible y no avanzar en equívocos”, puesto que en su propia producción historiográfica ha “tomado distancia del revisionismo nacionalista de derecha (...) y de Revolución y Contrarrevolución en la Argentina, de Jorge A. Ramos” (se refiere, lógicamente, a Jorge Abelardo Ramos; vale la aclaración porque es este segundo nombre el que identificaba socialmente al historiador de la Izquierda Nacional, y nadie lo identifica como “Jorge”; a lo sumo, con los dos nombres de pila; ojo, que hay técnicas de invisibilización en todas partes...). Y agrega: “no coincidimos en interpretaciones sobre asuntos importantes, como por ejemplo, la Revolución de Mayo, la caracterización de Rosas, Urquiza, Mitre y Sarmiento hasta diferencias políticas respecto al Golpe del 30 o al menemismo” y que

“hay enorme distancia entre saavedrismo y morenismo, entre rosismo y chachismo-varelismo’, entre uriburismo e yrigoyenismo, entre menemismo y Peronismo histórico, entre nacionalismo e izquierda nacional.”

⁵⁶ “Ironías de la historia”; Página/12, 5 de diciembre de 2011.

Respecto de la cuestión de la pureza ideológica (“posiciones distintas”, “Argentina necesita la mayor claridad posible”), digamos que no puede achacarse al Instituto Dorrego una univocidad absoluta, al menos no si observamos su listado de miembros. Y Galasso lo advierte a medias cuando dice que toma distancia del “nacionalismo de derecha” y de Abelardo Ramos. A medias porque esas dos vertientes no agotan el universo del Instituto: ¿Cómo colocar en alguna de ellas a Eduardo Anguita o a Roberto Caballero? ¿A Felipe Pigna o a Hugo Chumbita? ¿A Enrique Manson o a Ana Jaramillo? El Instituto, contra lo que digan sus detractores liberales, tiene una amplitud, según sus miembros, que garantiza el debate, justamente, sobre grandes temas de la historia acerca de los que el campo nacional y popular sostiene divergencias: la Conquista, la Revolución de Mayo y la caracterización de Moreno y Saavedra, Rosas, Roca, etc. Basta con leer la obra comparada de José María Rosa y Jorge Abelardo Ramos⁵⁷, incluso. Más uniforme es la posición (no la caracterización fina) acerca del Yrigoyenismo y el Peronismo. Y aquí está el centro de la cuestión.

Otra vez: nuestra historia es la de la lucha entre dos bloques que alternan su hegemonía, el liberal agroexportador y el nacional y popular industrialista. Estamos en una etapa de predominio político del bloque nacional y popular, que se propone, desde el Estado, promover una disputa por la hegemonía cultural, que persiste en manos del bloque liberal.

⁵⁷ La mención a estos dos autores se debe a que el Instituto Dorrego, hoy disuelto por el gobierno de Macri, había establecido dos premios para otorgar: el “José María Rosa” destinado a historiadores argentinos y el “Jorge Abelardo Ramos”, para historiadores latinoamericanos. (N. del A., 2017)

La Conducción Estratégica del bloque nacional y popular ha impulsado la creación del Instituto Dorrego para generar un espacio institucional de debate que permita entrecruzar las visiones de las distintas vertientes del frente nacional y reformular un “sistema de pensamiento” que gira en torno del núcleo peronista del bloque gobernante pero que interactúa con otras corrientes ideológicas no reactivas al Peronismo.

Traigamos a colación el argumento con que el diputado Jorge Rivas, del Partido Socialista, justifica su incorporación al bloque del Frente para la Victoria:

“En el Frente para la Victoria van a producirse las mayores disputas en torno de la continuidad del proceso de transformaciones que conduce Cristina... No creemos que nuestro rol como militantes de izquierda sea el de constituirnos en tutores o celosos guardianes del purismo ideológico, sino el de ir subiendo el listón de las demandas sociales y aportar nuestro esfuerzo para ayudar a remover los obstáculos que se oponen al avance de la clase trabajadora... es así como mejor podemos contribuir al progreso social, y no tenemos ningún temor a perder nuestra identidad, ni nuestra autonomía, porque de lo que estamos completamente seguros es de que no tenemos vocación de comentaristas políticos, ni queremos ser parte de una izquierda de culto, sino que elegimos embarrarnos en la construcción diaria de un país más justo.”

Y lo dice Rivas, que proviene de la tradición juanbejustista pero ha roto definitivamente con el gorilismo socialista que hoy

encarna Binner pero representaba, hasta mejor, Giustiniani.

El campo propio lo delimita la Conducción, que traza la línea a derecha e izquierda del frente y contiene entre ambos términos los dispositivos de acción que pone en vanguardia o retaguardia según las necesidades coyunturales, con un plan estratégico sustentado en el factor ideológico que –en el caso del Peronismo “del siglo XXI”, capitaneado por Cristina– consiste en las 5 banderas que rigen hoy, claramente, el accionar gubernamental: Justicia Social, Soberanía Política, Independencia Económica, Nacionalismo Cultural y Unidad Latinoamericana.

En definitiva, el Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano “Manuel Dorrego” es fruto y semilla de un “sistema de pensamiento” que la Argentina y la América Mestiza necesitan para la etapa actual y es por eso que la Presidenta lo crea y lo difunde junto a Hugo Chávez al asistir a la reunión de la Celac en Venezuela. Los intelectuales del bloque liberal le tienen un pánico aleccionador. Se puede participar de él (del Instituto) o no para debatir entre compañeros de lucha y con el bloque liberal. Pero, elegido el campo de Marte, el terreno para la batalla cultural-histórica, ya deberíamos saber cómo evitar el “fuego amigo”: apuntando para otro lado.

Diciembre de 2011

Parte aguas orgánico 3

Documento interno
Ante el reposicionamiento político de
Hugo Moyano
(Junio de 2012)

Tras la larga noche neoliberal, iniciada en 1955, la Argentina se encontró, en el año 2000, disgregada y dominada. Sin embargo, la resistencia a la injusticia social desembocó las Jornadas de Diciembre y echó por tierra el proyecto degradante de los entregadores profesionales. Un golpe de suerte, una sorpresa histórica, colocó al frente del timón nacional a Néstor y Cristina Kirchner, quienes, a partir de la conformación, dentro del PJ, del Grupo Calafate, aspiraban a disputar las elecciones presidenciales recién en el año 2007. Pero, en el 2003, el proyecto impulsado desde Santa Cruz, con una incipiente inserción en espacios legislativos, encontraba su hora luego de que José Manuel De la Sota y Carlos Reutemann declinaran el ofrecimiento de Eduardo Duhalde a la candidatura presidencial. Tras el triunfo de Kirchner, que obtuvo menos votos que la cantidad de desocupados que había en la Argentina de aquel año, comenzó una tarea sistemática de recuperación del trabajo, de la dignidad nacional y de la independencia económica.

Mientras el sistema capitalista mundial profundizaba una

fase de saqueo generalizado que iría sumiendo en una crisis gigantesca a los países “centrales”, la Argentina sostenía un crecimiento significativo, produciendo cada vez mayores márgenes de inclusión social.

La soberanía popular ratificó el rumbo en las últimas elecciones, refrendando con un 54 por ciento de los votos las mejoras materiales y espirituales obtenidas tras ocho años de gobierno peronista.

Las elecciones de 2011 empujaron al descrédito a los que, arrogándose la representación del Peronismo, habían transado con las corporaciones y la oligarquía. Aquel 54 por ciento no sólo ratificó el rumbo de la Nación, sino que también consolidó la jefatura política de Cristina Fernández de Kirchner en el frente nacional, en general, y, particularmente, en el Peronismo. Cristina refrendó en esas elecciones su condición de Conductora Estratégica del Movimiento Peronista y, por ende, del Peronismo, condición que fuera conferida anteriormente por el mismo Pueblo argentino –en el año de los multitudinarios festejos por el Bicentenario– cuando, tras el fallecimiento de Néstor Kirchner, en la Plaza de Mayo y dentro de la Casa Rosada, sacudía al país al grito de “Gracias, Néstor” y “Fuerza, Cristina”.

Desde la Organización Peronismo Militante vemos con preocupación cómo, a poco del triunfo electoral, se intenta reinstalar una disputa por la identidad y la conducción del Peronismo, aunque, sin dudas, es un intento que va cayendo en el fracaso.

El Secretario General de la Confederación General del Trabajo, Hugo Moyano, otrora firme defensor del proyecto nacional y popular, se erige como impulsor de esa disputa.

De sus dichos y de su marco de alianzas, según es público y

notorio, surge nítida la intención de consolidar un contubernio opositor al frente nacional liderado por Cristina, que reúna a los desprendimientos del Peronismo que han pactado con las corporaciones.

A partir de una reivindicación gremial, Hugo Moyano ha iniciado una confrontación política que se inscribe, paradójicamente, en la línea del “Peronismo conciliador”, aquél que rehúye el conflicto social. En definitiva, un Peronismo que nunca existió y que han reivindicado en los últimos años Eduardo Duhalde, Francisco de Narváez o... ¡Mariano Grondona! Un Peronismo lavado que el establishment necesita y cree poder recrear, basado en la experiencia menemista. Paradójicamente, Moyano combatió en esa etapa a los intereses que hoy lo instrumentan.

Vaya como ejemplo la reivindicación que el jefe de los Camioneros hiciera del “abrazo Perón-Balbín” y del apotegma “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”. Todo en medio de un reclamo de “diálogo” y una crítica a la “confrontación permanente”. Un posicionamiento que escatima el sentido real de las palabras de Juan Domingo Perón. Hay citas que deben hacerse completas:

“Las fuerzas del orden –pero del orden nuevo, del orden revolucionario, del orden del cambio en profundidad– han de imponerse sobre las fuerzas del desorden, entre las que se incluyen, por cierto, las del viejo orden de la explotación de las naciones por el imperialismo y la explotación de los hombres por quienes son sus hermanos y debieran comportarse como tales. Todo esto –y todos tenemos conciencia de ello– se encuentra en marcha.

*Cada día que pasa nos acerca a las metas señaladas.
Ha comenzado de este modo el tiempo en que para un
argentino no hay nada mejor que otro argentino.”*

Es decir, en el marco revolucionario del establecimiento de “un orden nuevo”, “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”, pero salvo los explotadores y el imperialismo y sus aliados vernáculos, que podemos, sin temor a equivocarnos, ejemplificar hoy con la Sociedad Rural y el Grupo Clarín, enemigos desembozados de este proyecto, que apoyaron con entusiasmo el reposicionamiento de Moyano.

El próximo 7 de diciembre se inicia el desmembramiento del Grupo Clarín, verdadero obstáculo para nuestra democracia. Toda la estrategia del grupo destinada a conformar un frente opositor neto fracasó en las últimas elecciones. Su candidato, Duhalde, resultó un fiasco. Ahora, empieza a buscarse ese “Peronismo conciliador” en el seno del frente que conduce Cristina para producir el desmembramiento que la deteriorada figura de Duhalde impidió.

Por eso, no es casual la asunción de ciertas líneas argumentativas por parte del Secretario General de la CGT, quien ha llegado a afirmar que la Argentina se recuperó de la crisis del 2001 (no de la política neoliberal) gracias a las “condiciones internacionales favorables”. Es decir, nada tuvo que ver la política económica de Kirchner y Cristina Fernández. Se trata de una despolitización sorprendente, un discurso que niega al Peronismo real –el que sacó a la Argentina del “Infierno”– el mérito de reconstruir una Patria justa y soberana, que restituye y otorga derechos y repara injusticias.

En la semana del derrocamiento pseudo institucional del Presidente paraguayo Fernando Lugo, mientras el inefable Hermes Binner amenazaba al Gobierno argentino con el ejemplo destituyente de la rosca oligárquica de la patria de Solano López y le exigía que conforme un “gabinete de coalición”, Moyano afirmaba que estamos en una “dictadura”. Otra vez la peligrosa e insólita asunción del discurso opositor más recalcitrante, sazonado con críticas no tan veladas a la política de Derechos Humanos del Gobierno y agravios personales a nuestra Conductora (que también debería serlo para el Secretario General de la CGT) y a la memoria de Néstor Kirchner. Un giro copernicano.

Hugo Moyano lideró el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA), nucleamiento gremial disidente de la CGT, cuando la política neoliberal desangraba al país con la anuencia de nuestra central sindical peronista. En torno de su jefatura, se constituyó una línea de resistencia que, una vez que Kirchner llegó a la Presidencia de la Nación, colocó a Moyano al frente de la CGT.

Más tarde, con la idea de “dar el salto a la política”, fundó la Corriente Nacional del Sindicalismo Peronista (CNSP). En un congreso de dicha organización se planteó la voluntad de que el Movimiento Obrero encabezara el Movimiento Nacional. Una delegación del Peronismo Militante asistió, invitada por los compañeros de la Juventud Sindical, y, en soledad, cuestionó esta definición, señalando que el Movimiento Nacional ya tenía Conductora: Cristina Fernández de Kirchner. Además, argumentamos que el Peronismo no es un “obrerismo”, sino un movimiento nacional policlasista de liberación, con eje (columna vertebral) en el movimiento obrero organizado.

Tal vez, este extravío doctrinario sea el origen ideológico de la disputa con la Presidenta de la Nación, cuya conducción no puede objetarse desde el Peronismo, máxime teniendo en cuenta que ha sido el kirchnerismo el que lo ha reencauzado en su mandato histórico: la lucha por la justicia social y la soberanía.

Sin embargo, el reclamo visible del Secretario General de la CGT ha sido otro: se ha centrado en la cuestión del “Mínimo No Imponible” del “Impuesto a las Ganancias”, que alcanza a los trabajadores de ingresos más altos.

Más allá de que –como se ha hecho casi todos los años desde que gobierna el Peronismo con los Kirchner al frente– este “piso” de inclusión tributaria es pasible de actualización, no puede obviarse que es una herramienta de equiparación –que impacta progresivamente según el nivel de ingresos– y de financiamiento para un Estado que impulsa políticas activas que redundan en beneficio de los trabajadores y de los humildes.

Un reclamo de esta naturaleza, pertinente pero no contradictorio con las políticas generales del Gobierno, no justifica la virulencia del gremio de los Camioneros y, mucho menos, el salto innegable de su jefe político a la oposición y la convocatoria al paro nacional, realizada en el centro del dispositivo destituyente (el canal Todo Noticias, del Grupo Clarín), y la movilización a Plaza de Mayo.

Se trata de un posicionamiento político que aísla a la conducción actual de la CGT, que ve escurrirse su “legitimidad de gestión”, al punto de que algunos gremios fundadores del MTA han manifestado públicamente su desacuerdo y alertado sobre la voluntad devaluatoria del Secretario General.

La batería de objeciones al Gobierno de Cristina, todas en

contradicción con las posiciones anteriores de Hugo Moyano acerca del proceso histórico que vive nuestro país, incluye un supuesto ataque al gremialismo. La misma Presidenta ha ratificado hace escasos días la necesidad de la unidad del Movimiento Obrero y la peligrosidad de las divisiones al interior de los gremios que alientan algunas patronales y dirigentes sindicales. Desde el año 2003 a la fecha, la sindicalización de los trabajadores no ha cesado, con el consiguiente aumento en la capacidad de reclamo sindical. La razón de este crecimiento es el modelo de acumulación y distribución asumido por el Gobierno nacional, que ha multiplicado incesantemente los puestos de trabajo.

La Organización Peronismo Militante sostiene:

- La Presidenta Cristina Fernández de Kirchner es la Conducción Estratégica del Movimiento Nacional Justicialista y del frente nacional que la respalda, integrado por hombres, mujeres y organizaciones de un amplio espectro que incluye diversas procedencias políticas consustanciadas con el proyecto de liberación nacional y social que ella impulsa y encabeza.

- El lugar del Movimiento Obrero organizado está junto a la Presidenta, para acompañar, apoyar y discutir, incluso, sus decisiones políticas, pero con la responsabilidad de comprender que los tiempos decisorios son resorte de la Conducción Estratégica.

- Los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández son inescindibles. Representan una etapa de recuperación histórica para el Peronismo –que había sido cooptado por la teoría económica neoliberal y la doctrina política del “realismo

periférico” – y, ahora, ha retomado su senda revolucionaria, la que señalaran Perón y Evita.

- La responsabilidad de interpretar las acciones de la Conducción Estratégica (Cristina Fernández de Kirchner) es idéntica para todos los componentes del frente nacional integrado por fuerzas provenientes de distintas experiencias políticas e identidades ideológicas, tanto para el Peronismo en su versión sindical, partidaria o “silvestre” como para las fuerzas, hombres y mujeres de otro signo que acompañan el Proyecto Nacional y Popular en marcha.

- Corresponde a unos y a otros aceptar, cuidar y fortalecer la unidad en la diversidad que supone un frente de esta naturaleza. Será la única forma de contrarrestar a los peligrosos enemigos internos y externos de nuestro programa de liberación nacional y social. Con el Peronismo solo no alcanza. Sin el Peronismo es imposible.

“Unidos y organizados”, llevaremos al Pueblo y a la Patria, que son lo mismo, a un futuro de realización y felicidad. Con Cristina, sin dudas.

Amor, preñez, identidad

Casi un prólogo

Alguien hace una pregunta en este libro⁵⁸: “¿Los peronistas siempre hablan de amor?” La respuesta llega desde un principio y se despliega en relatos que hablan de la Patria de hoy. Y de la Patria de siempre: esa entidad “conjugada” en femenino (si se me permite) pero con nombre de varón.

Femenina como es, la Patria no deja de resonar a “padre”. Pero es femenina en cuanto es tierra. Y, como tierra que es, resulta fecunda. Para ser henchida por los hombres, que son hombres y mujeres que la trabajan y la trabajan. El “todos y todas” que le da su única razón de ser.

Porque la Patria es Patria cuando contiene Pueblo. Y Pueblo es eso: hombres y mujeres, padres, madres, hijos, hijas. Todos y todas fruto del amor.

Mezcla de linealidad y ciclo, los hijos suceden a los padres y ellos mismos serán padres, serán madres y, siempre (pero siempre siempre) serán hermanos mientras sean Pueblo. Para eso, justamente: para tener hermanos. Hermanos en la Patria, para ser Pueblo.

Y de Pueblo y de Amor trata este libro. Historias de la calle en tiempos del Peronismo del siglo XXI. Es decir, de Pueblo,

⁵⁸ Este escrito se pensó originalmente como prólogo para el libro “Mil flores”, de Verónica Randi. Finalmente, la autora decidió publicar su obra sin prólogo alguno.

de Amor y de Peronismo. Y de Patria. Todas cosas que son lo mismo.

El Peronismo funda su doctrina en un principio de amor: la Justicia Social. Todo su edificio teórico está subordinado a este objetivo, que sólo encuentra su razón en el corazón.

Decía Eva Perón (que había sido Duarte): “Los pueblos son todo corazón”. No se equivocaba. Y así lo iba cantando mientras daba su vida en homenaje a su Pueblo y a Perón. Y así iba enseñando que el Justicialismo debía pasar por el corazón antes que por la cabeza. O por el Amor antes que por la inteligencia. Y que ese Amor era el amor por Perón. Porque ella amaba a Perón, hermano suyo en el Pueblo. Y a sus Descamisados también. Y el Pueblo, todo corazón, la amaba a ella. Y a Perón. Y, amándolos, los parió a la historia.

El Peronismo nació del Pueblo y nació de Dos. Así, con mayúscula: Dos y un Pueblo. Y, si se perdió, si se extravió, fue cuando Juan Perón, Evita y su Pueblo se desencontraron o, más bien, se perdieron unos a otros. Y la Patria comenzó a no ser. O a no parecer.

Cuando la Patria y el Pueblo —que son lo mismo— quisieron ser nuevamente, la historia les regaló una nueva trinidad. Dos y un Pueblo volvieron a encontrarse. Y a amarse.

Mucha agua pasó por este río, bajo este puente. Mucho odio entre amor y amor, desde Viva el cáncer hasta la muerte de Néstor Kirchner. Y ese día Amor salió a la calle. Y no era uno: eran Dos y un Pueblo. Otra vez.

...

La mañana en que murió Néstor Kirchner muchos argentinos sintieron la mano del miedo que los rozaba. Un

sentimiento de peligro inminente en medio de una orfandad inimaginable. De a poco, la Plaza de Mayo se fue llenando de un Pueblo que acudía a manifestar su agradecimiento al ex Presidente y el apoyo a Cristina, que se nos hacía muy sola, frente a la voracidad demostrada de una oposición irracional, reaccionaria y retardataria. Pero la afluencia popular fue tanta que tornó el dolor en algarabía. Los mismos que íbamos llegando compungidos y profundamente preocupados por el futuro argentino recobrábamos paulatinamente la esperanza al ver esa multitud dispuesta a apoyar a “La Presidenta”.

Evita dijo alguna vez que cuando ambos, “genio” y Pueblo, se encuentran las naciones realizan sus mayores epopeyas. A partir de aquel día la figura de Cristina fue agigantándose y comenzó a consolidarse una relación sin intermediarios entre “el genio” y el Pueblo.

El período presidencial de Cristina, iniciado en 2007, estuvo signado desde el principio por una invisibilización de su electorado. Muy pronto, el aparato mediático hegemónico comenzó una tarea de demolición de la legitimidad democrática emanada de las urnas. El triunfo electoral, si uno miraba televisión, oía radios o leía los periódicos, parecía carecer de sustento popular. Una paradoja en sí misma.

El traspié generado a partir del conflicto por la Resolución 125 del Ministerio de Economía –que implantaba las retenciones móviles a la soja y otros productos agrícolas– aportó las condiciones para capitalizar ese silenciamiento brutal de la base electoral del Peronismo en su versión del siglo XXI. Nadie parecía apoyar al gobierno recientemente electo, hacía poco más de tres meses, con el 46 por ciento de los votos y veinte puntos de diferencia con la candidata que

resultó segunda. Una agresividad creciente iba confinando al silencio a millones de argentinos. Sólo un pequeño núcleo resistía en las calles el embate “destituyente”.

Sin embargo, tal vez por haberse tramitado en el seno de las instituciones, el desenlace perdidoso no permitió la desestabilización definitiva que algunos sectores buscaban. Aun así, en las elecciones legislativas del 2009 no alcanzó ni con la candidatura del propio Néstor Kirchner para convocar a un electorado que parecía aborrecer del conflicto. El empate virtual implicaba una derrota simbólica monumental.

Pero a partir de entonces el Gobierno aceleró los tiempos y comenzó una carrera contra reloj para establecer una “legitimidad de gestión” que permitiera recuperar la consideración popular. Una serie de medidas revolucionarias cuyo emblema fue la nacionalización del sistema previsional comenzó a dejar claro a propios y extraños que los dos audaces que conducían el país –Cristina desde la gestión y Néstor como articulador político– estaban dispuestos a dar pelea como gatos entre la leña y, sobre todo, que el rumbo de transformaciones tendía a profundizarse.

En el camino, en pleno conflicto por las retenciones móviles, Kirchner se había convertido en Presidente del Partido Justicialista, cerrando el camino al duhaldismo, que tenía el mismo objetivo entre sus planes, y enarbolando la institucionalidad partidaria, no determinante pero sí trascendente. Sobre todo porque el Gobierno pretendía encarar para ese segundo período una disputa por el sentido del Peronismo, dejando atrás la centralidad que se le había asignado a la “transversalidad”, pero sin cerrarse al heterogéneo y amplio frente que sólo el Peronismo es capaz de

conducir en la Argentina, más propio del concepto de “frente nacional” que del de “transversalidad”. En esta última habían predominado los mascarones con exposición mediática, prolijos y presentables, casi “a-partidarios”, que aportaba el inefable Jefe de Gabinete del “primer kirchnerismo”. En el “frente”, en cambio iban a encolumnarse expresiones más de tipo orgánico, representativas de las distintas experiencias políticas ajenas al PJ, peronistas o no.

Paralelamente, ya para el año electoral, comenzó una disputa de gran envergadura, también vinculada a la construcción de sentido. Convencido de ciertas deficiencias comunicacionales que dificultaban la defensa frente al monstruo mediático hegemonizado por los voceros de la dependencia simbólica y los intereses corporativos —que se habían expresado con claridad durante el conflicto por la 125—, un gobierno que se veía en dificultades internas y externas (la crisis internacional había impactado sobre los Estados Unidos) decidió contrarrestar el silenciamiento impuesto desde el aparato comunicacional.

El nuevo frente de batalla se instaló en el seno de las clases medias. La “fase kirchnerista del Peronismo” necesitaba una política comunicacional propia. Frente al aparato mediático, ya resueltamente opositor, se colocó otro de mucho menor cuantía pero que dedicó su labor a desarticular las mentiras y revelar los ocultamientos típicos de los medios de des-información.

Iniciada esta pelea, el Gobierno y el Pueblo se dieron a la tarea de sancionar la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, destinada no sólo a terminar con los monopolios y “democratizar la palabra”, sino a diluir la maquinaria de suplantación simbólica, penetración cultural, derrotismo social y dependencia político-económica.

En definitiva, se encaró una disputa de sentido en toda la línea. Si los sectores populares ya estaban colocados en el apoyo masivo al Proyecto Nacional y Popular con eje en el Peronismo, vastas porciones de las capas medias comenzaron a expresar un apoyo entusiasta al Gobierno. Aquella suerte de represión que la parafernalia comunicacional había impuesto comenzaba a fisurarse. La presión social que ejerce la “opinión publicada” (cuando es monolítica) perdió eficacia y por todos lados comenzaron a asomar argentinos que no estaban expresados en esa nueva plaza pública que son los medios masivos de comunicación.

El despertar fue tan paulatino que no alcanzó a fructificar antes de las elecciones del 2009, pero, entre los aciertos del Gobierno y las calamidades de la oposición obstruccionista, que ni siquiera logró hacer valer su número en las cámaras legislativas, la convicción popular se acendró en el apoyo masivo al Gobierno, cosa que nadie quería ver, todavía...

Pero el 27 de octubre del año 2010 despertamos todos con una noticia trágica: Néstor Kirchner había muerto. El dolor popular se manifestó entonces de tal modo en las plazas del país, y tan masivamente en la Plaza de Mayo, que las cosas terminaron de decantar. Ya no podía ocultarse nada. El Pueblo recuperaba la Plaza y su vínculo con la política, definitivamente. La disputa de sentido en el seno del Peronismo se volcaba a favor de Cristina. La juventud mostraba las manos de abrazar y los dientes. Distintas expresiones del ancho campo nacional y popular se habían abroquelado en torno de la Presidenta.

Si aquella mañana todo era desazón, por la tarde, en la Plaza de Mayo podían verse los signos del cambio de

los tiempos. Obreros, jóvenes, ancianos, profesionales y familias se congregaban a despedir al “irreverente varón” que “vino a invitarnos a un sueño”, según reza una bella canción en su homenaje⁵⁹. Las organizaciones políticas entraban al ágora nacional y, lejos de ser miradas con desconfianza, eran ruidosamente aplaudidas por aquellos que, sueltos, habían llegado antes. Las lágrimas de tristeza se fundían con las de emocionada alegría. Algo había cambiado. Cientos de miles de argentinos mostraban su voluntad de participar en la política e incidir en ella.

Todas las historias silenciadas se congregaron allí para agradecerle a Kirchner su sacrificio y ofrecer a la Presidenta su apoyo decidido. “Gracias, Néstor”. “Fuerza, Cristina”. Y la rueda, frenada por un instante, echaba a andar nuevamente.

A partir de allí, la presencia de Cristina –que no aflojó ni por un momento– inundó la escena política. Entre lágrimas, pero también enarbolando esa alegría profunda que dan las grandes epopeyas, las grandes realizaciones. Rápidamente, Cristina validó su condición de Conductora ante las distintas expresiones políticas, orgánicas o individuales. Su figura sintetizó definitivamente a esas múltiples identidades nucleadas en torno a una jefatura peronista que marcaba (y marca) el rumbo estratégico. Y fue desenrollándose el carretel que anudó el triunfo electoral del año 2011, que sólo podía recaer en aquella que se había constituido, para el Movimiento Nacional y Popular, en Conductora Estratégica, tal la coherencia de su militancia en el Gobierno.

Una Mujer conducía el rumbo a la liberación nacional y

⁵⁹ “Elegía K”, de Hugo Fernández Panconi.

social. Un Pueblo encontraba una caudilla.

“Esa mujer” daba todo y recibía todo de su Pueblo. Todos los días, ese pueblo la amó un poco más. Y lo dijo y lo dice. Y lo canta. Y lo cuenta. Como los personajes de este libro. Como este libro mismo.

Octubre de 2012

Medios, cacerolas y batalla cultural

En el año 2001 el Corralito de Domingo Cavallo y Fernando Dela Rúa produjo un efecto de consecuencias determinantes para la historia argentina: la base de sustentación social del Gobierno radical-liberal se esfumó. A partir de entonces, la caída era inevitable. La historia se ponía en acción y de entre las ruinas del “modelo” surgiría la oportunidad de reconstituir el entramado social y el proyecto nacional.

Tras el virtual empate entre cinco candidatos en 2003, Néstor Kirchner resultaría Presidente por contraposición a Carlos Menem, quien, aterrado ante la posibilidad de una derrota pasmosa en las urnas, huyó “como rata por tirante” intentando dejar a Kirchner en la incómoda situación de carecer de la suficiente “legitimidad de origen”. Néstor iría construyendo con paciencia de orfebre la “legitimidad de gestión” que posibilitó el posterior triunfo de Cristina y estos casi 10 años de recuperación de la Patria y el Pueblo (que son lo mismo) y del Peronismo. Cristina profundizaría el rumbo hasta lograr el triunfo con el 54 por ciento de los votos, que, a su vez, otorgó una mayor legitimidad para continuar este camino.

Pero esta parte de la historia, la referente a nuestra propia fuerza, la hemos analizado muchas veces en estas columnas.

Lo que no hemos mirado con detenimiento es el desarrollo de las fuerzas opositoras, al menos en tanto organizaciones destinadas a la construcción política, salvo en lo atinente a la hostilización permanente que sus dirigentes propinaron al proyecto nacional y popular en marcha.

La mentada movilización opositora del 8 de noviembre (“8N” gustan decir los tilingos y algunos nuestros que se distraen, y hasta nos distraemos) ha tenido un componente noventista notorio. La misma elección de la imagen del “cacerolazo” remite a la crisis del 2001, es decir a los ’90, pero en su fase crítica. Todo el discurso desplegado en las calles y en los medios hegemónicos tributa a una concepción antipolítica como la que campeaba en la crisis del neoliberalismo vernáculo. La consigna “que se vayan todos”, surgida originalmente como grito de guerra para expresar que no era suficiente la renuncia de Cavallo (podemos dar fe de ello porque la consigna salió de entre los propios compañeros del Peronismo Militante durante la noche del 19 de diciembre), transmutó en protesta contra la dirigencia en su conjunto, en aquel momento. Y ahora también, aunque en un sentido algo tragicómico.

Cómico si se ve desde la perspectiva del bloque nacional: nosotros hemos encontrado conducción y ampliado la base de sustentación social (y los cuadros militantes) del proyecto que sostenemos; lo nuestro es la Política. Pero el bloque cipayo se mantiene en la antipolítica, y esa es su tragedia o, mejor dicho, la expresión de su tragedia.

Sólo la paulatina recuperación de la soberanía política realizada por el Peronismo del siglo XXI apagó aquella consigna finalmente escéptica y nihilista de “que se vayan

todos”, al punto de que nuevas generaciones ingresaron, finalmente, a la militancia, como se ve hoy claramente.

Pero eso sucedió sólo en uno de los bloques históricos en pugna, el bloque nacional, que reencontró su camino de la mano de Néstor y Cristina. Al bloque cipayo no le pasó lo mismo porque la debacle neoliberal fue, en definitiva, la suya.

Desde la instauración del voto secreto, universal y obligatorio, el bloque nacional se impuso electoralmente siempre frente al bloque cipayo (salvo, lógicamente, en la infame década del “fraude patriótico”; más adelante analizaremos el período posterior al “Proceso”). El Movimiento Nacional, tanto en su versión radical como en la (más acabada) versión peronista, ganó todas las elecciones. En el caso del Peronismo, la novedad sería el modo de constituir mayorías a partir de un frente heterogéneo, tanto por su composición de clase como por la proveniencia político-ideológica de sus distintas vertientes, aglutinadas en torno del eje puramente peronista, que iría definiéndose con el correr de los años, en un sistema no excepto de tensiones, pero que, a pesar de las dificultades, Juan Domingo Perón cabalgaba con maestría, aun en las anómalas circunstancias de los años '70. La idea de “movimiento”, proveniente del radicalismo yrigoyenista, hacía posible esa construcción de mayorías que la partidocracia tradicional ignora cómo realizar ⁶⁰. En tanto

⁶⁰ De hecho, desconoce, incluso, que el Peronismo construye mayorías a partir de la diversidad, mediante una política frentista. Por eso, hablan hoy de un “pensamiento único” cuando se refieren a la fuerza gobernante, ignorando o pretendiendo ignorar que Cristina conduce una fuerza compuesta por varias otras, que piensan distinto entre sí aunque compartan objetivos tácticos y/o estratégicos. Se trata, en realidad, de una sustitución terminológica de sentido que pretende oscurecer el recuerdo del período que ocasionó el surgimiento de esta expresión que se abrió camino rápidamente en las

“movimiento de liberación nacional”, el bloque conducido por el Peronismo echa mano de su propia diversidad para realizar su programa.

Las estructuras partidocráticas de todas las épocas carecen de tal posibilidad en el marco democrático porque su único “programa” ha sido siempre la restauración semicolonial, inspirada por el odio al surgimiento del Pueblo como actor principal, que pone en riesgo los privilegios de las oligarquías, las corporaciones y la “partidocracia”.

Tras el surgimiento del Peronismo, la vieja partidocracia, conformada conjuntamente en la expresión política del bloque cipayo, no logró nunca constituir mayorías y hacerse legítimamente del Gobierno. Pero como el bloque cipayo es antidemocrático por naturaleza, puesto que es antipopular, no dudó en (y sólo pudo) recurrir al expediente de utilizar a las Fuerzas Armadas para interrumpir la institucionalidad y retomar el control del Estado; todo en nombre de la “democracia”.

La desarticulación operada violentamente sobre el bloque nacional tras la dictadura cívico-militar de 1976-83 posibilitó el triunfo de Raúl Alfonsín, inaugurando el período de la democracia boba, o renga, o formal, que desembocaría en el triunfo arrollador del neoliberalismo. Tras el período alfonsinista, que culminó con un Estado incapaz de desarrollar cualquier política y sostenerla frente a los demás poderes internos y externos, el retroceso del bloque nacional (que se había mostrado incompetente en la década del '70)

ciencias sociales, el verdadero período de “pensamiento único”: el neoliberal, durante el cual todas las distintas expresiones políticas determinantes suscribían al Consenso de Washington. Tal cual sucede hoy en la vetusta Europa de los Zapatero y los Rajoy, los Sarkozy y los Hollande, los Brown y los Cameron, los Schröder y las Merkel.

dejó al Pueblo indefenso y carente de una expresión política coherente que aglutinara sus ansias de liberación. Pero, además, en el marco del avance global neoliberal, se produjo una derrota cultural que impuso la idea de inevitabilidad de la hegemonía financiera imperialista, que también se expresó en aquella falsedad del “fin de las ideologías”, y su correlato: el “fin de la historia”.

Derrotado este esquema por la implosión de un sistema que nada tenía para ofrecer al Pueblo, el bloque nacional se enseñoreó de la escena política.

El bloque cipayo, en cambio, no hizo más que retroceder hasta la patética expresión actual, donde su dirigencia sólo atina a escudarse en el poder mediático para mendigar una visibilidad que su propio sistema de ideas no podría garantizar más allá de su masiva pero minoritaria base histórica, conformada por los tradicionales sectores “gorilas”, secundados por la “tilinguería” desarrollada a partir del aparato cultural generado desde el triunfo decimonónico de las fuerzas liberales, unitarias y cipayas. La única fortaleza actual de este bloque es, justamente, ese aparato cultural. Por eso se refugia allí, esperando que de él surja la respuesta política que le permita rehacerse del control del Estado.

Esta condición minoritaria (aunque masiva) del bloque cipayo tiene implicancias muy serias que pueden percibirse claramente en las manifestaciones opositoras, demostrativas de un hondo desprecio por la soberanía popular, desprecio que hoy se expresa, amenazante, en la notoria aparición, a nivel continental –inspirada por las usinas de la “internacional liberal”–, de un debate supuesto entre “voto universal” y “voto calificado”. Aunque preocupante, esta idea no deja de ser un delirio. Pero

lo cierto es que, en un país que ha aprendido la importancia de dirimir sus proyectos mediante el voto popular, mientras la fortaleza del bloque nacional es la participación democrática, la única esperanza de la oposición es la desestabilización, al modo moderno de los llamados “golpes suaves” y en la línea histórica tradicional del bloque cipayo.

Por eso se expresa en las calles con consignas antipolíticas que exteriorizan la dificultad de generar –a partir de un individualismo exacerbado– dirigencias alternativas dentro del marco democrático.

Del “que se vayan todos” han pasado al “no me representa nadie”, que esconde la realidad: los representa el aparato cultural y comunicacional heredero de la antinomia sarmientina “civilización y barbarie”, dispuesto siempre, siglo tras siglo, a ver en los gobiernos populares una supuesta matriz delincencial. Se trata de una construcción ideológica “eticista” que supone que la puja es entre los “educados” y “honestos” (la civilización) contra la barbarie, compuesta por delincuentes y vagos. Es lo que expresa su consigna “soy de la mitad del país que mantiene a la otra mitad”...

La idea es vieja: negar a los sectores populares su condición de contendientes políticos para circunscribirlos a una persecución ética que, en determinadas condiciones históricas, se convierte en policial. Esto fue así contra Artigas, contra los caudillos federales, contra el yrigoyenismo y contra el Peronismo. Lo explicó bien Mitre en la carta que le escribió a Sarmiento cuando perseguían al Chacho Peñaloza: “Quiero hacer en La Rioja una guerra de policía... declarando ladrones a los montoneros sin hacerles el honor de considerarlos partidarios políticos.”

Perimida la posibilidad de golpear cuarteles, el bloque

cipayo necesita generar condiciones de zozobra que vuelquen parte de la población al desencanto y la impaciencia. Esas condiciones se generan a partir de la difusión que permite el control del aparato comunicacional, que es la versión cotidiana del aparato cultural y cuya estrategia hoy es exacerbar la “sensación de irrepresentatividad” (como tantas otras “sensaciones” destinadas a alterar los espíritus permeables a la manipulación) para generar las condiciones sociales que permitan la desestabilización lisa y llana y obstaculizar la liberación nacional y social, en general, y la derrota del aparato cultural de la dependencia, en particular, expresado hoy extensamente en la “cadena del miedo y el desánimo” instaurada por el oligopolio comunicacional.

Tras la crisis por la resolución 125, el Gobierno entendió que había llegado el momento de contrarrestar el poder mediático, para disputar la construcción de sentido en las conciencias de los sectores más permeables a ese aparato comunicacional, sobre todo aquellos que adscriben a la ideología típica de las “clases medias”, tributaria históricamente del interés oligárquico, esa ideología impuesta al “medio pelo” jauretcheano por la oligarquía que controló todos los resortes del sistema cultural y logró, así, colocar a amplios sectores medios de su lado, aun contrariando sus intereses específicos, para coaligarse contra los sectores y gobiernos populares.

El empate histórico entre los dos bloques en pugna, el ciclo de “revolución y contrarrevolución”, requiere ser superado para permitir el avance nacional en un rumbo persistente. Eso que la sabiduría popular caracteriza expresando que “cada gobierno que llega deshace lo que hizo el anterior” es, en realidad, la expresión institucional de nuestro problema

histórico: las fuerzas en pugna son antagónicas, no representan matices de un único proyecto nacional. La alternancia entre ellas es, si no imposible, fatídicamente inmovilizadora, esterilizadora. Y, como es característica del proyecto del bloque cipayo la exclusión de las grandes mayorías, su único destino posible es el fracaso permanente. Esto implica la necesidad de dilucidar la contienda emprendiendo la batalla cultural que instaure definitivamente un proyecto de carácter nacional, popular y democrático, es decir, auténticamente revolucionario.

Este es el verdadero contexto en que se da la lucha por la “democratización de la palabra”, que debe ser entendida como un paso (importantísimo) en la “batalla cultural”.

Así como la “historia oficial” construyó un “relato” que orientó la comprensión de nuestro pasado a una concepción liberal-dependiente, el aparato cultural dominante –como sustento ideológico– y el comunicacional –como constructor de “realidad” (virtual, diríamos hoy)– generan un “relato” destinado a consolidar aquella Argentina dependiente dominada por el liberalismo económico, hoy de fuerte raigambre financiera⁶¹.

⁶¹ Aquí también nos encontramos con un caso de “sustitución terminológica de sentido”. El concepto de “relato” hoy parece (en virtud de la predominancia del aparato comunicacional cipayo) referido a una supuesta construcción falaz de sentido realizada por el Gobierno o, peor y más primario, simplemente referido a un conjunto de supuestas mentiras. Sin embargo, originalmente, este término fue arrojado a la arena política por la Presidenta, para explicar la potencia mediática a la hora de “construir sentido”. La bestia comunicacional lo tomó y lo resignificó, arrebatando (como en el caso de la idea de “pensamiento único”) al pensamiento nacional una categoría sumamente útil para el análisis. Para ambos casos, está en nosotros no renunciar a esta terminología esclarecedora, tan trivializada por el aparato del bloque cipayo.

El “empate histórico” entre el bloque nacional y el bloque cipayo implica dos necesidades.

Por un lado, triunfar en la batalla cultural para disputar aquellos sectores “medios” que suelen bandearse y favorecer los intereses antipopulares, aun a costa del suyo propio. No hay que ilusionarse con depilar gorilas. No habrá gillette que alcance. Pero hay que polemizar con ellos y su sistema de ideas, para evitar el crecimiento de la “tilinguería”, disputando sobre todo las nuevas generaciones, para que no caigan en las redes del bloque cipayo, que sólo puede ofrecerles crisis y miseria.

Por otro lado, hay que garantizar la vocación revolucionaria del bloque nacional, su voluntad transformadora. Eso supone impedir que el Peronismo, que lo conduce y constituye su eje ineludible, abandone el camino revolucionario. Una sola garantía hay para eso: preservar la conducción estratégica del Movimiento en manos de Cristina Fernández de Kirchner, la capitana del barco patrio que impulsa el Pueblo con el sople intenso de su lucha ineludible.

Enero de 2013

2015: una certeza

Hablar de la sucesión presidencial en 2015 no sólo es “políticamente incorrecto” a los ojos de la mojigatería mediática y callejera, también es, hoy por hoy, un error político. De hecho, la maquinaria comunicacional está dispuesta a destrozarse a cualquiera que levante la cabeza con miras al hito electoral venidero, que está lejos, en algún sentido, y a la vez cerca, si de tiempos históricos se trata. También es una pérdida de energía, sobre todo para una fuerza que está gobernando, e incluso para una oposición que no se articula en torno de ninguna idea capaz de ofrecer un futuro al Pueblo argentino.

Pero resulta un hecho que entre la militancia y el kirchnerismo de base existe cierta preocupación por las posibilidades de continuidad del proyecto nacional y popular en marcha.

Independientemente de la impertinencia de andar buscando sucesores a esta altura del partido, puede resultar útil indagar en las razones de la preocupación existente en el campo nacional, popular y democrático, o sea, revolucionario.

Ya lo hemos dicho: Néstor Kirchner y Cristina Fernández se elevaron a la conducción del Estado por una serie de circunstancias azarosas, más allá de la construcción política

que habían realizado previamente con el Grupo Calafate, que, de hecho, aspiraba a disputar la Presidencia mucho después del 2003; como pronto, en 2007.

La vacancia dirigenal que permitió el ascenso de Néstor y Cristina persistió en gran medida durante todos estos años. De esa vacancia misma habían surgido el estallido del 2001 y su consigna de lucha devenida en escéptica: “que se vayan todos”. Esa crisis y esas Jornadas de Diciembre son, eso sí, un detonador de las circunstancias que posibilitan el arribo de Néstor a la Presidencia. Lo demás, la relegitimación de la política, fue obra del nuevo Gobierno.

El proceso revolucionario en paz que vive Argentina resultó simultáneo a otros similares en América del Sur, pero tiene una diferencia sustancial. Los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador se dieron en contraposición a la partidocracia dominante, rompiendo con todas las estructuras preexistentes. Han operado al modo clásico de los movimientos nacionales de liberación, como lo hizo aquí el Peronismo histórico, que emergió como alternativa novedosa frente a un sistema anquilosado en una dependencia nacional y una pauperización popular.

Pero, justamente, como la Argentina realizó una revolución nacional efectiva, aunque inconclusa, con un movimiento nacional a la cabeza, allá por 1945, nuestro proceso difiere de los otros regionales.

El repunte contemporáneo argentino se realizó en base a una conciencia política preexistente, fundada por el Peronismo. La etapa abierta tras la implosión del modelo neoliberal se basó en las fuerzas que habían resistido a la liberalización doctrinaria de los años '90, pero el conservatismo pernicioso del aparato partidario seguía existiendo. Podría decirse que

una importante porción del “Peronismo” había derivado decayendo a posiciones tibias o abiertamente reaccionarias.

A pesar de que Kirchner y Cristina derrotaron en las urnas los intentos restauradores surgidos de las distintas variantes políticas y, sobre todo, de las provenientes del aparato pejetista, y a pesar de la rehabilitación del Peronismo por la vía de su reencauzamiento, no han surgido de entre las filas del frente conducido por Cristina referencias con potencialidad electoral. Ese frente es más amplio que el Peronismo, pero no puede pensarse a sí mismo sin tomar al Peronismo como eje, a tal punto que, incluso, la nueva militancia está fuertemente imbuida del imaginario simbólico peroniano.

La centrifugación del poder político producida por el liberalismo durante la etapa de la democracia formal posterior a la dictadura –también liberal– desembocó en una provincialización de ese poder que se manifestó claramente en la debacle de Fernando de la Rúa y durante el gobierno de Eduardo A. Duhalde. A tal punto, que este último, finalmente, ofreció la candidatura oficialista, sucesivamente, a tres gobernadores: a Carlos Reutemann y a José Manuel De la Sota, que declinaron el ofrecimiento, y al único que se animó a ponerle el cascabel al gato: Néstor Kirchner.

Durante todo el período siguiente, hasta hoy, el *establishment* ha intentado azuzar un supuesto federalismo para reflotar un sistema de poder condicionante para el Estado nacional, desde la rebelión sojera hasta las tentaciones mediáticas a los gobernadores para que despeguen del Frente nacional y generen un esquema de contrapoder destinado a una “unidad reaccionaria” del “Peronismo” contra el gobierno de Cristina; a pesar de que hoy el Gobierno aplica

un federalismo real, distributivo. Ya lo hemos dicho: las provincias federalizaron el Estado formalmente en 1880; políticamente, esa federalización existió en dos períodos: el de Perón y el de Néstor y Cristina. Porque federalismo no es autonomía plena provincial (disgregación) sino sometimiento de los intereses del comercio exterior a las necesidades del conjunto nacional. Hoy no gobierna Buenos Aires sino el Estado nacional, que impone políticas de protección del mercado interno y la industria, es decir políticas “nacionales y populares”. Exactamente lo contrario del programa unitario decimonónico, que atravesaría el siglo XX sin modificar su liberalismo económico ni su autoritarismo político, única forma de garantizar un programa que sólo contempla a las minorías privilegiadas.

Toda la operación destinada a obtener de entre los gobernadores de “origen PJ” una salida reaccionaria al actual proceso de liberación se basa en aquella debilidad mencionada: el Frente nacional conducido por Cristina (con eje en el Peronismo) no ha conseguido generar referencias electorales que garanticen la continuidad del proyecto nacional y popular.

Sin dudas, la decisión de la Conducción Estratégica de apurar un trasvasamiento generacional está íntimamente vinculada a este problema. El vicio partidocrático (el “Peronismo” sistémico, encolumnado tras los poderes fácticos constituidos o temeroso de ellos) debe ser necesariamente neutralizado, puesto que es incapaz de sostener el actual frente nacional, toda vez que generaría un corrimiento del eje del poder y no podría sintetizar las fuerzas que sustentan el modelo político actual. Para contrarrestarlo se necesita

a la nueva generación militante que empieza a hacer su experiencia en el manejo del Estado despojada de los vicios de la dirigencia noventista, una rémora posibilista y temerosa de la participación masiva que aún pervive en los pliegues de la política nacional y se manifiesta en la virulencia del ataque opositor (político y mediático) a la militancia juvenil.

Con claridad, Cristina visualiza este problema y apuesta a la incorporación masiva de la juventud a la gestión; seguramente profundizará esta política a la hora de definir las listas, en 2013. Así, también garantizará con mayor certeza la lealtad que va a necesitar a medida que se acerque el fin de su período constitucional.

El Frente nacional se encontrará en 2015 con una coyuntura histórica de gran trascendencia. Se juega ese año la continuidad del proyecto nacional y popular en marcha. Vislumbrar las posibilidades que se abren en esa instancia es difícil, pero no imposible.

Puede decirse que existen tres alternativas para ese año, y sólo tres.

En primer lugar, muchos en el Frente que sintetiza y conduce Cristina aspiran a que ella, en tanto Conducción Estratégica, conceda la búsqueda de una reelección.

Hay distintos signos para pensar que no es la alternativa que la Presidenta imagina. Además de la visión institucionalista que traslucen su gestión, su discurso y su historia política (digan lo que digan los “democráticos”), pueden citarse sus múltiples menciones elípticas sobre el tema, que hacen entrever una negativa a esa opción. O, simplemente, puede tenerse en cuenta la necesidad humana de hacer un alto en el camino, luego de tantas vicisitudes. También podría pensarse

que la búsqueda de la (necesaria) reforma constitucional – conlleve o no la cláusula reeleccionista– es contradictoria con la inminente reforma de los códigos civil, comercial y penal, que resultarían caducos al día siguiente de la aprobación del nuevo texto constitucional, salvo que se buscara una reforma acotada sólo a la reelección, cosa difícil de realizar con los consensos necesarios para llegar a la declaración parlamentaria que la Constitución actual prevé para ser reformada, porque es improbable que las otras fuerzas políticas aporten sus votos para una reforma que los excluye sí o sí (voto mediante, lógicamente, cosa que nunca hay que olvidar) del próximo período presidencial.

La oposición teme a esta alternativa de una manera patética y levanta un hiperconstitucionalismo fetichista para contrarrestar esta posibilidad que pende como una espada de Damocles sobre sus deseos de reemplazar a Cristina y restaurar el orden neoliberal. Hay una sorda lucha entre la amenaza de la reelección y la necesidad opositora de aventar ese fantasma para apurar el inicio del desempoderamiento de la Presidenta. La necesidad de modificar la Constitución para reformular el sistema político, social y económico es otro cantar, de modo que no la abordaremos aquí.

De todos modos, nada excluye que, ante la dificultad para encontrar una jefatura que sintetice el frente que Cristina conduce hoy, el clamor popular incline a la Presidenta a buscar un nuevo mandato. *Eso garantizaría la continuidad del proyecto, al sostener a la Conducción Estratégica en el comando del Gobierno nacional.*

En segundo lugar, en caso de desecharse la posibilidad de reelegir a la Presidenta, el Frente nacional deberá aspirar a

tener un candidato que contenga sus partes constitutivas. Para contenerlas, deberá tener la venia, la bendición de Cristina. No nos alarmemos si decimos que sería un verdadero “delfín”, puesto que es Cristina la que sintetiza al movimiento nacional. Al ser ella la Conducción Estratégica de este Frente, sus partes esperarán, sin dudas, la señal que dé y se abroquelarán en torno a su candidato. Luego se verá si ese “delfín” se constituye en nueva conducción estratégica o no. Podrá ser Conducción Táctica, al menos mientras responda a las expectativas populares de continuar un proyecto que hoy sólo parece garantizar Cristina. La historia argentina tiene dos casos similares en tiempos de estabilidad institucional: el de Roca y el de Yrigoyen. Ambos retornaron a la Presidencia luego de interregnos en los cuales fueron los “grandes electores”. Roca en beneficio de Juárez Celman-Pellegrini y Roque Sáenz Peña-Uriburu; Yrigoyen dejando su lugar a Alvear. Quedan algo menos de tres años para forjar esa figura capaz de imponer un triunfo electoral. Luego la historia dirá, pero en un principio **Cristina continuará detentando la Conducción Estratégica.**

En tercer lugar, cabe la posibilidad de que el Peronismo del Siglo XXI no consiga conservar el poder, ya sea por un cambio sustancial de las condiciones objetivas y/o subjetivas, ya porque, sin la candidatura de Cristina, el “delfín” sea derrotado en las primarias o en las elecciones generales. En este caso, el corrimiento del eje del poder es inevitable, sobre todo si tenemos en cuenta la voluntad reaccionaria de aquellos que se ofrecen como “alternativa” al Proyecto Nacional y Popular. Tal la caracterización que cabe tanto a las fuerzas de oposición ajenas al tronco peronista como a

las opciones que ofrece el poder territorial de las provincias cuyos gobernadores aspiran a suceder a Cristina.

Si se diera esta opción, naturalmente el punto de acumulación del Movimiento Nacional se establecería en su Conducción Estratégica verificada: Cristina Fernández de Kirchner. En torno suyo habría que articular la estrategia de retorno al poder que la Patria necesitará para retomar el camino de justicia, soberanía e independencia. Una situación análoga a la del período de la Resistencia Peronista. Como ha dicho el compañero Joaquín Labarta, Calafate podría ser Puerta de Hierro, sólo que no quedaría en España sino en la Patagonia, lo que implicará una mayor fortaleza. Los gorilas deberían lidiar con un Peronismo cuyo líder estaría en la Argentina, en condiciones de reorganizar un Frente nacional que pronto se revelaría necesario a los ojos del Pueblo argentino.

Como vemos, más que incertidumbre, tenemos por delante un panorama preciso, fruto de años de coherencia y disposición a la lucha: en cualquier escenario puede aspirarse a conservar una Conducción Estratégica nítida que asegure la continuidad del Movimiento Nacional. Por mucho tiempo, no podrá invisibilizarse a la gran fuerza de transformación social que encarna el verdadero Peronismo, aquel que –dispuesto a aglutinar las distintas vertientes del campo nacional y popular– concentra la voluntad de los que sólo tienen futuro mientras la Patria lo tenga; el Peronismo dispuesto a aunar, motorizar y conducir a los argentinos que tienen su destino atado al desarrollo de las potencialidades nacionales; el Peronismo que no arría los principios de Justicia Social, Soberanía Política e Independencia Económica; el que

iza las banderas del Nacionalismo Cultural y la Unidad de Nuestra América. El Peronismo que amplía derechos porque recupera y amplía espacios de una soberanía fundada en el Pueblo. Porque para el Peronismo la ética primordial del poder se sustenta en la Soberanía Popular.

Nuestra única preocupación, nuestra tarea militante, será consolidar la unidad y la organización del Movimiento Nacional y Popular. Porque existe un imperativo estratégico: preservar y fortificar a la Conducción Estratégica. La solidaridad será la virtud que haga posible cumplir estos objetivos.

Habrà que exigir coherencia por un lado y, por otro, no caer en sectarismos, si queremos fortalecer el Frente nacional.

Habrà que organizar lo que Cristina conduce y multiplicar la participación popular todos los días; juntar masa crítica para las duras peleas que vienen. Porque “los ellos” intentarán (ya comenzaron) debilitar las dos puntas del proceso político que se avecina (y que también comenzó): a Cristina y a la generación que será depositaria del trasvasamiento generacional.

La Presidenta, nuestra Conductora, nos pide “unidad, organización y solidaridad”. Efectivamente, cada generación tiene un mandato: y lo cumple o lo traiciona. Pues bien, tenemos la mitad de la batalla ganada: ¡hemos decidido cumplirlo!

Enero de 2013

Cuando tuve la primera noticia de que Estela había encontrado a su nieto, pasé un rato buscando confirmarla en la prensa web. La emoción no lograba soltarse sin la confirmación necesaria. Estaba en el laburo.

No aguanté más y salí a la calle, donde mi celular tiene mejor señal. Ahí lo llamé a Pedro Sandoval⁶², mi compañero de la Organización Nacional Peronismo Militante.

—¿Es cierto, Pedro?

Y se soltó. La emoción me ocupó hasta el último centímetro del cuerpo. Tras un breve intercambio de intercortadas frases de alegría (“qué bueno, qué lindo”, y cosas así, tan simples), no quedó otra que despedirnos. Por lo menos a mí se me hacía imposible sostener una conversación sin romper en llanto. (¿Por qué será que “en llanto” “se rompe”?, me pregunto; y me contesto agregando: cuando eso pasa, uno “se quiebra”).

Siempre imaginé que era muy probable que Estela nunca encontrara a su nieto. No sé por qué. Quizás porque hay tragedias que se niegan a remitir para sostener una “perfección” miserable...

Pertenezco a una generación que se crió con la dictadura

⁶² Pedro Sandoval es, él también, como Guido, un “nieto recuperado”.

inmunda de los gorilas liberales y antipatria, esos cobardes que hacían negocios mientras manchaban (si no para siempre) por mucho tiempo al Ejército que fue alguna vez de San Martín, o de Perón.

Recuerdo con nitidez la noche del golpe del '76. Yo no había cumplido 5 años de edad y mi abuelo, en el pequeño departamento en que vivíamos con mi vieja y mi hermano, la obligaba a mi vieja a tirar al incinerador libros, discos y banderas. Salimos a una noche repleta de tanques de guerra para dormir en una casa más segura.

Tengo amigos y hermanas nacidos en esos años. No corrieron la suerte de Pedro, que ya dejó de ser Alejandro, ni la de Guido, por ahora también Ignacio. Felizmente. Pero pudo ser.

Esa tarde, cuando Ignacio comenzó a ser Guido nuevamente, caminé como loco y hablé por teléfono con los seres queridos aquellos con quienes quería compartir esa alegría rara que proviene de un dolor, de ese dolor. Hubo también a quien no pude llamar, y lo lamenté.

Hablé con mi viejo. Él no sabía nada todavía. Escuché cómo su voz se alegraba.

—¿Dónde estás?

Estaba en su laburo.

—Ando cerca.

—¿Querés venirte?

—Dale.

Desvié mi camino para poder abrazarlo.

Lo encontré en una especie de jaula de los gorilas, rodeado de compañeros de trabajo a los que nada parecía importarles el tema. Él miraba internet insistentemente, buscando las noticias sobre Estela y el Nieto 114.

No era el lugar más propicio para decirle claramente lo que quería.

Alguien dijo una boludez de esas que uno preferiría olvidar, pero que desnudan la miseria de algunas personas.

–Me tengo que ir.

Salí al pasillo. Mi viejo me llamó y se acercó caminando rapidito. Nos abrazamos. Me fui.

Dos minutos después, cosas de esta época extraña y mediatizada, le mandé el mensaje de texto que, casi, expresaba lo que quería decirle desde que supe que Estela había encontrado a su nieto:

“Querido viejo: hoy tengo una alegría que no me cabe. Se la debo a los padres que me tocaron en suerte. Por eso pasé a verte. Te quiero. Te mando un fuerte abrazo!”

Eso. Vaya uno a saber, con otros viejos, que no militaran, quién hubiese sido yo. Y quiénes Pedro, Guido o tantos otros...

Agosto de 2014

Parte aguas orgánico 4

Comunicado
Ante la denuncia de Nisman
(15 de enero de 2015)

Ante los últimos acontecimientos judiciales de dominio público, la Organización Peronismo Militante denuncia la actitud abiertamente golpista de un sector del Poder Judicial de la Nación, el más reaccionario y contrario a los intereses de la Patria y el Pueblo, pero a su vez el que hegemoniza los Tribunales, cooptados históricamente por una ideología oligárquica y cipaya, además de conservadora de los más injustos privilegios, incluidos los de sus miembros, que llegan hasta a arrogarse el derecho de no pagar impuestos en un pie de igualdad con el conjunto de los argentinos.

Hemos asistido en los últimos años no sólo a una obstrucción sistemática, realizada desde este poder del Estado contra la legislación producida por el Proyecto Nacional y Popular en marcha, sino, también, a una persecución creciente a los miembros del Gobierno impuesto por la Soberanía Popular, expresada a través del voto de los argentinos.

Ahora el fiscal Alberto Nisman, que no ha sido capaz en 20 años de aportar a la investigación más elementos que los que le brindara la CIA –agencia conocida por la falsedad de sus

informes, destinados a justificar los crímenes estadounidenses alrededor de un mundo que padece hace décadas su proyecto imperialista—, acusa a la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner de “encubrimiento” en la causa por el atentado aberrante sufrido por nuestro país, en carne de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), en 1994.

Tal temeridad de este fiscal, producida mientras el mundo debate el origen y las motivaciones del cruel asesinato de los integrantes de la revista francesa “Charlie Hebdo”, sólo puede inscribirse en la estrategia general del terrorismo de estado impulsado por los países del llamado “Primer Mundo” occidental, responsable directo, además, del surgimiento de los fundamentalismos que profundizan hoy el caos reinante en Medio Oriente y proporcionan un justificativo más para el guerrerismo estadounidense y europeo, causante de las grandes carnicerías de los últimos ¡100! años.

Los argumentos del fiscal evidencian que se pretende trazar para la Argentina una “frontera ideológica” que la someta a posicionarse, en el tablero mundial, en un alineamiento con los intereses imperialistas del mundo, contrarios a los de nuestra Nación, a todo sentimiento de justicia fundado en el derecho a la autodeterminación de los pueblos y al más elemental humanismo.

No nos engañamos: estamos inmersos en una trama de espionaje internacional e intrigas a la que no es ajeno el fiscal golpista y sobre la que mucho deberían explicar las sucesivas capas de agentes de inteligencia designadas desde el autodenominado “Proceso de Reorganización nacional” hasta hoy, y golpeadas duramente por los últimos cambios en la Secretaría de Inteligencia.

Estamos en presencia de un nuevo intento destituyente. Por eso, el Peronismo Militante advierte a la corporación judicial:

Como todos lo peronistas y los hombres y mujeres que aman a nuestra Patria y respetan la Democracia y la Soberanía Popular, defenderemos a la Presidenta de la Nación, nuestra conductora, Cristina Fernández de Kirchner, por todos los medios a nuestro alcance.

A los que pretenden un pequeño rédito electoral, imbuidos de una noción escasa de sus deberes con la Patria, les decimos también que no se equivoquen: el Pueblo argentino no acepta que lo atropellen. Una vez más serán castigados en las urnas, pero esta vez más enfáticamente, en la medida en que se contrapongan al interés nacional.

El intento de escarmentar, en la figura de la Presidenta de la Nación, al conjunto del Pueblo argentino por atreverse a buscar un camino autónomo, desprendiéndose del proyecto de las corporaciones, los buitres y el imperialismo; el intento de someter a la Argentina a los planes elitistas de esas fuerzas no tiene destino: el Pueblo argentino ya los conoce.

Por eso, convencidos de la voluntad soberana de nuestro Pueblo, convocamos a los argentinos a no ceder frente a la extorsión golpista y antipopular.

Será justicia. La Patria vencerá.

La campaña sin miedo

Crónica de una nación de pie

Cuando, a principios de siglo, desde nuestra vieja revista “Sudestada” intentábamos inteligir y explicar en clave nacional, popular y peronista el ocaso del “fin de la historia”, no faltó quien nos mirara con escepticismo; tampoco, por supuesto, los compañeros que coincidieran con nuestros planteos fundamentales. En medio de la profunda fragmentación que impuso el neoliberalismo al campo nacional, no éramos los únicos. Todos participábamos de cierta sensación quijotesca, mientras campeaba una concepción hegemónica que suponía que no luchábamos contra los gigantes del imperialismo y las finanzas sino contra simples molinos de viento producidos en nuestra alucinación nostálgica y arcaica. ¡Nos habíamos quedado en el ’45!

Persistimos, y comenzamos –ya desde el 2000– la búsqueda de lo que denominamos entonces otras “agrupaciones silvestres” peronistas que hubiesen resistido ideológicamente a la doctrina menemista del “realismo periférico”. Allí comenzaría, germinalmente, lo que luego sería esta “Organización Peronismo Militante” que hoy hemos construido en casi todo el país.

La idea de aquella búsqueda era superar la fragmentación que el neoliberalismo le había impuesto al campo nacional y

popular, aturcido por la instalación social del pasatismo y la hegemonía del posibilismo en la política.

La traición menemista había consolidado la desmovilización popular iniciada con la dictadura en 1976 y sólo cuestionada brevemente con el regreso de la democracia, pero que había llevado a una gran desilusión.

Tras la “segunda década infame”, el Peronismo quedó reducido a una confederación de partidos provinciales, expresando la fragmentación del poder nacional, que había perdido toda densidad, a medida que el Estado se endeudaba, se desprendía de sus empresas y su función reguladora, y hasta de sus obligaciones respecto de la salud y la educación, entre otras. Simultáneamente, y como “razón de época”, la Argentina, colgando inerte del carro de los vencedores de la Guerra Fría, había abandonado la voluntad de ser un actor autónomo en la política internacional. A tal claudicación la llamaron “realismo periférico”. No se trataba de asumir nuestra efectivamente real situación periférica para modificarla sino para erradicar de las filas del movimiento nacional toda “ilusión” de cuestionar la hegemonía imperialista y financiera del centro del “sistema mundo” neoliberal, unipolarizado tras la caída del bloque soviético.

Pero el imperio transnacional financiero –hegemonizado por EEUU, sus aliados europeos (más cercanos o más lejanos) y los organismos multilaterales de crédito que lo custodian– asistió en 2001, justamente en la periferia del sistema, a su primera crisis. La voracidad extractiva no había dejado tiempo para leer la máxima sanmartiniana (al fin y al cabo, la historia ya no existía), aquella que dice que “los criollos no somos empanadas que se comen así nomás, sin ningún trabajo”...

Si la historia parecía haberse detenido, las Jornadas del 19 y 20 de Diciembre encendieron la chispa que puso en marcha su motor. De a poco, a pesar del nihilismo inicial expresado en el “que se vayan todos”, su marcha se iría alimentando con el combustible imprescindible de la ideología, que tampoco había finalizado a pesar de los vaticinios.

Cuando Rodríguez Saá, al asumir como presidente interino tras la caída de Cavallo y De la Rúa, declaró una cesación de pagos que, lejos de ser una decisión soberana, se imponía por la imposibilidad fáctica de desembolsar los servicios de la deuda, una porción mayoritaria de la Asamblea Legislativa rompió sus palmas en un aplauso ensordecedor. Esa exteriorización, irresponsable quizás, expresó una realidad que había emergido incontrastable: el Pueblo argentino, paradójicamente representado en forma cabal en ese instante, no soportaba más el yugo del FMI. Poco tiempo después demostraría que estaba dispuesto a removerlo.

El 25 de mayo de 2003, luego del interinato de Duhalde y después de que Rodríguez Saá anunciara su apoyo a Menem en una segunda vuelta que éste rehusaría, Néstor Kirchner asumió la Presidencia de la Nación ante la presencia de los presidentes sudamericanos que junto a él iniciarían la etapa más efectiva de unidad de nuestra Patria Grande desde las Guerras de Independencia.

Mientras se sostenía el enfrentamiento con el sistema financiero, obligándole a asumir las consecuencias del “riesgo” que había tomado (y generado), para llegar a una quita de deuda que sería histórica, se acercaba la Cumbre de las Américas, en que debía rubricarse el ALCA, verdadero “estatuto legal del coloniaje” del siglo XXI. Corría el año

2005, y Mar del Plata sería la sede de una paliza histórica que inauguraba formalmente la entrada de Suramérica al siglo XXI. El presidente estadounidense, George Bush, tuvo que asistir, visiblemente atónito, a la demolición de los planes imperialistas para nuestro continente. El proyecto anexionista de librecambio “para las Américas” fue enterrado definitivamente, gracias a la acción decidida de Kirchner, Hugo Chávez –precursor de la unidad latinoamericana de nuestro tiempo– y Lula. Según Chávez, Néstor había sido el D’Artagnan de los Tres Mosqueteros que derrotaron al “caballerito” del norte.

Llegaría el momento de cancelar la deuda con el FMI mediante el uso de recursos genuinos del Banco Central, y terminar con el indigno monitoreo que el organismo ejercía sobre nuestra política económica. El sistema financiero comenzaba a avizorar en el gobierno argentino un peligro para su preeminencia mundial, un “mal ejemplo” que cuestionaba todos los supuestos previos instalados durante el predominio unipolar de los ’90. Renegociada la deuda con la mayoría de los bonistas, la Argentina se pondría definitivamente de pie y ahora, ya durante el gobierno de Cristina, daba su golpe maestro: nacionalizaba las AFJP y recuperaba el ahorro nacional para el manejo definitivamente autónomo de nuestra política económica.

Ya se instalaba en el mundo la gran crisis iniciada en 2008 al explotar la burbuja financiera producida por el abandono de todos los controles sobre el capital especulativo, que había colonizado a las llamadas “democracias” del centro del sistema mundial. Sobre nuestro país arreciaba la sistemática política “destituyente” comenzada con la crisis por la Resolución 125,

que pretendía desenganchar nuestros precios internos de los internacionales, sometidos a una enorme presión especulativa también, sobre todo en el caso de las commodities, productos primarios que en Argentina abundan y cuyo precio incide en la canasta familiar.

Si a los poderes fácticos les indignaba la política de Derechos Humanos iniciada por Kirchner (la famosa “grieta” se abrió para ellos entonces y desde allí vivieron “crispados”), a medida que fuimos emancipándonos del sistema financiero el establishment argentino encontró el apoyo externo que necesitaba. Ya desde la “operación Antonini Wilson” pudo verse claramente que la hostilidad hacia el gobierno nacional y popular tenía dos patas: una interna y otra foránea.

La gusanera de Miami era parte del ataque y la internacional neoliberal y conservadora operaba concertada. La SIP era su voz en EEUU; Clarín y sus aliados eran su expresión en la Argentina. Las oenegés al estilo FED (financiada por los fondos especulativos y conducida por el Tea Party) comenzaban la penetración de la política argentina y el ataque sistemático al gobierno “populista”, categoría en la que incluyen al Peronismo cuando es auténtico, y, por supuesto, a otros gobiernos de la región y el mundo cuando resultan renuentes a someterse al dictado del imperialismo político y financiero.

La finalización del mundo unipolar iba consolidándose mientras tanto, y el surgimiento de nuevos polos, la “multipolaridad” sobreviniente, modificaría la institucionalidad internacional, al punto de que el viejo G-7 dejaría paso al más ampliado G-20, que la Argentina pasó a integrar. Fue allí donde la Presidenta acuñó aquella definición, cuando iniciábamos nuestra lucha contra los hold-outs, del “anarco-capitalismo

financiero”, alertando a la dirigencia política mundial sobre los peligros que encerraba dejar el control de la economía al capital, dispuesto a hambrear a los pueblos y someter a la política a sus dictados, cosa que por ahora parece incontrastable. Paralelamente, Cristina comenzaba su prédica contra la desigualdad en la ONU, denunciando la obsolescencia del Consejo de Seguridad, que, heredado del resultado de la Segunda Guerra interimperialista, impide la resolución democrática de los conflictos internacionales. La cuestión Malvinas, en el centro de la agenda nacional, era una muestra más de la arbitrariedad de ese sistema: mientras la Asamblea de la ONU insta al diálogo, Gran Bretaña se vale de su lugar en el Consejo de Seguridad para rehuir ese mandato.

Por el camino virtuoso de la administración del comercio exterior, Argentina buscaría controlar el problema de la necesidad de divisas, en una economía que aún requiere dólares para funcionar, a pesar (y a causa también, paradójicamente) de haber ampliado su capacidad industrial. Ese mismo problema impulsó también una de las grandes nacionalizaciones del segundo gobierno de Cristina: la de YPF, que nos colocó en condiciones de aspirar legítimamente al autoabastecimiento energético y nos enfrentó una vez más con los poderes internacionales, demostrando que la capacidad nacional de resistirlos sigue intacta. Además, se iría en busca de nuevos mercados internacionales y modos de intercambio.

El cambio de época, rigurosamente observado por la Conducción, posibilitó ampliar nuestra inserción comercial en el mundo, consolidando, a su vez, la multipolaridad, toda vez que la Argentina resistía la presión “pro occidental”, digamos,

y asumía relaciones internacionales maduras, sin fronteras ideológicas, iniciando un acercamiento a Rusia y China que redundó en los amplios acuerdos firmados últimamente.

Además, el imperialismo veía con malos ojos el proceso de integración de nuestra Patria Grande. Y en la última Cumbre de las Américas, con la inclusión de Cuba en su seno –en lo que el Papa Francisco tuvo mucho que ver–, pudieron verse los frutos continentales de la voluntad soberana de la Patria Grande: si en el 2005 fue Bush el que debió aprender la lección, este año, en Panamá, le tocó a Obama sufrir otra “paliza histórica”. Nuestra América está de pie.

En definitiva, durante estos años, hemos consolidado una verdadera soberanía política a nivel interno y externo.

Pero últimamente hubo dos importantes episodios que sirvieron para mostrarle al Pueblo argentino no sólo sus enemigos externos, que ya los conoce, sino la calaña de algunos de sus aliados internos, que mostraron la hilacha impudicamente.

El primero está en el núcleo de la problemática económica mundial: a raíz del fallo del juez neoyorquino Thomas Griesa, el sector más agresivo de las finanzas inició una masiva campaña de hostigamiento contra la Argentina, buscando someterla a un pago que multiplicaría la deuda externa de una manera exponencial. La resistencia del Gobierno fue férrea y exitosa, como ya sabemos, pero no faltaron en nuestro país quienes, a nombre y cuenta de los “fondos buitres”, promovieran el acatamiento sin más del veredicto, aun a sabiendas de que eso hipotecaría el futuro argentino. Desde “Braden o Perón” que la política interna no exponía con tanta nitidez la “grieta” que separa a los nacionales de los cipayos. Por añadidura, Argentina ha instalado en el mundo esta problemática, y no

son pocos los países, tanto de la periferia como del centro, que comienzan a cuestionar la falta de regulaciones que protejan a los pueblos frente a la avaricia de los especuladores.

El segundo, en el centro geopolítico del mundo contemporáneo: se trata del affaire Nisman, herencia contemporánea del atentado a la AMIA y a la embajada de Israel en los años 90. Respecto de este episodio, vamos a remitirnos al comunicado del Peronismo Militante, emitido al conocerse la denuncia –recientemente desestimada hasta el fin de los tiempos⁶³– que el fiscal presentó contra Cristina y otros:

“Nisman, que no ha sido capaz en 20 años de aportar a la investigación más elementos que los que le brindara la CIA (...) acusa a (...) Cristina (...) de “encubrimiento” en la causa por el atentado [a la] AMIA. (...)

“Tal temeridad (...) sólo puede inscribirse en la estrategia general del terrorismo de estado impulsado por los países del llamado “Primer Mundo” occidental, responsable directo, además, del surgimiento de los fundamentalismos que profundizan hoy el caos reinante en Medio Oriente y proporcionan un justificativo más para el guerrerismo estadounidense y europeo (...).

“(...) Se pretende trazar para la Argentina una

⁶³ La evidente imprecisión de esta afirmación (“desestimada hasta el fin de los tiempos”), demuestra simplemente la arbitrariedad del sistema judicial argentino, que ha convalidado la reapertura de una causa que es en realidad “cosa juzgada”. Y, por supuesto, expone dramáticamente la existencia de aquel “partido judicial” que Cristina denunció en su momento y hoy persigue, violando el estado de derecho, a todo lo que huelva a kirchnerismo. (N. del A., 2017)

“frontera ideológica” que la someta a posicionarse, en el tablero mundial, en un alineamiento con los intereses imperialistas del mundo, contrarios a los de nuestra Nación, a todo sentimiento de justicia fundado en el derecho a la autodeterminación de los pueblos y al más elemental humanismo.

“(...) Estamos inmersos en una trama de espionaje internacional e intrigas a la que no es ajeno el fiscal golpista y sobre la que mucho deberían explicar las sucesivas capas de agentes de inteligencia designadas desde el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” hasta hoy, y golpeadas duramente por los últimos cambios en la Secretaría de Inteligencia. (...)”

“A los que pretenden un pequeño rédito electoral, imbuidos de una noción escasa de sus deberes con la Patria, les decimos (...): el Pueblo argentino no acepta que lo atropellen. Una vez más serán castigados en las urnas (...) en la medida en que se contrapongan al interés nacional.

“El intento de escarmentar, en la figura de la Presidenta de la Nación, al conjunto del Pueblo argentino por atreverse a buscar un camino autónomo, desprendiéndose del proyecto de las corporaciones, los buitres y el imperialismo; el intento de someter a la Argentina a los planes elitistas de esas fuerzas no tiene destino: el Pueblo argentino ya los conoce. (...)”

Tras la aparición sin vida del fiscal, pudo verse cómo el Poder Judicial, los medios y la política están atravesados por los servicios de inteligencia, los que, a su vez, quedaron

desenmascarados en su dependencia respecto de los servicios extranjeros, tal como había ocurrido en el caso de los fondos buitres. Unos son esbirros de los servicios de inteligencia; otros, de los servicios de deuda...

En medio de la fenomenal disputa existente en el seno del poder mundial, la Argentina se ha mostrado capaz de desplegar, gracias a la férrea conducción de una Presidenta que entiende que la política es principalmente política internacional, su propia estrategia.

El memorándum de entendimiento con Irán debe analizarse en ese contexto. La resistencia de Rusia y otros a una inminente agresión imperialista contra Siria (más enfática que el uso vigente de “rebeldes” armados por las potencias) alertó a Obama y sus aliados acerca del peligro de embarcarse en una nueva escalada de violencia en Medio Oriente. La política estadounidense de hostigamiento a Irán se morigeró y se constituyó el diálogo del “Cinco más uno” para acercar posiciones por la cuestión nuclear. En esa “ventana de oportunidad”, Cristina encontró el momento de buscar algún avance en la causa AMIA, en acuerdo con los familiares de las víctimas y las instituciones judías. Estas últimas cambiarían su posición ante la presión israelí, poco después.

Tras su derrota en las últimas elecciones, Obama inició el año legislativo advirtiendo al Congreso que vetaría cualquier iniciativa que obstaculizara el diálogo con Irán. Los legisladores, tributarios en gran parte (incluidos algunos demócratas) del Tea Party, le contestaron invitando a Netanyahu a explicar en el Congreso estadounidense “la amenaza iraní”. Una intromisión en asuntos internos verdaderamente insólita. A renglón seguido se produjeron el ataque a la revista “Charlie Hebdo”, la denuncia de Nisman

y su muerte. Si no se ve en todo esto una relación causal, por lo menos debe percibirse como contexto...

Mientras busca justicia para las víctimas de la AMIA, Argentina opera en el marco internacional fortaleciendo a la política por sobre el guerrerismo y oponiendo sus intereses con los de nuestro enemigo principal, el colonialismo financiero, que busca (y logra en gran medida) someter a los estados a sus designios. Toda la política del Likud israelí está destinada a presentar a Irán como una “amenaza global” para justificar invadirlo. La posibilidad de dialogar con el gobierno iraní cuestiona esa construcción.

La canalla internacional (buitres y guerreristas concertados) y la local aprovechan la situación para intentar colocar a nuestro país en el “eje del mal”. El Pueblo y la historia condenarán a los que hayan puesto algún interés particular o sectorial por sobre los de la Patria.

Por enésima vez, Cristina resistió a los intentos destituyentes y nos encaminamos en paz a una instancia electoral histórica en la que por primera vez desde 1928 un cambio de gobierno se realizará en un marco de estabilidad política y económica. El Pueblo argentino sabrá valorar ese logro que agiganta la figura de Cristina Fernández de Kirchner y las virtudes del Proyecto Nacional.

La Argentina ha demostrado su propia capacidad soberana. Ha construido su soberanía a contrapelo de la voluntad de los poderes fácticos internos y externos que históricamente se sirvieron de nuestra dependencia para garantizar sus privilegios.

Eso fue posible porque el Gobierno puso por encima de toda consideración geopolítica el interés nacional, sin anteojeras ideológicas pero con claridad doctrinaria, renovando la histórica

posición “tercerista” del Peronismo para operar en el marco de la multipolaridad emergente. Fue posible porque aunamos esfuerzos con nuestra Patria Grande y ayudamos a construirla.

Y fue posible, en el plano interno, porque Néstor, Cristina y el Peronismo consolidaron (consolidamos) un frente nacional con todos los sectores sociales, económicos y políticos dispuestos a enfrentar a las corporaciones, al imperialismo y a las finanzas; dispuestos a consolidar la autonomía nacional, para terminar con nuestra situación periférica, y a regirse por el interés popular, que es el de la Patria. También porque se promovió la movilización popular, fundamental a la hora de enfrentar a los sectores del privilegio, y se le dio cauce, favoreciendo el empoderamiento del Pueblo y las nuevas generaciones.

Si algo debemos cuidar en la etapa que se avecina a partir de las próximas elecciones, es ese frente, evitando un corrimiento que permita el reagrupamiento y avance de los enemigos de la Patria y del Pueblo. Nuestra obligación será cuidar a la conducción estratégica del Movimiento Nacional y Popular para que se consolide como reaseguro de la vocación revolucionaria del Peronismo –reconstruida a partir de 2003 en una profunda lucha por su sentido–, y conducción de todos los que –peronistas o no– nos sentimos sintetizados por su conducción estratégica; todos los que sabemos que Cristina es la máxima garantía del sentido transformador de la política. Como dice el tango, “no habrá ninguna igual, no habrá ninguna”. Para eso, para cuidar ese frente y su conducción estratégica, “el candidato es el proyecto”. O, dicho de otra forma, el candidato debe ser del proyecto:

“Quienes quieran oír, que oigan; quienes quieran seguir, que sigan. Mi empresa es alta, y clara mi divisa; mi causa es la

causa del pueblo; mi guía es la bandera de la patria.”

La historia no se detiene ni retrocede. El próximo Presidente, sin dudas, continuará y profundizará el camino definitivo de nuestra autonomía. ¡El Pueblo será feliz, y la Patria grande!

Mayo de 2015

Cruje la bisagra de la Historia

El año 2003 marcó el retorno del Peronismo a su cauce original: el de asumirse como nacional, popular y democrático; revolucionario, por lo tanto. La disputa por el sentido del Peronismo tuvo su capítulo de gloria cuando, bajo la conducción de Kirchner y Cristina, vencimos a la desviación neoliberal, traición de todas nuestras banderas históricas.

Tras la triste partida de Néstor, Cristina se consolidó como conducción estratégica del Peronismo, en tanto lo llevó a su punto más alto desde la muerte del General Perón, demostrando, junto a su pueblo, que el camino de la liberación nacional y social es posible.

Sin embargo, aquella disputa de sentido no ha concluido. Siempre hubo en el interior del Peronismo conducido por Cristina –casi como en ese otro que se pasó a las filas antinacionales– ciertas tentaciones “consensualistas” dirigidas a obtener el beneplácito de los poderes fácticos, tanto económicos como simbólicos.

El kirchnerismo, en tanto etapa del Peronismo, produjo un quiebre cultural que permitió construir un amplio “frente nacional” convocando a sectores que, provenientes de distintas tradiciones ideológicas, se mostraron dispuestos a acumular

junto a nosotros, “sintetizados” todos por la conducción estratégica. Tal es la mejor tradición peronista, desde que Perón surgió a la vida política en andas de los trabajadores que habían sido socialistas, comunistas o anarquistas, de las clases medias radicales, nacionalistas e incluso conservadoras populares y de los sectores nacionales e industrialistas del Ejército.

Pero esa ruptura cultural que consistió en poner la construcción del bien común por sobre los intereses sectoriales, en repositionar a la Argentina como un actor internacional soberano, en reconstruir el poder del Estado y su rol regulador de la economía y en promover la movilización popular, así como la participación política, esa ruptura no alcanzó a todos los sectores de la dirigencia. De ahí la tentación de suponer, ingenua o cínicamente, tanto da, que puede consensuarse con los poderes fácticos sin retroceder en las conquistas obtenidas con tanto esfuerzo.

Desde el Peronismo Militante, a través de nuestra prédica y de nuestros órganos de difusión, hemos bregado durante más de 15 años buscando saldar esa disputa de sentido a favor de la condición revolucionaria del Peronismo. La aparición de Néstor Kirchner y Cristina Fernández generó las condiciones para lograrlo.

Cruje la bisagra de la historia, en una puerta que se debate entre cerrarse o permanecer abierta de par en par. A través de ella viene pasando el Pueblo hacia su destino, buscando su felicidad y la grandeza de la Patria. Podrán decirnos, el *stablishment* y sus custodios, que es hora de cerrarla y que

sólo cabe optar por los distintos matices del “consenso”... con ellos. Pero los peronistas y todos los argentinos dispuestos a la soberanía nacional y popular sabemos que no es así.

Daremos esa batalla para que el Frente para la Victoria represente la continuidad de los años felices que el Peronismo ha construido junto a sus aliados imprescindibles; para consolidar la Conducción Estratégica de Cristina sin medias tintas; para cuidar el frente nacional construido con tanto esfuerzo en estos años, sin correr su eje hacia un límite difuso con los intereses ajenos al Pueblo y a la Patria, que pondría todo en riesgo.

Porque es así: “el candidato es el Proyecto”.

Seremos tigres a disposición de la Conducción. Seremos soldados de Cristina. Cien por ciento leales a su conducción estratégica. Es ella la que debe ganar para que el Pueblo venza. Y se sabe: sólo el Pueblo salvará al Pueblo.

Para que cuando el Frente para la Victoria triunfe, en octubre, sea un triunfo del Pueblo y de Cristina. Sea un triunfo de la Patria.

Y así será.

Junio de 2015

Parte aguas orgánico 5

Documento
Confederal del Peronismo Militante
(8 de diciembre de 2015)

La Organización Peronismo Militante, consecuente con la historia de lucha de nuestro Pueblo y su tradición nacional, popular y revolucionaria, ha acompañado sin dobleces ni dudas los 12 años de conquistas permanentes y reencauzamiento del Peronismo en sus tareas históricas, bajo la conducción, primero, de Néstor Kirchner y ahora de Cristina Fernández de Kirchner.

Como siempre, en esta última instancia electoral hemos militado sin escatimar esfuerzos la candidatura de Daniel Scioli, convencidos de la necesidad de continuar las tareas iniciadas en 2003 y de impedir el acceso al poder de una fuerza que conocemos desde los albores de la vida nacional: el frente oligárquico y cipayo de los importadores, los exportadores y los financistas.

La naturaleza de las dos opciones electorales que llegaron a la segunda vuelta ha confirmado una vez más la persistencia de los dos bloques antagónicos que desde el surgimiento mismo de la Patria disputan la conducción del destino argentino.

Por una diferencia mínima, el bloque antinacional se impuso en las urnas y, a poco andar, comenzó a mostrar

lo que ya sabíamos y apenas estaba oculto tras la cáscara superficial del marketing y el discurso hueco del odio irracional: el gobierno de Mauricio Macri es el gobierno de la oligarquía, las multinacionales y sus aliados. No sólo eso: una observación rápida del gabinete que se ha conformado habilita a pensar también que estamos ante un desembarco masivo de los servicios de inteligencia extranjeros.

Sin embargo, el escaso margen de nuestra derrota electoral permite pensar en una rápida recomposición del campo nacional y popular, siempre que se actúe con pericia y patriotismo. La situación actual difiere de otros momentos de retroceso histórico: contamos con una extensa organización popular y una amplia porción de sectores esclarecidos y concientes acerca de la problemática central de nuestro país; es decir, la contradicción principal entre imperialismo y nación; una conciencia que ha resistido el embate permanente y creciente, durante doce años, de los medios concentrados de comunicación, los poderes económicos, el Poder Judicial y hasta los servicios de inteligencia extranjeros y locales.

Este activo social nos obliga a una doble tarea: por un lado, a redoblar nuestro esfuerzo para sostener la participación política, sumar militancia y encuadrarla con efectividad, formándola y empoderándola, impulsando su desarrollo político; por otro, a consolidar una periferia no orgánica pero convencida, informada y contenida, incluso conducida, si fuera posible, pero sobre todo comunicada con nuestros cuadros de base, para romper definitivamente con el aislamiento en que caímos a veces en estos años, por motivos que deberemos analizar con honestidad intelectual, pero en el que mucho tuvo que ver seguramente la necesidad de

reconstruir un movimiento que había sido desarticulado en la larga noche de la dictadura, el neoliberalismo y la traición.

El último tramo de la campaña electoral demostró que existe una masa de hombres y mujeres que, “suelos” respecto de las organizaciones políticas y sociales, conforman la savia vital de nuestro gran movimiento.

Así mismo, debe quedar claro que una porción sustancial del electorado de Mauricio Macri ha sido engañada en su buena fe, gracias a una sistemática campaña de ocultamiento, tergiversación y sensibilización para la “crispación” inducida desde los medios de comunicación concentrados y destinada, primero, a la desestabilización permanente y, finalmente, a lograr el triunfo del bloque antinacional, que, sin embargo, es minoritario, como pronto se verá y surge de una lectura detenida de los sucesivos resultados electorales.

Esto no obsta a que reconozcamos que en nuestro país hace falta reconstruir y ampliar la solidaridad social para que rija definitivamente la máxima que enseña que “la Patria es el Otro”, único modo de desprendernos definitivamente de la cultura liberal, consumista y opresiva auspiciada por el centro del poder mundial, que nada tiene para ofrecer a la periferia, como no sea hambre, miseria y explotación.

La derrota electoral obliga a repensar los términos de la “batalla cultural”, que no puede agotarse en la tarea de dismantelar las mentiras mediáticas, sino que precisa de una teorización de nuestra realidad, continuando en este siglo XXI la tarea de los grandes pensadores del campo nacional: Juan Perón, Jauretche, Hernández Arregui, Rosa, Ramos, etc., etc., para revitalizar la rica tradición que nos precede, que además hay que continuar difundiendo. Pero también es

necesaria revertir la dependencia simbólica y fortalecer una cultura nacional y popular, autocentrada para poder ser, si se quiere, universales: trayendo a José Hernández, a Homero Manzi y a tantos otros hacia nosotros, pero también, y sobre todo, impulsando a quienes hoy producen esa cultura que no ha perdido su raigambre y carece de los canales de expresión necesaria. Esa doble tarea es ineludible si queremos liberar definitivamente a la Patria y construir una cultura humanista para abolir el predominio del capital sobre los pueblos.

Si ningún análisis político puede prescindir del punto de partida que significa una derrota por escasísimo margen, tampoco será conducente si no toma en cuenta la impresionante e inédita movilización popular del 9 de diciembre, cuando cientos de miles de manifestantes expresaron su agradecimiento a la conductora del Movimiento Nacional en su último día como Presidenta de la Nación.

Éste es el dato central de toda acción política para la construcción de una oposición efectiva al Gobierno entrante y no pasa desapercibido para nadie, aunque se intente imponer mediáticamente la noción falsa del “fin del kirchnerismo”, reiterando la estrategia intentada durante 12 años: separar artificialmente kirchnerismo y Peronismo, para facilitar el triunfo de la reacción.

En esa estrategia se embarcaron algunos dirigentes desgajados del tronco peronista y entregaron en bandeja el país —a pesar de nuestros esfuerzos y también, seguramente, a raíz de los errores que hayamos cometido— al antiperonismo más rancio, a los enemigos históricos del pueblo argentino, a los servidores internos del colonialismo, forzándonos primero a ir a segunda vuelta y trabajando en ella contra la candidatura del Frente para

la Victoria, la herramienta electoral frentista vertebrada por el Peronismo, en la línea de su mejor tradición histórica.

El establishment y el macrismo, casi lo mismo, pagan ahora los servicios prestados creando la fábula del surgimiento de un “Peronismo republicano” (mientras se nombran ministros de la Corte y se anulan leyes por decreto) supuestamente apto para la vida democrática.

Un gobierno que más temprano que tarde empieza a mostrar su profunda raíz antipopular –generando una crisis que, igual que en 1955, pretende “predatar”, responsabilizando de ella a la gestión de Cristina Fernández de Kirchner– precisa la construcción de una alternancia que garantice las directrices principales asignadas por el imperialismo a nuestro país: el sometimiento al anarco-capitalismo financiero, el alineamiento internacional de la Argentina en el eje EEUU-Europa, el reencauzamiento de nuestra política regional hacia la Alianza del Pacífico y el ingreso en nuestro país de los servicios de inteligencia extranjeros (tan desplegados hoy por todo el mundo), en general, y de la DEA, en particular, con el eufemismo de la “lucha contra el narcotráfico”; es decir, el ingreso definitivo del propio narcotráfico a nuestro país, lo que permitiría no sólo establecer un estado policial sino, también, generar una inestabilidad permanente, nuevo método para el control de las naciones “díscolas”.

Naturalmente, en el plano interno, se busca garantizar también los intereses de los exportadores y los importadores, así como del alto empresariado, cuyo destino no está atado al desarrollo y consolidación del mercado interno.

La consolidación brusca de la concentración mediática facilita esta tarea pues no sólo invisibiliza a la fuerza política más

dinámica y extendida del país, la que conduce Cristina, sino también intenta disciplinar con la amenaza de la “muerte civil”, la desaparición en los medios de comunicación, a aquellos que se opongan a esta estrategia de re-domesticación del justicialismo.

Advertida la estrategia del bloque cipayo, del campo antinacional y antipopular, y establecido el punto de partida de nuestra propia fuerza, queda explicitar las líneas principales de acción para el campo nacional y popular.

- En primer lugar, la Organización Peronismo Militante ratifica que, desde el mismo 10 de diciembre de 2015, se constituye –junto al a las organizaciones políticas y sociales consecuentes con nuestra historia de lucha y leales al Proyecto Nacional y Popular– como parte indisoluble de la oposición política lisa y llana al nuevo gobierno nacional, representativo de los más oscuros intereses.

- Esta Organización reivindica ahora y siempre los más de 12 años transcurridos desde el 25 de mayo de 2003, cuando se comenzó a gobernar nuevamente para el Pueblo y la Nación, que son indisolubles, en la línea histórica del Peronismo del '45 y todas las formas que asumió el Movimiento Nacional desde San Martín hasta hoy.

- El Peronismo, lo hemos dicho en reiteradas oportunidades, es la columna vertebral del gran frente político que reconstruyó la Patria tras el fracaso (siempre inevitable) del liberalismo y su modelo de sumisión nacional y exclusión social. Aun más: es su cabeza, pues aporta el marco conceptual para la liberación nacional y social y una cosmovisión todavía no sustituida, plenamente vigente para la realidad actual, más allá de algunas particularidades epocales.

- Nuestra Organización abocará sus esfuerzos a garantizar que

el Peronismo continúe en la senda de la liberación nacional y social. Para ello, no deberá cerrarse sobre sí mismo sino honrar la tradición frentista señalada por su fundador, Juan Domingo Perón, y retomada consecuentemente por Néstor y Cristina.

- El frentismo peronista se expresa hoy en el Frente para la Victoria. El Peronismo Militante bregará para que el Partido Justicialista, una vez renovadas sus autoridades, ratifique su compromiso con esa herramienta electoral, a la cual vertebró, y que posibilitó el reencuentro nacional entre quienes, desde diferentes tradiciones políticas, anhelamos la construcción de la justicia y la independencia y nos comprometimos a recorrer juntos ese camino hacia un futuro de felicidad y grandeza.

- El Partido Justicialista, que irá a elecciones internas el próximo año, debe delimitar claramente el campo de la traición. Los que facilitaron el triunfo del antiperonismo, de los cipayos y la oligarquía ya se fueron del Peronismo. Nada tiene que hacer entre nosotros. Pertenecen al campo antinacional, y allí deben quedar los Massa y los De la Sota, donde los reciben gustosos, como puede verse fácilmente.

- El Partido Justicialista es, sin embargo, una fuerza heterogénea y esa es una riqueza que nunca debe perderse. Pero sólo es leal a sí mismo si lucha por la Justicia Social, la Independencia Económica y la Soberanía Política. Quienes renegaron de esos principios, ya se fueron. Son los que se aliaron al poder concentrado mediático y económico. Son los que militaron primero contra la presidencia de Cristina y últimamente contra la candidatura de Daniel Scioli.

- La interna del Partido Justicialista deberá ser amplia y limpia. Para ello es necesaria la depuración de sus padrones electorales y, también, la reapertura de la afiliación masiva,

libre y sin trabas burocráticas, para posibilitar el ingreso a la vida partidaria de las nuevas generaciones de peronistas, que ya garantizan los próximos nuevos 50 años de Peronismo.

- El Peronismo Militante reafirma una vez más la necesidad de la Unidad Latinoamericana y el Nacionalismo Cultural, en un pie de igualdad con las Tres banderas históricas del Justicialismo.

- La conductora estratégica del partido Justicialista, del Peronismo y del Frente para la Victoria es Cristina Fernández de Kirchner.

- No es posible construir una oposición coherente al gobierno liberal sin reivindicar la “Década Ganada”. No es posible consolidar una fuerza que rápidamente ponga a la nación a resguardo de los ataques que ya sufre en manos del nuevo gobierno si no defendemos a rajatabla los 12 años de conquistas, en general, y a Cristina en particular. Por eso ella es el blanco preferido en la tarea sistemática de desprestigio que los medios, el stablishment, el Gobierno y los traidores han emprendido.

- No es posible recuperar el centro de la escena política sin ese sustento vital que se manifiesta en cada rincón de la Patria, sin esa base con la que hoy cuenta nuestro movimiento, evidenciada en aquella plaza del 9 de diciembre: se ha producido un vínculo amoroso indisoluble entre Cristina y nosotros, el Pueblo. Como Perón y Evita, Néstor y Cristina han ingresado para siempre al corazón de nuestro Pueblo.

Al ritmo de ese corazón late el Peronismo Militante.

Patria sí. Colonia no.

Con Cristina, sin dudas

Santoro y los miedos

Publico aquí unos conceptos vertidos originalmente a modo de “posteos” en Facebook, tras conocer el artículo de Daniel Santoro titulado “Demasiado tarde para el PJ y demasiado pronto para la unidad”⁶⁴.

El temario de esta “polémica” (unilateral) tuvo profunda incidencia en el seno del Peronismo durante los últimos meses⁶⁵. Una visión sectaria se expandió entre algunos de nuestros intelectuales y dirigentes después de la derrota electoral de 2015, pero también, incluso, durante la campaña. Una tentación “pan-peronista”, un deseo difuso de “volver a la Lista 2”, en definitiva, una idea de unidad sin diversidad (¡y sin programa!), un desprecio por el concepto de “frente nacional” se apoderó de algunos sectores. En aras de la necesaria unidad del campo nacional y popular, muchas veces uno dejó correr las diferencias, para no abonar rupturas indeseadas. Sin embargo, en los últimos tiempos, a mi entender, se ha vuelto imprescindible señalar que esa línea

⁶⁴ <http://revolucion-tinta-limon.blogspot.com.ar/2016/04/leo-y-difundo-al-pintor-peronista.html>

⁶⁵ En abril de 2016 se realizaron los “posteos” mencionados y en agosto del mismo año se publicó esta “nota” en la red social “Facebook”.

de pensamiento para la acción es absolutamente inviable para el triunfo de una política nacional y popular o, incluso, estrictamente peronista o justicialista. El ariete empleado ha sido (progresivamente en mayor medida) la negación de la condición de conductora de Cristina Fernández de Kirchner. De todos modos, y por suerte (algo de eso hemos discutido en una nota anterior) cada vez más, esa línea va quedando vetusta y evidentemente errónea. El discurso dominante en el artículo de Santoro, a mi juicio, ha fungido de justificativo para las tendencias rupturistas del bloque nacional en todas sus formas. Es una perspectiva que hizo escuela y, claro, daño. Quedará, finalmente, en el olvidado cajón de todos los miedos de los corazones marchitos y las mentes intimidadas.

Obviamente, para sacar provecho del siguiente artículo (en caso de que lo tuviese) es fundamental leer la nota de Santoro.

...

“No hay conducción”⁶⁶ es lo primero que Santoro quiere decir, y es a lo que se reduce en realidad todo su discurso, así como el de tantos que dedican su tiempo a defenestrar la movilización popular que todos los días da vida a la política en el campo nacional y popular.

Es notorio y triste el desprecio (a veces menos velado que en Santoro) contra el fenómeno de compromiso que (empezó para el ballotage) aún persiste, dinámico (ya que Santoro dice que **“nadie administra la economía de fuerzas”** y que, **“como un dínamo, la energía militante se derrama”**) como ninguna otra

⁶⁶ “No hay conducción, nadie administra la economía de fuerzas, como un dínamo, la energía militante se derrama y provoca una catarata de hechos, movilizaciones, encuentros y charlas a las que acuden multitudes, es un activismo que entusiasma y apenas al mismo tiempo.” Daniel Santoro, Op. Cit.

cosa en la escena de la política popular actualmente.

Se aduce tener en cuenta el principio de economía de fuerzas, como si los encuentros en las plazas, más o menos masivos, fueran algo tan distinto a lo que habitualmente hacemos los militantes de cualquier fuerza: concurrir una y otra vez a actividades en las que se habla de nuestra realidad, de nuestra historia, de nuestro futuro. Nadie supone que una “plaza del pueblo” (uno de los formatos, nada más) equivalga a intentar un 17 de Octubre. Por eso, todas las actividades realizadas en todas las plazas no lograron hacer mella en la capacidad movilizatoria que se demostró el 24 de marzo⁶⁷.

Se desprecia, en realidad, la nacionalización de los sectores medios operada en el período kirchnerista del Peronismo y, por lo tanto, el acercamiento de esos sectores al Peronismo. Se acusa de no ser peronistas, o no lo suficiente, a personas que se van acercando a nuestro movimiento seducidas por la “década ganada”. En nombre de una pureza “anti-progre” –que supone que se es progre si se es de clase media y peronista si se es trabajador– se neutraliza el acceso al movimiento nacional de miles de argentinos. Son compañeros que han comenzado por amar y, por lo tanto (si Santoro y su camarilla se lo permiten) serán peronistas como debe ser: iniciándose por el corazón. Claro: salvo que los andemos señalando. Y entonces diremos: fuera Mugica del Peronismo, fuera Walsh, fuera Hernández

⁶⁷ Las actividades masivas que se conocieron como “plazas del pueblo” (algunas con ese nombre propio, yo tras no) comenzaron a realizarse apenas producido el recambio institucional del 10 de diciembre de 2015, con gran éxito de convocatoria. Eso no obstó a que la movilización por el Día de la Memoria, el 24 de marzo de 2016, fuera verdaderamente masiva, así como luego lo fue el acto con el que Cristina reapareció, a la salida de los tribunales de Comodoro Py, el 13 de abril de ese año.

Arregui, fuera Solano Lima (no estoy tan seguro porque me parece que hay algo de “antiizquierdismo” como enfermedad infantil del Peronismo), etc. Probablemente acusemos a Perón de no ser peronista de la primera hora porque estuvo en el golpe de Uriburu contra Yrigoyen (y todos sabemos que el Peronismo es heredero del Yrigoyenismo) o acusaremos a Evita de haber sido actriz antes que abanderada de los humildes...

Por lo menos, si no tenemos esa vocación de decirle a los que nos acompañan en la lucha que “peronistas somos todos”, deberíamos comprender que además del “partido” y el “movimiento”, existe algo que denominamos “frente”, y no dedicarnos tan metódicamente, día a día, a romperlo. Y no nos quejemos si después no son peronistas. Porque pienso en ese que venía acercándose al Peronismo gracias a que lo vio en acción entre el 2003 y el 2015. Ese que dudaba y se convenció de que había que afiliarse “para garantizar que el PJ integre el FpV”. Ese que ahora ve que se formó un bloque que se autodenominó “Justicialista” y eso se hizo para garantizar el triunfo buitre. Ése, si se afilió, ¿está tan contento de haberlo hecho? Encima resulta que todo el tiempo se lo señala y se lo excluye de la condición peronista. ¡Por favor!

Viene a cuento: la misma noche en que participé junto a Silvia Mercado (contra ella) en un programa radial que proponía un debate político, ella dijo, republicana y acusatoriamente, que el Peronismo era un fascismo y que ella estaba afiliada al PJ. ¡Las dos cosas! Claro, lo último no lo dijo al aire. Pero es sólo cuestión de chequear el padrón, ése al que algunos gobernadores custodian con más eficacia que al interés de la Nación... ¿Alguien vendrá a decir que Silvia Mercado tiene más derecho al Peronismo que esos

“empoderados” aparentemente despreciados?

Se desprende del artículo de Santoro que los que no nos provocarán tanto ruido en su condición de peronistas serán aquellos que –porque **“hay un territorio para gobernar, y el ‘resistir con aguante’ no es una buena consigna cuando se trata, esencialmente, de pagar los sueldos”** y gracias a su supuesto pragmatismo (su superior sapiencia en materia de asuntos de Estado)– muestran su Peronismo también pero, en vez de hacerlo abriendo el corazón, abren otra cosa. Total, no son ellos los que sentirán dolor. Todo un argumento que se desmorona cuando se ve que ni Pichetto ni Perotti (por decir) tienen responsabilidad gubernamental en sus provincias. O cuando se ve el voto de los senadores chaqueños⁶⁸.

De hecho, Pichetto no se caracterizó por garantizar la gobernabilidad ni siquiera cuando el gobernador de su provincia compartía con él el FpV y Cristina (la conducción, digo, para los supuestos ortodoxos) le pedía que no hiciera tanto internismo y respetara la institucionalidad.⁶⁹ ¿Se

⁶⁸ Tanto Eduardo Aguilar como la gran compañera María Inés “Marín” Pilatti Vergara, ambos del Frente para la Victoria, que gobierna la provincia del Chaco, votaron en contra del “acuerdo” (en realidad una rendición incondicional) con los fondos buitres.

⁶⁹ Alberto Weretilneck fue electo Vicegobernador de Río Negro en 2011. El candidato a Gobernador fue Carlos “el gringo” Soria, quien a los pocos días de asumir fue asesinado por su esposa. Weretilneck, proveniente del Frente Grande, carecía de sustento político. Miguel Pichetto aprovechó la situación para comenzar contra él una lucha no demasiado subrepticia, a pesar de los reiterados pedidos de la Rosada para que garantizara la institucionalidad de su provincia. Weretilneck, finalmente, se recostó sobre el Frente Renovador, de Sergio Massa, resultando el primer gobernador en sumarse a ese armado. Cuando llegaron las elecciones de 2015, Pichetto obtuvo el 33,94 por ciento de los votos, y resultó derrotado por el 53% de Weretilneck. Tanto el Gobernador como el Senador son hoy buenos amigos

entendió?: le pedía por la gobernabilidad de un distrito propio. Por cierto, fue esa una política que lo llevó a una derrota en la que comprometió las posibilidades del mismo Scioli. También digo eso para los cultores de esa especie de “Peronismo macho” según el cual sólo se es peronista si se gana, porque como decía el primer spot de campaña de Scioli, “es peronista ganar”... Y entonces habrá que estar con el que gana. ¡Si hasta le hizo un monumento a Perón! No es ni siquiera pragmatismo, eso. Apenas califica como exitismo.

Para colmo, parece que tenemos que despreciar a los cientos de miles de personas que buscan romper el cerco informativo mediante el uso de las redes sociales, particularmente a los de “Resistiendo con aguante”. Se sabe: si dicen “resistir” deben ser gorilas... Ah, no... Bueno, pero el “aguante” es cosa de la cancha, y eso es la barbarie, de la que estamos en contra... ah, tampoco. Resulta que somos muy iluminados y decimos que son unos giles, que “militan en Internet”. Entonces, si se organizan y salen a la calle y vienen a los plenarios del Frente para la Victoria los miramos torcido y no nos damos cuenta de lo que vemos ante nuestras propias narices: ese compañero que vemos cara a cara no está atrás de una computadora sino frente a nosotros. Y hay que reiterarlo porque sucede así: hay compañeros que los están viendo cara a cara en un encuentro militante y ¡10 minutos después! te hablan con desprecio de los “ciber militantes”. Y entonces el “ciber militonto” (¿en qué te han convertido, Daniel?) nos dice (lo oí en el plenario del FpV en la UTN de Avellaneda): “dejemos de hablar que hay que ir al territorio; el territorio somos nosotros; yo estoy en el territorio;

del presidente Macri, mientras Río Negro, como todas las provincias, sufre el ajuste neoliberal. (N. del A., 2017)

estoy en mi casa, en mi barrio, en mi laburo”. Sí, eso lo dijo uno de Resistiendo con Aguante. Y lo dice, pero al minuto hay alguien, un destacado militante, peronista en serio, que dice que “estos tienen que salir de la computadora”. Lo repito porque parece que a muchos les cuesta ver lo evidente.

Es miedo. Miedo a lo nuevo, a lo desconocido, a lo que pone en movimiento la realidad.

Y, por otro lado, dónde, si no en las redes sociales (tan limitadas como cualquier herramienta), va a expresarse el hombre del común, cuya voz no va a oírse en los grandes medios porque es kirchnerista. Pero resulta que “resistir con aguante no es una buena consigna cuando se trata, esencialmente, de pagar los sueldos”. Lo dice el hombre que enseñó que el Peronismo es una utopía de lo ya realizado, una paradoja que nos convoca a un sueño que alguna vez fue realidad.

Es que algunos parecen preferir que esa utopía quede anclada en el pasado más remoto posible. ¿Para qué referirnos a algo que sucedió, sucio e impuro, hasta hace 3 ó 4 meses, si podemos lustrarnos con un pasado clásico, bello e inmaculado; lo suficientemente lejano como para que yo (que soy veterano o culto, cultísimo) lo conozca pero “estos recién llegados” no? No creo que sea necesario continuar con la ironía...

Entonces, claro, como no son todos “peronistas de Perón” (“y un poquitito de mí”), no tenemos nada. Y hay unos delirantes que no entendieron nada (deben ser los progresistas, deben ser) y caen en el peor pecado: **“el 48.5% de los votos obtenidos en el ballottage es tomado más como una ‘casi victoria’ que como la penosa derrota que en realidad fue”**.

Contradigo: no ha sido penosa la derrota. Penosas son sus consecuencias.

Efectivamente, no existe la casi victoria. Se gana o se pierde. Pero no es lo mismo perder contra Maggy Simpson que perder contra Mike Tyson. No sé Santoro, pero yo me mido también por la talla de mis enemigos, y pretendo que así se mida el Movimiento Nacional. Y las últimas elecciones no sólo las perdimos por nuestras miserias internistas, que existieron y, como se ve, existen, sino también contra los medios concentrados, la oligarquía, la patria financiera, los buitres, la CIA, el Mossad, EE.UU. e Israel, el Partido Judicial y no me quiero olvidar de nadie...

¿O no? ¿O no perdimos contra todo eso?

Despreciar ese insuficiente pero amplio 48,5 por ciento es el primer paso para justificar en el Congreso el voto contra el mandato electoral. Es lo que hicieron los Bossio y los Pichetto. Pero todas las mayorías que construyan en el Congreso nunca tendrán correlato en lo electoral; tener claro eso es la clave de cualquier construcción política.

En todo caso, tras 12 años de gobierno, perder porque no logramos convencer a menos de 150 mil personas tiene que convocarnos a la esperanza. Porque sobre esa base construiremos el triunfo futuro.

Sumada esta última frase a la anterior, sólo falta señalar que **“se suelen retomar con entusiasmo frases del viejo alfonsinismo, últimamente se lo citó (corrigiendo a Perón) diciendo que si la política sólo es arte de lo posible, entonces termina siendo el arte de la resignación”**.

¡Listo! Ahora sí. Todo a la coctelera. Parece que algún guarango lo corrige a Perón. Porque resulta que porque Perón hace una cita eso agota la definición que hace de la política. ¡Vamos! ¿Era Perón un posibilista?

Esta frase esconde algo de lo que, finalmente, Santoro, bien mirado, se vanagloriará: la resignación. Supone que “para gobernar” sólo es posible (ya volveremos sobre el tema de “lo posible” y la política) mirar el debe y el haber, porque el objetivo es pagar los sueldos... ¿Pero cuántos sueldos? Es decir, gobernar ¿no es “crear trabajo”? Cuando Perón dice eso, ¿no cuenta? Santoro sabe que sí. ¿Para qué olvidarlo? Entonces, ¿la política es “arte de lo posible” solamente? Santoro sabe que no. Y Santoro sabe que el posibilismo es la fase activa de la resignación. Una fase de contra-acción, de in-acción, de status quo, de reacción. Porque, ya lo sabemos, cuando no avanzamos terminamos por retroceder. Pero como la dijo Alfonsín, es gratis –desde un Peronismo impoluto– pegarle, y evitar hablar en profundidad del tema. Y, de paso, se impacta sobre un sector no peronista del frente que Cristina conduce, esté allí Santoro (ya sea el “irrompible” o el nuestro) o no.

Y entonces nos dice que “se pelea una y otra vez una batalla que ya se perdió”, “como si nadie abandonara su puesto de lucha, ni siquiera para tomarse el tiempo y el espacio para la lógica autocrítica”. ¡Ya se perdió, dice! Chocolate por la noticia. Sabe Santoro que todos sabemos que perdimos. Por lo tanto, ¿para que el énfasis? ¿Para forzarnos a la “resignación”? Esperemos que no; más bien, parece que lo hiciera para señalar mariscales de la derrota: “nadie cree tener la necesidad de dar un paso al costado, muchos, en cambio, creen haber sumado a esa ‘casi victoria’, e incluso buscan un reconocimiento”. Son estas afirmaciones que se comprenderían más con nombre y apellido, pero tendrían el inconveniente de llevar al máximo el internismo. Para colmo, es una más de las “autocríticas del otro”. Abundan quienes llaman “autocrítica” a criticar a los demás. Raro es, en cambio, el

ejemplo de compañeros que dirijan la autocrítica a sí mismos...

Pero, entonces ¿Esa es la autocrítica? ¿Se queda en señalar a los que siguen luchando como mariscales de la derrota aferrados a su puesto (¿de lucha!), en vez de resignarse de una vez y dejar paso... a quiénes? No, la “autocrítica” de Santoro llega más lejos:

No se entiende si se refiere a Alfonsín o al kirchnerismo cuando dice Santoro que **“no entendió que la política es siempre el arte de lo posible, para lo imposible está el Mayo Francés o el atolondrado ir por todo”**. Pero, en todo caso, se paga aquí el tributo completo. Primero a la zoncera (¿qué importa si la repitió Perón? ¿quién no la usó?) “la política es el arte de lo posible”. Es una frase que puede parecer inteligente, toda vez que nada que sea imposible es factible. El problema es que en toda “definición” debemos procurar no significar ninguna otra cosa más que aquella que se define, puesto que para definir hay que delimitar con precisión el objeto en cuestión. Toda actividad humana –no sólo la Política– es “arte de lo posible”; todas las ciencias lo son. El “arte de lo imposible”, a todas luces, sólo podría ser atributo de Dios, aunque Santoro se lo atribuya –dándose el lujo de llamar “atolondrada” a la mujer que condujo las más grandes transformaciones desde 1955– al Mayo Francés y a Cristina por igual.

¿De qué hablamos cuando hablamos de “lo posible”? Habitualmente se trata de convencernos de que nada que no sea lo que “naturalmente” deriva de la situación determinada en que se vive es “posible”. Así, dejan de contar la “voluntad” de cambiar las cosas y las “ideas” acerca de cómo éstas deben ser. Podríamos discurrir largo sobre esto, pero hagámosla corta: para el Peronismo la política es el arte de hacer posible lo necesario para realizar la Justicia Social. Ya lo dijo Evita:

“Hay una sola cosa invencible en la tierra: la voluntad de los pueblos. No hay ningún pueblo de la tierra que no pueda ser justo, libre y soberano. ‘No podemos hacer nada’ es lo que dicen todos los gobiernos cobardes de las naciones sometidas. No lo dicen por convencimiento sino por conveniencia”.

El otro tributo que se está pagando aquí es a la construcción de sentido, al relato de los enemigos del Peronismo (o, según la sistematización que ofrece Santoro, del kirchnerismo tan sólo). Aquello de “vamos por todo” surge a partir de una expresión de Cristina en un acto (20 de junio de 2012), poco después de la nacionalización de YPF, que había dado impulso nuevamente al campo nacional y popular. Esa expresión enfureció al *stablishment* y el Grupo Clarín y La Nación dedicaron días a hablar de ese tema. Ahora despotrica también Santoro, y nos explica que eso no es peronista y chicanea con que **“Perón aclaraba que el arte está en saber negociar y preservar lo importante para uno, ese 50% que hace la diferencia”**. Eso no pasa de chicana. Tanto como decirle a Santoro que la nacionalización de YPF se hizo en un 51%, algo así como esa mitad que “hace la diferencia”...

“Ir por todo” —como en la arenga esperanzada de Cristina— no es peronista, para Santoro. Ir por nada o hacer política para “pagar los sueldos” parece que sí.

Sin embargo, sin avanzar, se retrocede; como sucederá gracias al acuerdo buitre avalado por los que sólo vieron un problema de caja, y no una cuestión de independencia económica y dignidad nacional.

¿Entiende lo que le digo, Fulano?

Se habla mucho sobre Cristina, pero se la escucha poco o mal, como siempre.

Los adalides del Peronismo macho, los que se espantan por el frente que incluye sectores “progres”, los custodios de la pureza peronista, los cacareadores de la unidad, los que quieren ganar antes de saber para qué y con quiénes, los que no tienen empacho en cerrar acuerdos con el inefable Massita o con el propio Macri, todos y cada uno de ellos han emprendido una cruzada para dejar bien establecido que Cristina “no quiere” ser la conducción, con lo cual no expresan más que sus propios deseos proyectados. No la quieren, ellos.

Con el reciente reportaje que le realizó Roberto Navarro⁷⁰ muchos inflaron el pecho, tomaron carrera y salieron disparados en una maratón autocelebratoria, pues, para ellos, quedó clarísimo que Cristina no ejerce ni quiere ejercer la conducción. Todo lo cual, se ve, les desata las manos; y los pies, que parecen poner en polvorosa.

Sin embargo, tal entrevista no habilita necesariamente a esos razonamientos.

Veamos:

⁷⁰ La entrevista se produjo el 3 de julio de 2016.

“Faltan ideas. No es un problema de que falte oposición. Faltan ideas que persuadan a la sociedad, falta cómo plantear una alternativa a esta política.”

“El 9 de diciembre fui clara: nadie debe esperar mesías, no hay apellidos ni nombres salvadores, hay construcciones colectivas. Nadie puede constituirse en vanguardia de nada que la sociedad no quiera ser. ¿Entiende lo que digo, Navarro?...”

“La construcción, las cosas no se dan, en política, porque uno las apure o vaya antes. Son construcciones colectivas, cosas que se van haciendo. Es la sociedad la que debe empoderarse y hacer valer sus derechos.”

“Si quienes tienen responsabilidades institucionales desde la oposición, no lo hacen, finalmente siempre surge la gente que lo hace...”

Y por ahí, como perdida en medio de una crítica a la impericia gubernamental, esta sentencia: “*Es una cuestión de timing*”.

Y el “timing” de Cristina fue evidente:

1) La plaza del 9 de diciembre

Allí dejó en claro que ante la defección de los dirigentes sería el pueblo mismo (los “empoderados”, claro, ¡oh!) el que debería tomar las banderas y llevarlas a la victoria. ¿Sospecharía algo de lo que todos vimos? Más vale. Lo sabía.

2) Patria o buitres

Ante el inicio del año legislativo, cuando se supo que la primera ley a tratarse sería la de la claudicación ante los fondos buitres, Cristina dejó clarísimo que su posición era contraria al acompañamiento que algunos expresaban en nombre de la “governabilidad”. Tanto fue así que algunos, para poder comer unos sanguchitos (en vez del desabrido menú de pan y agua)

tuvieron que formar su propio bloque.

Claramente, muchos legisladores llegados gracias al FpV optaron por pisotear el mandato popular expresado en el 49 por ciento.

Los gobernadores, por su parte, tan temibles según los viejos libros (que habrá que ir vendiendo como papel viejo), se arrodillaron, a cambio de inciertos beneficios que incluían la libertad para endeudarse en el extranjero y la promesa de fondos (o la promesa de no frenar fondos). ¿Cómo no imaginar que si todos los (tan temibles) gobernadores peronistas se plantaban, unidos, ante los atropellos que empezaba a sufrir la Nación, el camino del macrismo no iba a comenzar tan cuesta abajo? Pero aun más: ¿cómo no saber que el que empieza de rodillas termina acostado?

Ahora, cuando las deudas sean impagables, nunca más la Argentina ni sus provincias podrán reestructurar una deuda incumplible, pues ya todos saben que una enorme porción de la dirigencia argentina es capaz de arrodillar a su país ante los usureros. Será sólo cuestión de esperar, dirán.

Por supuesto, existió entonces (y existirá, aun más menguado o no) un bloque de diputados y senadores que sí tienen claro quién conduce y obran en consecuencia.

3) Comodoro Py

Cuando ya empezaban las vocecitas lloronas a musitar que no se oía la voz tronante de Cristina, la gran yudoka, justo entonces, vuelve. Y no se deja arrastrar entre movileros por las escalinatas de los tribunales. Una multitud la custodia y ante ella ¡habla!

Allí deja en claro (dentro y fuera de los tribunales) que ella es la continuidad de Yrigoyen y Perón, y que por eso se la persigue. Todos lo sabíamos, tirios y troyanos. Ella, gigante, lo demuestra, ejerciendo la conducción en su más profundo

sentido: el histórico. Se para en la historia y desde allí mira.

Entonces propone un curso de acción: el “frente ciudadano”. Y ya salen los supuestos ortodoxos a espantarse por el término, como si la mujer que está diciendo “yo soy un nuevo punto en el hilván que situó a Yrigoyen y a Perón” no tiñera el sentido de todo lo que tocara.

En definitiva nos dijo: compañeros, a luchar por los derechos, porque los derechos son la herramienta para ejercer la libertad, palabra que tampoco les vamos a regalar a los cínicos de en frente.

Y aportó algunos elementos ejemplificadores: curas de la Opción por los Pobres, científicos, cultura (amén de su convocatoria a intendentes, diputados, senadores, organizaciones).⁷¹

4) El bodrio legislativo

Así llamó Cristina a la ley omnibus que entremezcló blanqueo con jubilaciones e impuestos: “bodrio legislativo”. Y se manifestó claramente en contra en todos sus aspectos. Sin embargo, muchos de los diputados y senadores que teníamos derecho a considerar “nuestros” hicieron lo contrario. Y Macri sancionó un verdadero programa de saqueo.

5) ¿Entiende lo que le digo?

Tras unas semanas de señalar en repetidas ocasiones que en el país se vive un “clima de época” de persecución política, Cristina viene a Buenos Aires a comenzar un contraataque necesario. Tal como –casualmente durante estos mismos días– Aníbal Fernández recorrió medios y medios explicando que

⁷¹ Son esos los sectores y actores con los que se reunió Cristina en sus primeros encuentros políticos, durante esa primer estadía en Buenos Aires tras haber dejado la Presidencia.

había iniciado denuncias contra los que lo calumnian, Cristina viene a declarar y presenta denuncia por asociación ilícita contra Amargarita Stolbizer, Bonadío y otras chicas del montón.

Cada militante del campo nacional y popular, cada dirigente también, sabe cuál es su deber ante esta problemática. Y todos sabemos que el que no lo honre será premiado por el *stablishment*.

Y Cristina, “*endemientras*”, concede una entrevista al programa más visto por el kirchnerismo visceral. Para qué contar más. Allí dice lo que arriba se transcribe.

A buen entendedor pocas palabras.

Aquí no se trata de que Cristina haya demostrado no querer conducir. Ya reseñamos sus innumerables gestos, directivas y sugerencias. Pasa que algunos demuestran no querer ser conducidos. El tiempo dirá cómo se equivocaron, cuando el movimiento nacional acumule, finalmente, en el único punto del que dispone para recuperar el centro del ring.

Ese punto es Cristina, porque ella tiene la confianza y el amor popular, así como el de los militantes y los dirigentes cuyos corazones no están marchitos ni sus mentes intimidadas, que los hay.

Es una cuestión de *timing*, y si quiero se lo digo en inglés.⁷²

¿Entiende lo que le digo, Mengano?

PD: “Lanusse, Marmota...”⁷³ Zutano, otario.

Julio de 2016

⁷² Este artículo, publicado originalmente como “nota” en Facebook, surgió a partir de una crítica irónica que alguien hiciera al uso que Cristina hizo de este término en inglés, que sintetiza, como casi todos saben, la idea de la capacidad de accionar en los momentos adecuados.

⁷³ En 1972, cuando el dictador Alejandro Agustín Lanusse dijo que a Péron “no le daba el cuero” para volver al país, la militancia peronista coreaba en las marchas: “¡Lanusse! ¡marmota! ¡Perón va a volver cuando (se) le canten las pelotas!”

Cuando digo futuro

Vargas Llosa, el Peronismo y la internacional liberal ⁷⁴

Otra vez tenemos que repudiar, y cansa un poco, las manifestaciones que realizó el escritor Mario Vargas Llosa contra el Peronismo, en distintas entrevistas y disertaciones durante estos días de visita en la ciudad de Buenos Aires.

Con lenguaje agresivo—podríamos decir no sólo “antiperonista” sino también “gorila”—Vargas Llosa ha dicho que **“este país tiene una enfermedad que se llama Peronismo”**.

Tal agresividad merece ser respondida.

El Peronismo no es una enfermedad, mal que le pese a Vargas Llosa y a los que se regodean—desde los distintos medios y foros del *stablishment* nacional—en solicitarle que repita una y otra vez sus conceptos insultantes. Por el contrario, el Peronismo es la identidad política de millones de argentinos y argentinas que merecen el respeto que la convivencia democrática exige.

Si existe alguna “grieta” en la sociedad argentina, no cerrará con ese lenguaje agresivo. Sobre todo porque conocemos que el palabrerío del que se vale ha servido de justificativo a terribles

⁷⁴ Con este texto, el bloque de Diputados del Frente para la Victoria emitió un repudio a los dichos de Mario Vargas Llosa. Véase: <https://drive.google.com/file/d/0B4cbdvjfi0N6TE1FdGtIYnFMRTg/view>

latrocinios en nuestro pasado.

No nos obnubila el supuesto prestigio que le ofrece como escudo al señor Vargas Llosa el premio Nobel de Literatura que ostenta, y que los periodistas del stablishment nos recuerdan cada vez que lo pasean por el mundo como adalid de un saber supuestamente universal. Recordamos que es el mismo premio que recibiera el presidente estadounidense Barack Obama en reconocimiento a su “lucha por la paz”. Huelgan los comentarios...

En todo caso, es evidente que las cualidades de literato que, sin dudas, posee el señor Vargas Llosa no garantizan la solidez de sus conceptos sobre política ni historia, y mucho menos sobre las de nuestro país.

Podríamos simplemente protestar por el mal gusto que supone para un visitante extranjero emitir expresiones tan despectivas respecto de una fuerza política local que –además de tenerla en el seno de nuestro Pueblo– posee una enorme representatividad en nuestras instituciones. Pero dejaremos eso para los nacionalistas de campanario, que seguramente se manifestarán indignados...

Celebraremos, en cambio, que el señor Vargas Llosa se exprese desde la identidad latinoamericana.

Sin embargo aclararemos, para los inadvertidos, que el escritor peruano no viene en representación de ningún “colectivo” regional; ni siquiera de algún sector político de su país.

Si atendiéramos únicamente a lo explicitado en uno y otro lugar, podríamos pensar que visita la Argentina a título enteramente personal, a fin de promocionar, en nuestra Feria del Libro, su novela recientemente editada. Pero, al observar en qué sitios concretos despliega su verba y su (felizmente) indisimulada acción política, puede notarse con claridad que el señor Vargas Llosa integra aquello que muchos comienzan

a denominar como “la internacional liberal”, un entramado de organizaciones no gubernamentales con financiamiento multimillonario del “sector privado” (es decir, de las multinacionales y las grandes empresas que impulsan el modelo neoliberal para favorecer sus intereses sectoriales) y de algunas instituciones políticas de los “países centrales”.

De hecho, entre risas, Vargas Llosa ha debido aclarar: “Yo no represento a las multinacionales, pero yo sí represento a la defensa de la democracia, de la economía de mercado, de la receta que trae prosperidad.”

Se trata, claramente, del mismo discurso neoliberal sostenido desde el poder de las multinacionales que hoy dominan el escenario económico mundial.

De hecho, Vargas Llosa ha disertado en la cuasi misteriosa “Fundación Libertad”, búnker de los ultraliberales argentinos, y frente a la Cámara Argentina de Comercio, entidad que nuclea a lo más granado del poder económico local.

Fue ante esta última donde declamó que **“el Peronismo es el movimiento que corta todo el progreso de la Argentina. Aceptemos la realidad: Argentina era un país abierto, integrado al mundo”**. Con esa afirmación, según el diario Clarín, arrancó el primer aplauso de un auditorio que, de esa manera, se manifestaba claramente antiperonista, según puede inferirse. No parece vano señalar que los moderadores eran los periodistas estrella de los diarios “Clarín” y “La Nación”, respectivamente Eduardo Van der Kooy y Joaquín Morales Solá; el lugar era el coqueto hotel Alvear, en la Recoleta. Todos juntos.

Sólo faltaba allí (en la Fundación Libertad había estado presente) el presidente Mauricio Macri. Al decir de Vargas Llosa, **“el único que representa una alternativa real, clara y contundente a lo**

que ha sido la tragedia de la Argentina, que es el Peronismo”.

También el señor Vargas Llosa relacionó una supuesta decadencia del país a la existencia del Peronismo, afirmando que **“con el nacionalismo económico comienza un deterioro que se agrava”**. Se trata del discurso de la concentración de la riqueza y el avasallamiento de tipo colonizante a los pueblos del mundo. En ese mismo sentido, Vargas Llosa ha afirmado que Argentina **“fue un gran país cuando estuvo abierto al mundo”**.

La idea de “el mundo”, esa totalización falaz, desnuda el ocultamiento de una matriz colonialista que asume diversas formas: por un lado, una subordinación mental que supone un complejo de inferioridad ante determinadas culturas nacionales; por otro, y sin agotar los ejemplos, la asignación de un carácter moral superior a aquello que, con justeza, la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner llamó “anarco-capitalismo financiero”⁷⁵.

Es una idea destinada a barrer con la autodeterminación de los pueblos, con las autonomías nacionales. No existe tal “mundo”. Los que lo mentan, se refieren a determinados países del globo. Se trata, en realidad, del archiconocido y falso universalismo eurocéntrico, una concepción según la cual lo único verdaderamente existente—en verdad, lo único digno de existir—es el occidente colonialista y, últimamente, su reciente criatura: el sistema de ultra valorización financiera.

Por eso el señor Vargas Llosa ha dicho que “la impresión que tiene el mundo es que Argentina está haciendo las cosas que hay que hacer para romper con el populismo, que lo ha aislado y lo

⁷⁵ En esta definición brindada por Cristina, el carácter “anarco” de ese “capitalismo financiero” (distinto del capitalismo productivo) está dado por la vocación antiestatal del globalismo financiero y la colonización de la política que ha ejercido en todas partes del globo, en la búsqueda de una anomia que facilite la reproducción incontrolada del capital, sin las regulaciones que sólo los Estados pueden generar.

ha marginado, sobre todo, de los mercados financieros”. Porque, en esta concepción, “el mundo” son “los mercados financieros”, el sistema ultraliberal que domina a los pueblos extrayendo sus riquezas y concentrándolas en poquísimas manos.

Vargas Llosa, hombre de ese sistema ultraliberal internacional, multinacional y transnacional nos quiere hacer creer que “libertad de mercado” y “democracia” son la misma cosa. Y entonces dice, sin sonrojarse, que “hay (en Latinoamérica) un creciente movimiento a favor del sistema democrático, de una economía de mercado”, como si hablara de lo mismo.

Es el abismo entre el intelectual y el literato.

Vargas Llosa mismo afirmó, sin embargo, que “la irrealidad es buena para la creación artística y literaria pero no para la vida política”. Aunque lo dijo en una muestra de la intolerancia ya conocida del viejo y noventista “Pensamiento único”, o del aun más anticuado positivismo, según el cual todo lo que no calca el modelo euroyanqui de progreso es a-histórico, indigno de ser real.

Es la negación de la otredad, la peor de las intolerancias; la prohibición embozada de la autodeterminación de los pueblos. El desprecio por los que buscan sus propios modelos de vida en comunidad mediante la realización de sus potencialidades reales, arraigadas en su tradición histórica, naturalmente divergente de la de los países centrales y la cultura dominante.

Desde esa perspectiva que termina siendo autodenigratoria, América sirve para la creación literaria, pero no para la creación política.

¡Es que las novelas dañan a los opresores menos que los programas políticos de liberación nacional y social!

Incluso, Vargas Llosa afirmó, en estos días también, que **“hay una mayoría de latinoamericanos que acepta, o con entusiasmo o con resignación, ese modelo, que (...) permite quemar etapas**

y es la receta del verdadero progreso”.

Claramente: para algunos el entusiasmo; para otros la resignación. Claramente: una única “receta” para un “verdadero” progreso. Otra vez “Pensamiento único” y “eurocentrismo” disfrazado de “universalidad”.

Entonces se entiende por qué dice que **“el Peronismo es el movimiento que corta todo el progreso de la Argentina”... Para colmo, parece que antes del Peronismo “Argentina era un país abierto, integrado al mundo”, pero “el Peronismo levantó una muralla y creyó en la autarquía económica y ¡claro! nunca fue democrático”**. Es más: “(los peronistas) han estado 12 años en el poder con los Kirchner, y estuvieron cerca de ser Venezuela”. Un argumento “ad nationem”, digamos, que no parece corresponderse con ningún elemento de la realidad, independientemente de que no compartamos el uso peyorativo que hace Vargas Llosa del buen nombre de Venezuela, fingiendo ignorar el ataque sistemático que sufre ese país hermano por parte del poder económico local y desde los mismos Estados Unidos, la potencia hegemónica de este mundo injusto, oprimido y desigual.

El señor Mario Vargas Llosa ha venido a la Argentina con una tarea clara: apuntalar al gobierno de Mauricio Macri, asignándole la supuesta virtud de luchar contra el Peronismo, el kirchnerismo y el populismo (que para Vargas Llosa parecen ser lo mismo, cosa que no es necesario negar) en nombre de una libertad que llevaría a la prosperidad definitiva.

Nos vemos en la obligación de decirle al señor Mario Vargas Llosa que la Libertad no es propiedad de nadie. Y aún más: que la Libertad de la que el neoliberalismo habla es falsa; es la libertad de no ocuparse del otro; la libertad de desentenderse del bien común, pero prometiendo un futuro improbable de bienestar.

Al contrario de los supuestos básicos de los divulgadores del neoliberalismo, entre los que Vargas Llosa se encuentra, incluso los países centrales han encontrado sus mayores niveles de bienestar sólo en la medida en que condicionaron la libertad económica a través del desarrollo de políticas orientadas por sus Estados.

Cuando esas condicionalidades (las “regulaciones”) cayeron, en beneficio del gran capital, los niveles de pobreza y desigualdad crecieron, sin solución de continuidad desde entonces hasta nuestros días. Y, con ese crecimiento de la pobreza y la desigualdad, disminuyó la libertad.

Nadie es verdaderamente libre cuando le faltan los recursos mínimos e indispensables para la vida digna en comunidad. Y eso no lo garantiza el libre juego de la oferta y la demanda; eso no lo garantizan “los mercados”.

Sólo la política, a través del órgano de ejecución de la soberanía de los pueblos –es decir, del Estado– puede garantizar los niveles de libertad que se requieren para la igualdad de oportunidades y para el progreso social o individual.

Sin política y sin Estado la vida social no es más que una jungla.

En este siglo XXI, cuando esa jungla no conoce reglas, los que se aprovechan de la indefensión de los más débiles son, precisamente, “los mercados”. Y los que sufren, los Pueblos.

Es lo que se observa en nuestra Patria ahora mismo. Difícilmente le interese al señor Vargas Llosa, puesto que ha dicho con todas las letras (y celebramos que así lo haga, pues nos permite un debate más sincero): “Me gusta Macri, muchísimo”, definiendo así su posicionamiento en este momento de la historia. Un momento en que, como no puede ser de otro modo porque siempre ha sido así, la historia se manifiesta como un capítulo más de las luchas entre las fuerzas de la opresión y las de la liberación.

La falsa libertad de los Vargas Llosa es la opresión concreta de los pueblos del mundo.

Por eso ellos dedican su tiempo a atacar una y otra vez al Peronismo.

Porque el Peronismo es peligroso para ese “anarco-capitalismo financiero”, pues tiene por mandato poner el capital al servicio de la economía. Es decir, subordinarlo a una planificación que reconoce la existencia de un grupo social de interés común o comunitario; que reconoce la existencia de una comunidad a cuyo interés debe subordinarse la planificación de la utilización de los recursos económicos.

Pero ¡peor aún!: el Peronismo prescribe poner la economía al servicio del hombre.

Pecado mortal. ¡El capital al servicio de la economía, y la economía al servicio del hombre!

Una economía centrada en el hombre y un capital subordinado al interés comunitario.

Algo completamente distinto a la caridad que humilla. La planificación de la solidaridad social al interior de la comunidad.

Nada existe más revolucionario en el mundo actual, nada más peligroso para los apropiadores seriales de la riqueza social que ese principio que puede operar como punto de acumulación para enfrentar a toda la lógica del neoliberalismo dominante: (repetimos) el capital al servicio de la economía, y la economía al servicio del hombre.

Por eso atacan al Peronismo. Porque entraña un peligro para la concentración de la riqueza.

Mientras tanto, Mario Vargas Llosa nos dice que

“Argentina estaba yendo hacia el abismo (pero) ahora tiene un Gobierno realista, sensato, moderno, que quiere

acabar con el populismo y está dispuesto a pedir a los argentinos que paguen el alto precio que tiene acabar con la ficción y llevar a Argentina a la realidad”.

Es interesante eso de “la ficción y la realidad”. Pareciera que lo tangible es irreal: los 10 años de realizaciones del Peronismo fundacional fueron una ilusión, los 12 años y medio de buen vivir entre 2003 y 2015 también. Y lo real sería la promesa de un bienestar improbable después del sacrificio. Después del ajuste del 55, con ingreso al FMI y todo, sabemos que no llegó. Y ahora nos dicen que va a venir con éste (sinceramiento, le dicen ahora) del 2016, con pago a los fondos buitres. Por lo menos nos lo dicen clarito: que el “alto precio” lo paguen los argentinos...

Pareciera que Vargas Llosa supone que nunca escuchamos los argentinos los cantos de sirena del neoliberalismo. ¿Cómo no encender las luces de alerta cuando le oímos decir lo siguiente?:

“El modelo para dar la batalla contra la pobreza y la marginación es la democracia política. Hay consenso en América Latina a favor de la economía de mercado, a favor de integrarse a los mercados del mundo. Cada vez más latinoamericanos entienden que ése es el único modelo que puede sacarnos de la pobreza, convertirnos en países del Primer Mundo. Y eso le está dando a la democracia una solidez que en el pasado no tenía”.

Ya sabemos que el neoliberalismo pretende igualar lo que son términos distintos. En el caso de este párrafo “democracia política” y “economía de mercado”. También sabemos que se nos intenta obturar la proposición de un camino autónomo para el

desarrollo de nuestra vida en comunidad. Pero sobre todo este último párrafo nos recuerda a los argentinos que ya sufrimos las consecuencias de aquella mentira del supuesto ingreso al supuesto “primer mundo”.

Ya el año pasado se había referido al Peronismo como “la tragedia argentina” y asegurado que (antes del Peronismo) Argentina era un país que había erradicado el analfabetismo.

Sucede que ya desde hace un tiempo se observa cierta “impunidad” para mentir desembozadamente en los medios de comunicación concentrados.

Entonces nadie le señaló al señor Vargas Llosa que la Argentina ha disminuido su analfabetismo permanente desde el censo de 1869 hasta el último, de 2010. Y que, Peronismo mediante, con la gran cantidad de escuelas construidas, nuestro país pasó de 35,9% de analfabetismo en 1914 (en plena “Argentina del Centenario”) a 8,5% en 1960. También podrían haberle susurrado que en el censo de 2010 Argentina registró 1,92% de analfabetismo en pleno gobierno peronista de Cristina Fernández y luego de la presidencia de Néstor Kirchner.

Por lo visto, “a nadie importa si naciste honráu”; se puede tergiversar sin condena social.

Dijo Vargas Llosa en aquel entonces que anhelaba esa Argentina que él había conocido en su juventud, con una capital, Buenos Aires, con más teatros que París.

Nadie le señaló tampoco que esa Argentina que evocaba era posterior al gobierno peronista de 1946-55.

La envergadura de esta falacia nos debería prevenir sobre sus demás afirmaciones...

Resulta pues completamente repudiable el cúmulo de afirmaciones que ligeramente ha vertido Mario Vargas Llosa sobre

nuestra historia pasada y reciente. No sólo por su carácter agresivo, hasta agravante, sino fundamentalmente por su índole falaz.

Las promesas son promesas. La única verdad es la realidad.

Las comunidades sociales deben velar por la felicidad del pueblo para iniciar la rueda de la grandeza material. Tal es la doctrina peronista y tal su historia: tanto en su década fundacional como en los 12 años recientemente vividos puede mostrar una verdad realizada, o la realización verdadera de -primero- el inicio del camino de la felicidad popular y -luego, casi simultáneamente- el del desarrollo de la fuerza material de la Nación. De una nación que identificamos con el Pueblo, según la concepción profundamente democrática que traemos desde nuestra formación como peronistas.

Finalmente, digamos que nos ahorraríamos mucho tiempo si el señor Vargas Llosa se limitara a decir lo que ya ha dicho: que no entiende del todo al Peronismo. Más precisamente que: “Es muy difícil comprender el fenómeno del Peronismo desde afuera”.

Podríamos sugerirle que intente, tal vez, con más política y menos literatura...

Pero no dejaremos de reconocer que en la tarea de entender al Peronismo, el señor Vargas Llosa ha comenzado por el buen camino, tal como se advierte al escucharle decir que el Peronismo “es un movimiento donde caben todas las tendencias desde un extremo hasta el otro, pasando por el medio”. Incluso aunque, paradójicamente, agregue: “O sea que no es fácil entenderlo”. Ahí está la clave de todo.

El Peronismo es esa fuerza política que nació sin sectarismo, incorporando a todos los que querían una patria justa, libre y soberana. Fueran del partido o la ideología que fueran. Pertencieran a la clase social que pertenecieran, integraran el

sector económico que integraran. Nada pidió, sólo el deseo de un programa común para la liberación nacional y social. Sólo el repudio a los explotadores de hombres y de naciones.

Eso sí (y también lo sabe bien el señor Mario Vargas Llosa, así como los que lo invitan a pontificar en tantos foros): el Peronismo no es liberal.

Eso se ve que lo comprenden, y por eso lo combaten.

Porque el Peronismo propone poner el capital al servicio de la humanidad.

Trabajarán entonces siempre para desterrarlo del mundo.

Pero será en vano, porque el Peronismo es mucho más que su historia y su presente: es también el futuro de solidaridad y amor que desean los pueblos que no aceptan someterse a los dueños de todas las cosas; es la posibilidad de construir en comunidad, cada uno desde su identidad, sin tener que renunciar a ella, la verdadera libertad, la que con solidaridad genera igualdad y justicia.

En definitiva, el Peronismo es también un modo de combatir al neoliberalismo. Y uno capaz de unir sus fuerzas a los que lo hacen de otras maneras, por otras vías. Eso lo hace peligroso para los que intentan impedir la verdadera libertad de los pueblos contra los opresores reales de nuestro mundo: los dueños del gran capital financiero.

Los peronistas sabemos que hay una lucha por dar contra esa opresión. Y son muchos los hombres y mujeres de distintas ideologías alrededor del mundo que saben que esa lucha es necesaria.

El futuro será de aquellos pueblos que la intenten. El nuestro será uno de ellos.

No hace falta aclararle al señor Vargas Llosa que el Peronismo luchará junto al Pueblo argentino hasta verlo libre.

Mayo de 2016

Presentación y agradecimientos	7
Prólogo (Edgardo Mocca)	9
Proto- tipo	
Colorado, azul y blanco.....	23
Resistencia cultural o coloniaje (La realidad va a alejándose del hombre).....	31
Continente mestizo.....	42
El corrupto es el modelo (Reconstruir lo nacional y popular).....	56
Cinco banderas.....	63
El fin del fin de la historia	
El subsuelo de la patria consternado.....	77
Golpe al corazón del modelo.....	79
La bisagra perdida	
En busca de un sueño.....	94
Parte aguas orgánico 1	
Documento: Primer plenario nacional de cuadros del Peronismo Militante, 18 de diciembre de 2004.....	113
Se levanta a la faz de la tierra	
La madre de todas las batallas.....	125
Ladran, Sancho. Señal que cabalgamos.....	130
Interludio (nuestro)americano	
América toma la palabra.....	137
Cacachaca o muerte.....	143
Integración sudamericana: Bandera peronista.....	146
Descolonizarnos es descubrir América.....	153
Mueve la Dama	
Es Cristina, que es compañera.....	159
Dios nos libre.....	168
Un rumbo soberano.....	172

El año que vivimos en peligro

La voz de ese viento (Lo que Natura nos dio, ha sido lo que nos perdió).....	177
Al campo, salud.....	180
El espía que tocaba timbre.....	182
Un fantasma recorre el mundo.....	185
La caída del mundo.....	189
Zapatazos.....	192
Dos caminos.....	195
Salir del medio.....	199

Entre medianoche y gallos

Pueblo o monopolios.....	205
La vida es lucha. ¿Y qué? (Conflicto o retroceso).....	210
Bicentenario.....	224

Interludio anglófono

¡Rompa el manto de neblinas!.....	231
La mano de Dios era suya.....	233
Dolor de patria.....	236

Cristina Capitana

Nosotros viento, la Patria barco, Cristina capitana.....	241
De la leyenda a la Historia.....	247
Breves instrucciones para el uso del peronómetro (Unidad del Peronismo: ¿da lo mismo sin unidad de concepción?).....	257
El corazón del Peronismo.....	268

Parte aguas orgánico 2

Documento: Plenario en el micro estadio de Racing, 17 de junio de 2011.....	279
---	-----

Y la nave va

La fuerza de Cristina.....	289
----------------------------	-----

Tenemos patria.....	292
Instituto Dorrego: Historia del presente.....	297
Parte aguas orgánico 3	
Documento interno: Ante el reposicionamiento político de Hugo Moyano, Junio de 2012.....	309
Amor, preñez, identidad	
Casi un prólogo.....	319
Medios, cacerolas y batalla cultural.....	327
2015: una certeza.....	336
114.....	345
Parte aguas orgánico 4	
Comunicado: Ante la denuncia de Nisman, 15 de enero de 2015.....	351
La campaña sin miedo	
Crónica de una nación de pie.....	357
Cruje la bisagra de la Historia.....	370
Parte aguas orgánico 5	
Documento: Confederal del Peronismo Militante, 8 de diciembre de 2015.....	375
Con Cristina, sin dudas	
Santoro y los miedos.....	385
¿Entiende lo que le digo, Fulano?.....	396
Cuando digo futuro	
Vargas Llosa, el Peronismo y la internacional liberal.....	403

"Itinerario de un peronista militante es el relato de una pasión política, el testimonio de una etapa dramática de la vida de nuestro país. Su hilo conductor es el del reconocimiento de un profundo antagonismo que recorre toda la historia argentina y una toma de posición militante desde el peronismo, inequívocamente interpretado como nacionalismo popular y democrático ampliado hacia la patria grande latinoamericana. Tal vez su principal atractivo sea la conjunción entre una notable coherencia en la conducta política y sus fundamentos ideológicos y una profunda tensión interna del relato en el que, casi imperceptiblemente al principio e intensamente en las últimas páginas, aparece la pregunta histórica más transitada en la historia política argentina de los últimos setenta años: la pregunta sobre el significado del peronismo. La lectura de este libro de Juan Cruz Cabral es una herramienta lúcida para la interpretación de nuestro tiempo y para la acción en circunstancias difíciles."

Edgardo Mocca

Juan Cruz Cabral nació en Buenos Aires en 1971. Empezó a militar en 1984 en el Centro de Estudiantes del Colegio Nacional Pueyrredón. Alternaba entonces cierta participación en el Frente de Izquierda Popular (FIP) de Jorge Abelardo Ramos, donde militaba su padre, y en el Partido Justicialista de la Capital, de cuyas campañas electorales participó en los 80. A principios de los 90, fue redactor y columnista del periódico "La Patria Grande" y realizó en FM Libertador, de la cual fue co-director, diversos programas de noticias y cultura. Tanto el periódico como la radio eran órganos del Movimiento Patriótico de Liberación (ex FIP). Desde 1995 es afiliado del Partido Justicialista. En 1999 se sumó a las filas de la Organización del Peronismo Militante, cuando ésta recién se iniciaba, e integra hoy su Mesa de Conducción Nacional, desempeñándose como secretario político y coordinador federal de dicha organización. Condujo en FM Mágica y FM La Boca el programa "Radio Sudestada". Fundó y dirigió las revistas "Sudestada" y "Capiangos", sucesivos órganos de difusión del Peronismo Militante. Hace unos años reside en Lomas de Zamora, provincia de Buenos Aires.

